

MARÍA O'DONNELL

ARAMBURU

EL CRIMEN POLÍTICO QUE DIVIDIÓ AL PAÍS.
EL ORIGEN DE MONTONEROS.

SE REQUIERE LA CAPTURA DE:



ESTHER NORMA ARROSTITO

alias "Irma", argentina, 30 años de edad,
casada. Céd. Manos. 140. nro. de cédula:
C. E. No. 4.791.774 P. E. - L. E. No. 5.476.264.



MARIO EDUARDO FIRMENCH

alias "Mario", argentino, 22 años de edad,
soltero. Céd. Manos. 140. nro. de cédula:
E. L. No. 4.072.021 P. E. - L. E. No. 1.244.300.



FERNANDO LUIS ABAL MEDINA

alias "Fernando", argentino, 23 años de edad,
soltero. Céd. Manos. 140. nro. de cédula, nro.
pda. C. E. No. 5.576.377 P. E. - L. E. No. 4.591.175.

DENUNCIELOS!

A la POLICIA FEDERAL o al organismo policial más próximo en todo el país.

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Cuerpos](#)

[Robo de un segundo cadáver](#)

[Un almuerzo con Mario Firmenich](#)

[El secuestro](#)

[Fumando un puro](#)

[Camino a La Celma](#)

[El germen](#)

[Los Tupas](#)

[Los caminos del Che](#)

[La simulación y el fogueo](#)

[El hecho de sangre](#)

[La Calera](#)

[La máquina de escribir](#)

[El primer mártir](#)

[El cadáver](#)

[Día del Montonero](#)

[El juicio](#)

[«Encomio todo lo actuado»](#)

[Las otras víctimas](#)

[Un largo e-mail desde Vilanova](#)

[De Sabino a Firmenich](#)

[Los Sabinos](#)

[El héroe accidental](#)

[La amnistía](#)

[Devolución del cadáver de Aramburu](#)

[El quinto hombre](#)

[La compañera](#)

[Las huellas de la historia](#)

[Agradecimientos](#)

[Fuentes y bibliografía](#)

Aramburu

OceanofPDF.com

María O'Donnell

Aramburu

El crimen político que dividió al país.

El origen de Montoneros

OceanofPDF.com

O'Donnell, María

Aramburu / María O'Donnell. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-7056-9

1. Biografías. 2. Historia Argentina. I. Título.

CDD 920

© 2020, María O'Donnell

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria

www.schavelzongraham.com

© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello, 2115, piso 8º

Providencia, Santiago de Chile

Edición: Gabriela Esquivada

Investigación y edición fotográfica: María Flores

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Fotografía de autora: Alejandra López

Todos los derechos reservados

© 2020, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2020

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7056-9

OceanofPDF.com

*A Fede, Milena y Carmela.
A Teresa, mi mamá.*

OceanofPDF.com

*¡Duro, duro, duro!
¡Estos son los Montoneros
que mataron a Aramburu!*

Canción popular de la Juventud Peronista en los años 70

OceanofPDF.com

CUERPOS



Cementerio de la Recoleta.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, diciembre de 2019

En el cementerio de la Recoleta hay presidentes, hay premios Nobel, hay escritores, hay deportistas, hay estrellas del espectáculo: hay, en fin, una larga lista de celebridades enterrada allí. Es posible detenerse ante mausoleos con obras de arte que cortan el aliento o tumbas con leyendas misteriosas y, sin embargo, nada disputa la popularidad de una bóveda: la que guarda el cadáver de Eva Perón.

Como se aloja en un pasillo muy estrecho, los guías proponen un acuerdo a los visitantes: pueden mirarla primero y sacar las fotos que quieran, para luego avanzar unos metros y detenerse, en un lugar más amplio, a escuchar la historia. Así no entorpecen a los que vienen detrás a curiosear la tumba más visitada.

Si no fuera por ella, una de las figuras más relevantes de la historia argentina del siglo XX, la cripta de mármol negro con la inscripción «Familia Duarte» pasaría inadvertida. Su frente chato, su puerta con una gran cruz, se integran con perfecto disimulo en el cementerio.

—¿Notan algo? —pregunta el guía—. Hay algo que definitivamente distinga a esta tumba.

Nadie descubre nada: es algo tan a la vista que se ha vuelto invisible.

—Las flores frescas en las rejas —se responde a sí mismo, acostumbrado a que las flores nunca fallen y los visitantes nunca acierten—. Siempre hay flores frescas para Evita.

A las bóvedas de las familias aristocráticas de la Argentina pasada ya casi nadie llega con flores. Que le sigan llevando ramos a Eva Perón habla de la atracción que aún despierta su figura y del impacto perdurable de su muerte joven: la segunda mujer de Juan Domingo Perón tenía apenas treinta y tres años y era la persona más amada y odiada del país. Su funeral se extendió durante quince días y Perón tuvo que autorizar que importaran flores desde Chile y Uruguay: las que había en la Argentina se habían agotado.

Matías Mulet, el guía que me tocó en la visita que hice una tarde de sábado, detalló que el cadáver requiere de un cuidado muy especial dadas las peripecias inusuales que vivió. Acostumbrado a tener extranjeros en su público, se detuvo a contar una historia conocida por muchos argentinos. Contó brevemente cómo, ya muerta, Eva Perón viajó más que mucha gente en vida. Intentó explicar que las pasiones que había despertado antes de morir en 1952 se proyectaron luego sobre su cadáver.

Los militares que derrocaron a Perón en 1955 —informó— robaron el cuerpo embalsamado de la Central General de Trabajadores (CGT), donde estaba expuesto, y lo escondieron en un edificio de Buenos Aires. Más tarde lo llevaron bajo un nombre falso a Italia y casi dos décadas después lo devolvieron a su esposo y emprendió una travesía final hasta esa cripta de la que hablaba el guía, en la Recoleta.

Desde entonces recibe el trato de un tesoro, continuó Mulet:

—El féretro está alojado tres pisos bajo tierra y es el único de todo el cementerio que está protegido como la bóveda del Banco Central. Tiene un sistema antibombas y antisísmico.

Un cuento tan extravagante no pedía otro remate, traslucían las expresiones asombradas de los turistas.

Y sin embargo, el guía anunció:

—Ahora vamos a la bóveda del señor que se robó el cuerpo de Eva.

Nos llevó de regreso a la calle central del cementerio y caminó hasta un cuadrado de piedra tallada casi al ras del piso, a la altura de las rodillas. Mulet había explicado que las familias aristocráticas elegían las construcciones en altura, pero esta vez pidió que bajásemos la vista: en esa bóveda tan particular yacía Pedro Eugenio Aramburu.

Sin trabajos de herrería vistosos ni estatuas elevadas, la lápida apelaba a la sobriedad para compensar la pretensión del conjunto: en cada esquina los bajorrelieves exaltaban una palabra enorme: *verdad, igualdad, austeridad y justicia*. Esos atributos, que presuntamente se asignaban a quien allí yacía, más otras citas por el estilo despertaron el enojo de mi guía: le sonaban hipócritas. Nos aclaró:

—Aramburu fue el primer abanderado de la persecución contra el peronismo. El enemigo de todo peronista, el que se robó el cuerpo de Eva...

Otra vez apremiado por los tiempos, resumió: Aramburu participó del golpe militar que derrocó a Perón en el año 1955 y ejerció la presidencia durante la llamada «Revolución Libertadora», que interrumpió la democracia y prohibió la existencia misma del peronismo.

Mulet hizo una pausa, como esperando una reacción. Aliviado porque se escuchó un silencio, confesó: aunque la bóveda tiene una ubicación privilegiada y de fácil acceso, en línea recta al ingreso del cementerio, no todos los guías se detienen allí.

—Algunos prefieren ignorarla para evitar polémicas.

Ese comentario despertó mi curiosidad más que ningún otro.

Me acerqué y me refirió un episodio reciente. Antes de que él pudiera terminar de hablar, un hombre mayor, de acento porteño, lo había interrumpido y le había gritado.

—Tu versión de los hechos es demasiado subjetiva. No estás contando toda la verdad. ¿Por qué no decís también que a Aramburu lo mataron los Montoneros y que después se robaron su cadáver?

Desde entonces, aunque esté apurado porque ya se cumple el tiempo de la visita y hay otro grupo que lo aguarda, Mulet agrega el resto de la historia aun si debe comprimirlo en pocas oraciones:

—Y a ese señor que se robó el cadáver de Eva en 1955, en el año '70 lo mataron los Montoneros, una guerrilla peronista.

La anécdota me pareció muy reveladora de la vigencia de una tensión que subsiste alrededor del caso Aramburu: la puja por el lugar de la víctima y del victimario. Nada que el guía pudiera resolver en forma sencilla para una historia que ni siquiera ahí terminaba.

En un esfuerzo por no ocultar ningún dato que lo hiciera sospechoso de parcialidad, Mulet continuó:

—Y en 1974 otros Montoneros entraron de noche al cementerio y de esta bóveda que tenemos delante de nosotros se robaron el cadáver de Aramburu. Para devolverlo, exigieron a cambio el de Eva.

Una turista chilena que prestaba atención a ese cuento surreal miró al esposo y le dijo, como quien entendió todo:

—Cuerpo por cuerpo.

ROBO DE UN SEGUNDO CADÁVER





Bóveda de Pedro Eugenio Aramburu y uno de sus frontispicios.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, octubre de 1974

Susana lo contó como una gracia. Les confesó a sus compañeros que un policía del cementerio de la Recoleta se la quería levantar. A *la Gorda*, como la apodaban, nada le resultaba menos seductor que un *botón*, pero había simulado interés por un deber que emanaba de su misión de combatiente: averiguar qué función cumplía su pretendiente en la Federal.

Descubrir que era un oficial raso que custodiaba el descanso nocturno de los muertos de la clase alta le había causado una mezcla extraña de decepción y alivio. Desencanto porque creyó que ese contacto no sería de utilidad para sus compañeros de lucha y sosiego porque creyó que pronto dejaría de frecuentar al policía.

Susana —su *nombre de guerra*— igual cumplió con su obligación de informar a su responsable político sobre el contacto que había establecido por fuera de las redes de la militancia. Tal como esperaba, a Francisco Urondo el cuento le causó gracia. Pero, menos previsiblemente, no lo dejó pasar.

Con cuarenta y cuatro años, el poeta Urondo era un guerrillero inusitado. Había trabajado como periodista, titiritero y guionista de televisión hasta que el gobierno de Fidel Castro lo invitó a La Habana como jurado del premio literario Casa de las Américas en 1969. Quedó tan fascinado con la Revolución Cubana que se integró a uno de los grupos guerrilleros que desde la Argentina se plegaron al proyecto continental de Ernesto «Che» Guevara, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Cayó preso en poco tiempo. Un comité de solidaridad exigió desde París su libertad con la firma de los intelectuales y escritores más relevantes de la época: Marguerite Duras, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Julio Cortázar y Gabriel García Márquez. Recuperó la libertad, eligió otra vez la vida del combatiente y por la fusión con las FAR llegó a Montoneros.

El grupo que le reportaba disfrutaba de su estilo bohemio. Las reuniones de la Columna Centro de la capital solían transcurrir en bares antes que en casas seguras y los debates internos no estaban impregnados de la lógica verticalista y cada vez más rígida que bajaba de la conducción. La muerte de Juan Domingo Perón, el 1º de julio, había provocado un vacío de poder que Isabel Perón, su viuda y sucesora en la presidencia, nunca iba a llenar. Montoneros había pasado a operar en la clandestinidad y la represión para hacer frente a las guerrillas armadas había recrudecido.

Fue por esos días cuando Urondo le ordenó a Susana que continuara la seducción del policía y le sacara información sobre el sistema de seguridad de la Recoleta.

—Dejate de joder, Paco —desconfió ella, que sospechaba una broma.

—Te lo digo en serio: seguile el juego.

Urondo no agregó más nada. No le pareció prudente mencionar el nombre de Pedro Eugenio Aramburu.

Pasaron algunas semanas. Susana comenzó a hartarse:

—¡No doy más, ese hijo de puta ya me toca las tetas! ¿Hasta cuándo vamos a estar con esto?

—Aguantá un chiquito, Gorda, ya no falta nada —la alentaba su jefe.

Promediaba octubre. El martes 15, poco antes de las 5.30 de la tarde, Urondo y otros cinco Montoneros atravesaron, separados entre sí para no llamar la atención, las columnas de mármol blanco que están delante de la puerta de entrada al cementerio de la Recoleta.

Se dirigieron al panteón que guardaba los restos de Hipólito Yrigoyen y de otros próceres de la Unión Cívica Radical, una bóveda al otro lado, sobre la calle Azcuénaga. No iban a rendirle homenaje al primer presidente electo por el «sufragio universal» en 1916 —solo votaron los hombres— ni al resto de las figuras del partido que rivalizaba con el peronismo. Habían elegido esa tumba por sus cualidades de escondite: detrás de su escultura principal, una escalera conducía a un hueco subterráneo discreto que alojaba varias tumbas.

Encontraron, como esperaban, las calles internas del cementerio casi desiertas. Habían estudiado en detalle la actividad, que arrancaba a las 7 de la mañana, cuando llegaban los primeros coches fúnebres escoltados por las caravanas de autos, y que decrecía hacia las 6 de la tarde, el horario de cierre.

Como en otras grandes ciudades del mundo, el cementerio de la Recoleta sumaba a su función específica —sepelios, cremaciones, servicios religiosos y tristes despedidas íntimas— la de ser museo a cielo abierto y con entrada gratuita. Además de contener lápidas con los nombres más relevantes de la historia argentina, la competencia entre las familias aristocráticas en el siglo XIX había llenado el predio de mausoleos con esculturas, trabajos de herrería y vitrales de gran sofisticación.

Gracias a la inteligencia previa de Susana, Urondo supo que después de las 6 de la tarde quedaba, como toda vigilancia para las cuatro manzanas, un único policía que cumplía su guardia en la pequeña sala de la administración, junto a la puerta de la calle Junín: su pretendiente. En sus escauceos, ese mismo *poli* le había confiado a la Gorda otro dato clave para la planificación del operativo: no había alarmas.

Antes que como un descuido, el grupo que preparó la operación interpretó el dato como «un exceso de confianza de la oligarquía». Cuando el cementerio empezó a funcionar, en 1822, la Recoleta era una zona periférica del norte de la ciudad; al crecer Buenos Aires, quedó en el corazón residencial de la clase alta porteña. Las familias *paquetitas* se casaban y comulgaban en la iglesia Nuestra Señora del Pilar, una de las más antiguas, fundada por los franciscanos recoletos, que lindaba con el cementerio y se conectaba con un convento de monjas y un asilo de ancianos.

A las 18.30 Susana se presentó en el cementerio y tocó la puerta. Urondo le había pedido un último favor: que invitara a salir a su enamorado ese día. Sería el anzuelo para que, después del horario del cierre, pudiera ingresar un segundo grupo de combate, el que vigilaría la puerta mientras que el primero, oculto en el panteón de la Unión Cívica Radical, cumplía adentro su misión.

El guardia se encontró con que su cita había llegado acompañada por un grupo de hombres armados y escuchó a uno de ellos gritarle, un poco desaforado.

—¿Así que te querías garchar a nuestra compañera, pelotudo? Ahora te vas a hacer bien la puñeta.

Susana, que también empuñaba un arma con naturalidad, no agregó una palabra. Cerró las ventanas que daban a la calle y cooperó para que sus compañeros inmovilizaran al policía y a un empleado administrativo que había quedado en la oficina. Le quitaron su pistola y el manojito de llaves que tenía en el bolsillo.

Dirigía el grupo encargado de la vigilancia Roberto Ahumada, famoso entre sus compañeros por haber inventado explosivos ingeniosos como las pelotas de ping-pong rellenas de clorhidrato de potasio y ácido sulfúrico, que se rompían al impactar y liberaban una bola de fuego. Como refuerzo de *Beto*, una pareja —del equipo de contención— recorría el perímetro:

caminaba con un cochecito que en el asiento del bebé escondía una ametralladora, vigilada a su vez por otra pareja que paseaba un perro.

Cada grupo tenía walkie talkies y reportaba al equipo de comunicación, que para coordinar el operativo había montado una oficina en un departamento a cinco cuadras. El de logística, donde estaba Ernesto Jauretche, le brindaba apoyo: había interceptado en banda modulada la radio de la policía.

El comando escondido en la tumba de Yrigoyen esperaba la señal para avanzar cuando la pareja que recorría la vereda del cementerio alertó:

—¡Atención! ¡Atención! Se acercan patrulleros.

Dos autos de la policía y una ambulancia avanzaban por la calle Junín.

El equipo de logística escuchó que se había denunciado un suicidio en la zona y el de comunicación ordenó a todos permanecer quietos hasta nuevo aviso.

En otro departamento, con vista al cementerio, Rodolfo Walsh observaba la escena desde un balcón. Nadie había dañado la reputación de Aramburu tanto como Walsh. El periodista había sido el primero en revelar, en una serie de artículos que dieron origen a su libro *Operación masacre*, que en 1956 Aramburu no solo había ordenado ejecutar al general Juan José Valle, quien encabezó un levantamiento contra los militares golpistas, sino que además había consentido el fusilamiento clandestino de civiles, que causó cinco víctimas.

Walsh y Urondo eran buenos amigos: tenían prestigio intelectual y se respetaban. Ninguno buscaba la aprobación de los jóvenes que dirigían Montoneros, aunque Walsh, que venía de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), la obtenía más que Urondo: lo veían menos bohemio, más respetuoso de las jerarquías, con una obsesión por los datos de gran utilidad para el Servicio de Información, la inteligencia de la organización. A pedido del poeta, Walsh había relevado el terreno para identificar los puntos fuertes y débiles en la seguridad del cementerio y se había ofrecido a cooperar desde un puesto de vigilancia en altura.

Al cabo de una hora, cuando la oscuridad ya era total, el equipo de comunicación avisó que los policías ya habían despejado la zona y los atacantes escondidos, con linternas para alumbrar el camino, se dirigieron por fin a la bóveda de la familia Aramburu.

En la calle principal del cementerio, Urondo se detuvo delante de un cubo de piedra tallada. Con una pinza forzó la cerradura, corrió un pestillo,

levantó una y después otra de las tapas metálicas, decoradas con una cruz, para abrir una suerte de ventana en el techo de la bóveda. Corrió una pequeña puerta y con una linterna bajó las escalinatas que conducían a un subsuelo.

El féretro de madera de cedro pulido a mano no había perdido el brillo. Tenía puntas redondeadas, herrajes de bronce, una chapa tallada «Pedro Eugenio Aramburu», una cerradura, la imagen de Cristo y ocho manijas, cuatro a cada lado: características distintivas del *modelo presidencial*, el más costoso entre los que ofrecían las funerarias. Tanto lujo afectaba el peso: entre noventa y cien kilos. Un detalle en el que nadie había reparado durante la planificación.

El equipo de ataque no contaba con las herramientas necesarias para sacarlo a la superficie: debían elevarlo en diagonal, sobre la inclinación de la escalera, y se les resbalaba.

—¡La puta madre, pesa una barbaridad! Se nos va a caer.

Urondo violó su propia orden de moverse sin pronunciar palabra para respetar el silencio que a esa hora dominaba el espacio. Por más fuerza que hicieran, no lograban extraerlo del hueco que lo contenía. Encontraron por ahí una soga con un torno, herramientas que usaban los cuidadores, y tras un largo forcejeo, lograron sacarlo.

Lo subieron a una carretilla y lo arrastraron hasta el depósito de flores, la vía de escape que habían encontrado con mucho esfuerzo.

Nunca habían considerado la posibilidad de salir por la puerta principal: después de la 6 de la tarde, cualquier movimiento inusual hubiese llamado la atención de ese calmo vecindario.

Durante meses la falta de salida amenazó con ser un obstáculo insuperable. Hasta que descubrieron un hueco en el exterior del muro de ladrillo que rodeaba al cementerio, sobre la calle Vicente López, perpendicular a Junín, a dos metros del nivel del piso. Daba a un depósito donde los cuidadores apilaban las flores y las coronas marchitas. Un camión de basura las recogía dos veces por semana sin ingresar al cementerio: el chofer encajaba la culata contra el muro y los recolectores le tiraban la carga desde adentro.

Ellos harían lo mismo.

En el depósito todavía los esperaba otro imprevisto: estaba vacío. Urondo y otros tomaron unas carretillas y salieron de apuro a recolectar coronas y ramos entre las bóvedas.

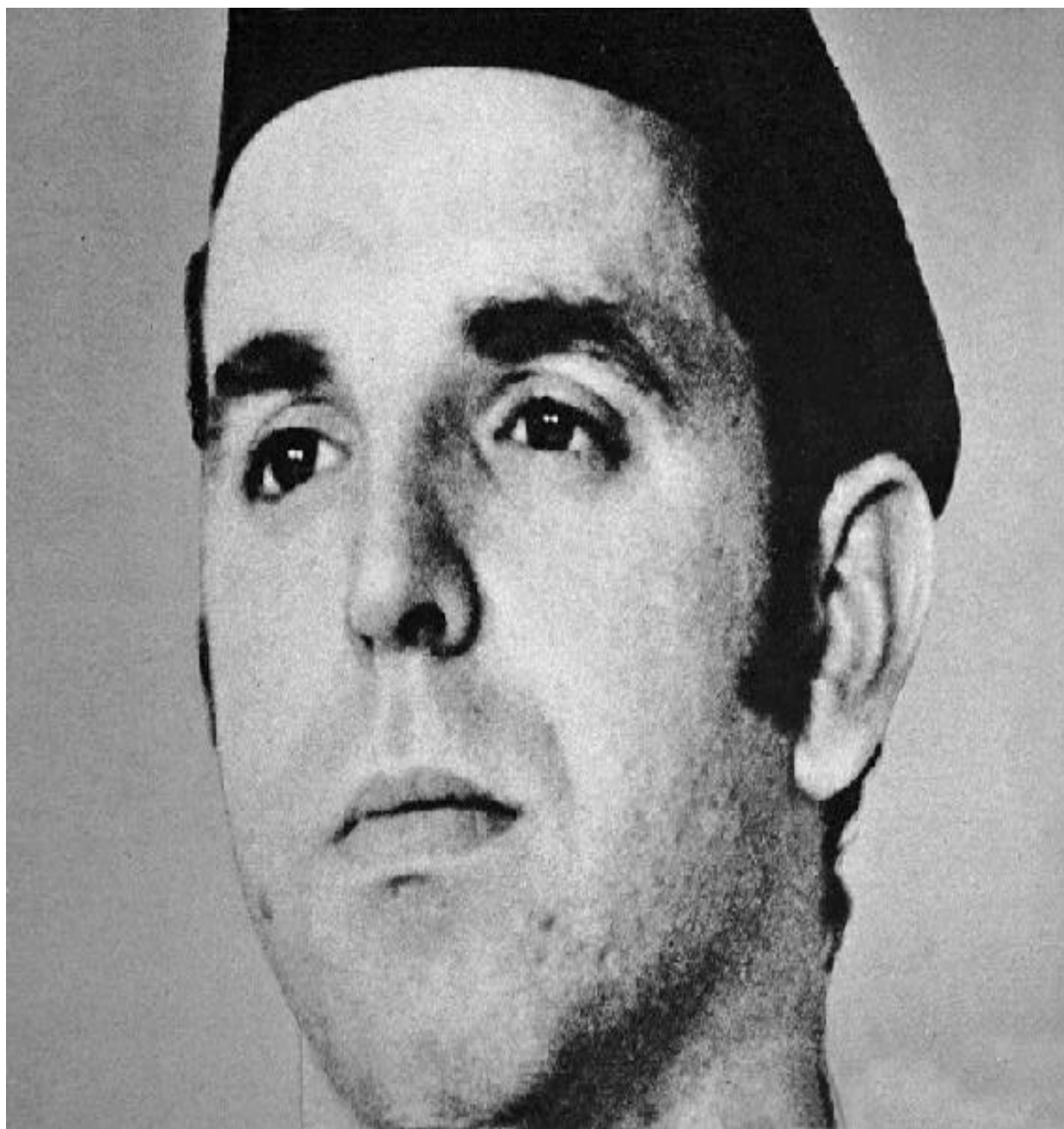
Cerca de la medianoche, bastante más tarde de lo previsto, el equipo de contención recibió el mensaje de hacer la seña convenida al chofer que aguardaba en la vereda, al volante de un camión de basura que habían robado pocos días antes.

Tres militantes vestidos como recolectores cubrieron el ataúd con las flores para que no quedara a la vista y el camión arrancó. Cuatro autos de apoyo, tres estacionados en Vicente López y uno en Azcuénaga, con una pareja cada uno, lo siguieron.

Antes de salir caminando por la puerta principal, bajo la lluvia y con el policía y el empleado administrativo aún amordazados, uno de los últimos comandos en irse firmó con aerosol negro la autoría del robo: «MONTONEROS».

Paco Urondo había ingresado con su comando al cementerio de la Recoleta a terminar una misión que había quedado inconclusa con el primer secuestro de Aramburu: lograr la repatriación del cadáver de Eva Perón.

UN ALMUERZO CON MARIO FIRMENICH



**Duro, duro, duro
Vivan los Montoneros
que mataron
a Aramburu**

JUVENTUD GRAFICA PERONISTA

Mario Eduardo Firmenich.

Volante de la Federación Gráfica Bonaerense.

OceanofPDF.com

Vilanova i la Geltrú, 21 de agosto de 2017

En octubre de 1974, además del cadáver de Pedro Eugenio Aramburu, los Montoneros tenían secuestrados a los hermanos Jorge y Juan Born, herederos del principal grupo económico de la Argentina de la década. Estaban encerrados en dos cuartos diminutos y sin ventanas, sin saber nada el uno del otro, en el sótano de una casa operativa en el norte del conurbano. La psiquis de Juan había colapsado, pero a Jorge, el mayor, le quedaba ánimo suficiente para conversar con los guardias que lo custodiaban. Ellos le contaron la novedad del robo en el cementerio de la Recoleta como una gracia. Él les respondió con estupor:

—¿No les bastó con haberlo matado?

Desde que me contaron esa anécdota, la frase de Born reverberó en mi cabeza, tenaz. Había publicado un libro sobre el secuestro de los hermanos en 2015 y no pensaba escribir otro ligado a los Montoneros. Pero sentí lo mismo que me había llevado a investigar el caso anterior: el crimen de Aramburu era un episodio conocido y, a la vez, con demasiados puntos oscuros.

A los ochenta años, Jorge Born me había contado lo que había callado durante la mitad de su vida. Sabía que Mario Firmenich era un testigo aún más reticente, pero lo busqué igual con un objetivo definido: desentrañar el secuestro de Aramburu para entender el punto de partida de Montoneros. Acaso al sentir el peso de la edad —estaba por cumplir setenta años— también él quisiera abrirse a conversar sobre un episodio incómodo y de gran relevancia de la historia nacional.

Por momentos mi búsqueda se convirtió en una persecución excesiva, tanto que muchas veces quise abandonarla. Firmenich nunca colaboró con periodistas ni investigadores. Tampoco aceptó publicar sus memorias: hasta ahora no lo tentaron el interés persistente de las editoriales más importantes de la Argentina ni la posibilidad de ganar un dinero significativo para su economía familiar. Muy rara vez se toma el trabajo de responder a los pedidos de entrevistas. Cuando lo hace, la fórmula es siempre la misma: «Muchas gracias, pero no».

Un día, por fin, conseguí sentarme frente a él. En ese instante mi empeño recuperó sentido: no hay otro testigo como él, el jefe de Montoneros hasta su total disolución en 1990. Tiene una memoria descomunal y conoce la historia de la organización guerrillera argentina más importante desde el

momento de su creación, porque también integró el grupo fundador. Es, no obstante, esquivo a la hora de contar, casi avaro.

Gracias a la gestión de un allegado en común, quien le pidió que al menos me recibiera una vez, accedió a verme. No tenía interés en hablar conmigo, me mandó a decir, pero no podía rechazar al intermediario, un político peronista y católico sin vínculo con Montoneros por quien siente gratitud o lealtad. Volé a Barcelona sin tener certeza de si cumpliría con su media palabra o no.

María Martínez Agüero, *la Negrita*, esposa de Firmenich, coordinó el encuentro. Tomé el tren que ella me indicó y casi una hora más tarde bajé en Sitges, un pueblo pequeño con una ubicación privilegiada frente al Mediterráneo. Me contaron que en las cercanías estaban las residencias de Lionel Messi y algunos de sus compañeros del Barça, pero Firmenich llevaba una vida bastante más austera. Vivía en una pequeña casa alquilada cerca de la montaña, en Vilanova i la Geltrú, en un lugar aislado y con pocos vecinos.

Al llegar a la estación de Sitges, Martínez Agüero se disculpó porque su esposo había decidido no recibirme. Se había levantado testarudo, no había caso. Ella lamentaba que yo hubiese volado hasta España. Le dije que no se preocupara, que siempre conocí el riesgo de que algo fallara.

Fuimos a tomar un café. Al rato se sumó Facundo, el hijo menor de los Firmenich, un joven alegre, también vecino de Sitges, a quien yo había entrevistado en un programa de televisión. Martínez Agüero y Firmenich transitaron gran parte de sus vidas en la ilegalidad, en la cárcel, en el exilio o simplemente escondidos, pero en la madurez parecen un matrimonio tradicional con una familia numerosa —cinco hijos, Mario, María Inés, Agustín, Santiago y Facundo, y seis nietos, cinco varones y una nena— distribuida en la Argentina y España.

A ella le toca ir y venir entre Buenos Aires, Córdoba y Barcelona: nadie la reconoce. Firmenich, en cambio, tiene los movimientos bastante más acotados.

Nadie de su familia me lo contó, pero supe por otras vías que las pocas veces que viaja, vuela hasta Montevideo, toma un barco al puerto de Buenos Aires y desde allí marcha a Córdoba, donde se refugia. Quiere evitar que lo reconozcan y lo insulten. Solo los genocidas de la dictadura despiertan una reacción equivalente, y la mayoría ha muerto. A los setenta años, Firmenich luce inconfundible para cualquier persona que sepa de

quién se trata: el gesto adusto, las cejas tupidas y el gran lunar junto a la boca. Le han salido canas pero no ha perdido el pelo, que mantiene siempre corto, lo cual le da un aire a militar o policía retirado.

Si alguien lo confrontara al grito de «¡Asesino!» —hipótesis probable— le costaría mucho contener su reacción, y el episodio explotaría en las redes sociales. Su prudencia reconforta a su familia. Sus hijos han sufrido cada una de sus apariciones públicas, además del peso del apellido. Facundo, graduado en economía y experto en comunicación que ha asesorado a otros políticos, se ha resignado a que su padre nunca tomará sus consejos para suavizar sus modos, su estilo soberbio y sentencioso.

Aquel día, apenas me despedí de la mujer y el hijo de Firmenich, volví a comunicarme con mi intermediario. ¿Podría llamar al número de ella —él no tenía uno propio, que yo supiera—, y si lo encontraba de humor, podría insistirle? Horas más tarde me anunció una segunda oportunidad.

Volví a coordinar con Martínez Agüero; convinimos en que intentaríamos otra vez. Me dijo que esa semana dos de sus nietos iban a pasar una noche con ellos, y que al día siguiente los llevarían a la casa de la madre: podía ser una buena oportunidad. Otra vez hice el tramo en tren desde Barcelona, otra vez me encontré con ella, ahora en el estacionamiento abierto donde había dejado su auto, cuyo aspecto más llamativo eran las sillitas para niños en el asiento trasero. Caminamos unos metros hasta una zona de restaurantes con vista a un amarradero de lanchas y el Mediterráneo; le pedí que eligiera un lugar para almorzar. Nos sentamos en uno muy agradable y mientras yo leía el menú de promoción con tres pasos, ella le avisó a Firmenich que lo esperábamos allí.

Cuando llegó —inconfundible— me saludó. Seco.

—Hola.

—¡Hola! —yo estaba contenta, me salió un poco de entusiasmo—. Gracias por recibirme.

Pedimos la comida: los tres ordenamos pescados, pero solo yo me incliné por el bacalao. Quise iniciar la conversación sobre algún tema inocuo, no tanto como el clima, pero algo que no generase controversia o tensión. La coyuntura política argentina: seguro que le interesaría, y dado que no tenía injerencia ni responsabilidad, podría hablar con desenvoltura. Firmenich analizó la realidad desde la perspectiva del papel que cumplía el peronismo: cuando almorzamos gobernaba Mauricio Macri, a quien la división del

Partido Justicialista —dijo— le había facilitado el ascenso al poder en 2015.

Estaba muy al tanto de todo lo que ocurría en la Argentina. Aunque ya llevaba más de dos décadas viviendo en España, se mantenía permanentemente al corriente de las noticias: el devenir de la política y de la economía argentinas seguía siendo el principal objeto de interés en su vida. Lo llenaba de frustración ese lugar de observador que parecía haberle quedado, como un acechador de los acontecimientos.

Le quedaba poco tiempo como profesor. Enseñaba en la Universitat Rovira i Virgili, en Tarragona, a cuarenta minutos de su casa, y también daba clases de economía en la plataforma virtual de una universidad privada en línea de Cataluña, conocida por su sigla, UOC. En ambos trabajos lo iban a jubilar: nada personal, la edad. El trámite se activaría de manera automática, aun cuando, por su vida un poco nómada, no había completado la cantidad de años suficientes de aportes. Eso también le causaba enojo, porque lo privaría de su único ingreso estable, pero nada dijo al respecto: podía exigir protagonismo, pero nunca compasión.

Me comentó que uno de sus estudiantes le había dicho que era un desperdicio que ningún gobierno lo contratara como consultor. «En Argentina sería un escándalo», pensé, justo cuando él aclaró que hablaba de otros países de América Latina. Iba a preguntarle qué tipo de asesoramiento podía brindar, pero la charla fluía a su propio ritmo y de pronto podíamos ir hacia el pasado. Me animé a sacar el tema del secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born, con el que Montoneros recaudó 60 millones de dólares en 1975: el rescate más caro de la historia.

En su momento yo lo había contactado, infructuosamente, para despejar dudas; con el libro ya publicado, las preguntas se habían vuelto mucho más livianas, casi inofensivas, para sus oídos. Como si mi oficio hubiese mutado de periodista a arqueóloga.

Le pregunté por el destino final de los 60 millones de dólares y asumió como cierta la versión más extendida: una parte importante del dinero había ido a parar a una cuenta controlada por el gobierno de Fidel Castro. La cúpula de Montoneros —un trío liderado por Firmenich, con Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja— tuvo acceso a esos fondos mientras permaneció en Cuba. Durante años contó con recursos para financiar la estructura y las operaciones propias en la Argentina y en el mundo, y hasta brindó ayuda a grupos insurgentes en América Central. Las cosas debieron terminar mal:

Firmenich sugirió, con una sombra de fastidio, que en la década de 1990, por un acuerdo secreto con el gobierno de Carlos Menem, en La Habana dieron por cerrada la cuenta en forma unilateral. No dijo cuánto dinero había quedado atrapado.

Los cubanos también se habrían quedado con los documentos más valiosos de Montoneros: no los habían devuelto porque —explicaron— un huracán inundó la caja fuerte de la oficina de inteligencia donde se guardaban los papeles de la guerrilla peronista. Si la historia era cierta, el diario que Jorge Born escribió para intentar sobrellevar los nueve meses de su cautiverio se había perdido en el ciclón. Allí, Born había consignado el episodio del robo del cadáver de Aramburu.

Desde el inicio, Martínez Agüero conoció el ansia que me movía; creyó que, por malas que me hubieran tocado las cartas, valía la pena intentar que él rasgara su silencio. Y ahí estábamos, comiendo pescado, hablando del pasado. Era mi oportunidad.

Le pedí permiso a Firmenich para tomar apuntes. Me lo dio.

Puse el bacalao a un lado y saqué mi cuaderno de notas. Sentí que progresaba. Me animé a mencionar a Aramburu.

Hablar del segundo secuestro —el del cadáver— me pareció una buena entrada: aunque fuese un asunto macabro, no le había costado la vida a nadie. La respuesta de Firmenich no se demoró un segundo, y sonó fuerte:

—Nunca estuve de acuerdo. Y me enteré por (el diario) *Crónica*.

Acaso no mentía: Urondo tenía fama de desobediente.

La entonación de Firmenich al negar esa aprobación me sugirió que, además, el episodio le había caído mal. Podía ser una percepción errada: al fin de cuentas estaba escuchando al único sobreviviente —al menos conocido— del grupo que había asesinado al general Aramburu en mayo de 1970. ¿Tan repudiable le podía parecer el robo de un ataúd con los restos de Aramburu cuatro años más tarde?

Bastó con que insinuara apenas mi sorpresa por su objeción para que me explicara, con la desesperanza de quien sabe que si hace falta hacerlo es porque el otro no va a entender:

—Somos cristianos. Con los muertos no se jode.

En efecto, no entendí que el cadáver le pudiera parecer más sagrado que la vida. Lo miré perpleja. Agregó:

—Los muertos descansan en paz.

OceanofPDF.com

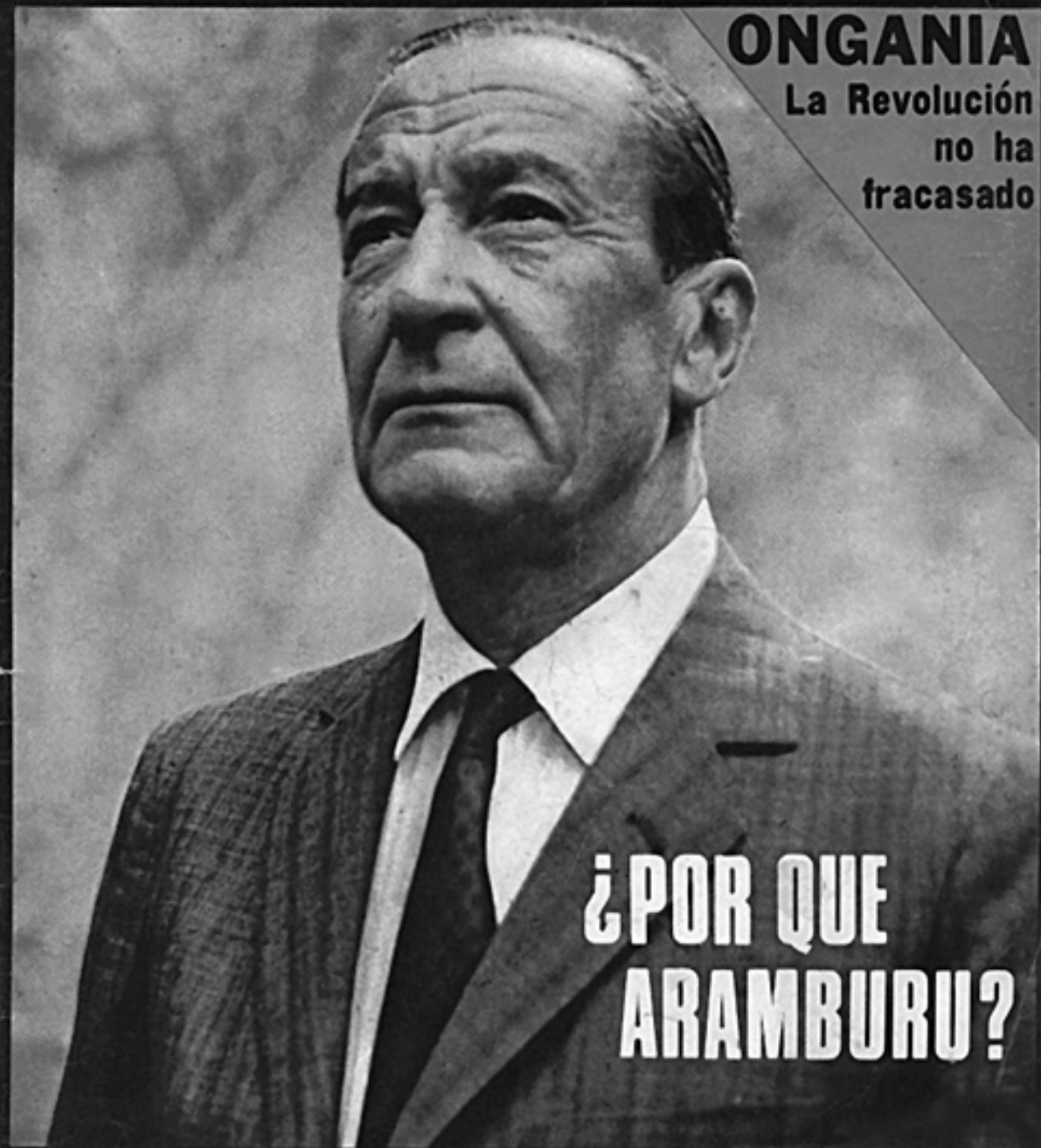
EL SECUESTRO

CONFIRMADO

AÑO III - N° 113 - AGOSTO 17 DE 1967 - \$ 150.-

REVISTA SEMANAL DE NOTICIAS

ONGANIA
La Revolución
no ha
fracasado



**¿POR QUE
ARAMBURU?**

LA ARQUEOLOGIA
EN LA ARGENTINA

GP ANO N. 38 BUENOS AIRES, JUNIO 9, 1970 - \$1.50 - m \$n150

PERISCOPIO

UNA SEMANA DE ANGUSTIA



SARA HERRERA DE ARAMBURU

Pedro E. Aramburu en *Confirmado*, 1967.

Sara Herrera de Aramburu en *Periscopio*, 1969.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, viernes 29 de mayo de 1970

El teléfono sonó, perturbador, poco después de la medianoche, cuando Pedro Eugenio Aramburu y su mujer Sara Herrera ya dormían. El militar se incorporó y atendió la llamada desde el aparato sobre su mesa de luz.

—¿Se encuentra el general Aramburu?

—Soy yo. ¿Quién habla?

—...

—¡¿Quién habla?!

—...

—¡¿Por qué no se dejan de molestar?!

Sara, que también había despertado, se inquietó:

—¿Qué pasa, Eugenio? ¿Quién era?

—No lo sé. Cortaron. O se cortó. Quién sabe.

—¡Otra vez!

En esa casa las llamadas se interrumpían con frecuencia. A pedido de Sara, el servicio de reparaciones había enviado dos empleados a revisar los cables en la terraza del edificio. Dijeron que habían reparado el desperfecto y se retiraron.

Al militar le había parecido ingenuo el comportamiento de su esposa: él tenía la certeza de que los servicios de inteligencia del gobierno de Juan Carlos Onganía habían interferido la línea para escuchar sus conversaciones.

Aquella noche corroboró sus sospechas.

Onganía, acaso, tenía razones para querer vigilar sus movimientos.

Así como la sociedad se había dividido frente al peronismo, también en las Fuerzas Armadas había dos corrientes ideológicas bien definidas, entre liberales y nacionalistas, ambas de impronta anticomunista. En 1955 se habían unido contra el enemigo en común —Juan Domingo Perón— pero, apenas dieron el golpe, otras vez asomaron sus diferencias. Aramburu, profesor de la Escuela de Guerra, siempre había pertenecido al ala más liberal del Ejército, la más antiperonista, tal vez por la influencia de sus estudios en Francia. Participó de la conspiración contra Perón y a los dos meses le arrebató el poder al general Eduardo Lonardi, del ala nacionalista, que le había ganado la primera pulseada. Los contrarios de Aramburu —los generales que venían de la línea de Lonardi— habían vuelto a imponerse en 1966 de la mano de Onganía.

El 29 de mayo era el Día del Ejército y nadie lo había invitado al acto oficial: a él, que había ocupado la presidencia de facto durante dos años y medio, entre noviembre de 1955 y mayo de 1958, durante la llamada Revolución Libertadora. Un recuerdo de aquella escuela de formación de cadetes, de la que había egresado casi cincuenta años antes, atravesó su mente. A sus adversarios dentro de las Fuerzas Armadas no les bastaba con ignorarlo: se tomaban además el trabajo de molestarlo.

Onganía iba a encabezar el acto en el Colegio Militar de El Palomar. Había bautizado a su dictadura como Revolución Argentina y tenía la pretensión de perpetuarse sin plazos en el poder, precisamente cuando Aramburu había manifestado que los golpes de Estado ya no eran una salida viable para el país. En esta nueva vena, Aramburu conspiraba para forzar una salida electoral que lo contaría como importante protagonista. Aunque para muchos era la figura más emblemática de 1955, el general había roto con su pasado al punto de tender puentes con el mismísimo Perón, exiliado en Madrid.

A las 8.45 de la mañana un Peugeot 504 blanco, con un tapizado contrastante rojo vivo, se detuvo en la calle Montevideo, a mitad de camino entre Santa Fe y Charcas, como se llamaba entonces Marcelo T. de Alvear. Ingresó al garaje donde el teniente general guardaba su automóvil, en la misma cuadra de su departamento, un piso de tres dormitorios y 170 metros cuadrados, pero sin cochera, a doce cuadras del cementerio de la Recoleta.

Del asiento del acompañante descendió, vestido con un sobretodo oscuro, Ignacio Vélez Carreras; Fernando Abal Medina y Emilio Maza salieron del asiento trasero y con ropa militar.

Vélez se dirigió a Humberto Fernández, el encargado del estacionamiento, con tono firme, impostando un poco la voz, para aparentar algo más que veintitrés años:

—Buen día. Venimos a buscar al general Aramburu.

Como había obras de mantenimiento sobre la calle Montevideo, no habían querido detenerse en la puerta para evitar que el tránsito se trabara, explicó. Fernández accedió.

—Muchas gracias. Enseguida venimos con el general.

La reparación les había complicado los planes a último momento: ellos iban a cortar la calle con un cartel de «Hombres trabajando», pero la

realidad se les anticipó y debieron improvisar otra cobertura para el segundo auto que participaba del operativo.

Gustavo Ramus detuvo el auto de apoyo, una pickup Chevrolet, junto a la puerta del colegio Champagnat de los Hermanos Maristas, frente al estacionamiento. Su compañero del colegio secundario, Mario Firmenich, de veintidós años recién cumplidos, bajó del auto disfrazado con un uniforme de policía y Carlos Maguid, con una sotana. Firmenich se paró alerta en la vereda y Maguid se confundía entre los curas de la escuela religiosa. La puerta trasera de la camioneta quedó abierta, con una ametralladora al alcance de la mano para cualquiera de los dos.

La actuación de Carlos Capuano, que había quedado al volante del Peugeot 504, no convenció del todo al encargado. A pesar de su traje azul cruzado (el atuendo de chofer de un funcionario público) lo impresionó como alguien demasiado joven para ese trabajo. Calculó que tendría unos veinte años y no se equivocaba: había cumplido veintiuno hacía muy poco.

Pero tenía otras aptitudes. Criado en una familia adinerada de Córdoba, en la que abundaban los aficionados al automovilismo, un hobby de ricos, Capuano era el más hábil para manejar. En pocas maniobras colocó el auto de frente a la salida, puso el freno de mano, dejó el motor encendido y tranquilizó a Fernández:

—Son unos minutos, nada más —y observó a sus compañeros.

Norma Arrostito había bajado del auto de Ramus en la esquina de la avenida Santa Fe y ahora caminaba hacia la puerta: su puesto asignado de vigilancia. Era la única mujer del grupo, y con treinta años, la de más edad. Así y todo, se había maquillado y llevaba una peluca rubia para que le diera aspecto de mayor; tenía un arma en la cartera, apretada contra el pecho.

Eran las 8.50 de la mañana.

Los tres que habían bajado del Peugeot tocaron el timbre del departamento que ocupaba el octavo piso de Montevideo 1053.

Sara, que estaba por salir de compras, levantó el portero eléctrico de la cocina. Escuchó:

—Venimos a ver al teniente general Aramburu en representación del Comandante en Jefe del Ejército.

A los veintipico, cuando otros jóvenes de su edad y de sus círculos sociales estudiaban para terminar carreras universitarias, ellos se habían propuesto enderezar la historia, vengarla con un crimen.

Y si era necesario, estaban dispuestos a morir en el intento.

Aramburu seguía en pijama, porque a nadie esperaba; Sara igual abrió la puerta de entrada al edificio sin formular más preguntas.

—Suban.

Abal Medina, Maza y Vélez Carreras atravesaron el hall principal y llegaron hasta el ascensor sin que nadie los viera. El portero, Roberto Esclavo, que vivía en la planta baja, había salido.

Cuando llegaron al octavo piso, los dos vestidos de militares salieron al palier del departamento; Vélez, que estaba de civil, quedó escondido dentro del ascensor. Sara abrió la puerta y el más alto —Abal— se presentó con un apellido que ella no recordaría luego. Solo reparó en el uniforme del ejército y los atributos plateados sobre el hombro, que lo identificaban con el rango de mayor. Sara miró al acompañante, y Abal lo presentó con un ademán y pocas palabras:

—Vengo con el oficial.

Maza —que había estado pupilo en el Liceo Militar de la provincia de Córdoba— se cuadró erguido y saludó. A Sara, una maestra criada en Santiago del Estero, que vivía entre militares desde que se casó con Aramburu, la actitud y el habla de los visitantes le resultaron convincentes. Jamás pensó que tuvieran veintitrés años Abal Medina y veintiséis Maza. Creyó que estaba delante de jóvenes de unos treinta y cinco años que bien podían preguntar por su marido.

—Buen día. ¿Qué necesitan?

—Nos envía el comandante en jefe del Ejército a ver al teniente general Aramburu —repitió Abal Medina. Llevaba un bigote postizo para aparentar más edad; con la espalda bien derecha, quería asumir la postura de los militares y ocultar la ametralladora que tenía debajo de un piloto verde oliva.

Sara lo miró; dudaba. Para convencerla hizo una pausa y agregó en voz baja, como una confidencia:

—Razones de seguridad.

Ella nunca se había involucrado en los asuntos políticos de su marido, pero había estado atenta. Y apenas días antes él le había comentado que había «barullo en el ambiente». La había preocupado.

Sara vivía con miedo desde que, por casualidad, el jardinero de la quinta que tenían en El Talar de Pacheco había encontrado una bomba. Nunca dieron con los responsables del atentado fallido. El único hijo varón de los Aramburu, llamado Eugenio como su padre, los acompañaba sin falta

cuando iban los fines de semana, y dormía con las persianas levantadas por precaución, ya que su padre no tenía siquiera un perro guardián en la quinta.

Sara había pasado otro mal momento una mañana cuando en el hall de la planta baja apareció una corona de flores negras, un presente macabro para el habitante más célebre del edificio, su marido.

En ninguno de los casos Aramburu se molestó en sacar una conclusión. A las internas de las Fuerzas Armadas había que sumar «el accionar de grupos terroristas», como los llamaba, que tenían como blanco dilecto a los militares. El general pensaba en la amenaza comunista, en las guerrillas que recibían ayuda de Cuba, el ariete de la Unión Soviética en América Latina. No creía tener más cuentas pendientes con el peronismo.

Aquella mañana, cuando los jóvenes oficiales preguntaron por su marido, Sara les abrió la puerta.

—Pasen —les dijo.

Con un gesto les indicó el living, una sala con muebles de estilo y sillones tapizados en terciopelo, dispuestos alrededor de una chimenea sobre la que colgaba un gran espejo. La luz ingresaba por el ventanal desde el que se veía la calle.

—Aguarden acá. Le voy a avisar.

Abal Medina y Maza se sentaron en los sillones que Sara les indicó. Cuando se perdió por un pasillo, comprobaron que las armas que llevaban no asomaran debajo de los uniformes.

Aunque nunca habían estado en el departamento, reconocieron la araña en el techo, las lámparas de pie, los adornos de plata sobre las mesitas de apoyo, los portarretratos con fotos de la pareja y los hijos, Eugenio y Sara, la hija mujer, que se había casado con el diplomático Werner Burghardt y vivía en Francia.

Firmenich había espiado la disposición de la sala desde la biblioteca del Champagnat, ubicada a la misma altura en el edificio de enfrente. Los curas maristas, que lo conocían como un chico del Colegio Nacional Buenos Aires que había militado en la Juventud Estudiantil Católica, creyeron su interés por los libros: jamás imaginaron lo que tramaba.

También habían estudiado ese living gracias a las revistas. Aramburu salía en los medios porque operaba para volver a la presidencia, ya no por la vía de un golpe militar. Lo había intentado en las elecciones de 1963 —en las que se impuso el radical Arturo Illia, luego depuesto por Onganía— pero había resultado tercero. Para 1970 había comprendido que la

prohibición total del peronismo convertía al sistema político en un juego imposible y buscaba un acuerdo que posibilitara su reinserción.

Esa postura, tan distante de su propia biografía, no resultaba creíble para sus antiguos contrarios y le había ganado nuevos enemigos dentro de las Fuerzas Armadas. La revista *Tiempo Social*, ligada al gobierno de Onganía, había publicado en su portada el dibujo de un sátiro con las facciones de Aramburu, bajo el título: «Caín quiere cubrir de sangre nuevamente a la Argentina».

Cuando Sara llegó al dormitorio para informarle que dos oficiales lo esperaban en el living, Aramburu sintió una vaga irritación: era muy metódico, y de pronto debía alterar sus planes. Había completado los quince minutos diarios de calistenia, una rutina de gimnasia sueca con la que se mantenía en buena condición física. Pero le faltaban la ducha y el afeitado, y leer *La Nación*.

—Ofreceles un café que enseguida voy.

—Le digo a Teresa. Yo salgo a hacer las compras.

Por el apuro, Aramburu se vistió con la misma ropa que había usado la noche anterior: camisa blanca, pantalón y saco grises con sus infaltables lapiceras Parker en el bolsillo. Se colocó la corbata, azul con rayas también azules, más intensas, y una traba dorada. Solo descartó el chaleco. Dejó el pijama sobre la cama y las pantuflas en el piso, confiado en que pronto volvería a guardarlas en el ropero.

Mientras se dirigía a la puerta, Sara se cruzó con María Luisa, quien trabajaba por horas en la limpieza de la casa, y le pidió que brindara café a los dos oficiales. Entonces saludó desde la puerta; en el palier, Vélez Carreras alcanzó justo a escuchar que la mujer de Aramburu salía. Subió al ascensor, se bajó en otro piso, y volvió a ese palier cuando Sara ya no estaba, a esperar que Abal y Maza salieran con el secuestrado.

Cuando María Luisa llevó el café encontró a Aramburu sentado con los dos militares. El general le pidió «una tacita» para él también. Sin embargo, en el tiempo en que se demoró en buscar un tercer pocillo, cambiaron de parecer:

—No vamos a tomar nada, gracias.

En verdad no querían dejar sus huellas digitales.

María Luisa acomodó la vajilla de todos modos. Las tasas seguían sobre la mesa, sin rastro de haber sido utilizadas, cuando Sara regresó de las

compras.

Había pasado media hora. El living estaba vacío: su marido se había ido con los dos oficiales. María Luisa le informó que no le había dejado ningún recado. Tampoco Teresa, una empleada que vivía en la casa desde hacía dos semanas, sabía nada. Ella, que estaba en la cocina, ni se había cruzado con los visitantes. Sara se asustó, y se irritó.

—¡Pero no es posible!

—...

—¿Y nadie bajó a abrirle?

Sara dedujo que Aramburu se había ido con su llavero, hecho con la medalla de plata del Regimiento 5 de Infantería con su nombre, que atesoraba. Pero ¿por qué se había ido sin decir adónde? ¿Y con la ropa del día anterior? ¿Y sin afeitarse? Tuvo el presentimiento de que algo malo podía estar ocurriendo. De la nada, un detalle saltó de su memoria para angustiarla: el uniforme del mayor que lo había ido a buscar se veía demasiado reluciente, como si no tuviera uso.

Salió a hacer averiguaciones, alterada. El portero no tenía nada para aportar. Solo Susana Ruiz, la empleada del 7º B, se había cruzado con Aramburu en el palier. Lo acompañaban dos muchachos de uniforme y uno más vestido de civil.

¿Tres? A su departamento habían entrado dos.

En el garaje, Sara encontró al encargado del turno de la mañana.

—Buen día, Humberto. ¿Mi marido se llevó el auto?

—No, señora, su auto está acá. Su marido se fue en otro.

—¿Cómo dice?

—Sí, en el auto que lo esperó acá. Eran cuatro muchachos. Me dijeron que venían a buscar al general. El chofer se quedó esperando y los otros tres vinieron enseguida con él y se fueron.

Ahora eran cuatro, se inquietó.

—¿Y él no le dijo nada?

—No, nada.

Más adelante, cuando la policía lo citara como testigo, el encargado recordaría otros detalles. Conversaba con el mecánico Luis Benedetti cuando vio llegar a Aramburu. Llevaba cara de recién levantado y de pocos amigos, le pareció. Caminaba con un militar a cada lado y el civil, de sobretodo oscuro, iba detrás. Cruzaron sus miradas pero no pronunciaron palabra. Uno de los oficiales abrió la puerta trasera del Peugeot 504 que lo

esperaba; Aramburu subió y quedó en el medio cuando el otro subió por la otra puerta. Cuando el de civil se ubicó en el asiento del acompañante, el auto arrancó por Montevideo y giró en Charcas. Al declarar, Fernández refirió como algo extraño que Aramburu no lo saludara y se ubicara en el asiento posterior, pero en el momento no sospechó ni desconfió, y mucho menos se le ocurrió memorizar el número de la patente.

Su testimonio coincidió con el de Susana Méndez, la empleada de una boutique de la cuadra. Pocos minutos después de haber abierto el negocio a las 9, había visto pasar a Aramburu con otros dos militares; aunque ellos habían sonreído, el general, que iba muy serio, no la había saludado, como era su costumbre. Méndez no había advertido que una mujer —Arrostito, con peluca rubia— vigilaba la escena, mientras fingía que miraba la vidriera.

Sara volvió a su casa a las 10.20 y se abalanzó sobre el teléfono. De nuevo, no funcionaba. Corrió a un departamento vecino para llamar a su hijo al estudio de abogados donde trabajaba, y le pidió que fuera a verla de inmediato. Discó de memoria el número de Bernardino Labayru, uno de los generales que acompañaba sin condiciones a su marido desde la época de la Revolución Libertadora. Antes había sido su alumno en la Escuela Superior de Guerra.

Apenas escuchó su voz, se puso a llorar.

—Venite a casa, Bernardino, por favor... Lo antes posible.

—Sara, ¿qué pasó?

—Se lo llevaron. Lo vinieron a buscar dos oficiales.

—¿Cómo que se lo llevaron...? ¿Adónde?

—No sé. ¡No sé! ¡Nadie dejó nada dicho! ¿Lo habrán llevado preso?

—Hago unas llamadas y enseguida voy. Tranquila.

Labayru vivía en Gorostiaga 1620, muy cerca del Hospital Militar. Podía demorar media hora en llegar a la casa de Aramburu, y no quería dejar a Sara tanto tiempo sola. Le pidió al capitán de navío Aldo Molinari, jefe de la Policía Federal durante la Revolución Libertadora, que se adelantara. Él, además, tenía que hablar con un par de conocidos en la fuerza. ¿Podía estar ocurriendo una revuelta militar?

Recordó que ya en 1957, cuando todavía era presidente, Aramburu había vivido un episodio extraño que parecía tener la huella de sus camaradas de armas. Se disponía a viajar a Costa Rica, invitado a la asunción del presidente José Figueres, cuando justo antes de despegar se conoció una

amenaza de bomba. Todo el pasaje debió bajar. Aramburu se resistió y se quedó a bordo mientras requisaban la nave: sospechó que el objetivo de la intimidación era él y quiso dejar en evidencia que no habían tenido éxito.

A las 11 de la mañana en punto, la primera cita del día que esperaba Aramburu, Ricardo Rojo, tocó el timbre en la calle Montevideo. Era un abogado radical que pretendía ser un puente con Perón.

Cinco meses antes, Rojo había escrito a Perón, exiliado en España, para contarle sobre esas charlas con el general que lo había derrocado. Aramburu —confió Rojo a Perón— creía que Onganía era un mediocre y que su régimen estaba acabado; que había llegado el momento de encontrar una figura de consenso —pensaba en él mismo— que tomara las riendas del país, dictara una amnistía para los detenidos políticos y convocara a un proceso electoral. «El general Perón podría regresar al país y participar decisivamente en el gran esfuerzo común», le había dicho a Rojo, con permiso para que lo informara en Madrid.

—Lo secuestraron —le dijo Sara.

—¿Está segura? ¿Militares? No será que...

—Ricardo —lo interrumpió—, hace años que vivo entre militares. Estoy segura.

—Podría ser gente disfrazada.

—No, no. Conozco los gestos, los modales... Uno era un oficial de unos treinta y pico de años. No me acuerdo el apellido.

Sara guio a Rojo hasta la habitación que Aramburu usaba como oficina, donde ya estaba el círculo íntimo. Eugenio y su cuñado, el diplomático Borghardt, que por casualidad se encontraba por esos días con Sara hija en Buenos Aires, especulaban quién podría estar detrás de los hechos. Desconfiaban del entorno de Onganía: Aramburu parecía no tener adversario más peligroso.

Alejandro Lanusse, jefe del Ejército, quedó eximido de toda sospecha en cuanto Labayru llegó y presentó argumentos de sentido común. Durante el gobierno de Aramburu, Lanusse había sido jefe de regimiento, jefe de escolta presidencial y embajador ante la Santa Sede; aunque se habían distanciado a causa de Onganía, él sabía que habían retomado el contacto recientemente y tenían visiones parecidas sobre la coyuntura.

De pronto, el alivio de que no hubiera sido el Ejército se transformó en inquietud. Si Lanusse no había enviado a los oficiales que se habían llevado

a Aramburu, ¿entonces quién?

Con el permiso de Sara, Labayru sacó de un cajón del escritorio la libreta en la que Aramburu anotaba sus compromisos. Solo encontró la cita con Rojo y un almuerzo en casa de Alejandro Shaw, al que iba a ir con su mujer.

Llegó entonces Arturo Mathov, un amigo de Aramburu de su época antiperonista más rabiosa. En 1953 Mathov, dirigente del radicalismo, había organizado el primer atentado que hizo explotar una bomba en Plaza de Mayo mientras el presidente Perón hablaba desde un balcón de la Casa Rosada. Entre Labayru, Molinari y Mathov convencieron a Sara de que, por más desconfianza que le despertara el gobierno, debían denunciar lo que había pasado.

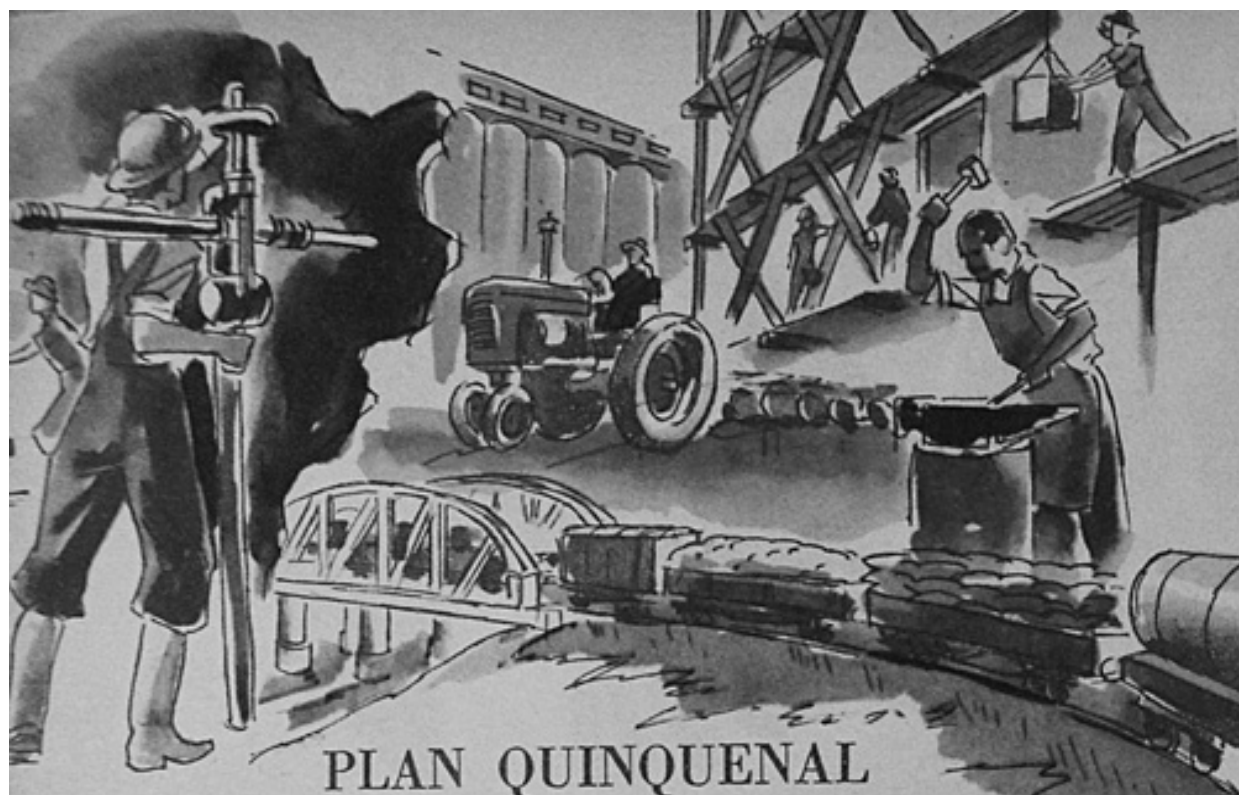
La línea de teléfono había vuelto a funcionar. A las 11.35, casi tres horas después de la misteriosa desaparición de Aramburu, Labayru llamó a la jefatura de la Policía Federal para hablar con Mario Fonseca, uno de los generales de la línea dura más influyentes en el entorno de Onganía, sin la menor simpatía por Aramburu. Cuando Labayru le explicó por qué lo llamaba, reaccionó con frialdad y recelo. La desconfianza era mutua.

Fonseca cumplió con transmitir la información al titular del Servicio de Inteligencia del Estado (Side), Gustavo Martínez Zuviría, otro general de la línea de Lonardi que había participado del golpe contra Perón. En la escuela de cadetes de El Palomar, Martínez Zuviría presenciaba el acto de celebración del Día del Ejército. De inmediato le reportó la novedad a Onganía.

Como no creían que el gobierno diera a la noticia la difusión que merecía, Labayru y Mathov llamaron al subdirector del diario *La Prensa*, Lauro Laiño.

Por fin, a las 12.45, casi cuatro horas después de que le hubieran perdido el rastro, el comando radioeléctrico pidió la intercepción del Peugeot 504 blanco, en el cual «viajarían dos personas con uniforme militar y dos de civil, más un tercero que sería una alta autoridad nacional, que se trataría del ex Presidente Provisional de la Nación, el teniente general retirado Pedro Eugenio Aramburu».

FUMANDO UN PURO



PLAN QUINQUENAL

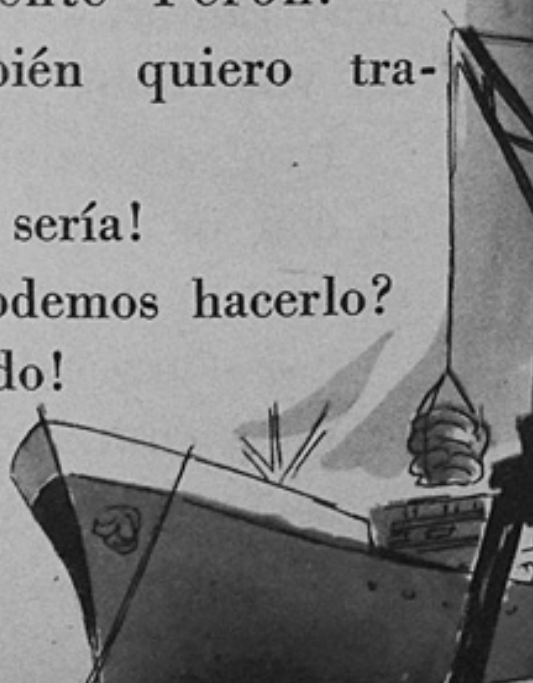
Roque— Todos los argentinos trabajan en el Segundo Plan Quinquenal del presidente Perón.

Joaquín— Yo también quiero trabajar.

Roque— ¡Qué lindo sería!

Carolina— ¿Cómo podemos hacerlo?

Roque— ¡Estudiando!







Libro de primaria del período 1946-1955, con el Plan Quinquenal.

Vehículos incendiados por el bombardeo de junio de 1955.

Pedro E. Aramburu (presidente) junto a Isaac Rojas (vicepresidente).

OceanofPDF.com

Vilanova i la Geltrú, 21 de agosto de 2017

Llevaba bastante tiempo ya tomando notas, el suficiente como para que mi cuaderno de apuntes se hubiera vuelto invisible. La charla se daba cómoda, fácil. Pregunté entonces:

—¿Por qué Aramburu?

La deliberada economía de palabras, sin verbos o adjetivos, me había llevado varios ensayos mentales. Tenía la pregunta para Firmenich lista antes de sentarnos a la mesa.

Alzó sus cejas tupidas, ya grises, y tarareó:

—Fumando un puro / me cago en Aramburu / y si se enojan / también me cago en Rojas...

Sonrió y me observó. No supe qué decir.

La melodía era la de «Fumando espero», un tango de 1922, cuando todavía se glamorizaba el tabaco. En la letra original, «la llama ardiente del amor» aludía tanto al sexo que se anticipaba como a la embriaguez sensual de la nicotina.

La versión del puro, me explicó Firmenich, había sido muy conocida durante la resistencia peronista: él la había aprendido cuando todavía era un niño. Nació el 25 de enero de 1948 y alcanzó a cursar los primeros años de la escuela primaria durante el segundo mandato de Perón, de 1952 a 1955; los textos de la época, llenos de propaganda del peronismo, lo marcaron.

—Estudié con los manuales de Perón y de Evita. La maestra nos enseñó el Plan Quinquenal —dijo, con naturalidad, una expresión argentina, que solo se usó para el plan económico del primer peronismo—. Perón decía entonces que había ganado la primera elección con los obreros y la segunda con las mujeres, tras haber incorporado el voto femenino, y que ganaría la tercera con los niños: era un llamado a nuestra generación.

Su hipótesis desintegraba el lugar común de que los hijos de la clase media *gorila* —antiperonista, y por extensión, para muchos, antipopular— se habían hecho peronistas como acto de rebelión ante sus padres, o al salir de la casa al mundo del trabajo y la universidad: habían sido la escuela y otros instrumentos sociales, como la radio, los que los habían hecho peronistas.

Aunque apenas había cumplido siete años cuando los militares derrocaron a Perón, Firmenich —me dijo— tuvo registro pleno de un hecho de violencia inaudita que ocurrió poco antes, un hecho luego ignorado en

buena medida en los libros con los que estudiaron las generaciones argentinas siguientes: el bombardeo a Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955, que causó la muerte de 355 civiles.

Los mandos de la Marina, la más antiperonista de las tres Fuerzas Armadas, aprovecharon una jornada de exhibición aérea en homenaje a José de San Martín para atacar la Casa Rosada. Querían asesinar al presidente Perón que, alertado por los servicios de inteligencia, logró escapar. Las bombas cayeron sobre las personas que habían ido a la Plaza de Mayo para apoyar al gobierno.

Dudé de su relato: ¿cuánta vigencia podían tener en su cabeza los recuerdos de cuando era un niño de siete años? Pero otra certeza me atravesó como un rayo. Le había preguntado por Aramburu y Firmenich me habló de los bombardeos: quería marcar que el origen de la violencia política en la Argentina del siglo XX no podía ser solo atribuible a Montoneros, que había episodios previos que yo no debía ignorar.

El resto era historia más conocida.

A los tres meses Perón debió partir al exilio. Tras disolver el Partido Peronista, los militares de la Revolución Libertadora se propusieron una tarea imposible: intervenir la memoria colectiva. Un decreto del 5 de marzo de 1956, con la firma de Aramburu y de su vice, el marino Isaac Rojas, estableció prohibiciones a fin de impedir la difusión de una doctrina «que ofende el sentimiento democrático del pueblo» y que «también afecta el prestigio de nuestro país en el campo internacional».

El decreto es una pieza curiosa en su redacción. A tal punto pretendió borrar todo rastro de Perón y de Eva de la conversación pública que empezó por no nombrarlos. Prohibió toda mención o reproducción —en las radios, en los diarios, en los libros de texto: una era pre-redes, que se habrían llenado de memes— del «presidente depuesto» y de «sus parientes». Había en la historia nacional más de un presidente depuesto pero, acaso como un fallido, el sentimiento antiperonista le rindió así un homenaje a Perón: lo convirtió en el único posible. El resto del decreto, en todo caso, no dejaba espacio a la duda.

¿Imágenes del presidente depuesto o de sus parientes? Ni publicar ni difundir; también quedó prohibido el uso o reproducción de fotos, retratos y esculturas de todos «los funcionarios peronistas». ¿La expresión «peronismo», que el texto por fin utilizaba? Ni mencionar siquiera, del mismo modo que sus variantes o sinónimos: «peronista», «justicialismo»,

«justicialista», «tercera posición» y hasta la abreviatura «PP», llamada a evocar el nefando Partido Peronista. No habría forma legal de mencionar a la fuerza política —ya impedida de participar en elecciones, cuando las hubiera— del «presidente depuesto».

Los libros con los discursos del hombre sin nombre y de su segunda esposa —Perón había estado casado con Aurelia Tizón, y había enviudado, antes de conocer a Eva— debieron salir de circulación, y quedaba prohibido citar fragmentos. La «Marcha de los muchachos peronistas», cuyo mero título contenía una palabra interdicha, desaparecía del espectro de ondas sonoras junto con la canción «Evita capitana».

Para quien violara alguna de esas prohibiciones, el decreto preveía hasta treinta días de prisión (sin excarcelación ni cumplimiento condicional) además de multas, inhabilitación para desempeñar cargos políticos y gremiales o ser funcionario público, y clausura por quince días en caso de que se tratara de un comercio, con cierre definitivo para los reincidentes.

Para la resistencia peronista, desafiar esas prohibiciones fue parte de una estrategia: bastaban dos letras —V y P, que significaba «Perón vuelve»— para protestar en las paredes o en los billetes de la moneda nacional. Cantar la marcha peronista o conservar imágenes de Perón y de Eva en las casas se convirtió en otro acto de rebeldía; con los años, en las canchas de fútbol y otros pocos eventos masivos permitidos, cuando el individuo se perdía en la multitud, se popularizaron otras canciones. Como la que tarareó Firmenich en Barcelona:

*Fumando un puro
me cago en Aramburu,
y si se enojan
también me cago en Rojas.
Y si se siguen, se siguen enojando
me cago en los comandos
de la fusiladora.*

Para unos, la revolución era libertadora: había llegado para rescatar al país de una tiranía que ponía en peligro el equilibrio de poderes de una República y derechos básicos de una democracia: perseguía opositores, condicionaba la libertad de prensa, rendía culto a la personalidad de sus líderes y practicaba el clientelismo a gran escala; para otros era, simplemente, fusiladora.

Los militares de 1955 se arrogaron la misión de liberar al país del fascismo y no solo se atribuyeron el derecho a interrumpir el mandato de un presidente constitucional: a sus adversarios, directamente, los pasaron por las armas. Aramburu ordenó fusilar al general Juan José Valle y a otros que participaron con él en una sublevación de civiles y militares que el 9 de junio de 1956 se declaró leal a Perón. Prohibir la palabra era tapar el sol con un dedo. Apagar los focos rebeldes le tomó solo setenta y dos horas: restituyó la pena de muerte y ordenó el fusilamiento de veintiocho personas, incluido Valle, que no era para él un desconocido.

Habían egresado en la misma camada del Liceo Militar. Entre los setenta y cuatro subtenientes de la promoción 1947, Valle había sido el vigésimo y Aramburu el sexagésimo, en orden de méritos, una diferencia que en el mundo de las Fuerzas Armadas no se diluía con facilidad. Se habían vuelto a cruzar en el Ministerio de Guerra, poco antes del ascenso del peronismo al poder, y en contra de lo que había augurado el orden en que se habían graduado, Aramburu ascendió más rápido que Valle.

«Fumando un puro» era la respuesta a mi pregunta sobre por qué Aramburu: porque había ordenado el fusilamiento de Valle. Entonces pregunté por el otro personaje en el que se caga la canción: Rojas, una figura aún más antipática que Aramburu para el peronismo, promotor de muchas de las políticas más duras de la libertadora/fusiladora.

Firmenich me confesó que el grupo original de Montoneros había estudiado la posibilidad de secuestrar a Rojas. Luego de una investigación básica y varias actividades de seguimiento para chequear si era factible, decidieron desistir.

—Rojas era muy meticuloso con su seguridad. Un tipo muy paranoico. Se movía de forma tal que resultaba imposible aplicar el factor sorpresa que necesita una operación de este tipo.

Aunque Montoneros no lo supiera, Rojas tenía una legión de voluntarios, antiperonistas vocacionales que cumplían funciones de seguridad en su domicilio, en la calle Austria. El peronismo había dividido al Ejército en azules y colorados, pero nunca a la Marina: eran todos *gorilas*, furiosos antiperonistas.

La teoría según la cual a los Montoneros les daba lo mismo que la víctima fuera Aramburu o Rojas, cierta o no, parecía cumplir un propósito en la narración de Firmenich: desalentar otra, según la cual el hecho determinante en la elección de la víctima había sido eliminar a una figura

que, además de pasado, podía llegar a tener futuro, que podía llegar a tender con Perón puentes que ellos querían dinamitar.

Desde la visión de Firmenich, los Montoneros no pretendieron —al menos en ese momento embrionario— condicionar las decisiones de Perón:

—Es simple. No hay que hacer una interpretación retorcida. Un hecho fundacional se tiene que explicar por sí mismo. No debe requerir de ningún tipo de explicación adicional. Los comunicados de nada sirven. No había duda de que los objetivos tenían que ser Aramburu o Rojas.

Matar a cualquiera de los dos —insistió— les daba lo mismo: no importaba que uno estuviera prácticamente jubilado y el otro en plena actividad. La balanza se inclinó por la víctima más vulnerable, y Aramburu no tenía custodia. Lo importante era emitir un mensaje claro. Todo el mundo —o al menos el sector del peronismo al que dirigían su mensaje— lo sabría interpretar. Sería un motivo para celebrar. Porque ellos —Firmenich reforzó la misma idea una y otra vez—, aunque eran muy jóvenes, reaccionaron a la violencia de otros y le devolvieron a mucha gente la sensación de que sus padecimientos encontraban, por fin, una vindicación.

Aun más atrás en el tiempo, su perspectiva se articulaba con la del revisionismo histórico, una corriente que conoció en sexto año del secundario.

Uno de sus profesores, contó en aquel almuerzo en las afueras de Barcelona, les permitió elegir los autores que querían estudiar. Estaban los tradicionales —«los liberales», me dijo con un dejo de desprecio, historiadores contrarios a las corrientes populares— y también los textos de José María Rosa, a quien el golpe de 1955 había privado de todos sus puestos de enseñanza, e incluso lo había detenido antes de que se fuera a Montevideo. El diplomático e historiador nacionalista había reivindicado a Juan Manuel de Rosas, el gobernador de la provincia de Buenos Aires que concentró el poder durante dos décadas y desafió al centralismo de la ciudad. Un déspota para los primeros, un caudillo popular en los libros que escogió Firmenich.

—Cuando elegías dar el examen con los libros de José María Rosa te repreguntaba un poco más. Pero, si sabías, te aprobaba. Y ahí está nuestra base: en el revisionismo histórico de la línea San Martín-Rosas-Yrigoyen-Perón.

Otra figura que ameritaba rescate, me ilustró, era la de Manuel Dorrego, «mártir de la causa nacional y popular», ejecutado sin juicio previo, un hecho que, del mismo modo, la historia liberal pasa por alto. Se refería a un episodio de 1828 al que le otorgaba —para mi sorpresa— una vigencia equivalente a los bombardeos sobre Plaza de Mayo de 1955, como un acontecimiento capaz de generar divisiones irreconciliables y duraderas entre los argentinos.

Dorrego participó de las guerras de la independencia y, aunque fue dos veces gobernador de la provincia de Buenos Aires, bregó por el federalismo, se enfrentó a la aristocracia porteña y terminó derrotado por las fuerzas unitarias.

«En el revisionismo histórico está nuestra base», concluyó.

Montoneros había dejado de existir hacía más de dos décadas, pero Firmenich aún hablaba en presente y en primera persona del plural. Y del mismo modo que en sus tiempos en el Colegio Nacional de Buenos Aires, parecía creer todavía que la historia les debía —a sus próceres elegidos, y ahora a él— un lugar mejor.

El secuestro de Aramburu, me explicó, intentó reencauzar la historia. Que los victimarios conocieran también el lugar de las víctimas:

—En el colegio nos habían enseñado en dos líneas cómo habían fusilado a Dorrego. Pues bien, nosotros los obligaríamos a contar en dos líneas cómo había sido el ajusticiamiento de Aramburu.

No pensaron en que Aramburu se podía transformar en el Dorrego de los antiperonistas: la víctima que exhibía la violencia desmedida de la guerrilla peronista. O no les importó.

CAMINO A LA CELMA



Timote, viernes 29 de mayo de 1970

Mientras esperaba que sus compañeros salieran del edificio donde vivía Pedro Eugenio Aramburu, el policía que fingía ser Mario Firmenich observó que un patrullero avanzaba por la calle Montevideo. Con los nervios de punta calculó cuánto podía tardar en sacar la ametralladora del asiento trasero de la camioneta que había quedado en la puerta del colegio Champagnat. En una fracción de segundos cambió de idea y llevó la mano con los dedos tiesos hacia la gorra. Desde dentro del auto, los policías le respondieron con la misma venia y siguieron de largo.

Apenas el peligro se había perdido al final de la calle, vio que el general de la Revolución Libertadora salía, tranquilo, y se dirigía al estacionamiento. Cuando relató los hechos para *La Causa Peronista* rememoró su sorpresa: «De golpe, lo increíble. Habíamos ido allí dispuestos a dejar el pellejo, pero no».

Aramburu se había creído la parodia de sus secuestradores; en el living de su casa solo había detectado el acento de Emilio Maza:

—Usted es cordobés —le marcó.

Él mismo había nacido cerca de Río Cuarto, adonde se había instalado su padre, un inmigrante español de origen vasco.

—Sí, mi general —reconoció Maza.

Luego Fernando Abal Medina le mostró el arma que escondía en el uniforme. Lo miraba a los ojos cuando le ordenó:

—Mi general, usted viene con nosotros.

Y Aramburu obedeció.

¿Por qué no hizo siquiera un intento de resistir?

Bajó ocho pisos en el ascensor, se digirió a la puerta de calle, abrió con sus llaves, cruzó la mirada con la vendedora del negocio de la otra vereda, caminó media cuadra hasta el estacionamiento, vio al encargado y subió al auto de los Montoneros. Y en ningún momento, a absolutamente nadie dejó entrever que lo llevaban contra su voluntad.

Acaso interpretó la visita hostil como un mensaje de Juan Carlos Onganía, su enemigo político, y no sospechó más.

Sara Herrera repasó esa secuencia numerosas veces. Si era toda una farsa, también lo habían engañado a él, tanto más experimentado que ella: esa perspectiva aligeraba un poco el peso de la culpa que sentía por haber

ordenado que sirvieran café a las visitas y haber salido de compras, sin dedicarle al asunto un pensamiento más.

Su conducta resultó más que predecible para sus inesperados visitantes, que conocían al detalle las rutinas de la familia. Habían fichado los movimientos de la casa a lo largo de cinco meses, y no solo desde la biblioteca del colegio Champagnat. Ubicaron un punto estratégico, por la visión que les ofrecía, en la esquina de Santa Fe y Montevideo, y se rotaron con una frecuencia de cinco minutos para observar y no despertar sospechas.

En la planificación del secuestro, habían pensado primero en levantarlo por la calle cuando salía a caminar. «Pensábamos usar uno de esos autos con cortina en la luneta —siguió Firmenich— y tapar las ventanillas con un traje a cada lado. Le dimos muchas vueltas a la idea hasta que la descartamos y resolvimos entrar y sacarlo directamente del octavo piso. Para eso hacía falta una buena llave. La mejor excusa era presentarse como oficiales del Ejército».

Gracias a la vigilancia —reveló— habían detectado que Aramburu se movía solo, sin ninguna protección. El portero del edificio les despertó sospechas, infundadas, solo por su aspecto físico: «Tenía pinta de cana, era un morocho corpulento».

Si no tenía custodia —razonaron—, ¿por qué no se la ofrecían? «Era absurdo, pero esa fue la excusa que usamos».

Gracias a su paso por el Liceo Militar, Maza e Ignacio Vélez Carreras conocían perfectamente los modales de un oficial del Ejército; solo iban a tener que entrenar un poco a Abal Medina y buscar formas de aparentar algo más de edad, para que no los tomaran por conscriptos rasos.

A favor de los impostores jugó que Aramburu estuviera bien predispuesto al engaño: como conspiraba contra Onganía, imaginó que lo habían descubierto. «Debía creer que alguien se adelantaba al golpe que habían planeado», especuló Firmenich en *La Causa Peronista*. La teoría de la cola de paja, se llamó.

También los benefició el factor sorpresa: «Teníamos una ventaja: nadie sabía que existíamos. No había guerrillas urbanas operando tampoco», me dijo en Barcelona.

Por las razones que fuesen, aquella mañana vio pasar a sus compañeros delante de él: «Caminaban apaciblemente».

Maza acompañaba a Aramburu con un brazo sobre su hombro, «como palmeándolo»; Abal Medina lo llevaba del otro brazo y le rozaba el cuerpo «con la metra bajo el pilotín». Vélez Carreras marchaba un paso más atrás.

El falso cabo Firmenich y el falso sacerdote Carlos Maguid subieron enseguida a la pickup estacionada sobre Montevideo. Norma Arrostito rubia ya estaba en el asiento del acompañante y Carlos Ramus, al volante. Aguardó que el Peugeot en el que trasladaban a Aramburu saliera del garaje y aceleró para no permitir que otro auto se interpusiera. Avanzaron, un vehículo pegado al otro, por el camino ensayado: doblaron en la esquina para tomar Charcas, recorrieron cien metros y doblaron otra vez en Rodríguez Peña, que entonces iba hacia Avenida del Libertador.

Los apremiaba la necesidad de desprenderse del Peugeot al que la policía le podría seguir el rastro en cualquier momento: era un auto robado y con patente falsa, pero descontaban que el encargado del estacionamiento daría los datos necesarios para que salieran a buscarlo.

Lo dejaron a unas treinta cuadras del lugar donde Sara Herrera viviría sola desde ese momento. Quedó abandonado en una calle paralela a las vías del tren Mitre, lejos del tránsito, tras una plaza pegada a la Facultad de Derecho.

Antes limpiaron las huellas dactilares para borrar cualquier rastro de su identidad. Tenían un método que, según Firmenich, respetaban a rajatabla. «Hacíamos todo con guantes, para no dejar impresiones digitales. No sabíamos mucho sobre el asunto pero por las dudas no dejábamos huellas ni en los vasos. En las prácticas llegamos a limpiar munición por munición con un trapo».

Pasaron a Aramburu a la camioneta Chevrolet —también robada y de la que se desprenderían pronto— y lo sentaron en la parte trasera, sobre la rueda de auxilio. «Uno de los jóvenes peronistas —continuó el relato de Firmenich— tenía a mano un cuchillo de combate. Ante cualquier eventualidad (...) iba a eliminar al jefe de la Libertadora. Aunque después cayeran todos. Así se había decidido desde el principio. El fusilador tenía que pagar sus culpas a la Justicia del pueblo».

Según la versión oficial, ellos se dividieron.

Arrostito, ya sin peluca, bajó con Maza, Vélez y Maguid en el cruce de Figueroa Alcorta y Pampa. Entre los cuatro se llevaron parte del armamento, la sotana y los uniformes —los militares y el de policía— y subieron a dos Renault 4L que desde la noche anterior permanecían

estacionados en la zona: uno era de Arrostito, que se fue con Maza y Maguid, y el otro de Vélez, que se fue solo en el vehículo que le había regalado su padre.

¿Qué habrá pensado Aramburu sobre el policía y el cura, salidos quién sabe de dónde y para qué? ¿Y sobre los dos jóvenes militares que se quitaron la chaqueta como quien se saca de encima un disfraz?

«Debió parecerle esotérico: un cura y un policía, y el cura que en su presencia empezaba a cambiarse de ropa», especuló Firmenich. También en *La Causa Peronista* Arrostito contó que habían comprado la ropa para el operativo (las insignias, las gorras, los pantalones, las medias y las corbatas) en Casa Isola, una sastrería militar con un local de venta al público sobre la Avenida de Mayo. El uniforme del Abal Medina era reciclado: había pertenecido a Raúl Conte Grand, *Guzzo*, un oficial retirado y peronista, padre de un montonero, que lo donó sin saber para qué lo usarían. «El problema es que a Fernando le quedaba enorme. Tuve que hacer de costurera, amoldárselo al cuerpo».

Los demás avanzaron por Figueroa Alcorta en dirección a la cancha de River Plate y frenaron cerca del Aeroparque en una calle cortada, poco visible detrás de unos árboles, donde en la madrugada habían dejado un vehículo de recambio con todos sus papeles en regla. Era la camioneta Gladiator 380 de la madre de Ramus, María Iribarren, que le prestaba al hijo para que fuera al campo de la familia en la provincia de Buenos Aires.

Abal Medina y Firmenich sacaron al secuestrado de la pickup Chevrolet, que quedó allí abandonada, y lo ayudaron a subir a la segunda cabina de la Gladiator. La parte trasera de la camioneta, descubierta, iba cargada con fardos de pasto bajo un toldo. Ramus arrancó: tenían por delante un viaje de más de cuatrocientos kilómetros hasta llegar al pueblo de Timote, del municipio de Carlos Tejedor, a la estancia La Celma, una herencia por vía materna.

Eludieron la autopista e hicieron gran parte del trayecto por una camino de tierra que corría paralelo a las vías del tren. Tardaron ocho horas en recorrer una distancia que se podía cubrir en cuatro, pero les pareció más seguro evitar controles. No se detuvieron para cargar combustible —llevaban un bidón extra por si el tanque se vaciara—, comer o ir al baño.

Aramburu no les dio el menor problema, contó *La Causa Peronista*. «Se sentó en la rueda de auxilio. No decía nada, tal vez porque no entendía

nada. Le tomé la muñeca con fuerza y la sentí floja, entregada. No habló en todo el viaje. Salvo cuando alguien preguntó dónde estaba el bidón. “Acá está” —dijo».

Mientras ellos viajaban hacia La Celma, la familia y los amigos de Aramburu habían hecho sus gestiones para que, finalmente, casi cuatro horas después del operativo, la policía iniciara la búsqueda del único vehículo que había quedado expuesto, el Peugeot 504. Demasiado tarde, analizó luego Firmenich: «Ya estábamos a mitad de camino».

En toda su vida operativa —me dijo al recordarlo— no experimentó una vía de escape más sencilla: «Fue un paseo».

COMUNICADO NÚMERO 1 AL PUEBLO DE LA NACIÓN

Hoy, a las 9.30 horas, nuestro Comando procedió a la detención de PEDRO EUGENIO ARAMBURU, cumpliendo una orden emanada de nuestra conducción, a los fines de someterlo a JUICIO REVOLUCIONARIO.

Sobre Pedro Eugenio Aramburu pesan los cargos de TRAIIDOR A LA PATRIA Y AL PUEBLO Y ASESINATO en la persona de 27 argentinos.

Actualmente Aramburu significa una carta del régimen que pretende reponerlo en el Poder para tratar de burlar una vez más al Pueblo con una falsa democracia, y legalizar la entrega de nuestra Patria.

Oportunamente se darán a conocer las alternativas del juicio y la sentencia dictada.

En momentos tan tristes para nuestra Argentina que ve a sus gobernantes rematarla al mejor postor y enriquecerse inmoralmemente a costa de la miseria de nuestro Pueblo, los MONTONEROS convocamos a la RESISTENCIA ARMADA contra el GOBIERNO GORILA Y OLIGARCA siguiendo el ejemplo heroico del GENERAL VALLE y de todos aquellos que brindaron generosamente su vida POR UNA PATRIA LIBRE, JUSTA Y SOBERANA.

PERÓN O MUERTE!
VIVA LA PATRIA!

Comando Juan José Valle
MONTONEROS

OceanofPDF.com

EL GERMEN







Fernando, Juan Manuel y sus hermanos Abal Medina junto a su padre.

Juan García Elorrio detenido en la Catedral, el 1 de mayo de 1967.

Carlos Maguid y su esposa Nélida Arrostito.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, 1966

Mario Firmenich fue el jefe de Montoneros hasta su disolución definitiva, en 1990, pero en el origen el líder de la célula porteña había sido otro.

Se llamaba Fernando Abal Medina y había crecido en una familia tradicional y católica, rodeado de hermanos —Antonio, Juan Manuel, Mario, Pablo y María—, en una casa amplia en Moreno 1130. Los adultos de la familia —el padre, Antonio Abal; la madre, Carmen Medina; la tía Consolación, que vivió con ellos hasta que se casó— eran de la Acción Católica, una institución de laicos que difundían el evangelio en un mundo cada vez más secular. Iban a las reuniones, mujeres y hombres por separado, en la Parroquia de Monserrat, a la vuelta de la casa.

Fernando también egresó del secundario del Colegio Nacional Buenos Aires (CNBA), aunque un par de años antes que Firmenich, en 1964. Había tenido una educación de excelencia, en la escuela con mayor debate político, donde se formaban las élites del país. Parecía dispuesto a cumplir el resto de su destino probable: graduarse, en la universidad pública, para ser un profesional y casarse con una chica católica. Se inscribió en la carrera de Ciencias Económicas, en la Universidad de Buenos Aires (UBA), y se puso de novio con Liliana Plandolit, también vecina de Monserrat y de la Acción Católica. Hasta que, por una serie de sucesos políticos y la radicalización de un sector de la Iglesia, su vida tomó otro rumbo.

Ocurrió durante los años del dictador Juan Carlos Onganía, que en 1966 depuso al radical Arturo Illia —gracias a la paradójica ayuda de la prensa progresista— y despertó entusiasmo en gran parte de la familia Abal Medina. Por ejemplo, Juan Manuel, uno de los hermanos mayores de Fernando, que estudiaba Derecho en la UBA y trabajaba en una empresa constructora, colaboraba como secretario de redacción en *Azul y Blanco*, una publicación nacionalista, antisemita y antiperonista dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo, que apoyó el golpe.

Onganía no era el más antiperonista entre los generales. Pertenecía a una corriente de las Fuerzas Armadas, los *azules*, que —a diferencia de su adversaria, los *colorados*— le reconocía al peronismo al menos una virtud: servía para contener a los sectores populares y evitar que fueran cooptados por la izquierda comunista, que crecía con fuerza en América Latina desde el triunfo de la Revolución Cubana. La cúpula de la Iglesia católica también

celebró la llegada del militar, que prometió poner coto a las «ideas extranjerizantes» que arrebataban a los jóvenes.

Pero dentro de la Iglesia, el ámbito principal de pertenencia de los Abal Medina, ya no existía una corriente de pensamiento única y dominante. El Concilio Vaticano II, que sesionó entre 1962 y 1965, había generado un profundo proceso de renovación que dividió aguas entre los católicos. Juan XXIII convocó a ese concilio cuando los curas aún daban la misa en latín y de espaldas a los fieles; con buen sentido de la oportunidad, sintió la necesidad de «abrir las ventanas» para que entrara «un poco de aire fresco» del mundo exterior. En plena Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, con el empuje de las numerosas colonias que se habían independizado en África y Asia, había surgido el Movimiento de Países No Alineados y la noción del Tercer Mundo. Esos vientos de cambio conmovieron a la Iglesia en formas inesperadas.

A diferencia del resto de su familia, Fernando Abal Medina se involucró con el sector del catolicismo que, inspirado por el Concilio Vaticano II, se paró en la vereda de enfrente de la llamada Revolución Argentina. Una corriente que tuvo en su centro una revista, *Cristianismo y Revolución*, fundada por Juan García Elorrio, quien adoptó a Fernando como su discípulo dilecto.

A través de García Elorrio, Fernando conoció a otros chicos que también habían ido al Colegio Nacional Buenos Aires, Firmenich y Carlos Ramus, de la camada 1966. Se empezaron a frecuentar por fuera de *Cristianismo y Revolución* y armaron un grupo en el que Abal se impuso como el líder, menos por ser dos años mayor que por su personalidad resuelta.

Firmenich y Ramus habían militado en el secundario en la Juventud Estudiantil Católica (JEC) bajo la influencia de Carlos Mugica, otro egresado del mismo colegio. Como asesor espiritual de la JEC, Mugica les había cambiado las prioridades. Solían juntarse con él una vez por semana, para rezar, debatir sobre política y confiarle sus dilemas.

El cura no solo les inspiraba confianza: les parecía un ídolo. Era joven y carismático; rubio y de ojos claros, se movía en una moto Gilera y usaba una campera de cuero sobre la sotana que le daba un aire a James Dean en *Rebelde sin causa*.

A veces dormía en la casa de su familia, aristocrática y adinerada, pero se había mudado a un asentamiento precario en Retiro, la Villa 31. En un calle

sin nombre ni cloacas, Mugica había fundado Cristo Obrero, una capilla abierta a la comunidad. Los fines de semana unía sus mundos: invitaba a los chicos del barrio a la pileta en la quinta de sus padres y organizaba actividades en la Villa 31 para los jóvenes del CNBA.

Junto con Alberto Carbone, un cura alemán metódico y de pocas palabras, coordinador de la JEC, Mugica creó campamentos para que los estudiantes conocieran las zonas más pobres del país. Muy influidos por el ánimo del Concilio Vaticano II, entendían que a ellos les correspondía inducir a los más jóvenes al compromiso social y misionar junto a los más débiles, cerca de los excluidos del sistema y lejos del púlpito. Creían, también, que un cambio era necesario en un mundo que percibían como demasiado injusto, demasiado desigual.

La discusión sobre cómo transformar esa realidad que los interpelaba — esto es, sobre la legitimidad de la lucha armada— llegaría poco más tarde.

Daban testimonio de su opción por los pobres en la vida cotidiana y llamaban a los jóvenes a seguir el ejemplo de Jesús. En enero de 1966 Mugica organizó un viaje que marcó a Firmenich y sus compañeros. Puso en práctica el lema de la JEC, «la formación en la acción»: los llevó a conocer la pobreza extrema en la que había caído una región tras el cierre de La Forestal.

La compañía de capitales ingleses The Forestal Land, Timber and Railways Co. Ltd. —más conocida como La Forestal— había arrasado con el 90% de los quebrachos del Chaco santafesino cuando, en 1963, cesó sus operaciones y dejó a los hacheros y sus familias en la miseria. Ramus y Firmenich aprendieron sobre el régimen de semiesclavitud de La Forestal: descubrieron que no pagaba los salarios en dinero sino con vales que los hacheros debían canjear por productos sobrevalorados, y a veces en mal estado, que vendían en los almacenes que también pertenecían a la empresa. Volvieron impactados y resueltos a no permanecer indiferentes.

A los pocos meses, García Elorrio —un estudioso de la teología, también comprometido con el legado del Concilio Vaticano II—, como un nuevo mentor, les abrió una ventana a perspectivas más radicalizadas. De pronto la solidaridad de Mugica con los excluidos se volvió tibia a los ojos de Firmenich y Ramus: no atacaba la raíz del problema.

García Elorrio había conocido a Mugica en el seminario de San Isidro, pero no había llegado a ordenarse: retomó la vida laica, se casó y tuvo hijos en un matrimonio que duró hasta que se cruzó con Casiana Ahumada. Ella

fue su compañera de vida, sentimental y de militancia, y el sostén económico que hizo posible los cuatro años de *Cristianismo y Revolución*: destinó parte de su herencia a financiar la publicación que cumplió un rol fundamental en la creación de Montoneros.

El editorial del primer número, de septiembre de 1966, hablaba de Vietnam, el antiimperialismo, la descolonización en África, los derechos de la población negra en Estados Unidos, de la Revolución Cubana de 1959 que encendía otros focos de rebelión en América Latina: el mundo en llamas y la sensación de que un cambio era posible. «Todos —nosotros también— entramos en el camino de la revolución. Es nuestra hora», arengaba.

El nombre de la revista era un homenaje a Camilo Torres, el colombiano que dejó el sacerdocio y se sumó al Ejército de Liberación Nacional para morir en el primer episodio armado en el que intervino, en 1966. El principal legado moral de Torres, «el deber de todo cristiano es ser revolucionario», combinado con el mandato del Che Guevara, «el deber de todo revolucionario es hacer la revolución», se convirtió en un imperativo, en una arenga a seguir el ejemplo de la insurgencia.

Para los católicos, exigía saltar una barrera. Una cosa era arriesgar la vida propia y otra, muy diferente, tomar la vida ajena. Abal Medina, Firmenich y Ramus igual sintieron que ya estaban listos: se trataba de una causa justa. La siguiente etapa exigía abrazar la lucha armada y tener una nueva vida secreta, en la clandestinidad.

Fernando dijo a sus padres que se iba a vivir con amigos. Se ausentaba entre dos y tres noches por semana y rompió con la novia del barrio. Cada tanto regresaba al hogar, pero solo para visitar brevemente a sus sobrinos: Juan Manuel seguía viviendo en la casa familiar con su mujer Cristina y sus chicos.

Firmenich y Ramus ya tenían cierta independencia económica: habían descubierto cómo podían ganar algún dinero —el primero de sus vidas— mientras estudiaban.

Por la familia de la madre, María Iribarren, los Ramus eran pequeños terratenientes. Ella heredó dos campos y se casó con el agrimensor que los arrendaba, Gustavo Ramus. Aunque se instalaron en Caballito, uno de los barrios preferidos de la clase media porteña, pasaban los fines de semana y los veranos en la estancia más cercana a Buenos Aires, llamada La Celma en honor a la abuela materna, en Timote.

Además de estas tierras ubicadas en una zona ganadera, la madre de los Ramus había heredado campos inundables al norte de la provincia de Santa Fe. Con la ayuda del padre, Carlos y su amigo compraban allí vacas para engorde, las llevaban a Timote y luego las revendían. El trabajo no era duro y en el bar del pueblo había peñas por las noches: Firmenich llevaba su guitarra y con Carlos cantaban un repertorio de música folklórica.

Firmenich estaba totalmente integrado a la familia Ramus. En Timote, un pueblo pequeño y sin secretos, todos sabían de su noviazgo con Susana, la única hermana de Carlos. El amor adolescente había nacido en los fogones de un campamento de la JEC en Bariloche. A Susana, dos años menor, le gustó el amigo de su hermano, aunque era un poco áspero en el trato. Parecía amable: de regreso del viaje, ella debió recluirse en la casa por una hepatitis, él la visitaba con la excusa de jugar al ajedrez con Carlos. Cuando Susana se recuperó, él la invitó a una confitería en Callao y Santa Fe y le declaró su amor. El noviazgo duró un año y medio.

Hasta que el dinero de la compra venta de ganado les permitió a Firmenich y a Ramus dejar las casas de sus respectivos padres y vivir juntos. En Timote podían practicar tiro con las armas del casero Blas Acebal sin levantar sospechas, pero necesitaban un poco de privacidad también en la ciudad. Alquilaron una vivienda en Bernardo de Irigoyen 2123, en Munro, un barrio de construcciones bajas y clase media del conurbano. Cuando daban los primeros pasos para crear una célula guerrillera, Abal Medina se mudó con ellos.

Convivieron hasta que Abal se enamoró de Norma Arrostito, una mujer que tal vez habría espantado a sus padres. Pero Antonio y Carmen no tuvieron noticia de ese vínculo.

Ella le llevaba casi siete años, algo inusual en la época; era atea y casada. Años atrás había pasado por la Federación Juvenil Comunista, la *Fede*; ahora simpatizaba con el peronismo de izquierda revolucionario. Militaba en Acción Revolucionaria Peronista (ARP), una agrupación guevarista a la vez que peronista, y su referente era John William Cooke, que había pasado una larga temporada en Cuba. Hija de un plomero, Osvaldo, y de un ama de casa, María del Carmen, Arrostito no podía ser más diferente de la novia de Acción Católica que Abal Medina había llevado a casa de sus padres.

Se conocieron durante la huelga de los portuarios, la más importante que enfrentó Onganía en su primer año en el poder, cuando eliminó muchos beneficios laborales que databan del peronismo. En octubre, los estibadores

paralizaron el puerto de Buenos Aires, armaron ollas populares y montaron piquetes para impedir el ingreso de camiones con trabajadores contratados. Las organizaciones peronistas de los barrios los acompañaron; muchos jóvenes se acercaron a cooperar de manera individual.

En una de las tantas redadas de la policía contra los portuarios, en diciembre, los dos cayeron presos. Aunque no compartía las ideas de las nuevas amistades de su hermano, Juan Manuel movilizó sus contactos con funcionarios de Onganía y logró que Fernando y la mujer que lo acompañaba fueran liberados. El marido de Arrostito, Rubén Roitban, entrenaba por esos días en La Habana. Al regresar se encontraría con que ella había cambiado sus simpatías políticas y, además, se había enamorado de otro hombre.

Norma se separó y se mudó a la casa de su hermana Nélida, dos años mayor que ella. Eran muy unidas. Las dos habían estudiado en la Escuela Normal Mixta de San Martín, una escuela pública como el Buenos Aires pero sin ínfulas ni tanta exigencia académica; las dos se habían recibido de maestras; las dos se casaron muy jóvenes. Nélida se fue a vivir con su marido, Carlos Maguid, fotógrafo y redactor de Canal 11, y empezó a trabajar en el jardín de infantes Arco Iris, en Uriburu 1220, pleno Barrio Norte. Para la misma época, Norma pasó un tiempo en casa de sus suegros, en Villa Ballester, empezó a estudiar Ciencias Exactas y se alejó de sus padres.

Osvaldo atribuyó la distancia a las diferencias políticas: a él le parecía peligroso que su hija se mezclara con activistas y se lo decía. No logró recomponer la relación ni siquiera cuando a María del Carmen le diagnosticaron problemas psiquiátricos que requerían internación. Solo Nélida y su marido fueron el sostén anímico del padre, y nunca dejaron de visitar a la madre.

Nélida no tenía rencores. Cobijó a Norma, recién divorciada, en el living de su casa en Villa Pueyrredón y le consiguió un empleo administrativo en el jardín de infantes Arco Iris. Con ella, empezó a frecuentar la casa su novio Abal Medina. Nélida y su marido no podían creer que fuera tan creyente y se enfrascaban con él en largas discusiones sobre teología y política. Poco después los tres alquilaron una vivienda más amplia en Bucarelli 1752, en el barrio de Parque Chas, famoso por su forma de laberinto.

Cuando se mudaron, Osvaldo les regaló uno de sus pocos objetos de valor: una máquina de escribir Olivetti. Maguid lo apreció: aunque pasaba el día en el departamento de publicidad del canal, su pasión era escribir poesía. Como también le gustaba la fotografía, en un pequeño baño de la casa tapó el ingreso de luz y montó un laboratorio para revelar películas e imprimir fotos.

Pronto Abal Medina se instaló en la habitación que ocupaba Norma en la casa de Parque Chas. No dejó de frecuentar a Ramus y a Firmenich: él y su grupo siguieron un tiempo más ligados a García Elorrio.

El creador de *Cristianismo y Revolución* los llevó hasta el punto de quiebre con Mugica —dispuesto, en sus palabras, a morir pero no a matar— y fundó con ellos el Comando Camilo Torres, con el que debutaron en una actividad clandestina.

* * *

Buenos Aires, 1° de mayo de 1967

El Comando Camilo Torres se hizo visible por primera vez aquel Día del Trabajador, mientras monseñor Antonio Caggiano, del catolicismo más conservador, oficiaba misa en honor a San José Obrero en la Catedral, frente a la Plaza de Mayo y a pasos de la Casa Rosada. Con Onganía, la Catedral había vuelto a ser un punto de encuentro entre la Iglesia y el poder.

Los integrantes del Comando Camilo Torres llegaron temprano y se ubicaron en las puntas de varios bancos de la nave central. Debajo de los abrigos escondían los volantes que lanzaron al aire cuando García Elorrio avanzó hacia el micrófono de las oraciones, a un costado del púlpito y empezó a recitar una oración poco habitual en ese ámbito: «Te pedimos, Señor, que las libertades sindicales destruidas por el gobierno sean recuperadas definitivamente por y para la clase trabajadora mediante la organización y la lucha revolucionaria», decía. «Que la sangre de los mártires del trabajo nos impulse y aliente en medio del abandono y la traición a la clase obrera por parte de sus falsos dirigentes».

García Elorrio no alcanzó a denunciar «las claudicaciones de la Iglesia oficial»: Caggiano le reprochó que pretendiera «expresar ideas políticas» durante «un acto eminentemente religioso» y siguió adelante con la ceremonia. Cuando la misa terminó, hubo un tumulto en la puerta de la

Catedral; aunque Caggiano lo controló, la policía detuvo a García Elorrio y a otros once integrantes del comando.

Esa acción casi teatral fue la presentación en sociedad de la organización precursora de Montoneros. La mayoría de los camilistas quedó libre a las pocas horas, pero García Elorrio y Abal Medina fueron condenados a treinta días de cárcel.

* * *

Córdoba, 1966

Otra célula fundamental para el desarrollo inicial de Montoneros surgió en la provincia de Córdoba bajo el liderazgo de Emilio Maza, *el Gordo*; y otra vez el lazo conector entre los grupos fue la revista *Cristianismo y Revolución*.

Maza y su amigo inseparable, Ignacio Vélez Carreras, asistieron en octubre de 1966 al Encuentro Nacional Social Cristiano, en Unquillo, con la intención formal de conocer a García Elorrio. Buscaban algo más: vínculos con el Comando Camilo Torres. Ellos ya estaban listos para pasar a la acción.

Córdoba era una provincia en ebullición. Hasta el golpe de 1966 había sido un caso único de integración social. Por el crecimiento de la industria automotriz desde la década de 1950, tenía un cordón industrial pujante donde la población se había multiplicado; muchos de los hijos de esas familias obreras se mezclaron con la clase media en la universidad; junto con los propios trabajadores y las mujeres, llegaron a ser un tercio del total de estudiantes.

A todos partió el golpe de Onganía.

El Gordo Maza —gran lector y polemista, con personalidad arrasadora— estudiaba Medicina y militaba en el movimiento integralista: cristianos antimarxistas y nacionalistas. Los integralistas disputaban el poder con los reformistas, herederos del movimiento que en 1918 consiguió que la universidad pública fuera autónoma y gratuita. Inicialmente habían simpatizado con Onganía, pero se unieron con los reformistas en defensa de la universidad, que fue atacada en todo el país a partir de la brutal represión de la Noche de los Bastones Largos en la Universidad de Buenos Aires.

Para protestar, los integralistas organizaron una huelga de hambre en la parroquia Cristo Obrero, de la que Maza era coordinador universitario.

Corrieron los bancos y los reemplazaron por colchones y mantas; estaban protegidos: la policía no podía entrar a un territorio de la Iglesia. Apenas setenta y dos jóvenes iniciaron un ayuno, el 18 de agosto de 1966, el clero más reaccionario exigió al cardenal Raúl Primatesta que terminara con esa ocupación de un lugar sagrado.

Maza cuidó la salud de los huelguistas junto con su amigo Vélez Carreras, que lo asistía. Habían egresado como subtenientes, con un año de diferencia, del Liceo Militar General Paz, un internado de varones preferido por las familias acomodadas de Córdoba. Habían aprendido a manejar armas y nociones sobre táctica para la guerra que les resultarían muy útiles en un contexto bien distinto al que habían imaginado sus docentes.

El liceo era una institución muy ligada a la Iglesia. Los capellanes — designados por el Arzobispado de Córdoba— tenían un peso singular en la vida de los estudiantes, que se criaban con militares muy severos y solo veían a sus padres los fines de semana: representaban la única figura protectora. Los asesores espirituales de la camada de Maza y Vélez Carreras, Carlos Fugante y Alberto Rojas, pertenecían —como Mugica y Carbone— a las corrientes ligadas al Concilio Vaticano II, de las que surgió el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

Fugante se mudó a vivir a los márgenes de la ciudad, en un barrio pobre, Bella Vista; Rojas, al Hogar Sacerdotal, una vivienda para curas en el centro, a pocos metros de la casa de los Vélez Carreras, que conectaba por un pasillo interno con la capilla Cristo Obrero. Allí predicaban José Gaido y Nelson Dellaferrera, otros dos reformistas que habían pasado un año sancionados por el arzobispo Ramón Castellano por declaraciones favorables a las luchas obreras. Organizaban charlas para los estudiantes, y en una ocasión llevaron a Conrado Eggers Lan, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y promotor del diálogo entre cristianos y marxistas.

Rojas convivía con el nacionalista *Pepe* Echeverría y otros párrocos cercanos a Enrique Angelelli, obispo auxiliar de Córdoba y asesor de la Juventud Obrera Católica. Angelelli era joven para el cargo (tenía treinta y ocho años) y había participado del Concilio Vaticano II; misionaba, como le gustaba decir, «con un ojo en el Evangelio y un oído en el pueblo». Eso le costaría la vida en 1976, durante otra dictadura, por lo que fue consagrado beato en 2018.

La huelga de hambre de 1966 los encontró a todos luchando por la misma causa. Con la universidad de paro y la huelga de hambre en marcha, los estudiantes salían a las calles del Barrio Clínicas todas las tardes. El 7 de septiembre, mientras las fuerzas de seguridad dispersaban a los manifestantes que se habían desplazado hasta la avenida Colón, un policía disparó a corta distancia contra un joven de veinticuatro años, que murió a las pocas horas.

Como víctima del régimen, Santiago Pampillón representaba a todos los que lo resistían: era joven, estudiante, obrero y dirigente del sindicalismo combativo. Se había mudado de Mendoza a Córdoba para estudiar ingeniería y trabajaba como operario de IKA Renault para mantenerse. La brutalidad de su asesinato apagó por un tiempo el fervor de la protesta; a los cuatro días se levantó la huelga de hambre. El cardenal Primatesta clausuró la parroquia, sancionó a Rojas, desplazó a Gaido y a Delafrerra y cerró el comedor universitario.

Los jóvenes habituados a reunirse alrededor de la capilla crearon el Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUCO), con la idea de sostener la militancia en otros ámbitos, en los barrios y en las fábricas. En una asamblea, Maza pidió la palabra y se dejó llevar por el entusiasmo: dijo que había que dar un paso más, montar un aparato militar y crear un foco guerrillero para seguir el camino revolucionario, como en Cuba.

Perdió la votación, lamentó su indiscreción y abandonó el MUCO con su amigo Vélez Carreras. En el primer contacto con García Elorrio, le ofrecieron distribuir *Cristianismo y Revolución* en la provincia de Córdoba. Viajaron a Buenos Aires a buscar los primeros ejemplares y se vincularon con el grupo de Abal Medina.

Hacia fines de 1966, todos estaban ya conectados.

La Habana, julio de 1967

García Elorrio y Abal Medina viajaron a Cuba en representación de *Cristianismo y Revolución*, para participar de la primera conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

Una pregunta que nadie podía formular intrigaba a las delegaciones: a mediados de 1967, cuando aterrizaron en La Habana, la presencia de Ernesto Guevara en Bolivia era un secreto. Tenían tanta fe en el Che que, en lugar de preocuparse por él, se preguntaban en qué punto del continente haría estallar la siguiente revolución.

Osvaldo Dorticós Torrado, el presidente cubano, dio la bienvenida a los participantes de la OLAS —miembros del Partido Comunista, fuerzas de izquierda y otras organizaciones revolucionarias de Asia, África y, mayoritariamente, América Latina— sin dejar caer pistas: «Nuestro saludo de hermanos y nuestro abrazo de estímulo a los combatientes que hoy empuñan las armas libertadoras en distintos países de este continente». En especial, agregó, al Che «en cualquiera que sea el lugar de combate donde se encuentre».

El éxito de la revolución de los barbudos que bajaron desde la Sierra Maestra había viralizado la «teoría del foco»: un pequeño grupo podía ser la antorcha de rebelión que encendiera al resto. «No siempre hay que esperar a que se den las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas», había dicho Guevara.

Las realidades de cada país eran muy diversas, pero las delegaciones que acudieron a la conferencia de la OLAS coincidieron en los grandes trazos: la denuncia del intervencionismo de los Estados Unidos, los discursos antiimperialistas y la elección de los movimientos guerrilleros como instrumento de lucha a favor de la emancipación de los pueblos de América Latina. La novedad que tendría mayor impacto en el devenir de la lucha armada en la Argentina fue la presencia en La Habana de grupos de origen católico.

Fidel Castro —primer ministro cubano, comandante supremo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y primer secretario del Partido Comunista— se reservó el cierre de la reunión de la OLAS para formular una oda a la vanguardia iluminada. «Quienquiera que se detenga a esperar que las ideas triunfen primero en las masas, de manera mayoritaria, para iniciar la acción revolucionaria, no será jamás revolucionario», arengó el comandante de verba fabulosa. «Si nosotros hubiésemos tenido esa concepción, jamás habríamos iniciado un proceso revolucionario. Bastó que las ideas tuviesen fuerza en un número suficiente de hombres para iniciar la acción revolucionaria; y, a través de la acción, las masas fueron adquiriendo esas ideas».

García Elorrio y Abal Medina escuchaban, con distintas urgencias. Los más jóvenes del Comando Camilo Torres ya pensaban en cómo adaptar las teorías cubanas a un país con ciudades grandes como la Argentina. Con el salto que planeaban, iban a romper con su último mentor, quien nunca quiso

supeditar por completo su vida en la superficie a las necesidades de la lucha armada.

De regreso en Buenos Aires, una fuerte discusión entre el director de *Cristianismo y Revolución* y quien había sido hasta ese momento su mejor discípulo selló la ruptura.

Abal volvería a Cuba, y pronto. Pero ya no para asistir a consideraciones teóricas sobre la política contemporánea.

OceanofPDF.com

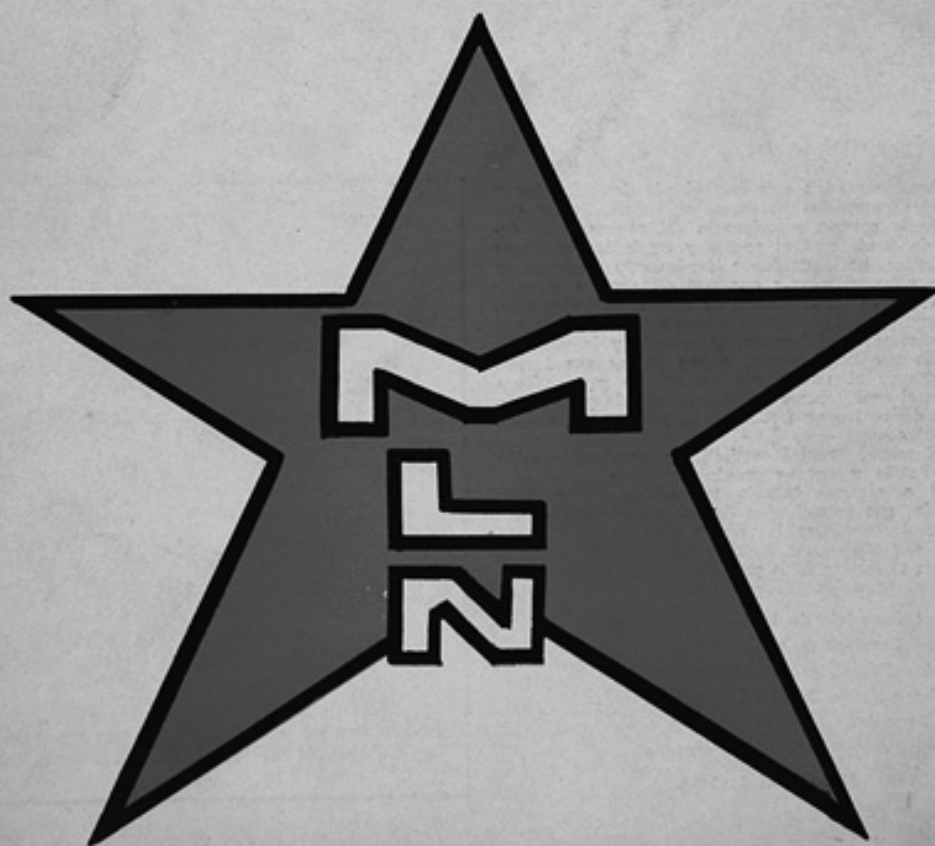
LOS TUPAS

Cristianismo y Revolución

C. 10.953

Año III — Nº 15 — \$ 150 — Buenos Aires — Primera quincena de mayo de 1969

ESTOS SON LOS TUPAMAROS



OceanofPDF.com

Vilanova i la Geltrú, 21 de agosto de 2017

—¿Cuál fue la principal fuente de inspiración para los Montoneros? — pregunté a Mario Firmenich.

—Los Tupas —respondió.

Los Tupas eran el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, una guerrilla que operó en Uruguay desde comienzos de la década de 1960.

A pesar de la censura que prohibía que se informara sobre ellos en la Argentina, para evitar el efecto de propaganda que buscaban, sus acciones se filtraban y los Tupamaros eran admirados por la mayoría de las organizaciones armadas en América Latina.

Los Tupas mataban y estaban dispuestos a morir. Eran osados y eficientes pero se distinguían por el ingenio y por intentar imprimir cierto espíritu de Robin Hood a sus operativos, aunque las fronteras de la lucha armada eran difusas. En 1968 y 1969 cometieron dos robos que parecen sacados de una película de James Bond: se llevaron las recaudaciones del Hotel Casino de Carrasco y del Casino San Rafael, en Punta del Este, el balneario predilecto de la clase alta de Uruguay y de la Argentina. Cuando se iban del San Rafael, con un botín interesante y sin haber disparado un tiro (habían ingresado con la complicidad de un empleado jerárquico) uno de los guerrilleros aclaró:

—Este dinero es para el pueblo.

Más allá de su aura, la configuración de los Tupamaros permitió que los fundadores de Montoneros enterrasen algunas lecciones aprendidas en Cuba que no les servían: era un guerrilla urbana. Por ese ejemplo saldaron el debate que demoraba su paso a la acción.

Según el dogma guevarista, la revolución se encendía con un foco rural, en zonas con poca población, alejadas de las ciudades. Pero en la Argentina ese requisito era, en realidad, un impedimento:

—Las incursiones en la selva ya habían fracasado —recordó Firmenich con precisión.

Refirió vagamente algo sobre Tucumán; inferí que aludía a la experiencia de los Uturuncos (*hombre puma* en lengua quichua), el primer foco guerrillero del país, influido por el pensamiento de John William Cooke, que operó entre 1959 y 1962 con base en una cueva gigante, escondida detrás de dos enormes piedras, en el monte de esa provincia.

La otra experiencia fallida —continuó— fue la de Jorge Masetti en el norte de Salta, en 1964. Masetti, periodista que entonces trabajaba para la radio El Mundo, había conseguido la primera entrevista con el Che, el argentino que luchaba en Sierra Maestra. Se hicieron grandes amigos y ese encuentro modificó el rumbo de su vida. Aprendió las técnicas de la guerrilla y se quedó en La Habana, ya revolucionaria, a cargo de un proyecto del Che, la agencia regional de noticias Prensa Latina, en la que también participaron Rogelio García Lupo, Rodolfo Walsh y Gabriel García Márquez. Luego viajó a Argelia para pelear contra los franceses y finalmente fundó el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) a fin de llevar su lucha a la Argentina: volvió transformado en el Comandante Segundo. Se internó en las montañas de Orán con Hermes Peña Torres (un capitán cubano, lugarteniente del Che) y un pequeño grupo de hombres. En la soledad, extenuados, el peor enemigo con el que se toparon fueron ellos mismos: no encontraron siquiera un campesino dispuesto a iniciar la revolución.

La Gendarmería los cercó y los obligó a replegarse; quedaron aislados y sin víveres. Dos de sus miembros desertaron, tres murieron de hambre y otro al caer en un barranco. El capitán Hermes murió en el único combate del grupo contra los gendarmes, en Río Piedras, en abril de 1964. Segundo, enfermo y mal alimentado, quedó a la espera de un rescate que nunca llegó. «Masetti no aparece nunca. Se ha disuelto en la selva, en la lluvia, en el tiempo», escribió Walsh al prologar *Los que luchan y los que lloran*, el libro de Masetti que se publicó en 1969. «En algún lugar desconocido el cadáver del Comandante Segundo empuña un fusil herrumbrado».

Pocos meses después una explosión mató a los nueve integrantes de otra célula que iba a iniciar su lucha guerrillera en Tucumán. El trotskista Ángel Bengochea —*el Vasco*, que se había entrenado con el Che en Cuba— no logró siquiera llegar a la provincia: el 21 de agosto de 1964 voló el departamento que había alquilado en el primer piso de Posadas 1168, en la Recoleta. Las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN), un grupo desconocido hasta ese momento, almacenaba allí sus armas.

También las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), único grupo del embrión guerrillero que peleó en nombre de Juan Domingo Perón, habían intentado sin éxito encender un foco guerrillero en la localidad tucumana de Taco Ralo, en septiembre de 1968, pero Firmenich pasó por alto aquella experiencia.

Argumentó que, por una sucesión de fracasos de los experimentos rurales en la Argentina, los fundadores de Montoneros vieron en los Tupamaros la demostración de una alternativa exitosa.

Tanto los inspiró que, cuando les tocó discutir qué nombre se darían, llegaron a evaluar la posibilidad de llamarse, ellos también, Tupamaros.

—Lo pensamos, pero lo descartamos porque se prestaba a confusión.

Copiaron, de todos modos, algo del espíritu del nombre.

Tupamaros aludía, en su origen, a los seguidores de Tupac Amaru, el caudillo indígena peruano que lideró la principal sublevación contra las autoridades coloniales a fines del siglo XVIII. Los españoles le dieron al término una connotación despectiva para designar a los independentistas. Luego, la guerrilla de los Tupas lo resignificó, para que volviera a ser el símbolo de la rebelión contra un poder extranjero e injusto.

Las montoneras eran las bandas de gauchos a caballo que se formaban en apoyo a los caudillos federales durante las luchas por la independencia argentina. Nunca ocuparon un lugar relevante en la historia oficial, pero los revisionistas —como José María Rosa, autor de *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*— les dieron un papel épico.

La descolonización en Asia y en África daba al asunto fuerte actualidad en aquellos años. En 1966 se había estrenado *La Batalla de Argel*, una película sobre el Frente de Liberación Nacional (FNL) argelino que combatió a la ocupación francesa. Gillo Pontecorvo organizó la narración en la voz de un veterano de una batalla sangrienta que se había perdido contra las divisiones de militares de la metrópolis. La guerrilla dejó de atacar solo objetivos militares y padeció los métodos de tortura que se exportarían a otros países. La historia de aquella batalla terminaba con una derrota del frente; pero al cabo de algunos años, el FNL lograría su objetivo.

—*La Batalla de Argel* —siguió Firmenich, durante el almuerzo en Sitges — también nos inspiró. El único problema es que era pesimista.

Abal Medina llevó la propuesta del nombre a una reunión en el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, en el barrio de Flores, y la sometió a votación. Estaban casi los mismos de la protesta en la Catedral: Maza, Firmenich, Ramus, Capuano, Vélez Carreras y Antonia Canizo, una amiga de la facultad de Abal que había participado en la acción del Comando Camilo Torres en la Catedral de Buenos Aires. Cada uno colocó un papelito dentro de una caja con su opción preferida.

Votaron por primera y última vez: previsiblemente, el nombre Montoneros se impuso.

OceanofPDF.com

LOS CAMINOS DEL CHE



Ernesto *Che* Guevara y Fidel Castro.

OceanofPDF.com

La Habana, diciembre de 1967

Patria o Muerte no es una fórmula para terminar los discursos, sino una regla de acción (...) Vencer es aceptar, desde un principio, que la vida no es el bien supremo del revolucionario.

Régis Debray

Apenas seis meses después de haber conocido La Habana, Fernando Abal Medina regresó a Cuba para recibir entrenamiento militar. En tan poco tiempo, sin embargo, el sueño de la revolución continental había perdido impulso, por no decir que repentinamente se había esfumado: el 8 de octubre, Ernesto Guevara había sido ejecutado en Bolivia. El mundo estaba en shock.

El Che cayó en La Higuera en una emboscada que le tendieron con la ayuda de agentes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos. Lo encontraron en la cumbre de su gloria y con el aspecto de un desahuciado: el intento por encender un foco rural cerca de la frontera con la Argentina había resultado en un fiasco. El gobierno boliviano se encargó del resto: exhibió el cadáver al público en un hospital de Vallegrande —era su trofeo—, se quedó con las manos para preservar una prueba de identidad y ocultó el resto del cuerpo en una fosa común bajo una pista de aterrizaje. Allí permaneció, perdido, veinte años.

Desde Madrid, Perón acusó recibo de la conmoción. Escribió a sus fieles sobre el «profundo dolor» con que había recibido la noticia de la «irreparable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por su liberación». La carta, del 24 de octubre de 1967, decía:

Su muerte me desgarró el alma porque era uno de los nuestros, quizás el mejor: un ejemplo de conducta, desprendimiento, espíritu de sacrificio, renunciamento. (...) Su vida, su epopeya, es el ejemplo más puro en que se deben mirar nuestros jóvenes, los jóvenes de toda América Latina. (...) Las revoluciones socialistas se tienen que realizar; que cada uno haga la suya, no importa el sello que ella tenga. (...)

El peronismo, consecuente con su tradición y con su lucha, como Movimiento Nacional, Popular y Revolucionario, rinde su homenaje emocionado al idealista, al revolucionario, al Comandante Ernesto «Che» Guevara, guerrillero argentino muerto en acción empuñando

las armas en pos del triunfo de las revoluciones nacionales en Latinoamérica.

Los jóvenes como Abal Medina tomaron nota: la revolución también podía ser peronista. A pesar de todo, entonces, su misión en La Habana seguía teniendo sentido. Acaso podría tener un sentido mayor al que había imaginado originalmente.

Fidel Castro ofrecía instrucción militar a extranjeros, en particular a latinoamericanos de izquierda que buscaban la lucha armada en sus países. Pero esos cursos eran secretos: no quería facilitar nada a quienes lo acusaban —la sospecha crecía— de inmiscuirse en los asuntos internos de otros. Ya que los Estados Unidos no dejaban de meterse en los suyos, alentando conspiraciones, quería al menos conservar la posición moral desde la que protestar.

La ingeniosa burocracia cubana bautizó con un eufemismo, *becarios*, a los aspirantes a guerrilleros que llegaban a La Habana ansiosos por aprender. Los becarios no podían revelar, ni a sus íntimos, su estadía en la isla, de la que no quedaba ningún registro en sus pasaportes.

Para eso hacían un periplo común en los años de la Guerra Fría: desde la Argentina cruzaban a Uruguay en barco, en Montevideo volaban a una ciudad de Europa y allí tomaban otro vuelo, dentro del mismo continente pero al otro lado de la Cortina de Hierro. En Praga, que entonces era capital de Checoslovaquia, recibían un pasaporte falso y un billete de Cubana de Aviación hacia La Habana.

Hoy sobreviven muy escasos registros de los argentinos que protagonizaron aquella aventura. En parte porque muchos murieron; y los pocos que sobrevivieron, por otro lado, han callado casi todos. El pacto de confidencialidad que imponían los cubanos perduró en el tiempo y la información referida a los cursos para guerrilleros quedó envuelta en el misterio.

Hasta que en abril de 2012 se publicó, en forma simultánea en Francia y en la Argentina, un libro inusual para la temática: *Los pasajeros del Anna C.*, de Laura Alcoba.

Es una novela escrita en francés por una autora argentina que vive en París desde pequeña. Y cuenta, con las herramientas de la ficción, una historia real sobre los becarios argentinos en Cuba.

Alcoba accedió a las fuentes a través de su propia vida: nació en La Habana mientras sus padres, Daniel Alcoba y Sara Longhi, entrenaban ahí.

El libro habla del tedio de su madre en la ciudad mientras él aprendía a combatir en el monte, de sus encuentros amorosos, de un embarazo inesperado. Cuenta, también, el encuentro de su padre y de otros argentinos con Abal Medina, Carlos Ramus, Emilio Maza y Norma Arrostito. Los tres hombres son, en la novela, «Los Trillizos».

La última parte me intrigó. Me contacté con la escritora para ver si me podía conectar con sus fuentes para reconstruir la misma historia, pero con las herramientas del periodismo. Me dijo que entrevistar a su madre sería imposible: no remueve ese pasado con extraños. Podía, sí, darme los datos de su padre y de algún otro excombatiente que tal vez me ayudarían.

Así supe que Daniel Alcoba también trabajaba en un libro sobre aquellos tiempos en Cuba, un largo trabajo de mirada muy crítica —por momentos lapidaria— que tituló *Final de la etapa guevarista, o de la imitación del Quijote*. Compartió conmigo sus archivos y largas entrevistas que me permitieron discernir la ficción de la realidad para retomar el relato desde el momento de la llegada de Abal Medina y de su grupo a La Habana.

En diciembre de 1967, por respeto a las reglas de los cubanos y de la clandestinidad, los cuatro protomontoneros se presentaron con sus nombres de guerra. Pero muchos se conocían ya, o al menos tenían referencias o pistas sobre quién era quién.

Emilio Jáuregui, uno de los veteranos que había colaborado con Juan García Elorrio en *Cristianismo y Revolución*, enseguida identificó a Abal Medina y a Ramus. Mucho más le costó entender qué hacían ahí.

Los argentinos que llevaban más tiempo en La Habana tenían sus diferencias. Jáuregui, por ejemplo, pertenecía a Vanguardia Comunista, una agrupación maoísta: había conocido China antes que Cuba. Otros eran prosoviéticos. Tampoco pensaban lo mismo sobre el peronismo, aunque la mayoría veía en Juan Domingo Perón un obstáculo más que un camino hacia la revolución, por haber reconciliado a los trabajadores con el capital gracias a beneficios como los derechos sociales, y de ese modo haber impedido el desarrollo de una conciencia obrera. Alcoba y Jáuregui se contaban entre ellos; también Luis Stamponi, sobreviviente de la explosión que terminó con el grupo de Ángel Bengochea. Un círculo minoritario había adquirido una concepción más instrumental. Si la revolución solo era

posible con la clase obrera, era inútil remar contra la corriente del ADN peronista de los trabajadores argentinos: el *entrismo*, que en La Habana practicaba, entre otros, Arturo Lewinger.

Entre ellos discutían apasionadamente, pero con el grupo de Abal Medina no tenían absolutamente nada en común. Parecían salidos de dos planetas diferentes. Los Trillizos, como los vio Laura Alcoba, repartían su fe entre la Biblia y Perón; Arrostito no era católica y venía de la izquierda, pero subordinaba su estrategia a la de su pareja, Abal. Si el tema religioso en sí resultaba bastante complicado —Iglesia y Revolución Cubana no iban de la mano, aunque Castro había estudiado con los jesuitas—, su identidad peronista, derivada de la pertenencia a agrupaciones nacionalistas (todavía diluida, porque faltaban más de dos años para que Montoneros se diera a conocer como organización), lo era mil veces más.

El combo provocó una enorme confusión, que a su vez condujo a la desconfianza acérrima entre los argentinos en La Habana.

Si bien Mario Firmenich me dijo que en el almuerzo que compartimos en Sitges que no participó de esa experiencia, conocía, como todos los protagonistas de su época, las razones detrás de esas tensiones. Las resumió de manera muy sencilla:

—Es que nosotros rompimos el molde. No encajábamos.

Lo subrayó muchas veces: «No encajábamos».

No encajaban en el molde de los jóvenes revolucionarios porque no eran comunistas, marxistas, guevaristas ni maoístas, una rareza que hacía que los mirasen con desaprobación.

—Suponían que, por ser católicos y peronistas, teníamos que ser de derecha. Pero es un equívoco conceptual.

En Cuba, la distancia ideológica se complicó por el añadido de una diferencia aún más importante entre unos y otros: la experiencia en las técnicas guerrilleras. Abal y los de su grupo eran aprendices al lado de ellos, que se habían preparado para acompañar al Che cuando todavía vivía y se proponía guiar un Ejército de Liberación Nacional en Bolivia. Ellos habían formado la Compañía de Aspirantes que esperó la convocatoria del comandante que no pudo llegar.

A medida que el Che fue relatando, en informes reservados de inteligencia, las dificultades que enfrentaba, ellos habían comenzado a sufrir cada vez más privaciones en los entrenamientos en las montañas del

Escambray. Los cubanos querían saber si sus cuerpos y sus psiquis estarían a la altura del desafío. Los habían sometido a una experiencia extrema.

Vivían rodeados de árboles frutales pero escaseaban las proteínas (cada tanto les hacían llegar carne enlatada de origen ruso) y el agua potable (usaban pastillas de cloro). Se tenían que arreglar con lo que pescaran y con lo que cazaran, para lo cual usaban meros anzuelos con línea y unos rifles con silenciador, ya que en un escenario real el sonido de una bala los delataría.

La muerte del Che los había dejado en el limbo que la burocracia cubana llamaba «franco de servicio». Habían dejado de entrenar e ignoraban cuál sería su destino, que por otra parte ya no estaba en sus manos: sin documentos o dinero ni siquiera podían regresar a la Argentina.

Así los encontraron los becarios que llegaron al terminar 1967.

Los cursos que el Che había creado mientras se desempeñó en la región oriental en Cuba, llamados Preparación Especial de Tropas Irregulares, los PETI, seguían funcionando bajo la órbita de Manuel Piñeyro, el comandante Barbarroja. Él también tenía a su cargo el aparato de seguridad gubernamental y el Departamento de América, una amplia red de inteligencia y de apoyo a las guerrillas que operaba bajo una cobertura diplomática.

Los cubanos habían decidido darles a los recién llegados un curso de instrucción básica y solo entonces promover la integración de todos —con la idea de que luego pudieran actuar de manera coordinada— en un ejercicio de «confluencia organizativa».

Vestidos con los uniformes verde olivo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, Abal Medina, Maza, Ramus y Arrostito partieron a un cuartel de infantería en Pinar del Río, dos horas al oeste de La Habana. Arrostito pudo participar de las clases teóricas (el Nivel 1 de los PETI), pero no de los ejercicios en la selva, la segunda etapa de la instrucción: no se aceptaban mujeres.

Los cubanos les enseñaron la fórmula que les había dado éxito: la guerrilla rural, que se podía fortalecer lejos de la represión que dominaba en las ciudades. De su experiencia, una revolución que había bajado desde la Sierra Maestra para entrar triunfante en La Habana, Régis Debray había extraído una receta con ínfulas de universal, y como parte de sus estudios los becarios debían leer al menos veinte minutos diarios de los textos del francés y discutir sus máximas antes de dormir.

Practicaban con armas individuales, preferentemente de puño —pistola, revólver y granadas de mano— y estudiaban seguimiento y contraseguimiento. A pesar de su liderazgo, Abal Medina se destapó como un novato: ni siquiera había hecho el servicio militar en la Argentina. En cambio Maza, liceísta del ejército, de inmediato se destacó sobre sus compañeros.

Aprendieron nociones de química para preparar explosivos caseros y un poco de ingeniería militar sobre voladuras, fortificaciones, minado, túneles y trincheras. Un médico los preparó en primeros auxilios: inyecciones, traqueotomías y reanimación en caso de que alguno de sus compañeros cayera herido en campaña.

La escuela de guerrilla rural —la especialidad de los cubanos— abrió con cursos teóricos sobre comunicación en lugares remotos (invención y descifrado de claves para mensajes, radio de onda corta), de navegación terrestre (brújulas, topografía, cartografía, marcha diurna y nocturna) y de combate (emboscada, ataque, vigilancia, ocupación y retirada). Los instructores del Ejército Rebelde explicaron los papeles que cumplían la vanguardia y la retaguardia en las marchas y enfatizaron la necesidad de que los pelotones se coordinaran sin fisuras. Podrían poner a prueba esas lecciones de confluencia en el paso siguiente: ejercicios con los otros argentinos, los ya experimentados, que iban a sumárseles en los días siguientes.

El grupo de Jáuregui regresó a Pinar del Río con escaso ánimo. A ellos, que habían sido aspirantes al máximo honor de acompañar la gesta del Che, los mandaban al monte otra vez, sin explicación y con unos novatos de ideas exóticas.

El responsable de todos —una suerte de comisario político— les habló del Proyecto de Unidad Organizativa para la columna. Lo miraron resignados: al cabo de casi dos años en la isla, habían aprendido a no preguntar y a no comentar (sabían que los vigilaban algunos oficiales de inteligencia), pero sentían que el plan estaba destinado al fracaso.

Así quedó conformado un pelotón de veintinueve argentinos, cuyo responsable los guio hasta el pie del monte para que recibieran armas, uniformes y la orden de marchar cuesta arriba, como una unidad de infantería. El ejercicio consistía en llegar a destino con solo un mapa y una brújula y sin tocar los caminos transitados; debían moverse en la selva sin ser detectados. La montaña era un terreno áspero, con pendientes y

acantilados peligrosos que los hicieron recurrir a cuerdas para evitar accidentes. Marchaban, además, con mochilas pesadas.

Avanzaban cincuenta minutos y descansaban apenas diez, y así durante treinta horas, sin detenerse; cuando por fin lo hacían, contaban con apenas cuatro horas para recuperarse. En tres días completaron noventa kilómetros, una «puesta a punto física» que se combinó con privación de comida.

Las tensiones comenzaron a acumularse.

Los cubanos les habían prohibido los debates ideológicos mientras durara el ejercicio, para fomentar la unidad pero sobre todo porque el agotamiento físico hacía estallar conflictos de la nada. Sabían por experiencia que bastaría con que alguien dijera «Perón» o «Cristo» para que todo volase por los aires.

Luis Stampone, el mayor del pelotón y uno de los más antiperonistas, tenía la peor relación con Abal Medina. Los nuevos se llevaban un poco mejor con los otros veteranos, los *entristas* que lideraba Lewinger. Algunas afinidades personales también ayudaron a tender puentes: Alcoba, a cargo de la comida, se hizo amigo de su ayudante, Maza. Le gustaba el sentido del humor del cordobés, que además era un gran lector de la literatura política.

Los cubanos aumentaron la intensidad del ejercicio: la naturaleza no sería su único desafío. Por las montañas del Escambray los iba a perseguir una división de la Lucha Contra Bandidos, un cuerpo que combatía a los terratenientes y los campesinos pobres sospechados de conspirar contra la revolución con el apoyo de los espías de la CIA. Si los alcanzaban, les dispararían balas de fogueo, pero la evaluación de su desempeño sería de verdad. Para evitar las bajas —repitieron— tenían que avanzar unidos, como un grupo compacto.

El responsable eligió a tres de los argentinos con más experiencia para ocupar los puestos de mayor responsabilidad: el jefe de la vanguardia, que debía estar atento a las emboscadas; el de la retaguardia, encargado de aguantar el avance el enemigo; y el del centro, que debía coordinar entre uno y otro. Abal Medina y los suyos se sintieron excluidos y «copados por el aparato de la izquierda», según la jerga de la época: a ninguno de su grupo le habían dado un puesto de importancia.

—Le están dando la conducción de la columna a un solo grupo —objetó.

El cubano, poco afecto a brindar explicaciones, dijo que era una cuestión de entrenamiento, no de matices ideológicos que, por otra parte, él ni siquiera distinguía.

Marcharon juntos a pesar del malestar, hasta que una rama golpeó en el rostro a uno de los becarios más novatos.

Era una agresión que no iban a tolerar, dijo Abal, y exigió una reunión a los gritos.

Jáuregui buscó un claro y frenó la marcha para disolver las tensiones.

Abal Medina levantó el tono para denunciar una conspiración. Stampone intervino para pedir que se suspendiera el ejercicio: llevaban días de instrucción itinerante sin que ellos aprendieran algo más o los recién llegados mejorasen el trato. Abal siguió discutiendo. Uno de los integrantes del grupo de Stampone, cansado, levantó su fusil; los nuevos lo imitaron. Los cartuchos sonaron en la recámara:

—Clac, clac...

—Clac, clac...

En pocos segundos se apuntaban unos a otros.

—¡Paren! ¿Están locos? —Jáuregui intervino, con la mirada en los ojos de Abal Medina, con la esperanza de que el respeto fuera mutuo.

—¡Todos bajan las armas! ¡¡Y más nada!! —ordenó el oficial cubano.

Lo hicieron a regañadientes.

Así terminó, abruptamente, el ejercicio de unidad. Los más nuevos completaron su entrenamiento en el monte durante una semana más; los veteranos se fueron a La Habana.

Pasó el tiempo y los argentinos, más allá de las distinciones, permanecieron varados en Cuba. Había que resolver cuestiones de seguridad para su regreso: el gobierno no podía dejarlos ir sin más, ya que manejaban demasiada información. Pero tampoco estaba claro qué podían hacer dentro de la isla sin causar problemas.

Por fin, en junio de 1968 se decidió que emprendieran el regreso.

Del mismo modo que al llegar a La Habana, los requisaron, esta vez para que no se llevaran *souvenirs* vinculados al entrenamiento: ningún elemento identificable, como uniformes, mochilas, cantimploras o sus apuntes de las clases en los PETI de Pinar del Río. Muchos habían intentado partir con un ejemplar de *¿Revolución en la revolución?*, el libro de Régis Debray recién editado, y las copias parciales de los diarios del Che en Bolivia, que en pocas semanas se iban a distribuir en Cuba como su legado.

El barco Anna C., que dio nombre al libro de Laura Alcoba, los llevó de regreso a la Argentina entre abril y mayo de 1969. Los padres de Alcoba,

junto con Abal Medina, Maza, Ramus, Arrostito y otros becarios, acompañaron a la bebé en su primer viaje aéreo en un avión ruso con destino a Praga. Allí tres agentes cubanos asistieron al grupo —tras una identificación en clave: una pregunta— y lo llevaron a una estación de tren para que llegara a Viena. De Viena viajaron a Venecia, y de Venecia a Génova: a esas alturas el dinero les alcanzó apenas para comprar los pasajes para atravesar el Atlántico.

Cuando reconstruyó la historia, Alcoba también buscó a Debray, el autor de los manuales para guerrilleros. Debray había perdido para entonces el interés en América Latina y evadía su pasado al lado del Che y de Fidel Castro. Alcoba le escribió: quería verlo porque iba a escribir sobre la experiencia de sus padres en Cuba para contar la historia de una generación —quizás la última— que soñó con la epopeya revolucionaria. «Es imposible escribir sobre eso. Tu generación no puede entender eso que había entre la esperanza y la espera para nosotros», le respondió el intelectual francés, aunque aceptó encontrarse con ella.

«En la sala de su departamento parisino, donde me recibe a comienzos del mes de agosto de 2010, Régis Debray me induce a observar que en esta historia que acabo de esbozarle a grandes rasgos hay quizá más preguntas que informaciones, muchas zonas de oscuridad», reconstruyó.

«Pero ¿de qué se acuerdan ellos? ¿Y usted qué sabe?, me pregunta Régis Debray», escribió Alcoba.

Debray estaba por recibir la inquietud de otra hija: la suya. Laurence Debray había crecido alejada de la carga que la izquierda caviar parisina ponía a su apellido, hasta que escribió un libro académico sobre el rey Juan Carlos de España y un periodista la desafió: si tanto le interesaba la historia, ¿por qué no indagaba en la de su familia para saber si era cierto que su padre había sido el entregador del Che? La desafió a que averiguara si era cierto que, tras caer preso en Bolivia unos meses antes que el Che, Debray había revelado información que permitió su captura. En *Hija de revolucionarios*, otro libro, que publicó en 2017, Laurence lo exonera de esa traición pero lo presenta como un padre ególatra y ausente.

* * *

Barcelona, junio de 2017

Los dos contactos que me pasó Laura Alcoba vivían en Barcelona. Pero como llevaban décadas sin hablar entre sí, debí verlos por separado.

Con su padre, Daniel Alcoba, periodista, traductor y editor, me encontré en un café del centro de Barcelona.

A Ricardo Rodrigo, otro excombatiente del grupo de los guevaristas de la primera hora, lo entrevisté en su hermosa casa, con pileta, en una de las siete colinas de la ciudad. En el exilio había logrado desarrollar una importante carrera de editor empresario, y aunque en 2016 había perdido un juicio impositivo, su nivel de vida no parecía haberse afectado. Conversamos en la sala, de ventanales enormes, y en el jardín; la charla fluía. El recuerdo de su entrenamiento en La Habana no parecía dolerle, como si no tuviera cuentas pendientes con ese pasado.

Corroboré que tenían sensaciones personales bien distintas sobre la experiencia, pero los dos coincidieron en ubicar a Firmenich en Cuba aquel verano de 1968. Si bien sus relatos sobre el ejercicio conjunto de los becarios argentinos diferían en matices (a cincuenta años de los hechos se volvía difícil saber con certeza quién iba a la vanguardia o a la retaguardia, o si el detonante del conflicto final había sido una rama o un insulto) eran, en esencia, uno mismo.

Ambos aseguraron haber formado parte de aquel pelotón que exasperó a los cubanos durante un entrenamiento; ambos aseguraron que, además de Abal Medina, Maza y Ramus, también Firmenich había estado allí; ambos aseguraron que el protagonista de la pelea que llevó a la disolución de la columna argentina había sido Firmenich.

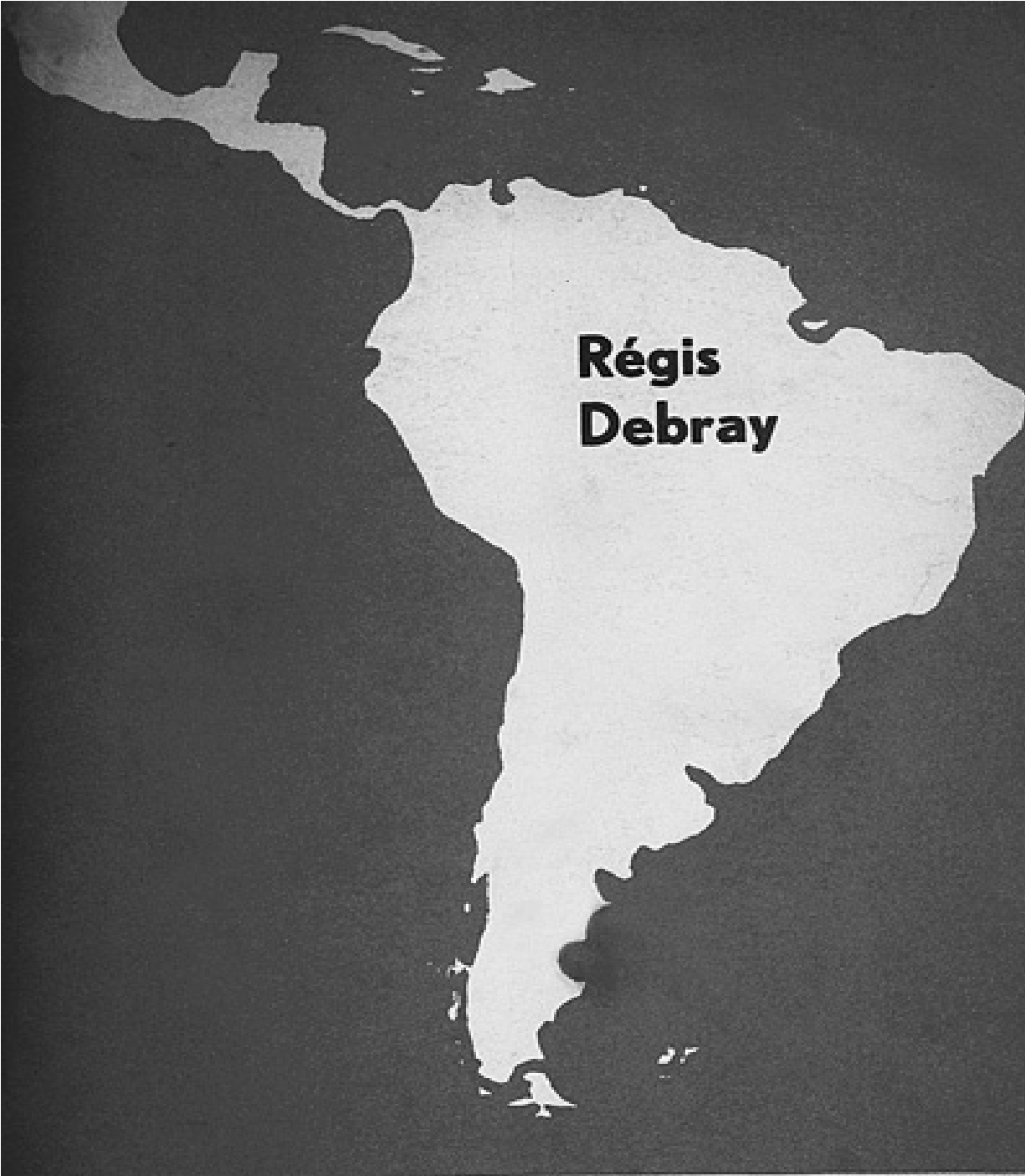
Firmenich, quien ahora vivía tan cerca de ellos, con quien ninguno de los dos había vuelto a hablar (tampoco).

Firmenich que juraba no haber pisado La Habana hasta 1975.

¿A quién creerle?

LA SIMULACIÓN Y EL FOGUEO





**Régis
Debray**

**¿REVOLUCION EN
LA REVOLUCION?**

Casamiento de Ignacio Vélez Carreras y Cristina Liprandi en la Catedral de Córdoba , 1968.

Portada del libro de Régis Debray, de Cuba al mundo.

OceanofPDF.com

Buenos Aires y Córdoba, mayo de 1968 a mayo de 1970

A pesar de los desencuentros, el entrenamiento en Cuba los animó a dar el siguiente salto. Solo faltaba que las condiciones locales los empujaran para que definieran un acto de presentación a la altura de esa guerrilla tan particular que gestaban, una salida a escena que fuera tan ambiciosa como sus objetivos.

—¿Cuál fue el impulso final? —alcancé a preguntarle a Mario Firmenich.

—El Cordobazo: ahí estaba el componente obrero que faltaba.

Con la dictadura de Juan Carlos Onganía, el movimiento obrero se había partido en dos: la CGT Azopardo (la Confederación General del Trabajo conciliadora, a cargo de Augusto Timoteo Vandor) y la CGT de los Argentinos (combativa, liderada por Raymundo Ongaro). Pero hicieron a un lado sus diferencias y convocaron juntas a un paro con movilización para el 30 de mayo de 1969: así se gestó la movilización de obreros y estudiantes que sacudió a todo el país.

Los sindicalistas querían recuperar conquistas que la dictadura había eliminado, como la negociación colectiva y el sábado inglés —el descanso a partir del mediodía— en las plantas automotrices. Los estudiantes —que se venían movilizandando contra la intervención de las universidades— se sumaron a las protestas.

En la víspera del paro las columnas marcharon hacia el centro de la ciudad y las fuerzas de seguridad les frenaron el paso; entonces los manifestantes se refugiaron en los barrios y montaron barricadas. Una vez que se extendió la violencia, las concesionarias, símbolo del poder de la industria automotriz en Córdoba, acabaron incendiadas. Onganía ordenó reprimir y el Ejército controló la insurrección, pero de todas maneras debió ceder y la agitación continuó. Un mes más tarde, el asesinato del metalúrgico Augusto Vandor dio inicio a una serie de crímenes políticos de altísimo perfil.

Vandor había organizado en 1964 un frustrado Operativo Retorno de Juan Domingo Perón, que se interrumpió en el aeropuerto de Río de Janeiro, donde el expresidente debió aceptar que no le permitirían llegar a Buenos Aires y regresó a Madrid. Aunque sonara ilógico, un sector del peronismo interpretó que el operativo había sido un éxito para Vandor: se había demostrado que Perón no podía volver a la Argentina —o que no quería

pagar el alto costo de hacerlo— y entonces era necesario impulsar una fuerza que prescindiera de su conducción personal. ¿Y quién mejor que Vando para ocupar ese lugar?

Lo acibillaron el 30 de junio de 1969 a las 11.30 de la mañana en la sede de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), en el barrio de Parque Patricios. A esa misma hora, en la Casa Rosada Onganía recibía a Nelson Rockefeller, enviado del presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon.

Nadie reivindicó el crimen hasta un año y medio más tarde. Un comunicado que se atribuyó falsamente al Ejército Nacional Revolucionario (ENR, aquel grupo inspirado en el Che) explicó que entonces habían resuelto «no hacer propaganda sobre el Operativo Judas —como bautizaron el crimen de Vando— hasta no disponer de una fuerza suficiente para garantizar la continuidad de su acción». Cuando se dieron a conocer, los autores del asesinato habían creado Descamisados, una organización importante que luego se fusionaría con Montoneros.

Esa escalada en la forma de dirimir conflictos dentro del peronismo confirmó la mala impresión que Rockefeller se había llevado al pisar Buenos Aires: en la víspera habían estallado bombas en trece supermercados de la cadena Minimax, propiedad de la familia del multimillonario que Nixon había nombrado como enviado para América Latina. Obra de guevaristas entrenados en Cuba, del grupo de Ricardo Rodrigo entre otros, que causaron pérdidas totales en ocho locales.

Al día siguiente, en una manifestación de repudio a la presencia de Rockefeller en Buenos Aires, la Policía Federal asesinó a Emilio Jáuregui, aquel que había sido becario en La Habana junto con Fernando Abal Medina y Maza, experiodista de *La Nación* y dirigente del Sindicato de Prensa. Tenía veintinueve años.

Pronto más gente de su generación correría la misma suerte. Vidas veloces y muertes tempranas empezaban a ser ennoblecidas, glorificadas.

Aunque las jornadas del Cordobazo dieron a los Montoneros el impulso para saltar a la acción, ninguno de los integrantes de las células fundacionales se involucró en aquellas horas de protesta. Estaban sumergidos en la clandestinidad, inmersos en la etapa del *fogueo* y del montaje del aparato —en palabras de Régis Debray— de la guerrilla urbana que revelarían con el secuestro y asesinato de Aramburu.

Los cartuchos de fogueo no tienen balas ni perdigones; se usan para simulaciones o efectos especiales en películas. En la guerrilla, sin embargo, la imagen aludía a robos menores que servían para ganar experiencia en la acción, para juntar armas y uniformes de las fuerzas de seguridad que vestirían en otros operativos para confundir. Pasaban por delincuentes comunes: según Debray, la estructura del aparato se creaba sin que el enemigo se diera cuenta, y sin darse a conocer.

Pasar inadvertidos les exigía disimular, hacer de cuenta que su camino jamás se había desviado: que seguían siendo, o habían vuelto a ser, jóvenes de clase media que se proponían convertirse en profesionales y formar una familia. Los protomontoneros trabajaban o estudiaban para esconder su tarea principal, que transcurría en la clandestinidad y generalmente de noche. Solo cuando las personas que los rodeaban dormían, o no los veían, ellos vivían plenamente.

Firmenich empezó a faltar a las clases en la carrera de Ingeniería. Pasaba mucho tiempo al volante del taxi que había comprado gracias a la compraventa de ganado. El Ford Falcon cumplía funciones múltiples: le servía de fachada para su vida en la superficie; le daba dinero para cubrir sus gastos en la casa que alquilaba en el conurbano, a la que se mudó Carlos Capuano Martínez cuando dejó Córdoba; le facilitaba las tareas de vigilancia —podía dar vueltas a poca velocidad por una zona determinada sin despertar sospechas— que le encargaba Abal Medina. Por su gran memoria y por la frialdad y la cautela con que calculaba cada movimiento, había quedado a cargo de la seguridad en los operativos de fogueo.

Para sus vidas ocultas dejaron de usar sus nombres reales: Abal Medina era *Germán*; Norma Esther Arrostito, *Irma*; Emilio Maza, *El Gordo*; Carlos Capuano Martínez, *Miguel Ángel*; Firmenich, *Manuel*; Carlos Gustavo Ramus, *Gustavo*; Ignacio Vélez, *Mateo*, nombre que eligió como un guiño al Evangelio según San Mateo, un recaudador de impuestos que dejó su trabajo para seguir a Jesús.

Aunque fueran amigos, de a ratos hacían de cuenta que no se conocían. Por el principio de compartimentación, que debían respetar a rajatabla, se comprometían a manejar la menor cantidad de información posible sobre los operativos y sobre la vida de los demás, para que ninguno pudiera entregar datos relevantes si cayera en manos de las fuerzas de seguridad. No podían casi beber alcohol ni compartir información con nadie, ya fuesen

familiares o parejas: las relaciones amorosas con personas ajenas a la organización eran observadas como peligrosas.

Las viviendas de los fundadores de Montoneros se transformaron en casas operativas y la casa de Parque Chas fue de las primeras que se adaptó a las nuevas necesidades.

Nélida Arrostito y Carlos Maguid, por la convivencia con Norma y Fernando, habían empezado una amistad de parejas. Maguid intentaba, en vano, interesar a su concuñado en otras cosas, como las que lo apasionaban a él: sacaba fotos, escribía poesía y le gustaba el arte. A veces comentaba con Nélida que por la noche llegaban visitas a la casa: *Manuel* y *Miguel Ángel* —conocían a Firmenich y a Capuano Martínez por sus nombres de guerra— solían aparecer juntos cuando ellos ya se habían acostado.

Una noche Nélida se despertó y descubrió que habían regresado con un bolso. No se atrevió a preguntar nada, saludó y se volvió a la cama. Pero quedó atenta a la conversación. Sonaban excitados. Hablaban de un *debut* y de una *expropiación*. Interpretó que aludían a un robo a un policía. Creyó que había escuchado mal. ¿Qué sentido tendría? Pero al día siguiente, cuando su hermana ya no estaba en la casa, hurgó en el ropero de su habitación y encontró, efectivamente, un uniforme y una gorra de policía.

Por fin, en una de sus arengas sobre la legitimidad de la lucha armada ante las injusticias del capitalismo, Abal Medina les preguntó a Maguid y a ella si estaban dispuestos a pasar a la acción. Su voz vibraba diferente, con un tono imperativo. Pero más que la transformación de su cuñado, a Nélida la desconcertó el silencio de su hermana. Cuando quedaron solas, Norma le confirmó que ella formaba parte de esa organización guerrillera. Nélida se quedó sin palabras.

A principios de 1969, Nélida y Maguid empezaron a colaborar. Abal estaba ansioso por aprovechar los conocimientos de fotografía de Maguid, y sobre todo, la ventaja de contar con un laboratorio casero: le encomendó que hiciera reproducciones de las páginas de algunos manuales que le acercaba. Eran brevariarios sobre todo tipo de armas: explosivos, espoletas, minas, granadas y morteros. Él le daba dinero para que comprara película, líquidos para revelar y papeles para imprimir.

Como Nélida, maestra de jardín de infantes, era muy metódica y prolija, Abal le encargó el archivo. Debía recortar y clasificar las noticias sobre robos en apariencia comunes que tuvieran como blanco a las fuerzas de

seguridad. Quería contar con un registro del reflejo en los medios de los operativos que él mismo ordenaba, y de otros similares.

Nélida y Maguid recibieron instrucción básica sobre el manejo de armas y se acostumbraron a llevar una pistola, excepto cuando iban a trabajar. A los lugares públicos debían llegar y marcharse por separado; ya no podían andar juntos por la calle. Por lo demás, Abal les exigió —porque ahora les daba órdenes— que mantuvieran inalterada la rutina de sus vidas en la superficie. Maguid se sintió incorporado a su segunda vida, en la clandestinidad, cuando se acostumbró a que lo llamaran *Héctor*.

Cada tanto Abal Medina comprobaba si podrían conducir un operativo sin que él lo comandase. Algunas rutinas se repetían: por ejemplo, robar un auto para cumplir con su misión y luego dejarlo tirado. Los operativos más frecuentes, los de *desarme*, tenían como finalidad el robo —la *apropiación* en los términos que usaban— de armas de las fuerzas de seguridad. En una ocasión se subieron tres en un taxi, redujeron al chofer, lo metieron dentro del baúl y se dirigieron a la esquina de Arcos y Echeverría, en Belgrano, donde había un policía de custodia. Dos de ellos, un varón y una mujer, bajaron unos metros antes y empezaron a caminar de la mano por la vereda. Mientras el chofer fingió ser un taxista necesitado de direcciones, la pareja apareció por la espalda del policía: ella le apuntó una pistola a la cabeza y él lo obligó a subir al taxi; quedó sentado en el asiento trasero, en el medio de los dos. Le quitaron arma, gorra, capote, chapa de pecho y correa y lo dejaron semidesnudo cerca del cementerio de la Chacarita, dentro del taxi, y con el taxista en el baúl.

Los integrantes de la célula original de Córdoba actuaban en espejo. Solo que Maza y Vélez Carreras debieron hacer un esfuerzo adicional para disimular el salto a la clandestinidad. Los dos se habían movido en un círculo más pequeño y mucho más politizado, que guardaba pocos secretos: muchos de sus conocidos sabían que ellos querían conformar una guerrilla.

El Gordo Maza directamente se mudó de la ciudad. Venía de una familia venida a menos: las que ya no tenían fortuna pero iban a los mismos colegios, los mismos clubes y los mismos oficios religiosos que las familias que sumaban capital a su abolengo. Se perdió en Buenos Aires y solo regresó a Córdoba de incógnito, para propagar los saberes guerrilleros que trajo de Cuba.

Vélez Carreras se embarcó en un mayor esfuerzo de simulación, con una táctica que también tenía nombre: *desenganchar*. Había quedado a cargo de

la célula cordobesa mientras Maza entrenaba en La Habana, pero no le resultó difícil simular que la política había sido un capricho que había perdido todo interés para él: pertenecía al mundo privilegiado de la oligarquía. Retomó sus estudios de derecho en la Universidad Nacional de Córdoba y le pidió casamiento a Liprandi. Los dos pensaban que una boda sería la mejor cobertura para reforzar una imagen mansa de jóvenes burgueses que querían proyectar. El matrimonio, además, les resolvería problemas de logística.

Los cordobeses, como los porteños, iniciaron la etapa del fogueo con objetivos menores, como el robo de vehículos y los operativos de desarme.

Solían encontrarse en el estudio del padre de Vélez Carreras, el abogado Ignacio Vélez, descendiente de los fundadores del diario *Eco* de Córdoba. Conspiraban por las noches en la oficina vacía, pero no podían salir a fichar destacamentos policiales de madrugada sin que sus familias los escucharan regresar y les preguntaran qué habían estado haciendo a esas horas. Vélez terminó por pelearse con el padre y se mudó a la casa que su familia usaba como quinta de fin de semana en Villa Allende, a veintitrés kilómetros de la ciudad. Apostó a que lo dejaran mudarse ahí definitivamente si se casaba con su novia.

La finca en el hermoso reducto de la clase alta cordobesa en las sierras cumplió las mismas funciones que la casa de Nélide y Maguid en Buenos Aires: cubría necesidades operativas. Como la de Parque Chas, esta también tenía un *embute*, un escondrijo para las armas y los uniformes que coleccionaban durante el fogueo. Si bien en Villa Allende se reunían y hacían planes, no se sentían del todo seguros hasta que Vélez resolviera el conflicto familiar.

Un aviso en la sección Sociales de *La Voz del Interior* anunció la boda de Vélez y Liprandi; el novio había amenazado a sus padres con recurrir a la justicia si no lo autorizaban, porque tenía menos de veintiún años. El 10 de mayo de 1968, en la Catedral Nuestra Señora de la Asunción de Córdoba — la construcción colonial más antigua del país, y el escenario de todas las bodas de la alta sociedad—, Liprandi avanzó del brazo de su padre, con un vestido blanco y largo, hacia el altar, donde la esperaba Vélez. Carlos Fugante, capellán del novio en el Liceo Militar, se contaba entre el puñado de personas que conocía la verdadera naturaleza del compromiso. Pocos días antes de la boda, había participado del I Congreso del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, que había reunido en Córdoba a quinientos

sacerdotes de todo el país de orientación obrera: sabía que esa pareja estaba dispuesta a dejar la vida en su lucha.

La fiesta se prolongó hasta la madrugada en la casa del próspero escribano Liprandi, padre de la novia. Los regalos surgieron de una lista tradicional, con copas de cristal y cacerolas entre los objetos deseados, pero Vélez Carreras y Liprandi dejaron saber a sus invitados que preferían recibir dinero: para la vida que proyectaban, sería más práctico que un juego de vajilla. La luna de miel consistió en un viaje como mochileros por Chile, Perú y Bolivia; a nadie confiaron que en cada país se contactaron con los diversos grupos insurgentes que proliferaban en América Latina. Cuando volvieron a Córdoba se instalaron en Villa Allende.

La financiación del grupo no era un problema. Para trazar la avenida principal de la ciudad había sido necesario demoler la casa de los abuelos maternos de Vélez Carreras; el gobierno los había indemnizado con un terreno en Colón al 300, una gran ubicación en el centro, donde funcionaba un estacionamiento con un local al frente. La abuela le cedió a Vélez ese pequeño espacio. Para capitalizar el público que iba al cine —el Cinerama quedaba enfrente—, montaron un quiosco.

Les resultó tan redituable que al poco tiempo abrieron otro a tres cuadras, que atendía Susana Lesgart junto con Capuano, hasta que él se mudó, detrás de Maza, a Buenos Aires. Con esas ganancias alquilaron la segunda casa operativa en Córdoba. Los quioscos —como el taxi de Firmenich— resultaron también una cobertura excepcional: Vélez asumió la distribución en la zona de dos golosinas muy populares, los caramelos Stani y los chicles Bazooka. Ese trabajo le exigía recorrer los alrededores de la ciudad, y así realizaba tareas de vigilancia.

También vendían afiches con Facundo Quiroga o Juan Manuel de Rosas, además de un Principito con la leyenda «lo esencial es invisible a los ojos». Vélez cambiaba los afiches que él mismo producía por otros importados que vendía Jorge Álvarez, de Mano Editora, en la Galería del Este, un paseo ineludible en la plaza San Martín de Buenos Aires, que reunía a artistas consagrados y a jóvenes como Marta Minujín, y también vendía objetos artísticos de artesanos hippy: eso justificaba sus viajes regulares a la capital para ver a los protomontoneros porteños.

Después de los robos de autos y los operativos de desarme, las células saltaron a ambiciones mayores: para montar el aparato —como enseñaba

Debray— necesitaban apoderarse de una cantidad de armas mayor que las que podían acumular en atracos individuales.

Abal planificó el ataque a un destacamento en San Miguel, provincia de Buenos Aires. Llegaron a la zona repartidos entre el taxi de Firmenich y un Di Tella que habían robado en un garaje de Caballito, en la calle Yermal. Fernando, disfrazado con una sotana, controló al sereno y le quitó su arma; Norma Arrostito y el resto recogieron lo que habían ido a buscar. Lograron lo que buscaban: por los diarios supieron que los habían confundido con ladrones comunes.

Los cordobeses asaltaron la unidad policial de la Quebrada de las Rosas, la guardia del Hospital Militar y el destacamento de Parque Siquiman, con el objetivo de recuperar pistolas, chaquetas y gorras. En uno de los operativos se disponían a salir dentro de los tres minutos que habían establecido como el tiempo máximo para actuar seguros, pero uno de los policías que habían dejado encerrado en el calabozo reclamó su anillo de casado, que estaba en uno de los bolsos que se llevaban. Se tomaron un minuto más para devolvérselo: aunque no se dieran a conocer todavía como una organización guerrillera, con esos pequeños gestos querían dejar una marca que en un futuro los diferenciara de otro tipo de ladrones.

Comenzaron entonces a soñar con un objetivo más osado: el Tiro Federal. Maza y Veléz Carreras habían vuelto a frecuentar a sus compañeros del Liceo Militar que habían continuado la carrera en el Ejército. Los visitaban en los cuarteles y tomaban mate mientras hacían inteligencia. El 2 de abril de 1969 entraron al polígono camuflados y salieron con treinta fusiles Mauser. Les pareció un botín atractivo hasta que descubrieron que habían dejado los cerrojos en el Tiro: no podrían operarlos.

Necesitaban deshacerse de ellos. No cabían en el embute de Villa Allende. Maza coordinó con Abal que se esconderían en Buenos Aires; ninguno previó que el traspaso resultaría accidentado. Vélez preparó con la chapa de un cartel de gaseosa Pepsi un doble piso para su Renault 4L. Con la ayuda de Liprandi, colocó los fusiles en el fondo, los tapó, selló la tapa con tornillos y, por si había que disimular, la cubrió con cajas de golosinas de su kiosco. Él manejó, con su mujer en el asiento de acompañante, hasta que se sintió muy cansado y le pidió a Maza que tomara el volante. Un error: Maza apenas sabía manejar. A la altura de Rosario, tomó mal una curva muy abierta y volcaron.

No les pasó nada. Excepto que quedaron varados con el auto cargado de fusiles y la primera reacción de Maza fue sacar su arma. Vélez le pidió que la guardara: gracias al doble piso, la carga secreta no había quedado expuesta.

Al verlos, el conductor de un ómnibus Chevalier frenó; los pasajeros se bajaron para auxiliarlos. Pasaron minutos interminables y a Liprandi se le ocurrió repartir las golosinas a modo de distracción; Maza llamó a Abal Medina y a Carlos Ramus. Por fin todos se encontraron en Rosario. Los porteños se llevaron la carga a La Celma, la quinta de la familia Ramus en Timote.

Para cerrar la etapa del fogeo, la célula porteña y la cordobesa planificaron su primera acción común. Necesitaban practicar juntos y necesitaban dinero. Entonces, pensaron en robar —*expropiar*— un banco. Buscaron una sucursal de pueblo, con poca vigilancia. Se decidieron por La Calera, una localidad en las sierras cordobesas, a diecisiete kilómetros de la ciudad, que no les demandaría mucho trabajo de inteligencia previa: Vélez y Liprandi conocían bien el terreno ya que la casa que compartían en Villa Allende quedaba cerca.

Ocho guerrilleros en total repasaron los detalles finales del operativo en la tranquilidad del feriado de la Navidad. El 26 de diciembre de 1969, apenas comenzó la atención al público, cuatro entraron al banco a cara descubierta, controlaron a los custodios y juntaron el efectivo de las cajas. No alcanzaron a robar la bóveda. En la calle un policía sospechó que algo pasaba; adentro escucharon los tiros con que lo recibieron los que vigilaban la puerta. Otros dos oficiales se acercaron para darle apoyo. Se desató una balacera.

Con los tres policías heridos, el grupo trató de escapar según sus planes, pero uno de los dos autos robados no arrancó. Los ocho se amontonaron en el Chevrolet 400 que les quedaba y huyeron, urgidos también porque Ramus estaba herido en una mano.

No podían perder tiempo; tampoco ir a un hospital o continuar los ocho en ese auto. Debían dispersarse en distintos refugios, pero no contaban con una estructura que pudiese recibirlos.

En la desesperación, los locales apelaron a la hospitalidad de los curas obreros y de sus viejos compañeros de Cristo Obrero y el MUCO. Muchos se habían integrado a Lealtad y Lucha, una agrupación del peronismo que

contaba con un incipiente desarrollo militar clandestino. Contactaron a Luis Rodeiro y al *Gringo* Alberione, un exsacerdote cesanteado por rebelde.

El excusa seguía vinculado a los curas obreros de Villa Los Plátanos, que aquella Navidad habían montado un pesebre revolucionario que escandalizó a muchos católicos. En lugar de los Reyes Magos, el Che Guevara, Ho Chi-Minh y Camilo Torres, junto con dos dirigentes sindicales argentinos, Agustín Tosco y Raymundo Ongaro, rodeaban al Niño. La representación de Jesús reposaba sobre recortes de diarios que informaban sobre la miseria y la exclusión. Sobre el pesebre un cartel citaba el Evangelio: «Tuve hambre, me diste de comer, tuve sed, me diste de beber».

Alberione contactó a unos estudiantes de Medicina de la Universidad Católica que solían ayudar en el dispensario de Los Plátanos para curar la mano de Ramus. Abal Medina y Arrostito escaparon de Córdoba en el baúl de un auto. Vélez Carreras y Capuano se escondieron en un seminario. El resto de los responsables del asalto se alojó en casas de militantes de Lealtad y Lucha.

Los imprevistos —que les mostraron errores en la planificación del robo— obligaron a los fundadores de Montoneros a vincularse con otras organizaciones en Córdoba. La estructura original creció sobre las redes que habían conocido a través de *Cristianismo y Revolución* en otras provincias también, como Santa Fe. «Montoneros se formó a través de la confluencia de varias experiencias similares en diferentes lugares del país —los grupos originales— y ese proceso se inició bastante antes del secuestro de Aramburu», escribió Lucas Lanusse para derribar el mito de que fueron apenas doce los fundadores.

Para los golpes importantes, las guerrillas elegían un nombre precedido de la palabra *operación*. Podía estar asociado al objetivo pero, por cautela, solían inclinarse por palabras que simplemente funcionaran como clave. El pequeño grupo involucrado en la que sería la primera acción oficial de Montoneros —no más de diez personas, según Firmenich— le dio poca importancia a la cuestión.

(Hice la cuenta: estaban los cuatro integrantes de la célula porteña que se movían alrededor de la casa de la calle Bucarelli: las hermanas Arrostito y sus parejas, Abal Medina y Maguid; estaban los dos amigos del Colegio Nacional Buenos Aires, Firmenich y Ramus, reclutados por Abal Medina en el Comando Camilo Torres; estaban también los tres cordobeses: Maza,

ya instalado en Buenos Aires, en una pensión que le recomendó el padre Alberto Carbone; Capuano, alojado con Firmenich en San Martín; y Vélez Carreras se sumó sobre el final. Cuatro, más dos, más tres: sumé nueve personas. Me faltaba una, pero me empezaba a acostumbrar a que nada fuese exacto en el relato oficial de Montoneros sobre el secuestro de Aramburu.)

En el recuerdo impreciso de Vélez Carreras, manejaban en una ruta cuando comenzaron a hablar del nombre; pasaban una publicidad de Pindapoy, una marca de jugos de naranja envasados muy popular, que se perdió con la crisis de 2001 y fue relanzada en 2019.

Alguien —Vélez olvidó quién— miró por la ventana y sugirió:

—Pindapoy.

Primero sonó extraño.

—¿Operación Pindapoy?

—Operación Pindapoy —repitieron.

Y quedó.

Abal anticipó a los elegidos que se lanzarían a las grandes ligas el 29 de mayo, el día del primer aniversario del Cordobazo. El Día del Ejército, también. Luego les fue entregando más información de manera escalonada.

Pocos días antes de la fecha señalada ordenó el asalto a un estacionamiento para conseguir dos vehículos, uno de los cuales debía ser una camioneta. Las tareas de observación ungieron como elegido al garaje de Emilio Lamarca 3149, con noches de poco movimiento y un solo guardia. Los debutantes ya conocían el procedimiento de memoria y habían perdido los nervios: vestidos como policías, dos de ellos lo despertaron a las dos de la madrugada, le quitaron el arma y lo ataron. Un cliente inoportuno estuvo a punto de arruinar el plan, pero cuando entendió que los policías no eran policías ya estaba atado también.

Los Montoneros salieron con un Peugeot 504 blanco nuevo y una camioneta, que dejaron en la cochera de Bucarelli. Otros del comando se encargarían de quitarles las placas originales para cambiarlas por unas duplicadas que Abal Medina había comprado en un local de la Estación 9 de Julio del subterráneo.

—Lo que más ensayamos —me dijo Firmenich— fue el trayecto: del departamento de Aramburu hasta la quinta sin pasar por ningún destacamento de policía.

Si todo salía bien, trasladarían a Aramburu hasta La Celma, en Timote, unos cuatrocientos kilómetros al sur. Tendrían que distraer al casero, pero estarían a salvo de otras presencias indiscretas: el casco no tenía vecinos.

—Eso fue lo que nos llevó más tiempo. Lo habremos practicado unas veinte veces —calculó Firmenich.

Los ensayos incluyeron el cambio de vehículos, que se haría en el playón de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en la avenida Figueroa Alcorta, para no llegar a la ruta con los mismos que iban a utilizar para el secuestro.

Aunque no viviría lo suficiente para arrepentirse de esa decisión que dejaría rastros, Abal Medina creyó conveniente que también contaran con un auto propio y con todo en regla. El 24 de mayo de 1970 Norma Arrostito, abrigada con un tapado azul oscuro y medias blancas, llegó a una concesionaria Bosch Motors, en Dorrego 715, acompañada por dos hombres. Preguntó por un usado modelo 1968. Abal discutió el precio y la modalidad de pago (una parte en cheque, otra en efectivo) y pidió que los papeles se hicieran a nombre de Arrostito. Ella solo insistió con la entrega urgente: debía viajar al interior del país «por razones comerciales». Dos días más tarde Arrostito pagó a los gestores de la concesionaria lo que faltaba para que terminaran los trámites y se llevó el auto.

El vendedor Roberto Tocaró, de veinticuatro años, dedujo que vivía en la zona: la había visto caminar por la vereda varias veces. Ella y su novio, en efecto, se habían mudado a un departamento a pocas cuadras, en Dorrego 169. Había sido por amor: el centro de operaciones de Montoneros permaneció en Bucarelli.

Muy tarde en la noche del 28 de mayo Nélide escuchó ruidos en el garaje y vio una luz encendida en el cuarto que había sido de su hermana. Espió a su cuñado, que cosía insignias en una chaqueta del Ejército Argentino. Comprendió que los pantalones color arena que había encontrado en un ropero formaban parte de un uniforme. Con la misma dedicación, Norma planchaba otro —uno de policía, robado en un destacamento de la Federal en Mosconi y General Paz— al que le había cortado el ruedo.

Aquella noche Nélide también escuchó el sonido de la máquina de escribir que le había regalado su padre. Maguid, además de estar al frente del laboratorio fotográfico, había asumido la tarea de pasar los textos que Abal Medina le entregaba manuscritos. Aquella noche transcribió dos versiones del que sería el primer comunicado de Montoneros: una para el

caso de que logaran su objetivo y otra por si fracasaban y morían en el intento.

Mientras tecleaba, Maguid tomó conciencia por primera vez del riesgo que corrían todos. Mucho más cuando Abal le entregó un sobre cerrado para una ocasión precisa: si en el periódico aparecían su foto o la de Norma asociadas a un crimen. En ese caso —pero en ningún otro, enfatizó— debía abrirlo y ponerse en contacto con Firmenich, el encargado de seguridad del grupo. Encontraría el resto de las instrucciones dentro del sobre. «Una cosa más», agregó. En esas circunstancias, al comunicarse entre ellos debían hacer circular la voz de alarma con una frase en clave:

—Murió la mamá del Gordo.

OceanofPDF.com

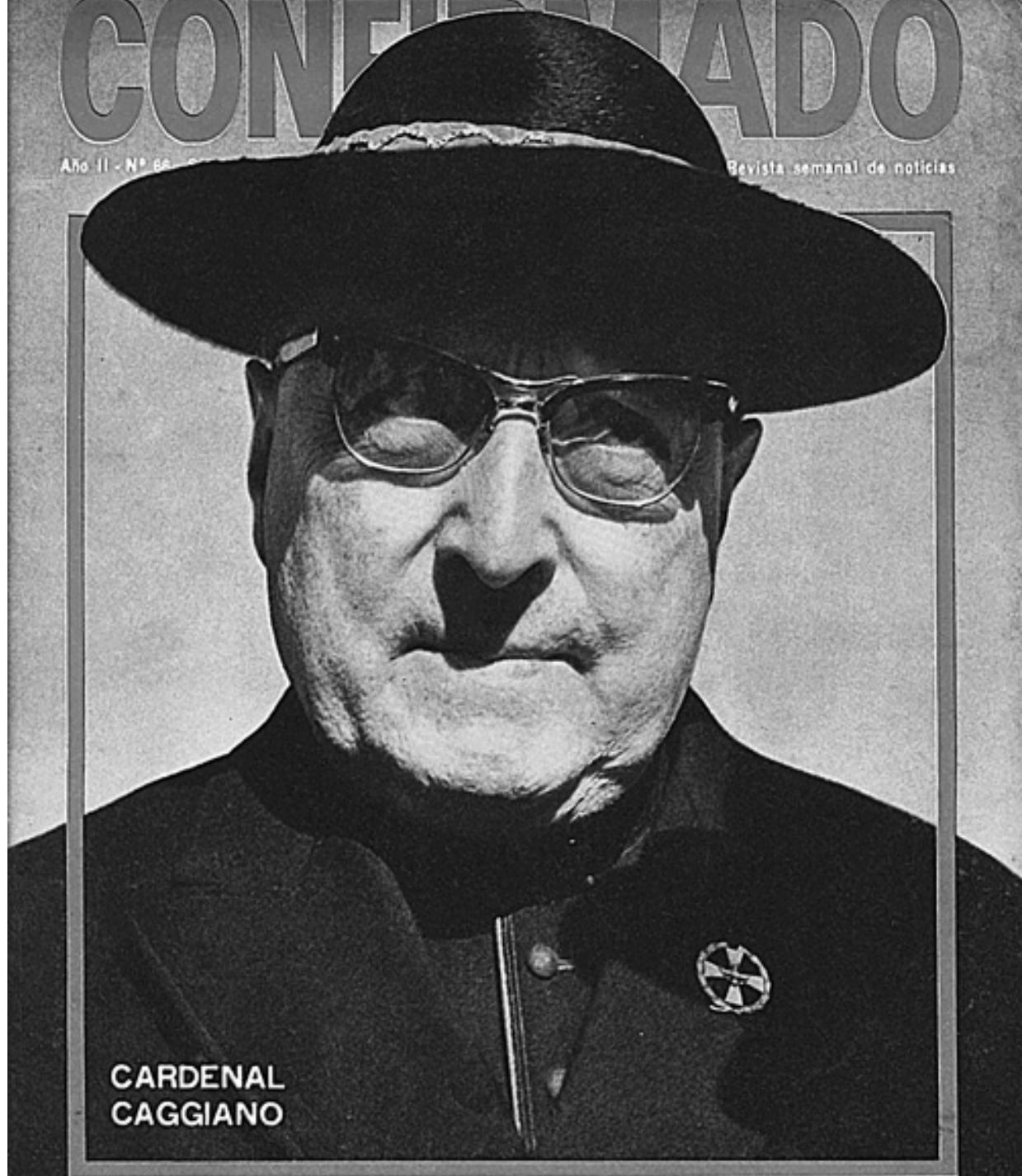
EL HECHO DE SANGRE



CONFESIONADO

Año II - N° 66

Revista semanal de noticias



CARDENAL
CAGGIANO

LA IGLESIA Y ONGANIA

Juan Carlos Onganía y el ministro Francisco Imaz.

Cardenal Antonio Caggiano.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, mayo y junio de 1970

Pedro Eugenio Aramburu escuchó mencionar por primera vez la palabra Montoneros en Timote. Estaba sentado sobre una cama de madera en una de las dos habitaciones principales de la estancia La Celma cuando Fernando Abal Medina le anunció:

—General Aramburu, usted está detenido por una organización revolucionaria peronista que lo va a someter a un juicio revolucionario.

A Aramburu le habrá resultado extraño que esos muchachos armados se arrogasen el poder del Estado: estaba «detenido» y le harían «un juicio». Acaso estaba en shock como para sobresaltarse.

Respondió, según Mario Firmenich, con una sola palabra:

—Bueno.

Serían las seis de la tarde del 29 de mayo de 1970.

Lo habían llevado desde su casa hasta el municipio de Carlos Tejedor en la camioneta que manejaba Carlos Ramus. Viajaron por la ruta alternativa que habían ensayado en detalle, sin pasar por ningún control policial. Llevaron, según Firmenich, un segundo auto de apoyo: el taxi de su propiedad, que manejaba Carlos Capuano, el chofer más hábil.

Capuano no entró al pueblo para no llamar la atención: en el punto convenido pegó la vuelta y regresó a la ciudad de Buenos Aires. Las caras de Ramus y de Firmenich eran ya familiares en la zona, por la compraventa de ganado y su dúo en las peñas. Y sobre todo se habían ganado la confianza del casero de La Celma, Blas Acebal, aunque ellos no se fiaban de él, ya que lo encontraban demasiado reservado.

Contó Firmenich en *La Causa Peronista*: «El taxi se volvió a Buenos Aires y nosotros entramos. La primera tarea de Ramus fue distraer la atención de su capataz, el Vasco Acebal. Esto no fue fácil, porque la casa de Acebal y el casco de la estancia estaban casi pegados, y Ramus tuvo que arrinconar al Vasco a un costado de la entrada hablándole de cualquier cosa, mientras Fernando y otro compañero metían a Aramburu en la casa de los Ramus».

Carlos le pidió al casero que lo acompañara a Pehuajó, a una hora y diez minutos de Timote. Ramus le inventó que tenía que hacer una diligencia en esa localidad que la escritora María Elena Walsh hizo célebre con la canción infantil de la tortuga Manuelita. Antes hicieron una parada en la casa de Dolores Lucero, la cuñada de Acebal, encargada de limpiar la finca:

Ramus le quería avisar que no era necesario que fuera, que él se arreglaba con el casero. «Usted mejor descansa, así cuida un poco las piernas, que esas várices siempre la tienen a mal traer», le dijo.

Pero a pesar de las precauciones, a La Celma igual llegaron visitas inoportunas.

Eduardo Godoy, un contratista rural, quería cobrar un trabajo: había pasado la rastra de discos por cincuenta hectáreas de campo. Con Ramus ausente, Firmenich lo recibió en el patio, inquieto y con un aspecto que llamó la atención del hombre: tenía un pantalón arena y el torso desnudo y sudado.

—Carlos está en Pehuajó con el Vasco —le dijo.

—¿Paso a la noche, entonces?

Godoy, en efecto, regresó horas más tarde. En la oscuridad se destacaban las luces dentro de la finca; golpeó las manos. Pero, en lugar de salir a recibirlo, los que estaban dentro apagaron todo y se quedaron en silencio. Godoy vio entonces que un vehículo se acercaba a la tranquera. Era Ramus.

—A la tarde hablé con un muchacho acá.

—A lo mejor ahora se asustó, porque lo iluminaste de frente —desestimó Ramus. No le pagó.

Poco rato antes, cuando caía la noche, Jorge Antonio Bocacci, periodista de la agencia Saporitti, recibió una llamada en su casa de Buenos Aires. Una persona que no se identificó le avisó que en Zapata 573, barrio de Colegiales, debajo de una cortina metálica, encontraría información sobre el secuestro del general Aramburu. Y cortó.

Dentro de un sobre que Carlos Maguid preparó según le había indicado Abal Medina, Bocacci encontró el primer comunicado con la firma del Comando Juan José Valle de Montoneros. Una organización guerrillera ignota anunciaba en ese papel que había secuestrado al expresidente Aramburu. Lo más extraño: no pedía absolutamente nada a cambio.

Otra copia del comunicado —con un membrete impreso de tinta roja en la parte superior, inclinado, que decía «Montoneros» y otro en la parte inferior, un óvalo con la letra «P» dentro de la «V»— apareció en la ciudad de Rosario. Tras separarse de sus compañeros, que llevarían al secuestrado hasta Timote, Ignacio Vélez Carreras había manejado esa misma tarde casi trescientos kilómetros para dejar ese papel y generar así la impresión de que

el grupo tenía un despliegue territorial extendido. Una maniobra del manual de consejos revolucionarios de Régis Debray.

Esa misma noche se presentaba en el barrio porteño de San Telmo, en un local del sindicato de Luz y Fuerza, un conjunto de folklore que había elegido el nombre de Montoneros. Juan José Grumo, Armando Mogliani, Roberto Bernich y Carlos Leoz hacían música juntos desde hacía siete años. Tocaron sin inconvenientes en el local de Perú 823, pero al salir, camino al conurbano sur, la policía los demoró en el puente Pueyrredón. El grupo de control —uno de los que, tardíamente, el gobierno había puesto en los principales puntos de salida de la ciudad— revisó el baúl del auto de Bernich; al verlo repleto de instrumentos los dejó ir.

Al día siguiente, cuando el comunicado se hizo público, la policía citó a declarar a los Montoneros musicales. No quedaron detenidos, sin embargo: los interrogadores notaron de inmediato que ni Grumo, estudiante de administración de empresas, ni sus amigos tenían idea de qué les hablaban.

Analizaron las pistas del texto. Juan José Valle, el general ejecutado por orden de Aramburu, había escrito a su hija antes de morir: «Querida Susana, no te avergüences de tu padre, muerto por una causa justa: algún día te enorgullecerás de ello», comenzaba la carta. Y terminaba: «Nuestro honor no ha sido manchado jamás y con orgullo puedes ostentar nuestro nombre. Mi linda pequeña, trabaja con fe en la vida y en tus fuerzas. Adiós, querida, besos y muchos cariños de tu papito que siempre te ha adorado».

Susana Valle estaba viva.

Más interesante para la policía, la hija de Valle no ocultaba la furia que le daba ver a Aramburu convertido en una figura honorable para parte de la sociedad, haciendo alarde de credenciales democráticas. Cuando presentó su candidatura a presidente en 1963, la joven empapeló la ciudad con afiches para recordarle su crimen.

Formaba parte de la resistencia peronista y había dormido en un calabozo muchas veces. No se asustó ni sintió compasión por la familia del secuestrado cuando la policía le contó por qué la detenía esta vez, pero ella no tenía ni la menor idea de dónde podía encontrarse Aramburu ni de quiénes podían estar detrás del sello Montoneros. Le creyeron y quedó libre en cuestión de horas.

El lunes 1º de junio *Clarín* tituló en su portada: «Ningún resultado arroja la investigación»; el texto principal decía que se habían realizado «algunas detenciones que no proporcionaron nada útil». A un costado, un segundo

artículo repetía el énfasis: «Otra jornada sin novedades en torno del secuestro del teniente general Aramburu». Y aun un tercer recuadro agregó: «Incontables fueron los llamados anónimos, los cuales en ninguno de los casos aportaron datos concretos».

El hecho de que fuera una organización completamente desconocida, a la que ninguna pista conducía, abonaba todas las sospechas: para los funcionarios del régimen de Onganía las del autosecuestro; para el entorno de Aramburu, las que apuntaban contra ciertos funcionarios de Onganía. En ese clima, corrían todo tipo de versiones; algunos impostores que decían ser los Montoneros pedían lo que se les antojara.

Entre esos emprendimientos oportunistas uno tomó el reclamo clásico del cadáver de Eva Perón: otorgaba cuarenta y ocho horas para devolverlo o el cuerpo de Aramburu sería quemado en el Uruguay. Otro dejó una proclama en una iglesia, bajo una Virgen de Itatí, que exigía la liberación de unos presos.

Abal Medina seguía desde La Celma las noticias por la radio y se molestó al ver cómo subía la pila de farsas. Redactó a mano un segundo comunicado: ellos, y no sus imitadores, guardaban a Aramburu. Era fácil distinguirlos: no tenían la menor intención de negociar. Nada.

En el tono categórico que impregnaría para siempre el lenguaje montonero, exigió además una retractación por parte de los usurpadores del nombre. Una vez conforme con el original, se lo envió a Maguid —tal vez por medio de Capuano, alguien en condiciones de ir y venir— para que lo pasara a máquina. Agregó las instrucciones para su difusión.

PERÓN VUELVE
COMUNICADO NÚMERO 2
31 de mayo de 1970

Al pueblo de la Nación:

Ante la difusión de falsos comunicados atribuidos a organizaciones armadas proclamando la autoría de la detención de PEDRO EUGENIO ARAMBURU, e imponiendo condiciones para su rescate, la conducción de nuestra organización se ve en la obligación de efectuar las siguientes declaraciones:

1) El día 29 de Mayo a las 9.30 horas nuestro comando Juan José Valle procedió a la detención de PEDRO EUGENIO ARAMBURU.

2) Para demostrar la veracidad de esta afirmación daremos los siguientes detalles:

a) Pedro Eugenio Aramburu no llevaba en su poder ninguna documentación.

b) Los efectos personales que llevaba encima comprendían: una medalla-llavero con la inscripción «El Regimiento 5 de Infantería al General Pedro Eugenio Aramburu - Mayo de 1955», dos bolígrafos Parker, un calendario plastificado del Banco del Interior, un pañuelo, una traba de corbata de oro y un reloj pulsera automático.

c) La detención se produjo en la sala comedor de su domicilio.

3) Que la naturaleza de los cargos que decidieron la detención de Pedro Eugenio Aramburu, a los fines de someterlo a juicio revolucionario, es tal que resulta totalmente descartada la posibilidad de negociar su libertad con el Régimen.

4) Que solicitamos a las organizaciones cuyos nombres han sido utilizados la pronta desmentida de los falsos comunicados.

PERÓN O MUERTE
VIVA LA PATRIA
MONTONEROS

Abal Medina también le hizo llegar a Maguid, por medio de Norma Arrostito, los objetos personales de Aramburu que se mencionaban en el comunicado, para que los fotografiara: en el laboratorio de la casa de la calle Bucarelli podía imprimir copias de los negativos. Luego debería esconder las pertenencias del secuestrado, que muy pronto iban a necesitar.

No las usaría para un prueba de vida; todo lo contrario. Dos días de interrogatorios le habían dado la seguridad de tener todo lo necesario para anunciar el fin del juicio y la definición de la sentencia. Pero como no estaba en los planes de Montoneros entregar el cuerpo de Aramburu, Abal Medina tomaba precauciones: iban a tener que demostrar de alguna otra manera que ellos lo habían matado.

El mismo 31 de mayo, el comunicado número 3 de la Organización Montoneros anunció que el tribunal revolucionario había resuelto:

Condenar a Pedro Eugenio Aramburu a ser pasado por las armas en lugar y fecha a determinar.

Hacer conocer oportunamente la documentación que fundamenta la resolución de este Tribunal.

Dar cristiana sepultura a los restos del acusado, que solo serán restituidos a sus familiares cuando al Pueblo Argentino le sean devueltos los restos de su querida compañera Evita.

¡PERÓN O MUERTE! ¡VIVA LA PATRIA!

MONTONEROS

Sara Herrera de Aramburu pidió una reunión urgente con el presidente Onganía, la máxima autoridad del país cuyo poder tambaleaba ya inevitablemente.

Perjudicado por la revuelta social del Cordobazo y el asesinato de Augusto Vandor, se había aliado con los sindicatos peronistas más negociadores: les había concedido su mayor ambición, la representación única por actividad que había diseñado Perón, y les había regalado una fenomenal fuente de ingresos, que perdura hasta la fecha: el manejo de las obras sociales y sus fondos, lo cual los convirtió en empresarios de la salud con clientela cautiva. Pero nada alcanzaría para salvarlo del abismo que se abría bajo sus pies después de la muerte de Aramburu.

Cuando el general recibió a la viuda inminente y a su hijo Eugenio, le quedaba solo una semana en la Casa Rosada: los tres comandantes en jefe de la Fuerzas Armadas ya le habían indicado a Roberto Marcelo Levingston que regresara a las apuradas de Washington. El siguiente presidente de facto se desempeñaba como agregado militar en la embajada argentina en los Estados Unidos.

Los Aramburu fueron a la residencia presidencial de Olivos, donde habían vivido dos años y medio, el tramo final de la escuela secundaria de Eugenio. Fueron a rogarle a Onganía como habían ido Cristina Prieto de Valle y su única hija, Susana, a rogarle a Aramburu por la vida del general sublevado. O no: Eugenio lo negaría años más tarde.

Cuando les tocó a ellos, Sara y su hijo se guardaron los reproches que les merecía Onganía —la falta de custodia, a pesar del atentado en la quinta familiar; la versión insidiosa del autosequestro; la impericia de la investigación— y se concentraron en una sola cosa: pedirle que hiciera lo necesario para encontrar al general.

Sara, que no había perdido del todo las esperanzas, le dijo:

—Mi única preocupación es tener a mi marido en casa.

Resultaba ya improbable no sospechar que darían con un cadáver, pero ante la duda Eugenio calló. Onganía los escuchó, sin interrumpirlos, entre desorientado e indiferente a la angustia que le transmitían.

La crónica de *Clarín* dio cuenta de la visita y del regreso de Sara y su hijo a la casa: aunque ella evitó cualquier contacto, «los hombres de prensa pudieron advertir su rostro sumamente atribulado y sus ojos enrojecidos por el llanto».

Los amigos de Aramburu habían invitado a una movilización frente al departamento; el gobierno advirtió que no se toleraría tal cosa: no era una marcha de repudio a la violencia guerrillera, sino más bien un señalamiento contra Onganía. El principal aludido, el ministro del Interior, el general Francisco Imaz, envió ocho patrulleros y la Guardia de Infantería para que dispersara a las cuatrocientas personas que intentaron cortar la calle Montevideo.

En el octavo piso funcionaba un grupo de investigación paralelo. Los amigos de Aramburu habían seguido varias pistas falsas —rastrillaron la costa cuando les dijeron que lo tenían en una embarcación frente a Punta Indio, simulaban el pago de un rescate en un tren camino a City Bell— antes de caer en un estado de cierta resignación. Recelaban del gobierno; solo confiaban en la palabra de Alejandro Lanusse, el jefe del Ejército, aunque eran conscientes de que apelaban a un vínculo atravesado por la competencia.

Aramburu hijo se encontró con Lanusse en una reunión sin testigos, en el tercer piso del edificio del Comando en Jefe del Ejército.

El general Aramburu había tenido más afecto personal que respeto intelectual por Lanusse; nunca le había parecido brillante ni muy valiente, pero habían estado casi siempre del mismo lado en las peleas internas del Ejército. Sus caminos se bifurcaron con Onganía. Aramburu, que se consideraba un hombre de ideas políticas liberales firmes, lo enfrentó; Lanusse, en cambio, asumió como jefe del Ejército. En la mirada de Aramburu, oscilaba entre las facciones porque subordinaba sus principios al objetivo principal que se había fijado: llegar al poder.

Lanusse había pagado con la cárcel su participación en un levantamiento fallido del año 1951 contra Juan Domingo Perón, que terminó con la carrera de más de doscientos oficiales. Aramburu no estuvo entre aquellos conspiradores porque había sido destinado a Brasil, pero defendió a uno de los enjuiciados y visitó a Lanusse y al resto de los detenidos. Cuando se

produjo el golpe de 1955, Aramburu le encomendó a Lanusse, entonces jefe del Regimiento de Granaderos a caballo, el asunto más delicado que tuvo entre manos: la coordinación del operativo secreto que sacó al cuerpo de Eva Perón de la Argentina y la dejó enterrada bajo un nombre falso en un cementerio en Italia.

El cadáver de Eva, el gran misterio nacional que se mencionaba en el tercer comunicado de Montoneros: resolverlo, tal vez, podía salvar la vida de Aramburu, se ilusionó su hijo. ¿Qué tal si los militares ofrecían entregarlo a cambio de la liberación de Aramburu? No había por qué aguardar a que fuese un canje entre muertos: podían mover contactos y tratar de localizarlo. Esa posibilidad no requería de ningún tipo de claudicación moral: podía ser una reparación, incluso.

Además le rogó a Lanusse que no descartara ninguna otra opción: la liberación de presos políticos —«subversivos», según la expresión militar— podía ser otra.

El jefe del Ejército se sintió en la obligación de compartir su pesimismo: casi no había chances de que estuviera vivo. El hijo de Aramburu se aferró a las débiles esperanzas que le quedaban: Antonio Caggiano, el arzobispo de Buenos Aires, una de las figuras más gravitantes y conservadoras de la Iglesia, se había ofrecido a intermediar.

¿Por qué no dejaban que Caggiano lo intentara?

No pedía nada que no estuviese ocurriendo en países vecinos con el auge de la guerrilla. Por esos días el gobierno brasileño negociaba el canje de cuarenta presos políticos por el embajador de Alemania, Ehrenfried von Holleben, secuestrado en Río de Janeiro por la Acción Libertadora Nacional y Vanguardia Popular Revolucionaria.

En vista de tanta insistencia, Lanusse cambió de argumento.

—¿Qué haría tu padre en mi lugar?

Eugenio hizo silencio. Lanusse notó su incomodidad; insistió:

—Tu padre, ¿negociaría con terroristas?

La pregunta sugería una correlación con los argumentos que Aramburu había usado al ordenar la ejecución de Valle y los sublevados: en 1956 su padre había supeditado la vida humana a otros preceptos y valores. Si en su hora más difícil Aramburu había actuado así, su hijo no podía pedirle a Lanusse que se apartara de ese ejemplo.

Ese razonamiento, o esa extorsión moral, dejó un silencio definitivo en la sala. Aunque su respuesta era ya innecesaria, Eugenio murmuró:

—Seguramente no negociaría.

El padre, aunque su hijo no se resignara, ya estaba muerto; aunque él no lo supiera, ni la mediación ni el canje tenían ya ningún sentido.

La ejecución no se demoró.

En la tarde del 1º de junio una mujer llamó a la redacción del diario *Clarín* y describió un punto específico del baño de hombres de un bar ubicado en la esquina de Juan B. Justo y Carrasco, en el barrio de Floresta. Allí estaba oculto otro mensaje de Montoneros, agregó, y cortó. Al día siguiente, muy temprano a la mañana, el país entero conoció ese cuarto comunicado, el más famoso de todos, el primero que indexan los buscadores cuando se escribe *montoneros* y *aramburu*. Invocaba a Dios:

1º de Junio de 1970.

COMUNICADO N° 4

Al Pueblo de la Nación:

La conducción de MONTONEROS comunica que hoy a las 7.00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu.

Que Dios Nuestro Señor se apiade de su alma.

PERÓN O MUERTE - VIVA LA PATRIA

MONTONEROS.

Cuatro días después de la ejecución de Aramburu en La Celma, el cardenal Caggiano recibió una nota. Habían pasado tres años desde la irrupción del Comando Camilo Torres en su misa con una lluvia de panfletos, el 1º de mayo de 1967. Los Montoneros aún se veían a sí mismos como integrantes de la Iglesia: ese sentimiento de pertenencia era más fuerte que su identidad como peronistas.

Le hablaron de igual a igual:

Monseñor:

En primer lugar, deseamos aclararle que el respeto que sentimos por la alta investidura que Ud. reviste es la que nos obligó a enviarle estas líneas (...)

Muchos hoy hacen amplias declaraciones de humanismo y de fe cristiana sobre el suceso. [Pero] ¿Cuál es, Monseñor, la vara con que se mide? (...)

Nosotros sentimos un gran respeto por la vida humana y si arriesgamos la nuestra en esta lucha sin cuartel es justamente porque queremos que las próximas generaciones de argentinos sean libres, porque consideramos que es tan importante la vida de centenares de personas que mueren diariamente (¿Ud. lee los diarios?) de polio, fiebre, por falta de remedios, higiene y educación, como la de los figurones que se creen dioses porque ordenan desaparecer argentinos por decreto y duermen plácidamente sin oír los pedidos de angustia de los familiares.

¿Por qué, preguntamos, una violencia merece tal unánime repudio mientras que la otra tan solo la atenta y afligida beneficencia de los hombres libres?

Monseñor, estamos en esta lucha imbuidos del más hondo patriotismo y del más puro sentimiento cristiano (...)

No somos ni seremos más ingenuos, no nos dejaremos engañar más: lo nuestro, lo del Pueblo, lo de todos los argentinos, lo conseguiremos peleando, no rogando, no negociando.

Por eso le pedimos a Ud. y por su intermedio a toda la jerarquía de la Iglesia Católica Argentina, que si bien comprendemos su obligación moral de ofrecerse como mediadores, no se coloquen frente al pueblo, que no asuman indiscriminadamente la defensa de la violencia oficial.

Saludamos a Ud. solicitándole le pida al Señor nos dé fuerzas para esta lucha en la que estamos empeñados.

PERÓN O MUERTE
VIVA LA PATRIA
MONTONEROS

Necesitaban explicarse en su fe: aunque políticamente el crimen cumpliera con todos sus objetivos, como católicos habían cruzado una barrera.

La formación del cristiano sintonizaba en algo con la de un revolucionario: el martirio por la fe equivalía al sacrificio de la vida por la revolución. Pero se separaban en un punto determinante, porque la doctrina religiosa no habilitaba a matar: por algo el sacerdote Carlos Mugica no se había sumado a la guerrilla. Los Montoneros no solo estaban dispuestos a cumplir el rol de mártires, a sacrificar la vida propia, sino que se arrogaron, también, el derecho a segar la ajena.

Se dieron a conocer en una acción propia de la lógica del ojo por ojo. Aramburu pagó por Valle y el resto de los fusilados de 1956. Y por el vejamen al cadáver de Eva. Y por más también: debió morir por lo que le había ocurrido mucho antes a Dorrego.

Un desquite —escribió Beatriz Sarlo— singular: «La operación Aramburu fue una venganza no porque sus jóvenes ejecutores fueran, de modo directo, los ofendidos por las acciones pasadas, ni porque alguien muy próximo a ellos (como hubiera sido el caso de la hija del general Valle) hubiera padecido la ofensa. Se trata de una venganza porque Montoneros se sintió *representante* de los injuriados y, en consecuencia, ocupó su lugar».

En un sistema político que les había clausurado otros caminos, crearon su *justicia* que *sentenció* a Aramburu. Una construcción de sentido que apelaba a los mismos términos usados de manera corriente, pero que pretendía revertir la concepción dominante sobre el bien y el mal, sobre la legitimidad de cada quien para impartir esa justicia.

También lo analizó Pilar Calveiro: «El nacimiento de la guerrilla representaba la disputa del monopolio de la violencia, que ejercían las Fuerzas Armadas, por parte de un sector de la sociedad civil». El grupo de Abal Medina se plantó ante el mismísimo poder reconocido como autoridad y le disputó la propiedad y el uso de las armas. «Las *expropiaciones*, los *ajusticiamientos*, los *juicios revolucionarios*, eran un intento de justicia y poder armado paralelo al del Estado», agregó.

Dentro de la dinámica de las organizaciones armadas, el secuestro y el asesinato de Aramburu constituyeron las actuaciones que se esperan de una vanguardia: primero ejecutó su misión y luego obtuvo el reconocimiento por haber cumplido con su deber.

El impacto del crimen, en efecto, legitimó a Montoneros. Con la discreción necesaria bajo una dictadura en la que no se podía ni mencionar a Perón, los jóvenes de la clase media, las familias trabajadoras y las agrupaciones de la resistencia peronista festejaron la muerte, o al menos sintieron alegría al conocerla, de quien había instaurado la prohibición.

Acaso lo más notable haya sido que, como una reacción química inesperada que arroja un resultado importante, los Montoneros capitalizaron así todos los años de resistencia peronista, de los que no habían participado porque entonces eran niños. Todo el menoscabo, toda la indignación, toda la tristeza de esos grupos que sufrieron o repudiaron lo sucedido desde 1955 se combinó con la expectativa revolucionaria de ellos, y de otros jóvenes

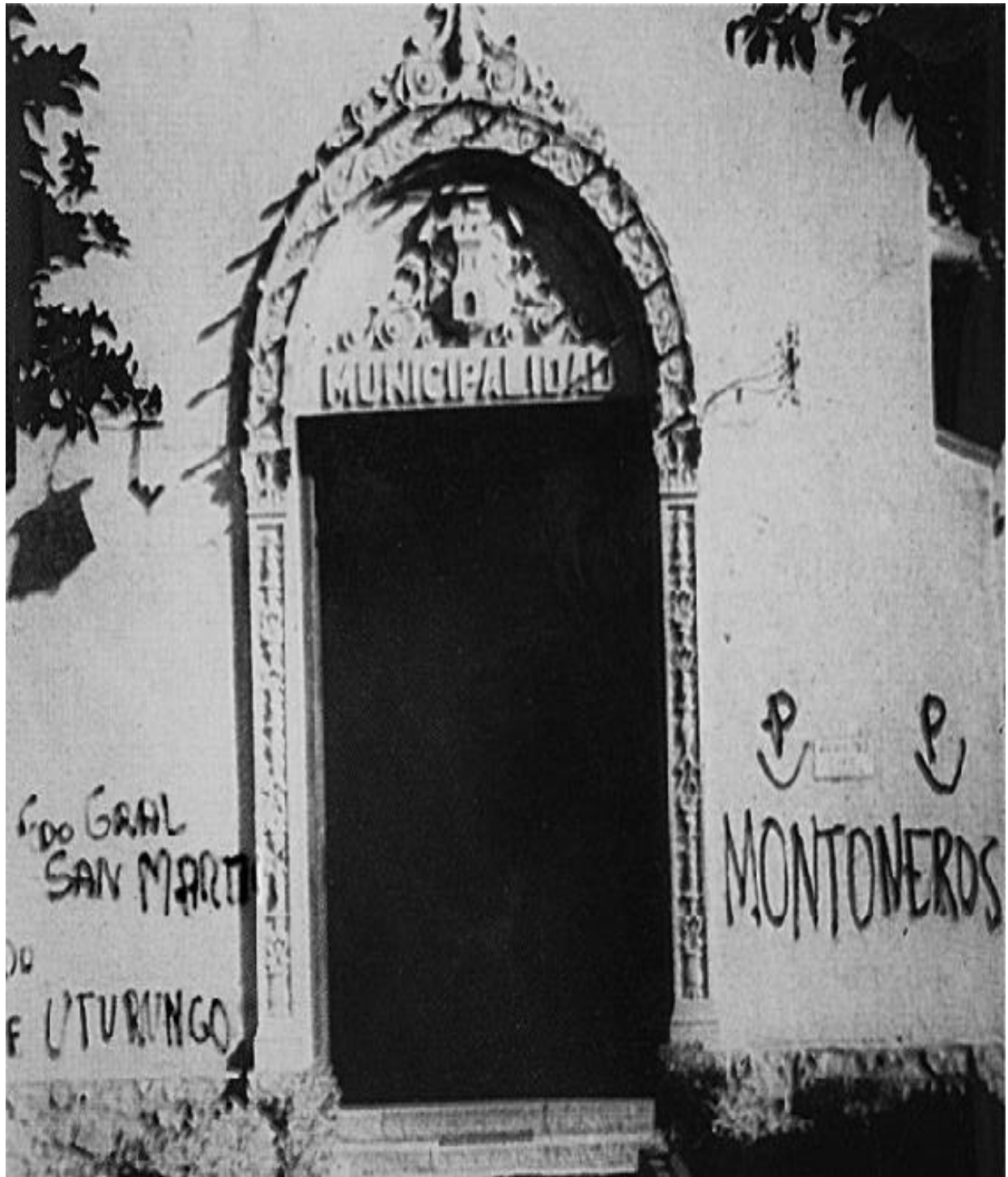
que ni siquiera debían estar radicalizados para sentir el impacto de ese hecho.

De golpe —y a pesar de la paradójica elección de disfraces de militares, policías y curas para su debut en sociedad— los Montoneros opacaron todas las luchas que los precedieron.

La Operación Pindapoy se transmutó en el *Aramburazo*: una expresión inequívocamente celebratoria. En palabras de Sarlo: «Como sea, la venganza debe elegir qué muerte, y la muerte de quién, le da contenido al hecho y asegura el principio de reparación. La de Aramburu pareció, con razón, más adecuada que ninguna otra».

El objetivo enunciado por Firmenich —«un hecho que se explicara por sí mismo»— se había, sin dudas, alcanzado.

LA CALERA





Pintadas de Montoneros en la fachada de la municipalidad de La Calera.

Luis Losada, detenido después de la toma.

OceanofPDF.com

Buenos Aires y Córdoba, junio y julio de 1970

El impacto político del crimen de Aramburu fue de tal dimensión que destrozó la poca credibilidad que le quedaba a la dictadura de Juan Carlos Onganía y obligó a Juan Domingo Perón a tratar con un nuevo actor: una guerrilla urbana que se decía peronista y dispuesta a dar la vida por su regreso a la Argentina.

Onganía repitió un discurso vacío del crimen como «una torpe maniobra del extremismo ideológico» y reimplantó la pena capital para los secuestros seguidos de muerte o lesiones graves, los ataques a unidades militares y el uso de uniformes oficiales para cometer esos delitos. Todas decisiones que caían en la nada en la medida en que los Montoneros eran un enigma para las fuerzas de seguridad: ni siquiera podían dar con el cadáver.

El 8 de junio, a una semana de la ejecución de Aramburu, renunció y selló así su legado: una economía cuesta abajo —devaluación de la moneda y crecimiento de la inflación—, la Noche de los Bastones Largos, la represión del Cordobazo, reiterada censura al arte y la cultura, el secuestro y el asesinato de un expresidente a manos de una banda armada desconocida por sus servicios de seguridad. Selló el fin de su Revolución Argentina, aquella que iba a durar décadas y se agotó en cuatro años.

Lo sucedió Roberto Levingston, otro militar designado por la junta que manejaba las riendas del poder, que prometió iniciar una transición hacia una democracia «sin exclusiones»: de pronto la posibilidad de que Perón regresara, hasta entonces tan temida, podía desinflar escenarios peores.

El 10 de junio, cerca de la medianoche, el teléfono del departamento de la calle Montevideo volvió a sonar. Una llamada anónima a la redacción de *Clarín* había indicado que en la sucursal Flores del Banco de Galicia, de avenida Rivadavia y Culpina, había un mensaje dirigido a los Aramburu. Con los Montoneros, parecía, las autoridades iban siempre a la zaga.

Manuel Escasany, uno de los dueños de la institución y amigo de la familia, sacó de la cama al gerente del local, Rogelio Arias, para que fuera a revisar el buzón de la correspondencia. Arias encontró un sobre que, al tacto, parecía contener objetos; Escasany pasó a recogerlo y lo depositó, sin abrir, en las manos del hijo del secuestrado.

Apenas lo tocó, Eugenio Aramburu sintió que contenía un indicio funesto. Mientras sacaba los objetos que pertenecían a su padre —la medalla de plata que él tanto apreciaba y había convertido en su llavero,

cinco llaves, el reloj, los bolígrafos— sintió exactamente cómo la esperanza se escapaba de su cuerpo. Esa angustia le impidió advertir que, entre la evidencia que lo acercaba a la idea de la muerte violenta de su padre, faltaba la traba de su corbata.

Aramburu hijo volvió a llamar a Alejandro Lanusse, que continuaba a cargo del Ejército bajo Levingston. Cuando se encontraron ya era de madrugada. Le rogó que, al menos, diera con el cadáver de su padre.

Por entonces los Montoneros ya tenían en marcha su siguiente operación. Habían comprobado que el foco podía funcionar en la ciudad: ahora no iban a detenerse.

Una vez más, *¿Revolución en la revolución?*, el libro de Régis Debray, marcó el camino: «El foco inicial debe dividir sus magras fuerzas en varias patrullas» para así volverse «inapresable y difícilmente localizable por el enemigo». Simularían que contaban con capacidad operativa en todo el país. Arrancarían por la provincia de Córdoba y, si todo salía bien, realizarían una tercera acción en Santa Fe.

Tenían a su favor que el crimen de Aramburu le había dado a la organización la fuerza de un imán. En cuestión de días, las células originales extendieron sus contactos a una amplia red de agrupaciones que ya habían optado por la lucha armada. Pero ese crecimiento vertiginoso les trajo desafíos nuevos, para los que no estaban lo suficientemente preparados.

Montoneros empezó a desarrollarse tanto y tan de golpe en Córdoba que Emilio Maza temió perder el control; entonces tomó una decisión imprudente: empezó a elaborar fichas con la información de los aspirantes.

Anotaba en qué barrio militaban, con cuál parroquia o dispensario cooperaban, en qué universidad estudiaban, a qué otras agrupaciones pertenecían, de qué trayectoria política provenían y qué instrucción militar tenían. Y —desde luego— si contaban con experiencia previa en la guerrilla urbana. Solo omitía los nombres verdaderos, pero el volumen de información era como un retrato hablado. A veces incluía también datos más personales, como las relaciones familiares o amorosas, y el nombre de guerra en caso de que ya lo tuviera. Por último, las fichas clasificaban a los activistas en dos categorías A y B, según si ya estaban o no integrados plenamente.

Con una mejor estructura volverían a La Calera, se decidió.

Volverían a aquella pequeña localidad donde habían ensayado el primer operativo conjunto de las células porteña con la cordobesa, donde se habían cruzado a tiros con la policía y habían escapado por muy poco.

Volverían, pero más experimentados y con una idea más ambiciosa.

Iban a tomar el control total del pueblo por espacio de media hora. Solo para difundir sus consignas y demostrar de qué eran capaces: una típica operación de propaganda. Otra idea copiada de los Tupamaros.

En las especulaciones sobre la procedencia ideológica de los ejecutores del secuestro y crimen de Aramburu que publicaba la prensa ninguna había reparado en el paralelismo con el origen del nombre de la guerrilla uruguaya: las dos habían buceado en los héroes ninguneados de las luchas por la independencia contra el poder colonial, los tupamaros —según el desprecio de los españoles— a un lado del Río de la Plata, las montoneras del otro.

En cambio, las menciones a Dios en los comunicados habían generado una gran confusión —ciertamente no podían ser marxistas ni guevaristas— y los medios se dejaban llevar por la sospecha —nacida en el entorno de Aramburu— de complicidad con funcionarios de Onganía. La toma de La Calera aportaría algo de claridad.

Si los Montoneros emulaban de manera más explícita a los Tupamaros, harían una contundente declaración de influencias: nadie los podría confundir con una organización de la derecha nacionalista, menos con espías a sueldo de los militares.

Los uruguayos habían tomado la localidad de Pando al cumplirse el segundo aniversario de la muerte del Che Guevara. Simularon un cortejo fúnebre para ingresar sin llamar la atención; luego ocuparon la comisaría, la central telefónica y el cuartel de bomberos y asaltaron tres bancos. La retirada resultó caótica y terminó en un tiroteo en el que murieron un transeúnte, tres guerrilleros y un policía; las autoridades detuvieron a veinte tupamaros.

Aunque había razones para ver allí un fracaso, a los ojos de los Montoneros resultó una hazaña digna de imitar.

Para los preparativos pusieron a funcionar nuevas células que actuaban de manera compartimentada, como ordenaba el evangelio según Régis: «Un número muy pequeño de responsables conoce las redes de contacto». Quienes se sumaban seguían las reglas y adoptaban otros nombres para esconder su identidad, un ejercicio vano: pertenecían a un círculo tan

pequeño que entre los comandos de La Calera iban a actuar parejas, cuñados, compañeros de escuela y amigos de toda la vida.

Muchos habían pasado por el Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUCO) o militaban con los sacerdotes tercermundistas, en el Peronismo de Base o en Lealtad y Lucha. La Universidad Católica fue otra cantera para Montoneros en Córdoba. Allí nunca habían cesado los centros de estudiantes que Onganía había prohibido en la pública. La Agrupación de Estudios Sociales (AES) tenía mucha fuerza. Del mismo modo que los estudiantes que tutoraba Carlos Mugica habían viajado a tomar contacto con la realidad de los hacheros abandonados por la empresa forestal, los integrantes de AES habían ido a Tucumán a ver las condiciones de trabajo en los ingenios. Habían encontrado miseria, analfabetismo, prostitución y ausencia del Estado y lo contaron en un informe que publicó *Cristianismo y Revolución*: «Violencia es la muerte prematura. Violencia es el hambre y el raquitismo de los niños. Violencia es humillarse para poder alimentar a los hijos. Violencia es mendigar comida y vestidos».

Al presidente del centro de estudiantes de Medicina de la Católica de la agrupación AES, Carlos Soratti, le exigieron que se mudara. Necesitaban sumar más casas operativas, ya no podían funcionar solo con la de Ignacio Vélez y Cristina Liprandi en Villa Allende y una más. Cacho dejó de vivir en el Barrio Obrero de las afueras de la ciudad de Córdoba, donde cooperaba con el dispensario de los curas, y alquiló una vivienda más cómoda en el barrio de Los Naranjos. Raúl Conte Grand, cardiólogo del Hospital Privado que integraba los equipos de salud de la célula, firmó como garante del alquiler.

También Luis Losada aportó otra, en Villa Rivera Indarte, más cerca de Vélez y Liprandi. Había llegado al grupo por medio del cura Fugante, a quien conocía de sus días de *boy scout*, cuando iba al barrio Bella Vista con su uniforme beige y su pañuelo verde. Como trabajaba en el colegio de escribanos y contaba con recibos de sueldo para acreditar ingresos, el responsable de su célula le encomendó que alquilara una propiedad. Losada le dijo a la dueña que se mudaría con su prometida, Mirta Cucco, apenas se casasen; supo que le había creído la mentira porque ella le preguntó: «¿Para cuándo los confites?».

Ambas viviendas contaban —un requisito indispensable— con un garaje cubierto, donde se pondrían en condiciones los autos que usarían para la

toma de La Calera. Su modelo era la casa de la calle Bucarelli que habían usado en la ciudad de Buenos Aires para el Operativo Pindapoy.

José Fierro, *Pepe*, compañero de camada del Liceo Militar de Vélez, se encargó de que un Torino robado luciera como un patrullero. Llegó a Villa Rivera Indarte con un compresor de pintura, copió el azul y la tipografía del Comando Radioeléctrico y le colocó una sirena, que alguien había comprado en Buenos Aires sin saber para qué, y que él colocó sin conocer esa procedencia: la compartimentación en funcionamiento.

Los operativos preparatorios —como el asalto a una comisaría, en el cual se llevaron armas y uniformes— sirvieron para que los militantes originales evaluaran la experiencia de los nuevos. Los comandos que finalmente fueron seleccionados para la toma se juntaron en la víspera en la casa de Soratti, una esquina en Los Naranjos. Los jefes, que ya conocían el lugar, llevaron a los demás tabicados —con los ojos tapados o agachados dentro del auto—, método que usaban para esconder información a los propios por temor a lo que pudieran contar si caían presos.

Maza repartió armas, aerosoles, brazaletes, transmisores y otros elementos; para borrar rastros, ordenó ahí mismo la quema de papeles como el croquis del operativo, los mapas con anotaciones y la información recogida durante la inteligencia previa en La Calera.

Pero no se deshizo de las fichas de los militantes.

A Fierro le tocaron una pistola Colt 11.25, una granada y una camioneta pickup que solo él, uno de los que manejaba de su grupo, pudo sacar del garaje estrechísimo. Salió sin más precauciones. Entonces reconoció las calles. Pero no le pareció gran cosa y no informó a nadie sobre esa falla de seguridad; de hecho le parecía que Vélez exageraba con las precauciones.

—No jodas más —le había dicho en una ocasión—. Nomás falta que evaluemos qué hacer si aparece un marciano.

El día señalado, 1º de julio —un mes exacto después del crimen de Aramburu—, una caravana de cinco vehículos partió antes del amanecer del punto de encuentro en Córdoba capital. Al frente iba el falso patrullero, con Carlos Capuano Martínez otra vez al volante y con Maza, el jefe del operativo, a su lado, ambos disfrazados de policías.

En el camino se dispersaron un momento para pasar delante del III Cuerpo de Ejército sin llamar la atención de los pocos soldados que a esa

hora se encontraban de guardia. Los cinco autos volvieron a su formación metros antes de la rotonda con salida a La Calera.

Entraron al pueblo por la avenida San Martín a las 7.30. Era una mañana helada. El banco, pegado a la municipalidad, ya había comenzado su atención al público, como se acostumbraba en aquellos años, pero las calles seguían desiertas. Solo había dos oficiales a bordo de un jeep estacionado en las cercanías. El comisario les había asignado ese puesto de custodia luego del asalto tan extraño que había sufrido el banco, seis meses antes.

Estaban distraídos, hasta que sintieron un fuerte impacto. La camioneta Chevrolet que manejaba Fierro había embestido al jeep. Los oficiales Tomás Larrahona y Manuel Moyano creyeron que le habrían fallado los frenos: no podían imaginar otra cosa.

Vélez apareció por detrás y les ordenó que tirasen las armas al piso.

—Esto no es un asalto. Somos Montoneros. Si se quedan quietos, no les va a pasar nada. ¿Entendido?

Vélez ingresó a la municipalidad y preguntó por el intendente, que aún no había llegado: se quedó con las ganas de anunciar que lo había depuesto; su esposa, Liprandi permaneció a cargo de vigilar a los policías, que duplicaban sus veintiún años. Otros tres comandos entraron al banco lindero; Fierro se ubicó, con la ametralladora en la mano, en la esquina donde estaba el patrullero, perfecta para vigilar los ataques simultáneos que estaban por ocurrir.

Maza iba camino a la comisaría, el objetivo más peligroso. Dentro de la seccional ya esperaba Susana Lesgart; había llegado antes que ellos con la excusa de hacer una denuncia. Era una chica simpática de veinte años, maestra y estudiante de arquitectura; supo darle charla al agente Ramón Salvatierra hasta que sonó la sirena del Torino que manejaba Capuano.

Salvatierra giró la cabeza y vio bajar del patrullero a un agente, un cabo, un sargento y un oficial, según las insignias. Como los Montoneros respetaban las jerarquías aun disfrazados, Maza tomó la palabra:

—¿Quién se encuentra a cargo de este destacamento policial?

—Soy yo, el oficial ayudante Djanikián —se presentó el policía de treinta y dos años, cinco más que el guerrillero que lo miraba con superioridad.

Maza le inventó que él y los demás provenían de otra jurisdicción cordobesa y que habían llegado a La Calera con la misión de ejecutar una orden judicial de allanamiento. Para eso necesitarían refuerzos:

—¿Cuántos oficiales hay en servicio? —preguntó, casual.

—Somos nosotros dos —respondió Djanikián y señaló a Salvatierra.

Maza quiso cerciorarse:

—¿Nadie más?

—Acá en la comisaría, no —de pronto Djanikián se sintió disminuido—. Nadie más.

Lo redujeron, como a Salvatierra, sin dificultad. Maza reclamó las llaves del calabozo. Encerró a los policías y les ordenó que cantaran la marcha peronista.

—¿La marcha peronista? —se escandalizó Djanikián, que era radical.

Le dieron el pie:

—*Los muchachos peronistas / todos unidos triunfaremos...*

Salvatierra y Djanikián los siguieron con resignación:

—...y como siempre daremos / un grito de corazón...

Entre vivaperones, Maza tomó un transmisor portátil y avisó:

—Aquí el Comando Eva Perón. Tarea cumplida. La comisaría está en nuestras manos.

Vélez Carreras copio el mensaje desde su puesto en la Municipalidad; íntimamente se alegró por su amigo Maza.

Mientras tanto, en la sucursal del Banco de Córdoba, habían ingresado Alberto Molinas Benuzzi, estudiante de medicina; Dinora Gebennini, desertora de filosofía y pareja de Elvio Alberione, y Alejandro Yofre Newton, *el Petiso*, egresado del prestigioso colegio Monserrat, hijo de una familia tradicional y esposo de Susana Lesgart. Vieron al personal en pleno: dos empleados, que esperaban todavía la llegada del primer cliente del día.

—Somos Montoneros y queremos el dinero para ayudar a los huelguistas de SMATA que están pasando hambre —les explicó *el Momo* Molinas. Acaso los bancarios hubieran preferido ladrones comunes: no estaban entrenados para tratar con los guerrilleros.

Sabían de qué les hablaban, al menos: todo el mundo estaba al tanto del conflicto en la automotriz IKA-Renault, con ocupación de planta y toma de rehenes jerárquicos, que llevó adelante la comisión interna sin obedecer a la conducción burocrática del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor.

Los Montoneros se hicieron de las llaves del tesoro y robaron cuatro millones de pesos, el equivalente a un millón de dólares de la época: mucho más de lo que necesitaban para alimentar a los huelguistas de SMATA.

Molinas tomó el radio y anunció a sus compañeros:

—Aquí el comando General San Martín: objetivo cumplido.

Vélez Carreras celebró desde su puesto en la Municipalidad:

—La organización Montoneros ha copado La Calera.

Advirtió entonces que un empleado municipal intentaba hacer una llamada; le dijo en tono paternal que su intento era vano: el pueblo estaba ya incomunicado. En la Empresa Nacional de Telecomunicaciones no había quedado un cable sin cortar.

Tres comandos con brazaletes blancos con la letra M sobre sus abrigos habían ingresado con grandes pinzas a destrozar el local del ENTel. Antes de partir estrellaron el conmutador contra el piso y dejaron escrito con un aerosol negro en la pared: «Montoneros».

En la oficina de Correos y Telégrafos se completaba, en simultáneo, la incomunicación del pueblo. Ni siquiera un mensaje codificado podría advertir a las guarniciones militares cercanas qué ocurría en La Calera: de eso se aseguraron Soratti y Gringo Alberione.

—Retirada por la dirección convenida —ordenó Maza, a las 8 en punto, con su transmisor portátil.

Soratti y Alberione subieron al Fiat 1500 y regresaron a la rotonda por la que habían ingresado a La Calera y sembraron el asfalto de clavos miguelitos. Eso demoraría, al menos, la llegada de los militares apostados en las guarniciones cercanas. Los primeros vehículos que salieran a perseguirlos terminarían con las ruedas pinchadas. Mientras tanto, ellos escaparían en sentido contrario, en dirección a Villa Allende.

La retirada presentó inconvenientes. El primero, que el Fiat 1500 se quedó y no volvió a arrancar. A ese lo superaron enseguida: Losada observó que un suboficial del Ejército subía a una camioneta Rambler: cruzó la calle y, a punta de pistola, le exigió las llaves del auto; también el uniforme, de paso: les sería útil en otra ocasión. El siguiente tuvo otras consecuencias.

El cabo Eugenio Manuel Argüello se asomó por la avenida San Martín. Vio a sus compañeros con los brazos en alto contra la pared de la municipalidad y sacó su arma.

Vélez lo advirtió y le gritó:

—¡¡Alto!!

Argüello no le hizo caso.

Le gritó otra vez. Y otra vez más, y que bajara el arma, que ellos eran muchos más.

Pepe Fierro y Vélez le dispararon. Lo alcanzaron tres balas, quedó tendido en el piso. Lo sabrían después: era el mismo cabo que los había enfrentado en el anterior asalto al banco y otra vez salvó la vida.

No podían perder más tiempo: en el pueblo ya se corría la voz de que algo extraño ocurría. De nuevo en caravana, los Montoneros salieron hacia Villa Allende. Tres autos seguían al falso patrullero, que hacía sonar la sirena; algunos eufóricos se asomaban por las ventanillas y gritaban:

—¡Viva Perón! ¡¡¡Viva Perón, carajo!!!

Dejaban La Calera convencidos de haber obtenido el favor popular; les pareció escuchar aplausos. Hasta Maza perdió su habitual compostura: tanto se rio que el bigote postizo comenzó a resbalar sobre su boca.

Echaron al aire puñados de panfletos:

Los Montoneros llamamos a la resistencia armada por una patria libre, justa y soberana, con Perón en la Patria.

Perón o Muerte.

Viva la Patria.

Montoneros

Guzzo Conte Grand y Guillermo Martínez Agüero, *Polo*, médico residente, aguardaron en vano en la posta sanitaria: no hubo heridos a los que atender. Los vehículos los pasaron y siguieron por una ruta zigzagueante, rodeada de vegetación, hasta que cerca de Saldán frenaron detrás de un pequeño bosque. Allí cambiaron de autos: dejaron los que habían usado en La Calera y partieron en otros con los papeles en regla.

Los Montoneros se sentían invencibles.

La noticia de la toma comenzó a rebotar en las guarniciones militares. El general Eleodoro Sánchez Lahoz suspendió un ejercicio que tenía ocupada a la tropa y pidió auxilio al general Jorge Raúl Carcagno, a cargo de la IV Brigada de Infantería Aerotransportada. Carcagno tenía una experiencia valiosa: había coordinado el operativo que sofocó el Cordobazo. Había avanzado con sus tropas entre las barricadas en llamas, por la céntrica avenida Colón, para hacerlo.

Los clavos miguelitos no impidieron que tanques y vehículos militares entraran a La Calera. Los militares tomaron el control del pueblo y ordenaron a los vecinos que no salieran de sus casas. Encontraron el frente de la municipalidad firmado: Comando Eva Perón, Comando Uturunco (por la primera guerrilla peronista que había existido), Comando General José de

San Martín y Comando 29 de Mayo (por la fecha del Cordobazo, que había pasado a ser, también, la del día del secuestro de Aramburu), las divisiones de Montoneros que habían actuado en la toma.

En las oficinas de Correos y Telecomunicaciones, dos paquetes requirieron la presencia de la brigada de explosivos. Resultó ser un aparato de música: al montarlo y tocar el botón de *play*, la voz de Hugo del Carril difundió la versión más conocida de la Marcha Peronista, que seguía prohibida desde el año 1955. Se suponía que iba a atronar, con enorme potencia, el pueblo entero, pero el equipo falló y se escuchó muy bajito: «Los muchachos...».

Carlos Ambrosio, un policía que vivía en La Calera y trabajaba en la ciudad de Córdoba, había notado algunos movimientos extraños mientras esperaba por el colectivo en la parada. Sin pensarlo demasiado, pidió una camioneta F-100 prestada, reclutó a su compañero Andrés Pérez y, vestido de civil pero con su arma reglamentaria, salió en persecución de los comandos que habían escapado hacia Villa Allende.

Su instinto, o la suerte, no le falló cuando decidió cortar camino por Villa Rivera Indarte.

Soratti y Alberione habían dejado allí a Losada y a Fierro, aunque no exactamente en la cuadra de la casa operativa donde habrían de esconderse, por el principio de compartimentación. La rigidez de las lecciones cubanas pudo más que el sentido común: Fierro y Losada se dispusieron a caminar por las calles de tierra de un barrio serrano cordobés con dos bolsos cargados con cuatro pistolas, revólveres de distinto calibre, proyectiles, los transmisores que habían usado en la toma y el uniforme del Ejército que le habían sustraído al suboficial del Rambler.

El dúo llamó la atención del cabo Ambrosio. Bajó la velocidad y acercó la F-100 a ellos. Pérez bajó la ventanilla y les preguntó lo primero que se le cruzó por la cabeza:

—Buenas, disculpen: ¿nos sabrán indicar cómo ir a Villa Allende?

Losada apoyó su bolso en el piso y levantó el brazo para dar una indicación: dejó así al descubierto la pistola que llevaba en la cintura. Ambrosio dio la voz de alto y al ver que no reaccionaba, disparó.

En el instante sordo en que comprendió que una bala se dirigía hacia él, el joven de veintitrés años pensó que prefería la muerte antes que caer en manos de la policía. Herido, en el piso, extrajo de su bolsillo una granada de

fabricación casera; Ambrosio le pisó la mano antes de que pudiera arrojarla. A pocos pasos, Pérez ya había detenido a Pepe Fierro.

Los policías guardaron los bolsos en el baúl e inmovilizaron a Losada y a Fierro con cuerdas de nylon. Al subirlos a la camioneta observaron que la mancha roja en la camisa de Losada, a la altura del abdomen, avanzaba con rapidez sobre la camisa blanca. Pero aun herido el muchacho hablaba y hablaba, y los arengó sobre las conquistas sociales de los gobiernos peronistas y la agrupación Montoneros, que los liberaría pronto de la opresión. Ambrosio y Pérez pensaron que estaba grave y deliraba.

Losada fue trasladado a un hospital de Córdoba, donde descubrieron que sus órganos vitales se habían salvado porque su costilla flotante había desviado la bala. A Fierro lo llevaron a otra comisaría en la ciudad, donde le tocaría una sesión de torturas.

Las radios empezaron a informar sobre la toma y dieron la noticia de las detenciones, que enseguida empezó a circular entre los comandos Montoneros.

Vélez y Liprandi habían pasado por su casa en Villa Allende. En la calma de su barrio de quintas, vaciaron sus bolsos en el embute, obra de un experto albañil que nunca conoció la ubicación de ninguna de las muchas casas operativas en las que construyó ese escondrijo. Corrieron el horno de la cocina y tiraron de un hilo transparente para levantar los azulejos que tapaban el hueco. Esos azulejos eran nuevos, pero los habían manchado de aceite para que no se destacaran del resto del piso. Guardaron todo, taparon el embute y volvieron el horno a su lugar y, como todos los días, se dirigieron al centro para atender el kiosco. Solo una cosa había fuera de la rutina: debían esperar por Maza.

Cuando el Gordo llegó, preocupado por las noticias, salieron juntos hacia Villa Rivera Indarte, para corroborar si la casa había caído. La encontraron rodeada de policías, que se llevaban cosas, algunas de las cuales tendrían valor para la investigación: un retazo de lona azul, la misma de los bolsos que habían cargado Losada y Fierro.

Tuvieron motivos para sospechar que alguno de los detenidos había hablado. Pero si las normas de seguridad se habían respetado, ninguno de los dos conocía la ubicación de la casa operativa de Los Naranjos, en las afueras de Córdoba, a la que se dirigieron.

Allí los recibió Soratti, en su papel de inquilino. Tuvieron que ponerlo al tanto: él había dejado a Fierro y Losada en Villa Rivera Indarte sin notar

nada extraño. A continuación había llevado a Alberione a las inmediaciones de otra casa operativa, la que el Gringo compartía con su mujer, Gebennini, y la pareja de Lesgart y Yofre. Tampoco ahí había visto ni escuchado nada.

Debían moverse rápido. En caso de que algo saliera mal, los comandos tenían previsto perderse en Buenos Aires. Un auto ya esperaba por Maza y Soratti en la ruta 20, cerca de la casa, para emprender el viaje.

Maza le ordenó a Liprandi que quemara más papeles y a Vélez Carreras que se ubicara junto a la ventana que daba al frente de la casa, escondido detrás de la persiana. Él saldría caminando con Soratti en dirección a la ruta y su amigo les cubriría las espaldas.

Le entregó un arma, palmeó la suya y abrió la puerta. Vélez verificó que estaba cargada.

La casa tenía forma de L: la policía aguardaba por ellos a un costado, en una ubicación que Vélez no alcanzaba a ver desde su posición.

Fierro —se sabría después— no había podido soportar el submarino mojado: pies para arriba, manos atadas y la cabeza metida en un balde de agua sucia hasta que creía que se ahogaba, una y otra vez. Primero había dado la dirección de la casa de Villa Rivera Indarte. Pero sus torturadores no consideraron que el dato fuera valioso: más submarino. Entonces dijo que conocía otra casa operativa más, en el barrio de Los Naranjos, de la cual no sabía la ubicación precisa. Era la casa a la que había entrado tabicado pero de la que, por error, había salido manejando un vehículo, los ojos bien abiertos. Lo subieron a un patrullero y lo pasearon por el vecindario hasta que la señaló.

En esa misma esquina, apenas pisaron la calle, Maza y Soratti supieron que estaban rodeados.

—¡Alto! —escucharon.

Maza intentó resistir. Observó que alguien se subía a una camioneta y apostó a esa vía de escape: manoteó la pistola del policía que lo seguía más de cerca y corrió. Pero cayó herido antes de llegar al vehículo. En el bolsillo tenía un permiso para manejar el Renault 4 firmado por Norma Arrostito: lo más probable es que ese fuera el automóvil que los esperaba en la ruta.

Soratti ya estaba detenido.

Dos policías armados estaban por entrar a la casa; Vélez los vio, y otros más detrás de ellos, y una gran cantidad de patrulleros. Sujetó fuerte el arma cuando escuchó que la puerta se abría, pero esta vez cayó herido sin haber disparado siquiera una vez.

Cerca de las habitaciones del fondo, en el baño, Liprandi seguía quemando documentos a toda velocidad. Los policías rescataron algunos del tacho de basura y dieron con uno de los tesoros más valiosos que podían encontrar: las fichas. Maza no había querido deshacerse de ellas, pero el principal error que cometió fue haberlas dejado fuera del embute de la casa de Los Naranjos, tan bien escondido en el piso de un placard que nunca fue descubierto.

Las anotaciones de Maza no resultaron difíciles de descifrar: en pocas horas más de cien personas quedaron detenidas.

Unos pocos pudieron escapar gracias a la ayuda de los curas que participaban de la red de seguridad de las células clandestinas. Alberione y Dinora pasaron la primera noche en un hotel alojamiento y la siguiente en el convento de San Alfonso. Los salvó el padre Carlos Fugante, quien los subió a su auto y manejó hasta la provincia de Santa Fe, donde también se apoyaron en la estructura de las Fuerzas Armadas Peronistas, la FAP.

En numerosos allanamientos —llegaron hasta registrar los campos del padre de Capuano en Santa Rosa de Calamuchita— las fuerzas de seguridad secuestraron seis ametralladoras, nueve pistolas, ocho revólveres, dieciséis granadas de mano, varios cartuchos de dinamita con la inscripción «Ejército Argentino» y dos transmisores y receptores VHF, entre otras cosas. Aún más que la cantidad de armas que atesoraban, a los periodistas y a los investigadores les llamó la atención el origen social de los Montoneros: «Los detenidos son miembros de conocidas familias cordobesas y en su mayoría estudiantes universitarios»; «Los participantes son jóvenes de buena posición», tituló *La Voz del Interior*.

Pero había más. Una hoja de papel plegada, dentro del bolsillo de Maza.

«Autorización para conducir de Esther Norma Arrostito, CI 4.714.123, al señor Emilio Ángel Maza, CI 7.521.529, para conducir el automóvil de su exclusiva propiedad, marca Renault 4L, modelo 1969, patente C-184-540, por todo el territorio de la República Argentina», decía el documento que le permitió a la policía descubrir la conexión de los cordobeses de La Calera con la célula porteña y el crimen de Aramburu.

Tenía la firma del oficial Ignacio Aguirre: «La comisaría de la seccional 49 de la Policía Federal certifica las firmas que anteceden y dicen que son auténticas y fueron hechas ante mi presencia».

Esa autorización, en manos de las fuerzas seguridad, no solo iba a ser la punta del ovillo que permitiría develar la identidad de los autores del

crimen de Aramburu: junto con las fichas, pondría en riesgo la supervivencia de Montoneros.

OceanofPDF.com

LA MÁQUINA DE ESCRIBIR

militancia

PERONISTA PARA LA LIBERACION

Año 1 - Nº4 - 5 de julio de 1973

\$3,00



Montoneros

COMPANEROS:

Los hombres y mujeres que componemos Los Montoneros, brazo armado del Movimiento Peronista, hemos asestado un golpe a la oligarquía gorila, ocupando militarmente la localidad de La Calera y recuperando armas y dinero, que serán destinados a la lucha por construir una nación libre, justa y soberana.

Lo hemos hecho para demostrar nuestra solidaridad combativa con el pueblo peronista, que ha ganado la calle, que pelea desde las fábricas, en defensa de legítimas aspiraciones y derechos, y como repudio a la farsa gobernante de turno. Los Montoneros prevenimos al pueblo de Córdoba contra las maniobras de los gorilas que dentro y fuera del gobierno quieren embarrancar en un nuevo frente electoral, en el que no podrán votar por Perón, acompañados de algunos tráfegos de siempre, que se dicen dirigentes peronistas y que repudian la resistencia armada del pueblo y que quieren elecciones porque saben entonces que el queso será más grande. El pueblo debe unirse, sin partidismos sectarios.

**A TRES AÑOS DE LA CALERA
LA SANGRE DERRAMADA
NO SERÁ NEGOCIADA**

Comunicado de Montoneros por la toma de La Calera, escrito con la Olivetti Lexikon 80.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, julio de 1970

Carlos Maguid no dudó: con todo lo que había ocurrido en Córdoba, se cumplían sobradamente las condiciones que Fernando Abal Medina había indicado para que abriera el misterioso sobre con instrucciones, que permanecía guardado en la casa de la calle Bucarelli para casos de emergencia.

Lo abrió junto con Mario Firmenich. A ellos dos, en particular, Abal Medina los instruía para que sacaran de la casa la mayor cantidad de objetos potencialmente comprometedores en caso de una requisita. Les encargó sobre todo que se deshicieran de la máquina de escribir Olivetti que les había regalado Osvaldo Arrostito, el padre de las hermanas Nélide y Norma. Por si necesitaban ayuda, les dejaba el número de teléfono del Instituto Superior de Cultura Religiosa para que preguntaran por el cura Alberto Carbone, a quien Firmenich conocía muy bien.

El instituto funcionaba como punto de encuentro para sacerdotes y estudiantes de agrupaciones como la Juventud Estudiantil Católica (JEC), de la cual Firmenich había sido presidente. Él había seguido en contacto con Carbone, y a Emilio Maza lo había ayudado a encontrar una pensión cuando se mudó a Buenos Aires, a fines de 1968. El cura también conocía a Abal, porque la juventud de la Acción Católica Argentina se reunía en esa misma sede.

Firmenich cargó su auto y se dirigió hacia el instituto, que funcionaba a pocas cuadras del departamento de Aramburu, en una casona antigua sobre la calle Rodríguez Peña. Conocía la zona de memoria. Se estacionó en segunda fila, cruzó unas pocas palabras con Carbone y volvió para sacar del baúl los objetos que le quería dejar a su cuidado: un maletín con documentación, una caja con papeles y la Olivetti. Le pidió que escondiera todo en el altillo, pero Carbone pensó que la máquina de escribir podía ser útil para las actividades de los estudiantes y sugirió que la dejaran a mano. Firmenich se negó, la máquina lo conflictuaba.

—¿Por qué?

—El asunto de La Calera. Nos puede generar dificultades.

Carbone no dijo más.

—No preguntaba, pero tampoco quería saber —me diría luego Firmenich en Barcelona.

Aquel otro día guardaron todo en el altillo y Firmenich salió a las apuradas, con la excusa de mover el auto.

Aun sin saber que todos sus datos personales habían caído en el bolsillo de Maza, Norma Arrostito activó, por precaución, los demás protocolos de seguridad de la célula porteña.

Llamó a su cuñado al trabajo en Canal 11 y pronunció la clave de alarma: —Murió la mamá del Gordo.

Carlos Maguid salió disparado a buscar a Nélide, quien a esa hora daba un examen de primeros auxilios para sumar puntos en su calificación como maestra. Ella se sorprendió al verlo. Maguid le dijo, con una leve variación acaso infiltrada por su esperanza de que no les sucediera nada realmente irreparable:

—La mamá del Gordo está grave.

También ella entendió.

Norma los recibió con su auto Renault 4L cargado de otros objetos que levantó de esa casa en Parque Chas. Apenas su hermana y su cuñado se bajaron del taxi, sin entrar en detalles, les confió que había una falla grave en el sistema de seguridad, como consecuencia de la toma de La Calera. Debían armar un bolso con unas pocas pertenencias en el menor tiempo posible.

Fueron a una cafetería en Olazábal y Triunvirato, en Belgrano, para encontrarse con Abal Medina. Esperaron tres horas —algo más de lo conveniente— sin que Fernando apareciera. Subieron otra vez al Renault 4L; Norma se dirigió al departamento al que se habían mudado juntos poco antes, sobre Dorrego, en el barrio de Chacarita. Le urgía limpiar —sacar cualquier evidencia que los pudiera comprometer— ese lugar también.

Nélide y Maguid se quedaron en el auto; la vieron regresar con cara de desilusión y un bolso más. Sin decir casi palabra manejó hasta Viamonte y Callao, a un edificio ubicado frente a la embajada de Paraguay. Otra vez cerca del departamento del que se habían llevado a Aramburu.

Tocaron el timbre del cuarto piso. Les abrió Ana María Portnoy, una amiga de su hermana Nélide, a quien Norma había conocido cuando trabajaba en el jardín Arco Iris.

Sin saber bien por qué escapaban de la policía, Portnoy les dijo que se podían quedar ahí solo por una noche. El departamento que compartía con su hermano Rubén y su novia, Liliana Pelman, era pequeño y no había

camas suficientes para todos. Cuando Rubén regresó del cine, a las 3.30 de la mañana, Norma pidió hablar a solas con él: tenían una relación de mayor confianza. Se animó a pedirle unos días más de refugio para su hermana y su cuñado.

—Nelly y el marido se van a tener que quedar hasta el sábado —le explicó Rubén a su hermana.

Por pocos días, Nélide y Maguid siguieron yendo a trabajar, ella al jardín a dar clases y él a Canal 11. Norma, que había renunciado al Arco Iris, iba y venía sin dar explicaciones de sus movimientos.

El sábado —tal como les había prometido a los hermanos Portnoy, a quienes no quería comprometer en exceso— Norma pasó a buscar a su familia. Tomó la autopista General Paz en dirección a La Matanza. A mitad de camino se desvió de la ruta y frenó en un café, donde hizo contacto visual con un hombre que llegó en un Peugeot bordó: era Sabino Navarro, un obrero correntino que ya formaba parte de la conducción de Montoneros.

Había conocido a Abal Medina en el espacio de *Cristianismo y Revolución* y el Comando Camilo Torres que se formó alrededor de Juan García Elorrio, pero habían perdido el contacto. Hasta que en febrero de 1970 Graciela Daleo se cruzó con Abal Medina en el subte de Buenos Aires y le pasó el teléfono de Navarro: atravesaban procesos paralelos, le anticipó.

Era un tipo de un gran carisma. De origen muy humilde, había crecido en una familia peronista y había trabajado como operario en fábricas textiles y metalúrgicas del norte del conurbano. Le llevaba algunos años a Abal Medina (se acercaba ya a los treinta) y contaba con bastante más experiencia política. Se había incorporado a Montoneros poco antes del crimen de Aramburu; se había sumado con su pequeño grupo, que tenía menos armas y menos preparación militar, pero en esas circunstancias podía ayudar.

Navarro guió al Renault 4L hasta una quinta en González Catán, propiedad del abogado laboralista Juan Carlos Falaschi, que formaba parte de su círculo más cercano, y se fue.

El lunes por la mañana el auto de Arrostito no quiso arrancar. Maguid y Nélide debieron tomar un colectivo en La Matanza para ir a trabajar: continuaban con sus rutinas sin saber que durante el fin de semana que ellos pasaron en la quinta, las fuerzas de seguridad habían encontrado en el

expediente judicial de La Calera el hilo que ligaba a la célula cordobesa con la porteña.

Alejandro Virasoro, inspector de la Comisión Coordinadora Conjunta que investigaba el secuestro de Aramburu, había viajado el día anterior, el domingo 5, a Córdoba. Una primera conexión entre los dos hechos resultaba evidente: la toma del pueblo y el crimen, ambos hechos, llevaban la firma de unos tales Montoneros. Y como en los dos habían entregado comunicados, el inspector pidió una pericia para ver si habían salido de una misma máquina de escribir.

Virasoro, criado en Córdoba, se jactaba de conocer bien a los que llamaba «extremistas». Llegó acompañado por otro policía que también creía tener cualidades óptimas para esa pesquisa: el comisario Alberto Villar, el jefe de la 5ª Circunscripción de comisarías. Villar pregonaba que en las masas se incubaba el mal que la policía debía descabezar. Había copiado el modelo francés de brigadas de seguridad contra las guerrillas — los militares franceses habían aplicado métodos de tortura contra los rebeldes argelinos, como se veía en *La Batalla de Argel*, la película favorita de los Montoneros— y se consideraba un especialista en los nuevos métodos de lucha contra «la subversión». El secuestro de Aramburu lo ocupó desde el primer día: le había tocado dirigir el operativo de búsqueda con helicópteros.

Frente a los comunicados de Montoneros, observó —Virasoro estuvo de acuerdo— que a simple vista daba la impresión de que se había usado una misma máquina para escribir los textos en un papel salido de la misma resma, marca Witcel Bond. En pocos días los peritos iban a corroborar esa sospecha a partir de ciertas características distintivas de algunos tipos del teclado. Los análisis expertos también concluyeron que probablemente habían sido redactados por la misma persona, dado que en ciertas letras la tinta se empastaba con igual intensidad.

Mientras aguardaban el resultado de las pericias, Virasoro y Villar se llevaron del juzgado de Marcelo Barrera la pista que resultó más útil para ellos: el permiso de una tal Norma Arrostito para que Maza pudiera manejar su auto.

Gracias a los datos que ahí figuraban, la policía no demoró en dar con la concesionaria donde Arrostito había comprado el auto. El vendedor Roberto Tocaro recordó que, si bien los papeles salieron a su nombre, un muchacho

flaco, alto y más joven que ella, que siempre la acompañaba, parecía ser quien tomaba las decisiones.

Mucho más útil resultó la visita a la calle Uruguay 127, en el municipio bonaerense de San Martín: la casa donde los padres de las hermanas Arrostito vivían desde hacía quince años. La madre, María del Carmen Rebolini, no estaba, internada todavía por sus problemas psiquiátricos, pero el inspector Ricardo Sosa encontró a Osvaldo Arrostito muy dispuesto a cooperar. Era el lunes 6 de julio.

Osvaldo repasó la historia familiar: Norma y Nélide (que se llamaba Nora Nélide) tenían treinta y veintiocho años respectivamente. Siempre habían sido muy unidas. Llegaron a trabajar al mismo tiempo en el jardín Arco Iris, pero últimamente Norma había renunciado para vender de manera independiente cerámicas hechas por distintas comunidades indígenas argentinas. Creía que incluso vivían juntas, pero no estaba en condiciones de asegurarlo.

De la vida de Norma —se excusó— no podía aportar precisiones: su hija mayor era parca y se había distanciado desde que él le criticó sus ideas activistas.

—¿Tendrán una máquina de escribir en la casa?

—Podría ser... Nelly y Carlos me ayudaron mucho a cuidar a mi esposa. La pobre está mal, sufre un cuadro de delirio imaginativo y amnesia depresiva, ese es el diagnóstico de los médicos. Como fueron tan buenos conmigo, les quise agradecer y les regalé mi Olivetti.

—¿Y ellos la tienen todavía?

—Nelly le va a saber decir. Ella está en su trabajo a esta hora. Si quiere lo acompaño a verla.

Osvaldo llegó con Sosa al instituto Arco Iris y casi desconoció a su hija menor: Nélide se negó a responder a las preguntas del policía. «Se encerró en un mutismo absoluto», escribió luego el inspector en su informe. Como también rechazó el pedido de que les abriera la puerta de su casa, pidieron al juez una orden de allanamiento para la vivienda de Bucarelli.

Pese a la limpieza que Norma había hecho a las apuradas, la policía secuestró en la casa de Parque Chas dieciocho pares de esposas y distintas armas y explosivos: frascos con pólvora aluminizada, municiones, vainas servidas, un cuchillo tipo monte, un cargador y siete granadas de fabricación casera, además de sobaqueras y una caja con materiales para limpiar armas. Esos elementos sugerían que Montoneros tenía estructura

con capacidades que acaso las fuerzas de seguridad hubieran debido detectar antes.

Entre los productos de limpieza descubrieron elementos de oficina: cola para pegar, almohadilla para sellos, marcadores y lápices de colores, sobres y hojas tamaño oficio con sellos variados y papelería robada de dependencias públicas, como un talonario de boletas de fiscalización del servicio de calle de la Policía. En la biblioteca había recopilaciones de discursos de Juan Domingo Perón, Fidel Castro, el Che Guevara y Evita; también tres ejemplares de *Cristianismo y Revolución*.

El laboratorio fotográfico de Maguid tenía todas las herramientas para revelar e imprimir imágenes: ampliadora, bandejas, químicos y papel sensible. Había equipos costosos de fotografía y de filmación: una cámara de 35 mm, una filmadora AK8, flash, fotómetro, trípode, un chasis de rollo de 35 mm y una lata con película para cine de 16 mm.

Y allí, caída, la primera prueba concreta que conducía directo al crimen. El negativo de una de las fotos que los Montoneros habían tomado en La Celma: una imagen con la medalla que Aramburu usaba como llavero.

Pero lo que más buscaban los policías, la máquina de escribir, no aparecía.

El comisario Mario Alberto Pandolfelli regresó con Nélide a la vivienda de Bucarelli por la tarde. A ella no le importó ver todo revuelto. Una sesión de torturas y abusos —entre varios hombres la desnudaron, la ataron a un mueble y le pusieron la picana en los pechos, las axilas y los genitales externos— la había dejado arrasada.

Sobre la Olivetti no pudo aportar demasiado: solo sabía que solía estar en la habitación de su hermana, cuando todavía vivía con ellos, y que no tenía idea de quién la había sacado ni dónde la había llevado.

Esa parte la completó Maguid.

La policía había detenido a Maguid en su trabajo, en los estudios de Canal 11 en la calle Pavón, casi al mismo tiempo que a Nélide. Lo dejaron incomunicado y lo sometieron a golpes y las descargas eléctricas de una picana mucho antes de que pudiera acceder a un abogado.

Para empezar el interrogatorio, uno de los diez integrantes de la Comisión Coordinadora creada para investigar el crimen de Aramburu le pegó una primera trompada sin más. Otro advirtió que no había que dejarle marcas: entonces otro lo sacudió del pelo con tanta fuerza que imaginó que

se le desprendía la cabeza. En un momento lo sacaron a un patio, le vendaron los ojos y lo subieron a una camioneta. Un par de horas más tarde lo bajaron en una casa donde dos hombres jóvenes lo acostaron en una cama, lo desnudaron desde la cintura hasta los pies, lo ataron y le aplicaron electricidad en el abdomen y en los genitales.

Cuando pasara el tiempo iba a ser peor: los policías supieron de la tendencia a la depresión que lo había rondado desde la adolescencia y se ensañaron más con él; lo creían más débil de carácter. Su madre, que sufría de problemas mentales, había sido una presencia solo formal y su padre nunca había comprendido su sensibilidad. Por su gusto por la poesía y el arte lo habían llevado a un psiquiatra, quien sin ningún tipo de empatía concluyó que podía ser homosexual o tener problemas de impotencia.

Quiso denunciarlos, pero un inspector de apellido Colombi le sugirió que rectificara sus dichos si quería evitar que su mujer también fuese torturada. Maguid no podía saberlo, pero ya lo habían hecho, el mismo día en que detuvieron a ambos. Ante el dolor físico y el temor a lo que pudiera pasarle a su novia se derrumbó emocionalmente y contó todo lo que sabía sobre la breve historia de Montoneros.

Que no era poco.

Solo dejó a salvo a Nélida. Sin necesidad de mentir dijo que ella cumplía un papel menor: se encargaba del archivo de diarios, recortaba las noticias sobre las actividades de la organización, como los robos de bancos o los asaltos a policías, y las clasificaba.

Él se había integrado a Montoneros más por amor a Nélida que por convicciones políticas, pero adquirió un gran compromiso con la causa y sintió una gran congoja cuando dejaron de lacerarlo: había entregado datos muy valiosos.

Sin embargo, su «confesión» no ayudó a que lo medicaran de inmediato —debió esperar horas— cuando sufrió un ataque de asma. Identificó con fotos y nombres de guerra a los principales líderes de la Organización: el Gordo Maza; Mario Firmenich, o *Manuel*, y Abal Medina, Fernando o *Germán*; contó que el alerta interna se había activado con la frase sobre la salud de la mamá del gordo y proveyó la localización de todos los lugares por los cuales habían transitado hasta caer presos, ninguno de los cuales quedó a salvo del raid policial.

En el departamento que compartían Arrostito y Abal en Dorrego 169, segundo piso, casi esquina Warnes, no encontraron mucho: un bastón de

caucho de los que usaba la Federal, un almanaque con días marcados, una guía Filcar de la ciudad de Buenos Aires, un tocadiscos Wincofon con un disco de la Marcha Peronista, anteojos oscuros, una tijera y un grabador Geloso. La barrida de Arrostito había sido eficaz.

Tampoco en el departamento de Rubén y Ana María Portnoy, aunque los hermanos, que también quedaron detenidos y serían torturados, debieron dar cuenta de la tenencia de una cantidad de rarezas: un rifle, un manual sobre guerrillas urbanas, libros «de tendencia izquierdista» —como consignó la requisa— y una hoja con dibujos de las insignias policiales y el rango al cual correspondía cada una.

Creyeron que de la quinta de González Catán en la que Maguid había pasado el fin de semana con Nélide se habían ido con las manos vacías. Sin embargo, pronto iban a descubrir que gracias a esa propiedad había encontrado el lazo con la célula de Navarro.

La policía también fue a buscar a Firmenich a la casa que alquilaba en el norte del conurbano, en Bernardo de Irigoyen 2123, Florida. Como ya no estaba, los patrulleros siguieron hacia el domicilio familiar en La Matanza. Su padre Víctor se enojó tanto al saber que lo buscaban por el asesinato de Aramburu que, de haber podido, hubiese cooperado; pero hacía tiempo que no se comunicaban. El futuro líder empezaba a mostrar su habilidad para quedar a salvo cuando todos los demás caían.

La última escala de los policías, para quienes Montoneros ya casi no guardaba secretos, fue el Instituto Superior de Cultura Religiosa. Carbone les mostró el altillo donde había colocado los objetos que le había llevado Firmenich. Primero les dio el maletín y la caja, donde no había más que cosas de las Arrostito: un acta de nacimiento y certificados de estudios, libreta universitaria y de enseñanza preescolar y primaria. Entonces los policías vieron lo que querían.

Ahí estaba, al fin, la máquina de escribir Olivetti, modelo Lexicon 80.

EL PRIMER MÁRTIR



Emilio Maza, con uniforme del Liceo Militar.

OceanofPDF.com

Argentina, julio de 1970

Con su cooperación, el cura Alberto Carbone pretendió mostrar que no tenía nada que ocultar, que su relación con Mario Firmenich no era distinta de la que tenía con otros jóvenes que había conocido en la Juventud Estudiantil Católica (JEC) y que no tenía idea de qué era Montoneros. Su biblioteca no lo ayudó: rebosaba de materiales de los sacerdotes tercermundistas. No le creyeron que los debates que había generado el Concilio Vaticano II lo obligaban a estar actualizado por su misión pastoral.

Quedó incomunicado en una celda de la Sección Robos y Hurtos de la Jefatura de la Policía Federal, detenido a disposición del Poder Ejecutivo. En igual situación se encontraban Ana María Portnoy, Maguid y Nélida Arrostito. La investigación formal estaba en manos del juez De los Santos, pero el presidente Roberto Levingston había creado una Comisión Coordinadora con atribuciones amplias y discrecionales, que funcionó incluso al margen de la ley.

Con todo, la tortura —de los cinco detenidos, solo Carbone no la denunció ante el magistrado— había rendido beneficios a las autoridades: gracias a esas confesiones arrancadas los policías sabían a quiénes buscar.

En el afiche con que la Policía Federal pidió la colaboración de los argentinos en la captura de los Montoneros que mataron a Pedro Eugenio Aramburu faltaba el signo de exclamación que debía abrir la orden «Denúncielos», pero sobraba información sobre Norma Arrostito, Mario Eduardo Firmenich y Fernando Abal Medina, tres de los guerrilleros que quedaban prófugos por el secuestro y el asesinato del militar: estaban sus fotos, sus alias, sus edades, sus características físicas y hasta sus números de documento.

Aunque con veintitrés años no era el más joven, de Abal llamaba la atención el contraste entre su rostro aniñado y su gran altura: 1,85 metros. El epígrafe destacaba además que era delgado.

De Firmenich —veintidós años y 1,66 metros— se destacaban la espalda derecha, el gesto adusto, la boca apretada y la mandíbula hacia fuera, que le daba forma de hocico en la parte inferior de la cara.

De Arrostito, los datos más llamativos para la época eran el género, la edad y su estado civil: con treinta años y el pelo castaño que le tocaba el hombro, lucía mayor que sus compañeros; una mujer casada (según el

registro civil, que no tenía en cuenta el divorcio de su primer marido) metida en cosas de hombres.

Ella era la única desconocida en medios católicos, destacaron los medios. A Abal Medina lo presentaban como un «exótico nacionalista de izquierda»; recordaron que, junto con Firmenich, había irrumpido en la Catedral con el Comando Camilo Torres de Juan García Elorrio.

De García Elorrio no se decía más. Había muerto antes del *Aramburazo*, en enero de 1970, atropellado en la esquina de Bulnes y Las Heras, en Buenos Aires. La revista *Cristianismo y Revolución*, que lo sobrevivió un tiempo por el esfuerzo de su viuda, Casiana Ahumada, habló de «la dudosa muerte de García Elorrio». Ahumada nunca quedó convencida de que hubiera sido accidental: él había sido amenazado días antes. El día en que perdió la vida, con treinta y un años, llevaba una carpeta con documentos sobre torturas a los Tupamaros en el Uruguay, que desapareció.

Un segundo afiche, con el que la policía empapeló la ciudad de Buenos Aires y alrededores, sumaba otras dos fotos: de Carlos Gustavo Ramus (veintidós años, estudiante) y de Carlos Capuano Martínez (veintiún años, también estudiante). «Se requiere la captura de», anunciaba el cartel con la información de los cinco prófugos: los hombres, de saco y corbata; de Arrostito una imagen distinta, con el pelo corto en la nuca y el flequillo largo que le cubría toda la frente. Un dato se reiteraba: de dos decía que eran argentinos y de cutis blanco.

El perfil de los discípulos de García Elorrio que se encontraban prófugos seguía generando confusión. Como la prensa decía que Abal tenía influencias del marxismo, los jóvenes de la Acción Católica aclararon en un comunicado: «Fernando Luis no es marxista ni comunista, sino una persona de clara militancia católica que pertenece a una familia que se destaca por su actuación constante en instituciones apostólicas y en especial en la Acción Católica Argentina».

La pureza parecía importarles más que el hecho de que Fernando Luis era buscado por un asesinato.

Para que no quedaran dudas, Juan Manuel Abal Medina, uno de los seis hermanos de Fernando, se detuvo a dialogar con un grupo de periodistas que se cruzó en la puerta de una comisaría:

—¿Usted sabía en qué andaba?

—Somos muchos hermanos... pero tengo que hacerle una aclaración.

—Cómo no... ¿cuál es?

—Se ha dicho que mi hermano es izquierdista, lo cual no es cierto: la calificación ideológica es nacionalista católico.

Respondió esas dos preguntas y se disculpó: ya no podía seguir hablando.

Nadie sabía dónde se escondían los prófugos.

Sabino Navarro y Firmenich se habían preocupado porque Maguid conocía la ubicación de la quinta en González Catán. Apenas supieron que lo habían detenido, corrieron el riesgo de ir hasta La Matanza. Querían borrar las huellas de Juan Carlos Falaschi —ni siquiera le habían pedido permiso para usar su quinta en algo tan delicado—, aunque era una tarea imposible: la propiedad figuraba a su nombre.

Los Montoneros volvían a cometer el mismo error una y otra vez: perdían de vista la importancia de los papeles y de los bienes en los que figuraban sus identidades verdaderas. Navarro no lo recordaba, pero en la quinta había quedado una factura a su nombre, de una heladera comprada en cuotas con Carlos Hobert de garante. Así el allanamiento brindó tres nombres a la policía.

Carlos Amorín, miembro original del grupo de Navarro, recordó esa expedición apresurada a González Catán: «Improvisamos un operativo que consistía en atravesar un riacho, los jardines de viviendas linderas y un pequeño bosque». Navarro, Firmenich, él y *Tato* Lafleur. «Avanzamos en fila india, separados por unos metros y ocultándonos detrás de árboles. Iba *el Negro* al frente y cerraba Firmenich, con una granada en la mano por si nos sorprendía la policía», escribió.

El operativo se frustró —según Amorín— cuando Navarro giró hacia sus compañeros y con su susurro, pero en el tono más vehemente posible, dijo: «Hay cana por todos lados».

Maza e Ignacio Vélez permanecían incomunicados en el Hospital San Roque, en el centro de Córdoba. El juez a cargo de la causa, Raúl de los Santos, había ordenado que los alojaran en la misma habitación, con custodia las veinticuatro horas, aunque ninguno de los dos estaba en condiciones de escapar. Tampoco podían ser interrogados.

El pronóstico de Vélez no era optimista: un balazo le había atravesado la arteria femoral. La situación de Maza era aún más desesperante: una bala le había recorrido el páncreas, el hígado y el estómago, además de dañarle un pulmón. Seguía inconsciente.

El director del hospital, Enrique Nores Martínez, los protegía: por esos lazos que se tejían en la alta sociedad cordobesa, veraneaba en casas enfrentadas con los Vélez Carreras en Villa Allende y había visto crecer a Ignacio. Su opinión médica impidió que fuese interrogado y trasladado a la ciudad de Buenos Aires, donde querían someterlo a una ronda de reconocimiento con la viuda de Aramburu. Nores permitió también que Polo Martínez Agüero —que era su sobrino y trabajaba en el hospital, aunque no formaba parte del equipo que trataba a los detenidos— accediera a verlo.

Mientras simulaba que le tomaba la temperatura, el joven médico que había montado guardia en la ruta durante la toma de La Calera, le susurró al oído:

—¿Querés pasar algún mensaje?

—¿Y los demás? —le preguntó Vélez, al reconocerlo.

Martínez Agüero procuró transmitirle tranquilidad.

A Nores le llamó la atención el interés de su sobrino por los heridos. Compartió su sospecha con María Ángela Carreras Allende, que pasaba los días angustiada en el hospital.

—Marela, me parece que Guillermito está de compañero con tu hijo...

Marela conocía a Polo, el hijo de su amiga Mareli Agüero. Al día siguiente, la madre de Vélez demoró la visita a su hijo para esperarlo en la parada del micro: le advirtió que no fuera al hospital; aunque su tío tuviera la intención de protegerlo, corría el riesgo de que lo detuvieran.

Maza agonizó una semana en el Hospital San Roque. Durante esos días, Vélez Carreras le tomaba la mano, extendiendo el brazo desde su cama hasta la de su amigo. El Gordo nunca pudo devolverle siquiera una señal. El 8 de julio, a una semana de la toma, Vélez despertó y notó que la cama contigua estaba vacía. Se largó a llorar desolado.

Eloísa Funes, la mamá de Maza, encontró consuelo en las palabras de otro médico del hospital que simpatizaba con Montoneros:

—Su hijo murió como mueren los hombres valientes, como mueren los cristianos.

De los Santos ordenó el traslado del cuerpo de Maza a Buenos Aires, en un avión de la Fuerza Aérea. En la morgue porteña le quitaron la bata del hospital y, sin más escrúpulos, lo vistieron con un uniforme militar y una gorra para ayudar a su identificación. Así fue trasladado al cuartel general

de Bomberos, en Belgrano 1547, para que la viuda de Aramburu no tuviera que visitar el depósito de cadáveres. Sara Herrera no estaba segura.

—Tiene un gran parecido —dijo—. Pero no sé si es la misma persona... Tiene una gran palidez, pero tal vez eso es solo porque está muerto.

El acta que le acercaron para firmar decía que lo había «reconocido plenamente»; pidió que la enmendaran. Ella retenía la impresión de que los secuestradores rondaban los treinta años y ese muerto era un muchacho bastante más joven.

Al igual que su hijo y los amigos de su marido, veía demasiados motivos para desconfiar de la versión oficial que se empezaba a construir. ¿Realmente les querían hacer creer que esos jóvenes de clase media, que se habían comportado de manera tan torpe en La Calera, podían ser los responsables —¡y los únicos!— de un crimen político de la magnitud del asesinato de un exmandatario?

El capitán Molinari lo había expresado con todas las palabras: «¿Cómo se puede creer que Maza es culpable si nunca declaró, porque estaba en coma? Desde Adán todos sabemos que a los muertos se les achacan crímenes o se los llena de virtudes». Los allegados a Aramburu insistían: querían saber por qué Francisco Imaz había prohibido el empleo de la palabra secuestro y por qué Onganía había ordenado, personalmente, que se le restara importancia.

La familia de Maza resolvió enterrarlo en la tumba familiar del cementerio de San Jerónimo, el más tradicional de Córdoba. Más de tres mil personas, de distintas agrupaciones peronistas, acudieron a despedir «al primer muerto heroico de la Organización Montoneros». El mismísimo Juan Domingo Perón envió una corona de flores: su nombre hacía que se destacara entre todas.

Colocaron una bandera argentina sobre el ataúd y cantaron el himno nacional, y a continuación la marcha peronista, que seguía prohibida. La policía observó el desafío a la distancia. La tensión recargó la actitud de los militantes, que cantaron por primera vez la consigna que sería una de las más populares en los años siguientes:

*¡Duro, duro, duro!
¡Vivan los Montoneros
que mataron a Aramburu!*

Entonces, sí, comenzó la represión. Que agregó un final inolvidable a la ceremonia de un entierro que en sí había sido memorable: el primero de un jefe montonero.

OceanofPDF.com

EL CADÁVER





Fuerzas policiales inician el allanamiento en La Celma (Timote).

Velatorio de Aramburu en la Iglesia de las Esclavas. Su hijo Eugenio y Alejandro Lanusse junto al féretro.

OceanofPDF.com

Buenos Aires y Timote, julio de 1970

Un mes y medio después de que Montoneros anunciara en un comunicado que había ejecutado a Pedro Eugenio Aramburu, los padres de Carlos Ramus, Gustavo y Amalia, despertaron sobresaltados. Eran las tres de la madrugada del 16 de julio de 1970 y el timbre de su departamento en Caballito sonaba sin parar, con prepotencia. Una delegación de la policía golpeaba a la puerta de la calle Yerbal con un imperativo: averiguar cómo llegar de inmediato al campo de la familia.

Los Ramus tenían dos campos, explicó el ingeniero agrónomo con detalles sobre su trabajo que no interesaron a los policías. ¿A cuál iba su hijo? Carlos compraba hacienda para engorde en el norte, la trasladaba y luego volvía a los remates, así que alternaba entre uno y otro, agregó. A veces estaba en el de Santa Fe y otras en el de Timote. Paraba en casa de sus padres cuando estaba en la ciudad, pero no tenían noticias de él desde hacía algunos días.

Cuando ocurrió la toma de La Calera, Carlos había estado en la cama con gripe, pero apenas escuchó en radio Colonia que la policía de Córdoba había detenido a dos Montoneros se levantó, se vistió y se fue. Luego los llamó para decirles que estaba bien pero que no volvería a la casa por algún tiempo. Su padres no iban a tardar en descubrir que estaba prófugo de la justicia.

Carlos sabía que ellos se habían ilusionado con que fuera un economista e hiciera crecer el negocio del campo y que se frustrarían al saber que había elegido la guerrilla. Unos meses antes de su desaparición le escribió a su madre en una postal con una de las bailarinas de Edgar Degas:

Mamita:

Nunca te entristezcas pensando que no soy lo que vos quisieras, porque soy feliz y estoy seguro de que eso es precisamente lo que vos quisieras para tu hijo.

Esto y que te quiero quería decirte hoy.

Te besa tu hijo,

Carlos.

Solo Susana, la hermana menor de Carlos, que había sido novia de Firmenich, vislumbró lo que podría estar pasando.

Admiraba a su hermano, que le hablaba de los caudillos federales con pasión y le hacía insinuaciones sobre los revolucionarios del presente. Susana nunca preguntaba demasiado: aceptaba ese silencio como un gesto de protección de Carlos hacia ella. Igual se dejaba ganar por la curiosidad y prestaba atención.

Por eso el día que Carlos apareció con una herida de bala y conformó a la madre con un cuento (que el arma que usaba en el campo se le había enganchado por accidente en un alambrado) ella no le creyó. Fingió hacerlo, sin embargo, y se sintió depositaria de un secreto precioso. Igual que cuando encontró entre sus papeles dibujos con la estrella federal de ocho puntas y una «V» con la «P» adentro —Perón Vuelve—: bosquejos del logo oficial de Montoneros que apareció en los comunicados. Comprendió que había sido un diseño original de Carlos. La reacción de su hermano tras la toma de La Calera funcionó como una epifanía para Susana, que tenía veinte años y estudiaba sociología.

Los Ramus durmieron muy mal el resto de la noche del 16. Al día siguiente, todavía afectados por el interés que había mostrado la policía en sus campos, miraban la televisión cuando vieron imágenes de La Celma rodeada de militares. Gustavo Ramus apenas escuchó que buscaban el cadáver de Aramburu: en ese mismo momento se desmayó.

El subcomisario Miguel Colicigno, de la división de Cuatrерismo, presagió que algo rompería la rutina del pueblo en el que unas mil personas vivían mayormente alrededor de la ganadería, y en menor medida, de cultivos de trigo, avena, girasol y alfalfa. Lo habían despertado a las cinco de la mañana no para que buscara animales robados sino para que consiguiera dos personas que sirvieran como testigos en un procedimiento. Algo importante debía ser: pronto llegarían a Timote algunos refuerzos de localidades cercanas.

El subcomisario despertó a Hipólito Palermo, el dueño del almacén de ramos generales, y a José Zurdo, otro vecino de la zona. Los preparó:

—Quizás encontremos un cadáver.

El casero Blas Acebal los recibió en una propiedad rodeada de eucaliptos y fardos de sorgo, con un molino de viento y un tanque australiano en las inmediaciones. Bien predispuesto a cooperar, Acebal recorrió con los investigadores uno, dos, tres, cuatro, cinco ambientes hasta que el grupo se detuvo frente a una puerta cerrada con llave.

—Es el cuarto de huéspedes —dijo su cuñada Dolores Lucero, encargada de la limpieza y la cocina, a quien la policía también había convocado.

—¿Por qué está cerrado?

—No lo sé... Yo nunca entro a limpiarlo.

—¿Nadie lo usa?

— Ahí dormía el novio de la hija de los patrones, pero hace tiempo que no... —dijo Lucero, pensando en Mario Firmenich.

Recordó, también, que hacía semanas que Carlos no la dejaba limpiar en La Celma; el hijo del patrón se había puesto insistente con que ella tenía que cuidarse de las várices. Ató cabos y un poco se decepcionó, pero no le pareció prudente decir nada en ese momento.

Al forzar la cerradura encontraron una habitación rectangular de tres metros por dos, en la que solo cabían una cama individual de hierro negro y un pequeño armario. El Vasco Acebal les enseñó una tapa, oculta bajo la cama, que daba a un sótano con las mismas dimensiones pero menor altura.

—Carlos me dijo que nunca bajara, bajo ninguna circunstancia.

La escalera empinada, adosada al subsuelo, crujió bajo el peso del subcomisario Colicigno. Acebal fue a buscar la escalera de mano, para que los demás bajaran sin correr riesgo de que se rompiera. Más policías se iban sumando, y llegaron también los bomberos de la zona para cooperar con el operativo.

En medio del sótano oscuro y sofocante encontraron un cajón plantado en medio del sótano. Abrieron la tapa y con las linternas iluminaron trece fusiles Mauser: aquellos que los Montoneros habían robado en el polígono de Córdoba pero no pudieron usar porque olvidaron los cerrojos; los que Ignacio Vélez Carreras le entregó a Fernando Abal Medina tras el viaje accidentado en el que habían volcado. También encontraron un Winchester y municiones de distinto tipo.

Al mover el cajón notaron irregularidades en el piso de tierra. Le pidieron al casero una pala grande. Debajo de la tierra apareció otra sustancia que parecía polvo. Al fin quedaron al descubierto dos pequeños montículos oscuros: la punta de dos zapatos de cuero negro. Los testigos, impresionados, pidieron permiso para aguardar la excavación en el cuarto de huéspedes.

Aramburu había sido enterrado debajo de una capa de cal, por lo cual no había despedido los olores reconocibles de un cadáver. Su rostro lucía

totalmente deformado: los ojos hundidos, los párpados pegados y la nariz aplastada. Tenía algo en la boca y un pañuelo que le colgaba del cuello. El resto del cuerpo impresionaba un poco menos porque la piel estaba cubierta por la ropa, aunque las telas se habían deteriorado. Llevaba un pantalón oscuro y una camisa clara; la corbata Vichy le colgaba del cuello, con una vuelta apenas, sin nudo. Un bulto de tela, prolijamente estirado a un costado, resultó ser el saco del traje.

El cuerpo había sido colocado dentro de un pozo profundo, tan prolijo que llamó la atención de los policías: dos metros de largo, 0,90 metro de ancho y uno de profundidad. Lo habían cavado justo debajo de la cama de la habitación y parecía la obra de un profesional.

Julio Raiz, el médico policial de Carlos Tejedor, dio instrucciones para que sacaran el cadáver del sótano sin dañarlo. El fotógrafo de eventos sociales José Molina, convocado por la policía de apuro, documentó el procedimiento con el compromiso de que no se quedaría con ninguno de los negativos. Los bomberos dejaron el cuerpo en el porche que rodeada a la casa de estilo colonial. Allí lo examinaría León Porrás, el funebrero del pueblo.

Porrás administraba la única casa fúnebre de Carlos Tejedor, la ciudad cabecera del municipio del mismo nombre, a unos veinte kilómetros de Timote. Atendía entre seis y siete sepelios al mes. El negocio tenía el nombre del dueño, Casa Fúnebre Luis Escudero, aunque Porrás lo manejaba a tiempo completo y vivía con su familia en la misma propiedad donde funcionaban la cochería y la casa mortuoria. Su máximo sueño —con los años pudo alcanzarlo— era que Escudero permitiera comprar en cuotas el fondo de comercio y colgar un cartel con su nombre: Casa Fúnebre León Porrás.

Como su trabajo no tenía horarios, no se había sobresaltado con el timbre que lo despertó a las siete y media de la mañana. Sí le extrañó ver en la puerta a unos policías y mucho más, que le ocultaran el nombre de la persona fallecida en un pueblo en el que todos se conocían. Ante el hermetismo optó por una pregunta menos personal: qué tipo de ataúd sería conveniente llevar. El modelo más barato, le dijeron. Se sintió en la obligación de aclarar que solo podría ser usado bajo tierra, no era para colocar en un nicho ni en una bóveda: la madera era de poca calidad y venía

sin malla metálica ni otras protecciones necesarias para una mejor conservación.

Lo primero que notó: en la camisa, Aramburu tenía enganchada una traba de corbata. Era la misma que llevaba el día que lo secuestraron y que Montoneros no le había enviado a la familia en el sobre donde fueron el resto de sus objetos personales. Porrás la extrajo con cuidado, la hizo a un lado y abrió los botones. A la altura del bolsillo tenía un agujero y debajo del agujero una perforación en la tetilla izquierda, sobre el corazón.

Pero nada llamó más la atención de su ojo experto que el aspecto de momia de ese cuerpo. Algún producto había alterado el proceso de putrefacción. El médico le informó que lo habían encontrado enterrado entre dos capas de cal, una arriba y otra abajo. La cal había chupado el líquido del cuerpo hasta dejarlo consumido, explicó el funebrero.

—Sin densidad —abundó.

Cuando le quitaran la ropa notarían el mismo efecto en todo el cuerpo. Porrás se jugó: no debía pesar más de cuarenta kilos.

La policía encontró en el sótano tres bolsas de cal con la marca Malagueña y las rastreó hasta un comercio de Lincoln, a unos cien kilómetros de Timote. Nélide Roldán se las había vendido a una mujer muy parecida a Norma Arrostito. La recordaba: era raro que entrara al negocio una clienta desconocida. Arrostito había notado la curiosidad de la vendedora e inventó una excusa. Le dijo que había comprado una quinta en la zona: pensaba en hacer algunas refacciones y para eso la necesitaba. La mujer pagó la cuenta y un hombre se bajó de una Ranger para cargar las bolsas.

Un policía le ordenó a Porrás que se detuviera. Para continuar con su trabajo debía esperar la llegada del jefe de la Policía Federal, Jorge Cáceres Monié, que ya estaba en viaje desde Buenos Aires: órdenes superiores. Porrás obedeció. Cubrió el cuerpo con una sábana y se apartó.

Monié llegó a Timote a las 2 de la tarde junto con el jefe de la policía bonaerense, Antonio Navas. El casero y su cuñada quedaron detenidos preventivamente, hasta que se corroborara que habían dicho todo cuanto sabían.

Delante de las máximas autoridades de la policía, el funebrero acomodó el cadáver en el ataúd que subieron a un furgón policial. Qué pena que le hubieran pedido el más barato —pensó—, porque era realmente deslucido:

madera de álamo medio lustre, plana, sin bovedilla, con una pequeña cruz como toda decoración.

Al pasar por Pehuajó, el operativo del traslado se reforzó con más autos de custodia. El presidente Roberto Levingston no quería más sorpresas: sabía el costo que el caso Aramburu había significado para Juan Carlos Onganía, su predecesor. El cadáver fue promovido a un ataúd modelo presidencial, en el cual haría el resto del trayecto hasta Buenos Aires. Era el más caro de todos, y mucho más vistoso: puntas redondeadas, herrajes de bronce, una imagen de Cristo, ocho manijas, una cerradura.

La madera, de cedro petiribí, pesaba entre noventa y cien kilos, el doble del muerto: ese dato le faltaría a Paco Urondo cuatro años más tarde, cuando fuera a robarlo del cementerio de la Recoleta.

La caravana con Aramburu llegó al Regimiento de Granaderos a Caballo a las dos de la mañana del 17 de julio. La esperaban médicos forenses, peritos dentales, especialistas en medicina legal y el juez Raúl de los Santos para hacer una identificación fehaciente del cuerpo. También Eugenio Aramburu hijo, con Iñaki de Azpiazu, un cura vasco amigo de la familia.

El anillo de oro que le quitaron del dedo anular izquierdo tenía grabadas las iniciales y el año del matrimonio de Sara Herrera y Eugenio Aramburu: *S.H. a E.A. 1932*. El testimonio del dentista del general, Héctor Rocatagliatta, agregó que los arreglos de las piezas inferiores correspondían con los de su paciente.

Los peritos temían que las huellas dactilares, por el tiempo pasado y las condiciones del ocultamiento en cal, no serían lo suficientemente nítidas. Pidieron permiso a Levingston para amputar tres dedos del cadáver a fin de obtener pruebas más fehacientes. ¿Estaban locos? En la Casa Rosada no podían creer que alguien se atreviera a sugerir la mutilación. El asesinato de Aramburu ocupaba el centro de la política argentina. Que se arreglaran con las huellas que pudieran obtener.

Una limpieza profunda y el entintado de las yemas resultó suficiente para conseguir tres calcos (los dos pulgares y el índice derecho) que se cotejaron con la ficha de Aramburu archivada en la sección Dactiloscopia de la Policía Federal.

Ya no quedaron dudas.

Eran las 5.20 de la mañana. Cáceres Monié despertó al ministro del Interior, el brigadier Eduardo McLoughlin, que pasaba la noche en su despacho a la espera de novedades. McLoughlin, a su vez, despertó a

Levingston para informarle que ya estaba en condiciones de confirmar oficialmente que el cadáver encontrado en el sótano de La Celma era el de Aramburu.

Faltaba saber cómo había muerto. Cómo lo habían matado.

La autopsia —un informe de cincuenta y ocho páginas— comenzó a las 7.15 de la mañana en la morgue del Hospital Militar. Eugenio Aramburu y un grupo de amigos de su padre aguardaron en la sala de espera a que el decano del cuerpo médico forense de la Justicia, Walter Saborido, terminara con su misión. Al cabo de tres horas y media se concluyó que ese cuerpo había recibido tres impactos de bala, dos en la cabeza y uno en el pecho.

El tiempo que había pasado impedía establecer el orden de los disparos, pero los médicos encontraron pruebas de que Aramburu había sufrido una hemorragia cerebral cuando aún se encontraba con vida. Si había recibido dos tiros en la frente, el segundo pudo haber obedecido a que sobrevivió al primero; el tercero pudo ser el de gracia: el que le abrevió la agonía.

Le habían sellado los labios con una cinta adhesiva de seis centímetros de ancho sobre una media enrollada, de color claro, que habían puesto dentro de su boca. Seguramente para que no gritara: podría pasar que lo escuchara el casero Acebal, si estaba cerca. Junto con la cinta y la media los médicos consignaron un pañuelo «del tipo de los usados por las mujeres para cubrirse la cabeza» que le colgaba del cuello, con el que presumieron que le habían vendado los ojos.

En la cara, una barba crecida confirmó que habrían pasado unos dos o tres días entre el secuestro y la muerte: era coherente con los comunicados de Montoneros.

Concluyeron que lo habían matado de pie, vestido y calzado. Solo le habían quitado el saco y el cinturón. La autopsia conjeturó que le habían atado las manos a la espalda, porque de la muñeca derecha pendía un lazo cortado y en ambas quedaba un rastro de surcos. También en los tobillos presentaba surcos: eso indicaba que había pasado algún tiempo atado de pies y manos en La Celma. Los cordones de los zapatos estaban tan prolijamente atados que merecieron una mención en el informe de la autopsia.

El cálculo de la distancia de los disparos en la frente impresionó a todos. Estimaron que no había sido más de veinte centímetros.

Lo habían matado a quemarropa.

Levingston fue un presidente débil y efímero: iba a durar menos de un año en el cargo. El día que le tocó hablar en cadena nacional de radio y televisión por el hallazgo del cadáver de Aramburu cumplía apenas un mes.

Con tono solemne, se tropezó con sus propias palabras, más altisonantes que significativas, y el mensaje que escucharon los argentinos a las 12 del mediodía resultó principalmente confuso, del mismo modo que había sucedido con las palabras que había pronunciado Onganía cuando ni siquiera se sabía quién estaba detrás del operativo contra Aramburu.

Levingston conocía la identidad de los criminales, pero no por eso supo a qué corriente política de renombre, nacional o extranjera, echarle la culpa. «La nación ha sido herida por la ceguera, el fanatismo y la crueldad», dijo. «La sangre que ha corrido nos salpica a todos con su carga de reproche». Decretó duelo nacional para el día siguiente y le ofreció a Sara Herrera que los restos de Aramburu se velaran en el Salón Blanco de la Casa Rosada.

La familia del muerto, sin embargo, prefirió mantenerse a distancia del gobierno y optó por la Iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón, a pocas cuadras de su casa, frente a la plaza Vicente López. Levingston dispuso entonces que allí se le rindieran los honores civiles y militares que le habrían correspondido a un presidente en ejercicio.

El ataúd llegó custodiado por soldados del Regimiento de Granaderos a Caballo de San Martín, con la tapa ya soldada: dado el estado del cuerpo, entre consumido y ajado, nunca se valoró la posibilidad de mostrarlo para que los asistentes se despidieran. La misa de exequias se celebró ante el féretro de madera lustrosa cubierto —como no podía ser de otra manera— por una bandera argentina, el sable de Aramburu y la gorra de Alejandro Lanusse: como Eugenio Aramburu no encontraba la de su padre, el jefe del Ejército se quitó la suya y se la ofreció.

«En su casa fue excelente esposo y buen padre», lo describió Azpiazu, quien ofició el servicio. El cura había llegado a la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial y había brindado asistencia espiritual en las cárceles, por lo cual conoció a casi a todos los antiperonistas que terminaron presos durante el gobierno de Juan Domingo Perón. Azpiazu destacó la «noble vocación» de Aramburu: «Servir a la patria». Nunca, subrayó, «cayó en la tentación del poder» y gracias a eso «devolvió al pueblo la libertad».

Fue la semblanza que esperaba la familia: algo que no restringiera la despedida al papel del muerto durante la Revolución Libertadora.

Consideraban justo, casi una reparación a su trayectoria, que alguien destacara que en el año 1958 —en menos de tres años— Aramburu había llamado a elecciones y le había entregado el poder al dirigente radical Arturo Frondizi.

Frondizi había ganado las elecciones con el peronismo proscripto, pero mediante un acuerdo con Perón, y el presidente de facto debió imponerse sobre los muchos militares que no lo habían querido dejar asumir. Aramburu tampoco se sumó al golpe que lo derrocó en 1962. En honor a esos gestos, Frondizi se hizo presente en el velorio y declaró: «Repudio con la mayor firmeza este crimen».

Arturo Illia —otro presidente radical, de una corriente distinta a la de Frondizi— llegó cuando la misa ya había empezado. En 1963 Illia había derrotado a Aramburu en las elecciones que frustraron su intento por volver al poder en forma legítima; pero si por algo se recordarían esos comicios sería por el voto en blanco, dado que el peronismo seguía proscripto, que casi llegó al 20%. En vida Aramburu se jactaba de que cuando los militares desalojaron a Illia del poder, al cabo de tres años y con su mandato inconcluso, con él tampoco no pudieron contar. Contra un presidente radical él nunca había conspirado.

En reconocimiento a esa actitud del muerto, Illia no se retiró cuando en el responso quedó parado justo al lado de Julio Alsogaray, uno de los protagonistas del golpe que lo había destituido en 1966. El hijo y la viuda del muerto estaban tan a disgusto como el expresidente radical con la presencia de Alsogaray, a quien le achacaban complicidad con la decisión que dejó a Aramburu indefenso, sin custodia.

A medida que siguieron llegando militares y civiles enfrentados entre sí, la tensión fue en aumento.

Levingston acudió al velorio con su esposa, Nelly Andrés. Un pequeño grupo que se había juntado en la plaza de enfrente le cortó el paso y le exigió que hiciera justicia. ¿Realmente pretendían convencerlos de que todo había sido obra de un pequeño grupo de jóvenes católicos confundidos? Los partidarios de Aramburu, interpretó, seguían desconfiando del Ejército. Mario Fonseca, el general cercano a Onganía responsable de la Policía Federal cuando se produjo el secuestro, apenas pudo asomarse a las Esclavas del Sagrado Corazón: al escuchar chiflidos comprendió que su presencia no era bienvenida.

Los periodistas se acercaron corriendo apenas vieron asomar al capitán Aldo Luis Molinari, íntimo de Aramburu:

—¿Puede haber militares implicados en el asesinato? —preguntaron.

—Estoy seguro.

Como las Fuerzas Armadas, el barrio de la Recoleta estaba dividido: cuando terminaran la exequias, un grupo tenía previsto manifestar en la esquina de Callao y Guido, frente al edificio donde vivía Francisco Imaz, el ministro de Interior de Onganía. Lo culpaban —como mínimo— por su inacción. Sabían que la policía los iba a dispersar, pero dejarían asentada la desconfianza que les provocaba ese personaje.

Cerca del mediodía un toque de clarín cerró el funeral. En lugar de los cañones de artillería que solía llevar, una cureña del Colegio Militar cargó el ataúd hasta el cementerio de la Recoleta, a escasas diez cuadras de la Iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón. Los escoltas de las tres armas y el centenar de asistentes caminaron bajo la lluvia por la avenida Callao, hacia Alvear. En los balcones se veían banderas argentinas y crespones negros; la gente arrojaba flores que se sumaban a las de más de doscientas coronas que acompañaban la procesión.

Tan inesperada había sido la muerte de Aramburu que Sara se encontró sola con las decisiones: nunca habían hablado de la eventualidad, de dónde depositar sus restos. Si se dirigían a la Recoleta era gracias a Scrivano Castañeda, el escribano de confianza de la familia —sin saber cómo resultaría, Sara y sus dos hijos habían pasado en su casa la noche del golpe de 1955— que le ofreció un lugar en la bóveda de sus padres. La viuda lo aceptó como una solución provisoria, a la espera de que la comisión de homenaje a la memoria de su esposo recaudara los fondos necesarios para que tuviera su propia cripta en un lugar destacado del cementerio.

La lista de personas que hablarían durante el entierro había requerido una negociación compleja. Primero había quedado el general Lanusse, se expresaría en nombre del Ejército y porque se había mantenido cercano a Aramburu hasta el final. «No vaciló jamás en asumir las responsabilidades que le imponían las circunstancias, con la única ambición de consolidar la democracia para lograr la unión nacional», dijo. «También por ese motivo fue elegido por los agentes del caos y de la violencia como víctima».

Lanusse quería cubrir el espacio vacante por la muerte de Aramburu: le faltaba poco para lograrlo.

Siguió como orador el almirante Isaac Rojas, compañero de golpe de Aramburu en 1955. Reivindicó las credenciales antiperonistas del muerto con un panegírico de aquella faena: «Todos saben que el camino recorrido no fue fácil. El país yacía abatido por la tiranía: el general Aramburu, impulsado por el deber, ocupó su puesto», dijo. «Su gestión tuvo como norte devolver al pueblo soberano los derechos que le habían sido arrebatados por la demagogia y la corrupción».

Para compensar el panegírico sobre el golpe contra Perón, Héctor Sandler, de la Unión Del Pueblo Argentino que había llevado a Aramburu como candidato en el año 1963, se propuso hacer también la semblanza del hombre político que se enterraba. Pero no le permitieron la palabra. «Quise hablar de un Aramburu renovado en su pensar. Quise hablar del Aramburu de 1970. Había que referirse a un Aramburu no *gorila* que cortejó al peronismo, prometiendo que si ganaba se terminarían las proscripciones», se lamentó Sandler.

Aunque la viuda había aceptado que hablara frente a la tumba, Levingston se plantó en que los oradores autorizados ya habían terminado. Sandler insistió; el presidente de facto hizo un gesto que zanjó el asunto: ordenó que sonara la corneta del regimiento de Granaderos, que obedeció sin importarle ese matiz que en parte dirimía el sentido histórico del asesinato de Aramburu.

DÍA DEL MONTONERO





7 de septiembre - Día del Montonero

DOS PERONISTAS, DOS MONTONEROS, PARA ESO VIVIERON, POR ESO MURIERON



Fernando Luis Abal Medina



Carlos Gustavo Ramus

Era una reunión de rutina. En esa época nos movíamos mal por inexperiencia en la clandestinidad. Cometíamos errores de funcionamiento. Con tal de salir adelante nos movíamos en forma casi suicida. Andábamos en coches robados sin ningún tipo de papeles. Ni siquiera teníamos documentos falsos. El único que tenía era Fernando al que hacía poco tiempo le habían hecho una cédula. Tenía también una chapa policial, y eso era lo único que teníamos para salir de situaciones difíciles. En estas condiciones se hace la reunión.

Eran un par de pibes como cualquiera de nosotros. Siempre hicieron política, les gustaba de alma. Sabían que había que pelear para conquistar algo, que nada se regala. Y lo hicieron juntos, desde chicos. Primero en Tucumán, a los 14 años, cuando las ganas de entrar en acción desbordan las especulaciones políticas. Había que estar y estuvieron. De militancia católica empiezan a ser influenciados por todo el proceso que vive la Iglesia a nivel mundial, la etapa de los concilios, de una Iglesia nueva, renovada, un cristianismo donde los privilegiados eran los pobres. Y los pobres son peronistas.

Primero llegó un coche y se estacionó en la puerta de la farmacia. Bajó un compañero y entró en la pizzería La Rueda. Al volante quedó otro. Estaba desarmado.

Había que seguir peleando, ahora por algo más grande, por el pueblo

todo. Acompañar a ese inmenso ejército desarticulado que estaba sufriendo la miseria, la represión, la tristeza de tener a su líder desterrado, el desgarramiento de no poder visitarlo a Evita, de saber que la habían manoseado. La bronca amontonada ya era suficiente. La cosa daba para más. Nos habían hecho de todo. Había que empezar a prepararse de otra manera, mejor organizados: llegaba la hora de los fierros.

El otro coche llegó más tarde. Estacionó en la puerta de la pizzería y saludó con un guiño de luces al otro, el que estaba frente a la farmacia. Bajaron dos compañeros y quedó al volante Carlos Gustavo Ramus. Carlos tenía un fierro, y una granada.

Fernando viaja a recibir instrucción. Carlos se queda en el país para seguir en el pertrechamiento para preparar el lanzamiento del grupo. Es el año 67, Onganía hace un año que está en el poder, seguro, había de otros 10 años. Fernando y Carlos, rodeados de sus compañeros, piensan diferente. El pueblo sigue juntando bronca.

Adentro del bar había tres compañeros sentados en una mesa charlando: Fernando, el negro Savino Navarro y Luis Rodeliro. El cordobés Rodeliro era el único que no estaba armado. Fernando y el negro tenían sus fierros. Y llega un patrullero.

Dos años de trabajo diario, sin descanso, discutiendo, planificando,

Cadáver de Gustavo Ramus, con la mano destrozada, frente a la pizzería La Rueda.

El sacerdote Carlos Mugica en un oficio fúnebre. Detrás, la bandera de Montoneros.

Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus en *El Descamisado*. Día del Montonero el 7 de septiembre.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, septiembre de 1970

La lírica de la juventud maravillosa era morir.

Tomás Abraham

Fernando Abal Medina sobrevivió catorce semanas a Aramburu.

El único jefe que le quedaba a Montoneros tras el entierro de Emilio Maza se apresuró hacia su muerte el lunes 7 de septiembre, cuando pocos minutos antes de las ocho de la noche ingresó a la pizzería La Rueda, en Potosí y Moctezuma, localidad bonaerense de William Morris.

Ninguno de sus compañeros había llegado aún y en el salón no había más que seis personas, dos mozos y el encargado del bar. Se ubicó en una mesa vacía junto a la ventana, de frente a la puerta como indicaba el protocolo de seguridad. Nadie lo tomaría desprevenido. Además tenía su pistola en una sobaquera debajo de la camisa. Carlos Ramus lo custodiaba desde la calle, armado también, desde un Peugeot 404, robado y con patente falsa, cargado de explosivos y con una ametralladora en el baúl. Mientras esperaba pidió un café.

Sabino Navarro también había llegado a la zona con custodia, como correspondía a su nueva jerarquía, número dos desde la muerte de Maza. Carlos Capuano Martínez se encontraba en otro auto estacionado a doscientos metros. Se había alejado de Ramus para ofrecer, entre los dos, una mejor cobertura a los jefes. Abal había empezado a compartir responsabilidades de la conducción con Navarro, quien tras haberse integrado a Montoneros después del *Aramburazo* había escalado posiciones velozmente.

Navarro bajó del auto y caminó hasta la estación del ferrocarril San Martín, a tres cuadras de La Rueda. Esperó en el andén a Luis Rodeiro, también buscado por la policía, que llegaba desde una vivienda provisoria en San Telmo, a quien por precaución no le habían dado la ubicación exacta del bar. Abal Medina y Norma Arrostito le habían anticipado que iban a enviarlo a Salta, por su seguridad y para fortalecer la estructura de la organización en esa provincia. Bajó del tren más que ansioso por continuar aquella conversación.

Sabino y Rodeiro se sumaron a la mesa de Abal Medina, que pronto debían completar Arrostito y Mario Firmenich. Los recién llegados pidieron otros dos cafés, y el mozo alcanzó a llevar solo uno.

Un patrullero de la Policía Bonaerense había frenado en la puerta de La Rueda, y los cabos Rodolfo Caruso, Mario Bravo y Roque Hernández entraron con el agente Clemente Ríos. Todos, excepto uno, vestían de civil. El encargado, que los conocía, los saludó mientras se acercaban a las pocas mesas ocupadas a pedir los documentos de identidad de los clientes.

Sabino y Abal Medina pasaron el control sin sobresaltos con sus papeles falsos, y también Rodeiro logró que no lo identificaran como prófugo. Pero el alivio les duró poco.

Apenas dos de los cuatro policías habían salido del bar, escucharon tiros que provenían de afuera. En la vereda, alrededor del auto donde esperaba Ramus.

Sin que mediara palabra, Ramus había comenzado a disparar al verlos.

Entre Abal Medina y Navarro hirieron a los dos policías que quedaban dentro del bar y salieron a la calle; metido dentro del auto, Ramus sacó una granada casera de la guantera e iba a arrojarla por la ventana cuando explotó en su mano derecha y se la arrancó. Los mozos, el encargado y el resto de los clientes, agazapados en la cocina, alcanzaron a escuchar aullidos de dolor.

Los dos policías, que se habían refugiado en una obra en construcción uno y detrás de un árbol otro, seguían respondiendo. En minutos los ventanales de cristal de La Rueda quedaron hechos trizas y el Peugeot 404, todo perforado por balas.

Ramus ya no se movía. Abal quedó tendido en el piso sobre un charco de sangre: una bala le había atravesado el pecho en la puerta de la pizzería. Cuatro meses más tarde hubiera cumplido veinticuatro años.

Navarro disparó hasta que se quedó sin municiones; hirió al oficial que estaba detrás del árbol, recibió un impacto en la pierna y, aunque rengueaba, se metió en una casa, se trepó a los techos y logró escapar. Cuando estimó que todo estaba perdido, Capuano partió en el auto que manejaba.

Rodeiro, el único que no estaba armado, se había escondido detrás del mostrador. Lo llevaron a la Superintendencia de Coordinación Federal. Durante el gobierno de Juan Domingo Perón, hasta el golpe de 1955, en ese mismo lugar había funcionado la Unidad Especial que perseguía a los opositores. Cambió de nombre con la dictadura de Juan Carlos Onganía y amplió sus funciones: comenzó a ser conocida como *la Coordinadora* e incorporó como práctica rutinaria la tortura. Rodeiro, como todos los Montoneros que caían presos, pasó por ahí.

«Cayeron en Hurlingham dos de los secuestradores de Aramburu», tituló *Clarín* al día siguiente en su portada. En una misma acción la policía había abatido a dos de los fundadores de Montoneros.

Los vecinos contaron que habían alcanzado a ver cerca a una mujer que podría haber sido Arrostito, en un auto con otro hombre, que podría haber sido Firmenich. O no: nunca se aclaró lo que hicieron esa noche, excepto llegar unos veinte minutos tarde, algo inverosímil dadas las medidas de seguridad que tomaban, lo cual evitó el descabezamiento casi completo de la organización. Arrostito no dio detalles en vida; Firmenich se negó a explicar. Si, en efecto, llegaron, probablemente escaparon de inmediato, mezclados entre los pasajeros del tren.

Josefa Mateika, la mujer de Navarro, llenó algunos huecos con su testimonio: ese día, su marido llegó al departamento de Núñez, donde se habían mudado con sus dos hijos, acompañado por Mario Firmenich. Tenía el pantalón ensangrentado; ella se puso a lavar las manchas y ellos salieron a buscar a Arrostito, que los esperó, destrozada por la muerte de Abal Medina, en la estación Saénz Peña del tren San Martín: había bajado cinco localidades después de William Morris. Volvieron los tres juntos. Luego se sumó Carlos Capuano y, dada la emergencia, Mateika accedió a que todos se quedaran allí hasta tener un mejor plan.

El espacio era tan acotado que iban a tener que dormir vestidos y evitar que las indiscreciones de Walter, el más charlatán de los dos chicos, los delataran con los vecinos. Mateika sufrió horrores mientras atendía al encuestador que llegó a su casa por el censo del año 1970: mientras mentía sobre la composición de su familia, tenía a los demás Montoneros buscados por la justicia escondidos en el placard. El niño, por fortuna, no dijo nada inconveniente.

La conducción había pasado a Navarro. Pero Firmenich, cuarto en la línea de mando, les marcaba los tiempos con una rutina bastante estricta: cada mañana tenían que hacer «orden cerrado»: gimnasia y karate para mantenerse en forma. Arrostito y Mateika practicaban por su cuenta desarme y armado de armas nueve milímetros. El presupuesto de gastos no podía exceder, por cada uno, el salario de un obrero industrial; habían calculado que les alcanzaba como máximo para cinco cigarrillos y medio vaso de vino al día. Nada nuevo para Navarro y su familia, que siempre

habían sufrido privaciones; pero Arrostito debió controlar cuánto fumaba para poder comprar el helado que tanto le gustaba.

Sobre aquella noche en William Morris ha perdurado otra incógnita: ¿por qué cayeron? ¿Acaso alguien los delató?

Lo primero que se dijo es que una llamada anónima había alertado a la policía sobre la presencia de Abal Medina y los demás en La Rueda. Según otra hipótesis, el encargado del bar los había identificado por la foto del afiche y los había denunciado. No sonaba descabellado: la ciudad estaba empapelada con sus rostros. Rodeiro nunca creyó en esas versiones: la Bonaerense —especuló— no hubiera enviado un patrullero con cuatro policías, sin respaldo alguno, para atrapar al hombre más buscado de la Argentina. Rodeiro consideró también la posibilidad de que hubieran actuado con premura por temor a que escaparan. Pero en cualquier caso la presencia de tres extraños en un bar de barrio, donde todos los vecinos se conocen, pudo haber despertado sospechas, reconoció.

Navarro se criticó a sí mismo. Admitió que había cometido traspiés, y errores muy serios; le contó a Carlos Hobert, integrante de su grupo original y parte de la conducción de Montoneros, que había quedado muy afectado cuando le tocó «pasar junto al cuerpo de Fernando» y luego por el coche donde se desangraba Ramus «sin poder hacer nada».

No habían aprendido de los traspiés de principiantes que habían cometido en La Calera. Que siete de los Montoneros más importantes, todos además buscados, se hubiesen reunido en un bar y sus inmediaciones sin un motivo que justificara semejante riesgo parecía casi más que un error: una obra de autodestrucción.

El llanto de María Iribarren de Ramus se escuchaba desde fuera de la cocina del departamento de Caballito, donde estaba cuando radio Colonia difundió la noticia del tiroteo en William Morris. A su hija Susana apenas logró decirle entre sollozos que, antes de escuchar los nombres, ella había sabido —por el vacío que se le metió en el cuerpo— que Carlos estaba entre los muertos.

Aturdida, la madre de Ramus aceptó el ofrecimiento de Juan Manuel Abal Medina de ir juntos a la morgue de Haedo, en el partido de Morón, donde estaban sus familiares. Aunque había perdido una mano, Ramus fue muy fácil de identificar; Abal, en cambio, tenía la cara dañada. Pero su hermano no tuvo dudas.

Juan Manuel se hizo cargo de los trámites para enterrarlos. Con la ayuda del abogado Eduardo Luis Duhalde consiguió los certificados de defunción en un par de días. Para decidir qué harían con el cuerpo de Fernando, armó una reunión familiar con su padre, Antonio Abal, y dos de sus otros hermanos: el mayor, un arquitecto de veintisiete años, también llamado Antonio, y Mario, estudiante de agronomía y, como su hermano muerto, militante de Acción Católica. Los otros dos hermanos, Pablo y María, no participaron porque eran chicos, aún iban a la escuela.

Los cuatro Abal Medina comprendían el valor simbólico de los caídos en William Morris, elevados a la categoría de mártires por la resistencia peronista. Celebrar sus vidas y reivindicar sus acciones implicaba, de algún modo, justificar el asesinato de Aramburu. Era delicado.

Al consultar con personas del nacionalismo católico y con dirigentes peronistas de izquierda, Juan Manuel encontró el aliento necesario para hablar en público en nombre de la familia. Acordó con el padre y los hermanos que él escribiría un texto para el entierro, que los demás revisarían antes de que él lo leyera.

La despedida de los restos de Fernando Abal Medina comenzó en la casa familiar, en Montserrat, donde todavía guardaban las cosas que había dejado al mudarse. Los empleados de la funeraria Tacuarí ubicaron el ataúd, cerrado, en un salón pequeño contiguo al living, y por allí pasaron amigos y conocidos de diversas ideologías: nacionalistas católicos, peronistas de derecha y de izquierda, simpatizantes de Montoneros. El velorio continuó en la Parroquia San Francisco Solano, en una de las zonas más pobres del sur de la ciudad, entre Flores y Villa Luro; cuando llegó el auto de la cochería para el traslado, todos cantaron el himno argentino: lo tenían en común por encima de sus diferencias.

El cura Carlos Mugica había propuesto que se hiciera un funeral conjunto para los dos caídos; tenía afecto por ambos: había guiado a Ramus en el secundario y también había frecuentado a Abal. Abrir las puertas del templo a los asesinos de Aramburu fue un acto de insubordinación de los párrocos tercermundistas Rodolfo Ricciardelli y Jorge Vernazza. El cardenal Antonio Caggiano, a quien ellos debían responder, se había resistido a que Ramus y Abal Medina fueran sepultados como cristianos en esa parroquia, o en cualquier otra de la ciudad.

El arzobispo de Buenos Aires no había hecho caso alguno a la carta que le dirigió Montoneros para pedirle que revisara su postura sobre el crimen de Aramburu. Lo había calificado como «una flagrante transgresión de la doctrina evangélica que, lejos de pregonar la violencia, inculca la fuerza del amor». Pero no pudo hacer valer su jerarquía: los curas que se habían mudado a las villas y simpatizaban con los revolucionarios de izquierda escapaban a su control.

Dentro del templo, un ambiente de paredes blancas, pisos de baldosas y bancos de madera sin lustre, los ataúdes de Abal Medina y de Ramus quedaron uno al lado del otro sin otra decoración que dos candelabros con sus velas encendidas, un crucifijo y una imagen de San Francisco de Asís, el santo italiano que había elegido vivir en la pobreza a pesar de ser hijo de un comerciante rico. Frente a ellos había una mesa tapada con un mantel blanco —el púlpito— y un cuadro que en el contexto se destacaba como una proclama poderosa: la representación del fusilamiento del caudillo Manuel Dorrego y el texto «Los liberales pueden estar contentos, han matado al más valiente».

Los Montoneros que se acercaron al servicio fúnebre no podían sentirse más representados: como Firmenich, los que se habían formado en la corriente del revisionismo histórico sostenían que con la ejecución de Dorrego se había inaugurado en Argentina la tradición de matar al adversario político. Visto desde esa perspectiva, el crimen de Aramburu no desentonaba: el bombardeo de civiles en la Plaza de Mayo en un ataque contra Perón, el fusilamiento de Juan José Valle y las ejecuciones clandestinas en José León Suarez habían sembrado la violencia en la vida política argentina. Con el peronismo proscripto, ellos representaban la reacción inevitable a tanta violencia.

Hernán Benítez compartía esa visión: «Estos guerrilleros de misa dominical, que juzgaron y condenaron a Aramburu, no conocieron por dentro al peronismo. Conocieron por dentro al antiperonismo», dijo. El confesor de Eva Perón enfatizó: «Dieron sus vidas, con acierto o con error, para que en el mundo no hubiera más sed ni hambre».

Cuando le tocó hablar, Mugica recordó el viaje al norte del país con los estudiantes católicos, la conmoción de Ramus ante la miseria de los hacheros. El cura nunca avaló abiertamente, ni condenó, la lucha armada. Su frase más citada sobre el tema —«estoy dispuesto a morir por el pueblo, pero no estoy dispuesto a matar»— es posterior, del año 1974. En la

despedida de los jóvenes guerrilleros habló en general del ejemplo de Jesús y pidió perdón por la violencia en Argentina.

«Te pido Señor que los lleves contigo a la vida eterna, que ellos no hayan muerto en vano», dijo. «Sino que nosotros, impulsados por el amor a ti y el deseo de glorificarte, Señor, no con las palabras sino con las obras, luchemos por la justicia, por la fraternidad. Para que en toda nuestra patria, sin explotación y sin marginación de nuestros hermanos —los pequeños, los pobres, los humildes— podamos construir una Patria Grande».

Aunque los curas Mugica y Benítez midieron sus palabras, al día siguiente los detuvieron por apología del delito e instigación a la violencia. Algunos medios les habían atribuido frases de apoyo explícito al crimen de los Montoneros que jamás pronunciaron. Pasarían diez días presos y un mes sin poder officiar misa: también a ellos los castigó Caggiano.

Un enjambre de fotógrafos y periodistas, que venía siguiendo las ceremonias de la despedida desde la casa de los Abal Medina, esperó en la puerta de la parroquia y avanzó junto a los ataúdes hacia el cementerio de Chacarita.

El operativo de seguridad, a cargo del comisario Mario Sandoval, se dividió en dos, como los cortejos: uno para cada muerto. Apenas habían avanzado cuando Sandoval recibió la orden de frenarlos. Si querían seguir, debían quitar las banderas argentinas que cubrían los féretros: que una guerrilla usara el máximo símbolo patrio era una ofensa inadmisible para el gobierno. Montoneros había adoptado una tradición de las Fuerzas Armadas: la de velar, como los militares, a los caídos en defensa de la Patria —los suyos— envueltos en la bandera nacional.

Juan Manuel conocía a Sandoval. Los militares solían asignar a cada espacio político una suerte de enlace con el Ministerio del Interior, a la vez un interlocutor y un espía; como a ese mismo comisario le había tocado el nacionalismo católico, había frecuentado la redacción de *Azul y Blanco*. Conversaron a solas, y los asistentes notaron que hablaban con cierta confianza; luego Juan Manuel dijo algo al oído de su padre y se acercó a la familia Ramus. Al cabo de esas consultas aceptaron continuar sin las banderas.

Para la despedida final, en el cementerio de la Chacarita, los grupos se dividieron en el cementerio tan enorme que parece una ciudad dentro de la ciudad. Los Abal Medina llegaron hasta una tumba en la tierra que habían conseguido de apuro: nunca habían pensado que tuvieran que sepultar a

alguien tan joven. Fernando había muerto con veintitrés años; Carlos, con veintidós.

En esa última ceremonia Juan Manuel sacó un papel del bolsillo y leyó pausadamente:

No vengo con una oratoria de circunstancias, de aquellas que pretenden escamotear la muerte, o eludirla con un florón literario. No hablo, por eso, ni como amigo ni como hermano: antes bien, como camarada. En vez de acogerme al derecho del consuelo, vengo a recordar el deber que nace de lo irrevocable.

Han caído dos adelantados de una Patria en marcha, de esa Patria que alguna vez pudimos imaginar naciendo con banderas alegres y cánticos marciales, y que ahora sabemos solo se gana en una ardua milicia de entrega total y sacrificio absoluto, aun al precio del escarnio o de la difamación.

Por eso no exigiré obligaciones a otros, a los enterrados en esta maquinaria de doblamiento y humillación que nos abrumba. Hablaré, tan solo, del único deber que nos convoca: una guerra justa por la tierra carnal.

Y recordemos que una muerte no se agota sino cuando las causas que llevaron a enfrentarla son para siempre barridas.

Frente a la Argentina melancólica de ahora, estos coperos Montoneros de la ciudad terrena que han alcanzado ya la Ciudad Celeste representan la Argentina prometida, que Dios quiso que naciera al amor de su coraje y de su silencio.

Después de los aplausos sonó un grito de despedida:

—¡Viva Perón!

—¡Viva!

La conducción de Montoneros, desmembrada y ausente, seguía pensando en la historia. A la genealogía de sucesos para ellos relevantes agregaron uno: el 7 de septiembre, día en que cayeron en combate Abal Medina y Ramus, se convirtió en el Día del Montonero.

EL JUICIO

EL JUICIO ARAMBURU

CONDENAS, ABSOLUCIONES Y UN ENIGMA QUE PERSISTE: ¿QUIEN MATÓ AL EX PRESIDENTE?



AÑO V Nº 244
19 DE DICIEMBRE DE 1970
\$ 670 EN TODO EL PAÍS
\$ 70.— MONEDA NACIONAL
En Paraguay 40 Gs. (Via Aérea)
En Uruguay 40 Pesos Oro

En un clima de gran tensión se dio a conocer el fallo por el secuestro y asesinato de Aramburu. Carlos Maguid fue condenado a 18 años de prisión, y su esposa, absuelta (der.). Vélez pasará dos años y ocho meses en la cárcel; la Portnoy, absuelta, y el padre Carbone, condenado a dos años en suspenso. La madre de Maguid (arriba) tuvo una crisis de nervios. (Inf. Págs. 12, 13, 14, 15, 16 y 17.)



FALLÓ LA JUSTICIA EN EL CASO ARAMBURU

LA SENTENCIA JUDICIAL EN EL CASO ARAMBURU SORPRENDIÓ A MUCHOS. HUBO DOS ABSOLUCIONES, LAS DE NELIDA ARROSTITO Y ANA MARIA PORTNOY, Y ADEMÁS SE CONDENÓ A 18 AÑOS DE PRISIÓN A CARLOS ALBERTO MAGUID. IGNACIO VELEZ IRA A LA CARCEL POR ESPACIO DE DOS AÑOS Y OCHO MESES, MIENTRAS QUE EL PADRE CARBONE FUE SANCIONADO CON DOS AÑOS EN SUSPENSO. DETALLES DE UN PROCESO QUE APASIONÓ A LA OPINIÓN PÚBLICA. HAY CONVICTOS, PERO TODAVÍA NO SE SABE NI QUIEN, NI CUANDO, NI CÓMO ASESINARON AL TENIENTE GENERAL ARAMBURU. ENTRETENELONES DE UNA JORNADA QUE PASARÁ SEGURAMENTE A LA HISTORIA.

Las densas tinieblas que envuelven el "caso Aramburu" se hacen cada vez más impenetrables. Es cierto que un grupo de sospechosos fueron llevados ante la justicia, y dos de ellos condenados por su participación en el hecho. Sin embargo, todavía no se sabe el nombre y apellido del asesino del ex presidente.

Este es un hecho inédito —salvo muy pocas excepciones— en los anales de la investigación criminal. De ha llegado a dictar sentencia en un juicio de alto nivel sin que se tengan noticias, y mucho menos pruebas, siquiera de dónde y cómo ocurrió el asesinato de Pedro Eugenio Aramburu.

Carlos Alberto Maguid acaba de ser condenado a 18 años de prisión como participante directo en los hechos. Parece imposible que ni la policía, ni la justicia de instrucción, ni el fuero criminal hayan logrado arrojarse datos precisos sobre detalles esenciales del oscuro suceso. Por ejemplo: ¿quién fue el que entregó el leñante general secuestrado después de cumplirse el operativo de captura de su persona? La única explicación lógica es que el sistema celular de la ignota organización "montonera" haya fallado tan bien, que logró conseguir la impunidad y el anonimato para los ejecutores materiales del asesinato.

EN TRIBUNALES

Hasta la reducida sala de sesiones enclavada en el Palacio de Tribunales llegaban ruidos nerviosos provenientes de la calle. Un calor francamente infernal convertía al ambiente en irrespirable.

Los acusados fueron introducidos al recinto un cuarto de hora antes que los jueces. Carlos Maguid parecía tranquilo, pero no podía evitar que se dibujara en su rostro, en algunos momentos, un gesto de franca preocupación. Su esposa, Nora Arrostito, vestida con ropa de fuertes colores, se sentó a su lado, conversó con él por lo bajo y durante toda la lectura de la sentencia acarició levemente su mano. El padre Carbone acudió a la sala vestido de sotana y Ana María Portnoy, antes de sentarse hizo a sus padres una señal con los dedos, era la "V" de la victoria.

Ignacio Velez ocupó su asiento con dificultad, molesto por su herida en la pierna.

Antes de comenzar la lectura de la sentencia circularon varias versiones entre los abogados. Todas coincidían en afirmar que Maguid iba a sufrir la pena más severa y que al padre Carbone se le impondría una sanción en suspenso.

Cuando el doctor Ramos Mejía comenzó a dar a conocer las conclusiones del tribunal —redactadas en 60 carillas tamaño octavo— la expectativa era tremenda. El magistrado estaba algo nervioso, eso se podía notar en su voz que de pronto se volvía trémula y también en algunos gestos.

La sala estaba totalmente colmada de público.

PARA RECORDAR

Muchos pasaron por alto algunas anotaciones iniciales formuladas en el extenso documento por los jueces, que son de llamativa importancia. En ellas se incluyen algunas críticas veladas a la ley 18.479 (que dispone el juicio oral con instancia única) y también se pide que se dote a los tribunales de los medios materiales necesarios.

Después se incluye un reproche a los periodistas, ya que "se deformaba lo que aquí ocurría" y también incurrieron "en ciertos excesos, que al referirse con impropiedad y a veces con malicia a los integrantes del tribunal, solo sirven para dañar la imagen de un poder del Estado".

También se expresa "preocupación" por la actitud de los abogados defensores que utilizaron "ciertos medios de difusión" evitando que eran "auxiliares de la justicia". Finalmente, la introducción finaliza con un párrafo sugestivo:

"Muchos pensarán que no todo se ha hecho por esclarecerlo (el crimen de Aramburu), ni en aspectos esenciales de los hechos ni en la total aprehensión de todos los participantes, pero la justicia de los hombres tiene sus limitaciones y forzoso es reconocer que, por diversos factores, han sido muchas las de esta causa, que el empeño de los investigadores no ha podido superar. No todos los responsables, en varias etapas de la ejecución del hecho principal han sido aprehendidos, y muchos aspectos importantes permanecen todavía ignorados."

Estudiando reseñar, por conocida, las bases que motivan la condena: encuadramiento de las figuras delictuales, inexistencia de torturas, presencia del cuerpo del delito, etc.; vemos ahora cuáles fueron las consideraciones procesales que motivaron las sanciones y absoluciones respectivas.

CONDENARON

Carlos Alberto Maguid. Fue acusado de:
a) Afectación ilícita calificada;

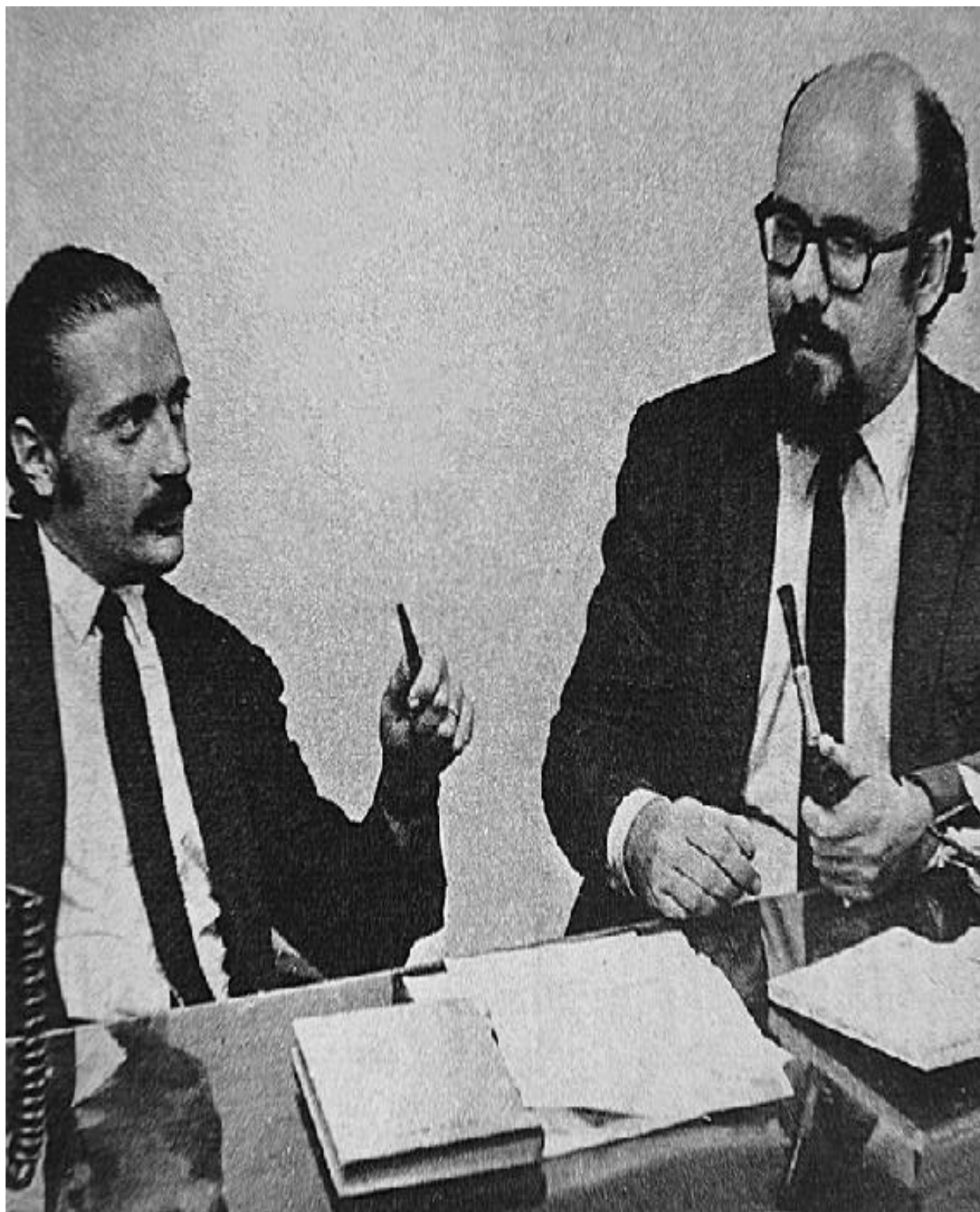


La madre del sacerdote Carbone conversando con la madre del defensor Eduardo Duhalde.



El señor Isaac Maguid y su esposa, padres de Carlos Alberto Maguid, condenado a 18 años.





Ana María Portnoy, absuelta y los abogados Eduardo Duhalde y Rodolfo Ortega Peña, defensores de Vélez Carreras.

Buenos Aires, diciembre de 1970

La sentencia en el caso «*Pedro Eugenio Aramburu, Averiguación sobre Privación Ilegal de la Libertad y Homicidio*» no conformó a nadie. Ni a los deudos, ni a los simpatizantes del general asesinado, ni a los perpetradores, ni a sus familias, ni a sus admiradores.

El juez Enrique Ramos Mejía la leyó el 16 de diciembre de 1970, un día caluroso que anticipaba el verano, agobiante también dentro de la sala de audiencias de la Cámara Federal en lo Penal, en la planta baja del Palacio de los Tribunales. La capacidad de setenta personas se colmó en un breve lapso: los magistrados, los fiscales, los taquígrafos, los cinco imputados, sus abogados defensores y sus parientes llenaron el lugar, y la gente siguió llegando. Los periodistas, obligados a rotar en unas pocas sillas, entraban y salían con la información.

Los tres jueces del tribunal oral habían escuchado el testimonio de más de sesenta testigos a lo largo de cuatro semanas infernalmente tensas: la presión no había cedido siquiera un día. Casi todas las audiencias se pautaron durante la tarde, fuera del horario habitual y con el palacio ya vacío, por el tremendo operativo de seguridad que exigían.

La Guardia de Infantería cortaba el tránsito en las inmediaciones y rodeaba el edificio de vallas; vigilaban el ingreso a la sala policías expertos en explosivos con perros que olfateaban al público que se acercaba a la puerta lateral de Tucumán 1370. Una vez debieron evacuar por una amenaza de bomba el Café San Marco, que se llenaba en los intervalos de las audiencias porque estaba justo enfrente a la entrada, pero el resto del juicio sucedió sin sobresaltos. Apenas hubo una manifestación pacífica de curas tercermundistas, en las escalinatas principales, que daban a la plaza Lavalle, para defender la inocencia de Alberto Carbone, detenido y acusado de cómplice por la máquina de escribir que le había dejado Mario Firmenich.

El juicio había arrancado con la lectura, tediosa, de ciertos tramos —seleccionados por los fiscales y los defensores— del expediente voluminoso que había creado el juez Raúl de los Santos a partir de la investigación de la Comisión Coordinadora de la Policía Federal. En las primeras jornadas, los abogados de Carlos Maguid reiteraron su pedido de invalidar los testimonios que le habían extraído a su defendido bajo tortura. Pero el fiscal

Roberto Fernández Speroni dijo que las lesiones nunca se habían comprobado, y los jueces aceptaron su criterio.

Podían hacer eso y más: después de la agitación que siguió al Cordobazo, la dictadura de Juan Carlos Onganía dio los primeros pasos para combatir a las organizaciones guerrilleras con métodos que violaban las garantías consagradas en la Constitución. Creó un nuevo tribunal —la Cámara Federal Penal— al que dio atribuciones especiales para juzgar en plazos muy cortos de tiempo a los miembros de grupos insurreccionales. Una corte *ad hoc* y de instancia única —emitía sentencias inapelables— con mucho poder discrecional, que se recostaba fundamentalmente en las evidencias que le aportaban las Fuerzas Armadas y policiales, obtenidas muchas veces bajo tortura. El *Camarón* —como se conoció ese tribunal— respetaba todavía ciertos procedimientos, pero las fronteras de la legalidad con la que el Estado debía responder a los grupos armados se habían empezado a desdibujar.

El juicio oral del caso Aramburu se realizó en una de las salas de esta cámara, con Ramos Mejía como presidente y Ambrosio Romero Carranza y Gerardo Peña Guzmán como vocales.

Ni el cura Alberto Carbone pudo sortear la lógica de la peligrosidad y llegó al juicio, como todos los demás acusados, detenido con prisión preventiva. No se hubiera fugado de haber tenido la oportunidad —argumentó— pero concluyó que se habían ensañado con él para disciplinar a los sacerdotes tercermundistas. No se quitó la sotana ni en la cárcel ni en las audiencias. Sentía que no tenía nada de que avergonzarse, aunque las autoridades católicas lo hubieran abandonado a su suerte. Su madre, en cambio, estuvo a su lado todo el tiempo.

Entre los acusados hubo solo dos integrantes originales de Montoneros: Maguid e Ignacio Vélez Carreras, quienes enfrentaron los cargos más graves por el crimen de Aramburu. Tres —Mario Firmenich, Norma Arrostito y Carlos Capuano Martínez— seguían prófugos y otros tres ya habían muerto: Fernando Abal Medina, Carlos Ramus y Emilio Maza. Ningún otro nombre había surgido de las confesiones de los detenidos.

Los investigadores habían pedido la detención de Carlos Falaschi, el propietario de la finca de González Catán a la que Arrostito había llevado a su hermana y a su cuñado un fin de semana. Ahí mismo habían encontrado el papel que les permitió identificar a la más reciente incorporación a la conducción de Montoneros: una factura por la compra de una heladera en

cuotas en un comercio de Munro a nombre de Sabino Navarro. Al momento del juicio, ambos se encontraban prófugos.

Falaschi, que había votado en contra de que su agrupación se fusionara con Montoneros, se enfureció con sus compañeros cuando supo que habían usado la propiedad sin su consentimiento: «A mí nada me informaron sobre la *guarda* de Maguid en la quinta ni sobre las porquerías que llevaron allá, lo que es totalmente criticable —se quejó— teniendo en cuenta que en el cualquier momento yo podía ir con mi esposa e hijos pequeños». Cuando se encontró acorralado, escapó con su familia a la provincia de Santa Fe.

También Carlos Hobert debió *guardarse*: con su recibo de sueldo de la agencia nacional de recaudación de impuestos —entonces se llamaba DGI—, había sido el garante de Navarro en la compra de la heladera.

Para Maguid y Vélez el fiscal pidió cadena perpetua. Si habían participado del secuestro, interpretó, no podían ignorar que el destino que le esperaba a Aramburu era la muerte. Poco importaba que hubiesen estado o no en La Celma.

Fernández Speroni también quiso ser ejemplarmente severo con los demás acusados. Por el delito de encubrimiento solicitó una pena efectiva para el cura Carbone; dijo que Nélide Arrostito debía conocer en detalle la actividad de una célula terrorista que operaba dentro de su propia casa y con su pareja, Maguid, y su hermana, Norma, como miembros destacados. Calificó de inverosímil que Ana María Portnoy insistiera en que solo le había abierto la puerta de su casa a una excompañera de trabajo del jardín de infantes sin saber que ella y sus dos acompañantes escapaban de la policía.

A Portnoy no parecía importarle lo que dijera el fiscal: antes de tomar asiento en la sala había buscado a sus padres entre los asistentes para saludarlos con los dedos en V, la seña peronista.

Nélide enfrentó cargos menores, en parte porque Maguid, aun mientras lo torturaban, la había protegido, y porque su rol no merecía otra cosa. La relación de lealtad entre ellos nunca se rasgó siquiera, y compartieron la estrategia judicial y los mismos defensores, Luis Bandieri y Mario Hernández. Cuando comenzó la lectura de la sentencia, Nélide le tomó la mano a Maguid y no dejó de acariciarla hasta el final de la audiencia. Su compañero, transformado en el acusado principal del asesinato aunque no

hubiera participado de la ejecución, se había comprometido más en la cárcel con el peronismo y la revolución.

Vélez había llegado a la sala de audiencias en silla de ruedas, todavía afectado por las balas que había recibido en la casa de Los Naranjos. No lograba interpretar las caras de póker de sus abogados, dos reputados defensores de la izquierda peronista, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, a quienes sus padres —también a ellos se los veía nerviosos— habían contratado casi con la misma fe con que rezaban.

—¡Orden en la sala! —pidió el juez y procedió a leer sesenta carillas.

El tribunal no fue tan severo como el fiscal.

Para Maguid dictó dieciocho años de prisión. «Culpable de los delitos de asociación ilícita calificada y cómplice secundario de robo y homicidio calificado», detalló Ramos Mejía: aunque nunca pisó La Celma, la Cámara Federal Penal le endilgó responsabilidad en el secuestro y en el crimen también, en ambos delitos.

A Vélez lo condenaron a dos años y ocho meses de prisión. «Cómplice secundario del delito de privación ilegítima de la libertad», dijo el juez, pero inocente de homicidio calificado. En su caso, el tribunal consideró «imposible probar que conociera las finalidades ulteriores del rapto» del general.

Alberto Carbone: dos años de prisión por encubrimiento; pero en suspenso: saldría en libertad condicional.

Nélida Arrostito: absuelta «por el beneficio de la duda».

Ana María Portnoy: también absuelta.

A Maguid lo había condenado la confesión que había hecho bajo tortura a las pocas horas de su detención en Canal 11. Además, dos de los mandados que hizo para Abal Medina lo comprometieron seriamente: se dio por probado que Maguid había pasado a máquina el texto de los cinco comunicados que Montoneros difundió durante el secuestro y que había sacado las fotos de los objetos personales de Aramburu.

Ninguna de las protestas de sus defensores —que no habían podido interrogar a la persona que señaló como su torturador, que no le habían hecho los exámenes para comprobar las lesiones de la picana eléctrica hasta que ya no se notaban, que lo habían amenazado con la pena de muerte si no firmaba la declaración— logró ahorrarle un día en la sentencia.

No le hicieron la revisión médica a tiempo, pero en razón de los cuadros depresivos que había sufrido a lo largo de su vida, los jueces dieron

intervención a los médicos policiales para que evaluaran su psiquis. El dictamen, cargado de prejuicios sobre las enfermedades mentales, señaló que para a su responsabilidad penal debía «agregarse su carácter esquizoide, proclive al delito» como un agravante.

Para el tribunal lo más relevante fue que la veracidad de sus dichos había quedado comprobada: gracias a los datos que entregó Maguid, los investigadores habían llegado hasta la máquina de escribir, los autores del crimen y el cadáver de Aramburu.

Como gran paradoja, Vélez, mucho más involucrado que Maguid en la planificación de la Operación Pindapoy y en la fundación de Montoneros, recibió una pena notablemente más leve. El tiempo que pasó recuperándose de sus heridas en el Hospital San Roque le había permitido preparar una mejor estrategia judicial. Ortega Peña y Duhalde jamás admitieron que había sido uno de los tres jóvenes que habían engañado a Aramburu para sacarlo de su domicilio; negaron que fuera el *Mateo* que había identificado Maguid y explotaron en su contra las dudas de la viuda de Aramburu, quien había titubeado al identificar a los secuestradores. Los abogados se aferraron a su coartada: ese día Vélez había viajado a la ciudad de Buenos Aires para vender posters en la Galería del Este, a metros de la Plaza San Martín, un paseo comercial de moda en aquellos años.

Aunque Vélez no tenía antecedentes penales, le correspondió por el delito de privación ilegítima de la libertad la pena máxima prevista, dada la «precocidad delictiva» y los síntomas «inequívocos de peligrosidad» que los médicos dijeron haber detectado al examinarlo. A esa condena se sumaría la que todavía esperaba por la toma de La Calera.

La falta de evidencias contundentes —la acusación de encubrimiento se basó en deducciones, inferencias— jugó a favor de Carbone. Su defensor, Domingo Mercante, argumentó que el cura no tenía manera de haber imaginado que una máquina de escribir podía ser prueba de un delito. Y que aun si hubiese escuchado alguna confesión de Firmenich, estaría obligado a respetar el secreto sacramental.

El fiscal desconfió activamente de Carbone hasta el último momento: le hubiese sido útil saber que la sotana usada en el secuestro, la que vistió Maguid, la había prestado el sacerdote a ese mismo grupo. Aunque el cura podría haber dicho que desconocía el uso que le darían, la suma de tantas casualidades habría jugado en su contra.

Durante las audiencias del juicio había saltado otra conexión circunstancial del cura con los Montoneros. Falaschi, el dueño de la quinta de González Catán, antes que abogacía había estudiado en el seminario. No llegó a ordenarse, pero fue compañero de Carbone y mantuvieron con los años una relación de amistad.

Cuando Ramos Mejía terminó de leer la sentencia, Isaac, el padre de Maguid, gritó:

—¡Esto ha sido un fallo político!

—El público no tiene permiso para hacer uso de la palabra en la sala —le recordó, intimidante, el juez.

—Está bien, señor presidente —accedió Maguid padre.

Pero su hijo se sumó:

—Aquí, papá, hay algo que decir: me han condenado por peronista. ¡Viva Perón! ¡Viva la patria!

Al salir del palacio de Tribunales Carlos Maguid dijo a la revista *Panorama*: «Asumo con orgullo esta condena política». Su madre, Herminia Mas de Maguid, sufrió entonces una crisis nerviosa y se desplomó en la puerta.

A la prensa —los diarios, las revistas y los noticieros habían dado una cobertura muy amplia a las jornadas del juicio— el fallo tampoco conformó por una razón fácil de comprender: no respondió las preguntas más elementales. «Condenas, absoluciones y un enigma que persiste: ¿quién mató al expresidente?», tituló la revista *Así* su edición del 19 de diciembre de 1970. «Hay convictos, pero todavía no se sabe ni quién[es] ni cuándo ni cómo asesinaron al teniente general Aramburu», coincidió *Clarín*.

Con una línea editorial afín a la familia Aramburu y sus allegados, *La Nación* y *La Prensa* se sumaron al reclamo de que el gobierno creara una comisión investigadora independiente. Con ese objetivo, el capitán de navío Aldo Luis Molinari ya había presentado ante la Secretaría General de la Presidencia un pedido formal. Seguían sin creer en la versión oficial y el proceder de la justicia no los había hecho cambiar de opinión.

Una de las pocas certezas que dejó el juicio fue que el cadáver encontrado en la quinta de Timote era el de Aramburu, lo cual debilitaba la hipótesis de la familia de Aramburu de que no habían sido los Montoneros los asesinos. La defensa había objetado la pericia dactiloscópica y las pruebas dentales, pero lo hizo como parte de la estrategia de regar de dudas

todo el proceso: la familia nunca puso realmente en duda la identidad del cadáver al que le había rendido honores.

También quedó acreditado que había recibido tres disparos; y que el disparo al corazón había sido efectuado a una distancia de entre setenta y cinco centímetros y un metro mientras que los dos a la cabeza habían sido a quemarropa, con el arma apoyada en su frente.

Sin embargo, por los cuarenta y nueve días que habían transcurrido entre el asesinato y el hallazgo del cadáver, no se podía saber si las tres balas que habían matado a Aramburu eran del mismo calibre; ni siquiera se podía determinar con exactitud de qué calibre eran. La arquitectura de la sentencia se fundaba en que la confesión de Maguid era confiable. Si ese era el caso, no había manera de esclarecer el asesinato: los integrantes de la célula que participaron del secuestro pero no viajaron a La Crema no podía saber cómo sus compañeros habían procedido a la ejecución de Aramburu.

Los jueces del tribunal especial cumplieron, en parte, con lo que se esperaba de ellos —entregaron una sentencia veloz— pero a la vez se protegieron mínimamente al mencionar los puntos oscuros que no habían sido óbice para dictar sentencia: «No todos los responsables en varias etapas de ejecución del hecho principal han sido aprehendidos y muchos aspectos importantes permanecen todavía ignorados», escribieron.

Dos meses después de conocido el fallo, Juan Domingo Perón le dirigió una carta a Maguid. Lo enalteció al describirlo como un «verdadero patriota», aseguró que había sido víctima de una persecución injusta y vaticinó que tarde o temprano llegaría su reivindicación.

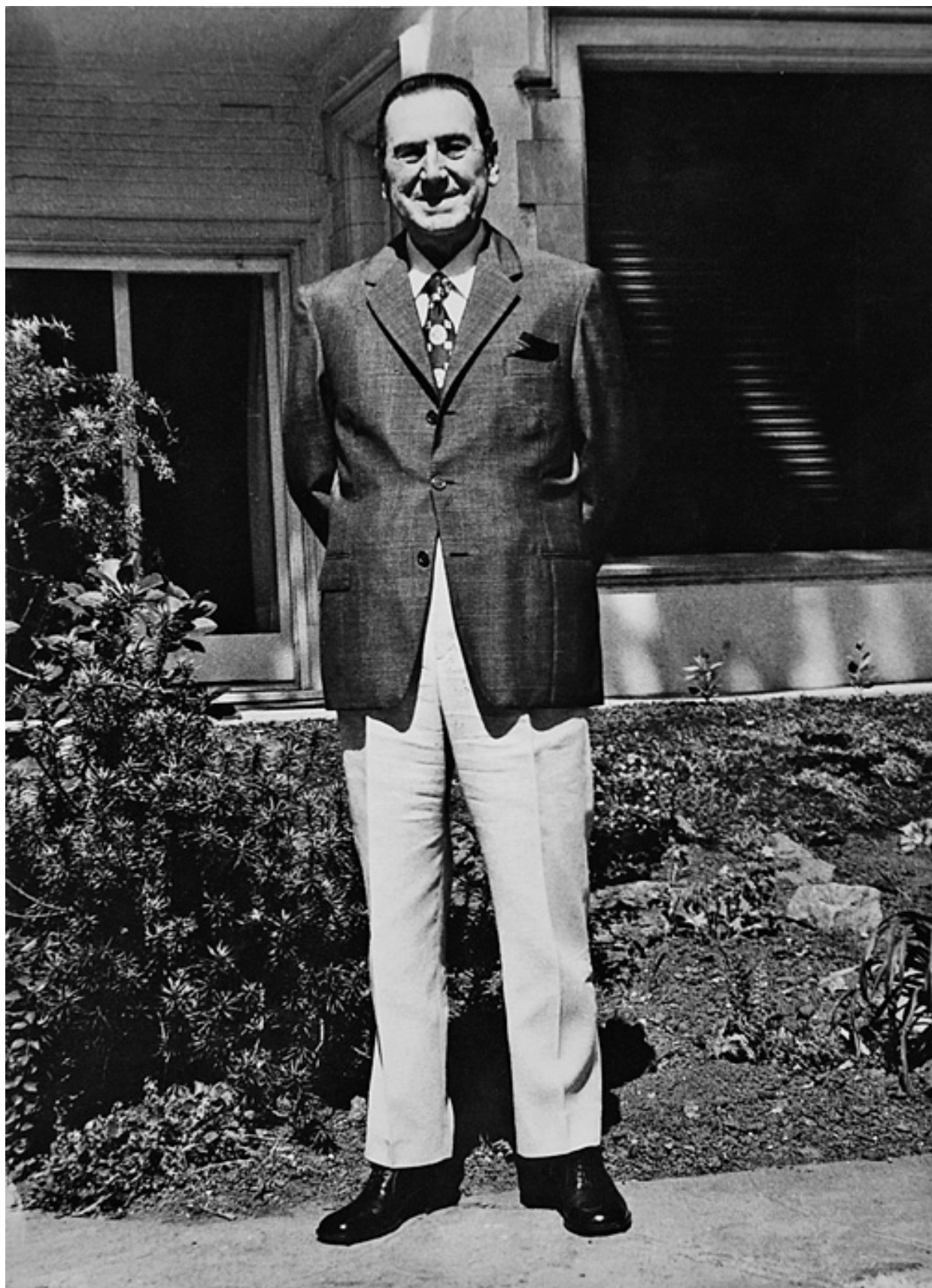
Madrid, 20 de febrero de 1971

Hemos seguido como propia la «odisea» vivida por usted con motivo del ignominioso juicio que terminó en su inicua condena. Tristes días son para la patria, cuando los verdaderos patriotas son objeto de la persecución más despiadada, pero la condena de los canallas, transitoria en sí, no puede ser sino efímera como será el destino de su dictadura y su injusticia. Ya el pueblo argentino se encargará de liberarlo junto con la patria y entonces faltarán árboles en Buenos Aires para hacer efectiva una justicia por la que se está clamando hace quince años. La hora de la redención de los proscritos llegará a su tiempo, y en ella, cada uno recibirá su merecido porque

no se puede encarnecer a un pueblo, sin que un día «se sienta tronar el escarmiento».

OceanofPDF.com

«ENCOMIO TODO LO ACTUADO»



Juan Domingo Perón en Puerta de Hierro, Madrid, 1971.

OceanofPDF.com

Buenos Aires y Madrid, verano austral de 1971

A comienzos de 1971 los Montoneros sentían que habían crecido de golpe, y de pronto quisieron mucho más de Juan Domingo Perón que las coronas enviadas a sus primeros muertos, Fernando Abal Medina y Emilio Maza, más que la carta —¿un gesto político o apenas uno de circunstancia?, se preguntaban— que el general le había enviado a Carlos Maguid. Creían que ya estaban a la altura de tener un diálogo político con el líder que identificaban como suyo.

Pero no era fácil acceder a tal cosa: desde su exilio cómodo en Madrid —aunque Francisco Franco nunca se dignó a darle audiencia, el expresidente se sentía a gusto en la España del dictador, tan distinta a la Cuba que seducía a sus nuevos simpatizantes— Perón solo actuaba a través de intermediarios y hasta ese momento no había dicho algo sustancial acerca del asesinato de Pedro Eugenio Aramburu.

Jorge Paladino, secretario general del justicialismo, había difundido una declaración a fin de —básicamente— deslindar cualquier responsabilidad por el crimen, cuya especificidad eludió con una pirueta del vocabulario: condenó «el hecho» del que había «sido protagonista» Aramburu. Y señaló que había que buscar a los culpables en otra parte: «Los peronistas no somos revanchistas».

Y sin embargo, Montoneros se había definido como una organización que luchaba por el regreso de Perón a la Argentina. Por otra parte, haber matado a Aramburu los eximía de explicar de dónde venían.

En el último número de *Cristianismo y Revolución* del año 1970, los Montoneros se quejaron de las versiones que ponían en duda el móvil y la autoría del asesinato: «Detrás nuestro no hay ningún cerebro maquiavélico como pretende el gorilaje, ningún general oportunista, ninguna potencia extranjera; detrás nuestro solo puede estar el pueblo».

A los oídos de Perón habían llegado esas y otras versiones. Paladino había deslizado que acaso se tratara de los servicios de inteligencia. Algunos peronistas recelaban que un grupo salido de la nada hubiera ocupado el centro de la escena nacional de la noche a la mañana; otros los veían como extremistas que querían manipular el nombre de Perón con objetivos seguramente oscuros. En ese momento, las banderas de Montoneros («el regreso de Perón» y «una patria justa, libre y soberana»)

todavía se parecían bastante a las del peronismo (soberanía política, independencia económica y justicia social).

Molestos por los chismes y las versiones, los Montoneros se propusieron pisar el umbral de la quinta de Perón en el barrio de Puerta de Hierro, veinte kilómetros al norte de Madrid, sin intermediarios. Un joven temerario de las Juventudes por la Emancipación Nacional (JAEN), una agrupación peronista sin actividad guerrillera, se ofreció a intentar sortear las estructuras orgánicas: cruzó el océano, llegó hasta el hombre clave de la política argentina y le entregó una carta fechada el 9 de febrero de 1971.

—Es de ellos, para usted —se presentó Rodolfo Galimberti. Todavía no era parte de la guerrilla peronista, pero pronto iba a terminar ahí.

Galimberti odiaba al comunismo. Se había formado en Tacuara, con nacionalistas antisemitas, afines al nazismo: los conceptos más tradicionales de derecha e izquierda hacía rato que habían perdido utilidad para explicar el mapa de las alianzas que se iban configurando dentro del amplio paraguas del peronismo.

En la nota los Montoneros le planteaban a Perón una paradoja. Advertían, con su creciente popularidad, que cosechaban «los frutos de este ajusticiamiento histórico», que tanto había golpeado al régimen de Onganía. Y sin embargo, algunos dentro del justicialismo los acusaban de haber «estropeado los planes políticos inmediatos» del general exiliado.

Ellos necesitaban «la palabra esclarecedora» de Perón «acerca de esta hipotética contradicción entre sus planes y nuestro accionar» para terminar con las especulaciones.

Perón leyó el texto y despidió a Galimberti con la promesa de que lo volvería a llamar. Cumplió días más tarde: le entregó una respuesta, con fecha 20 de febrero de 1971, en la que analizó punto por punto cada una de las consideraciones de los Montoneros. De los textos, intercalados por temas, surgía un diálogo muy amigable. «Queridos compañeros», los llamaba, de arranque; anticipaba también su «total acuerdo con la mayoría de los conceptos que esa comunicación contiene como cuestión de fondo».

Para mantener a la distancia el control sobre un movimiento tan heterogéneo como el justicialista, Perón había elaborado una estrategia: avalaba a todos. Faltaba entonces que le diera la bienvenida a esos jóvenes irreverentes a los que ni siquiera conocía en persona, pero que ya se habían ganado la simpatía de una porción importante de sus seguidores.

Los guerrilleros le habían preguntado sin rodeos qué pensaba del asesinato de Aramburu; Perón les respondió del mismo modo: «Encomio todo lo actuado», escribió. Consideró que había sido «una acción deseada por todos los peronistas» —otro eufemismo: «una acción»— que de ninguna manera había interferido en sus planes.

Escribieron los Montoneros:

En primer lugar creemos necesario explicar las serias y coherentes razones que nos movieron a detener, juzgar y ejecutar a P. E. A. [Pedro Eugenio Aramburu]. Es innecesario explayarse sobre los cargos históricos que pesaban sobre él: traición a la Patria y a su Pueblo. Esto solo bastaba para ejecutar una sentencia que el pueblo ya había dictaminado.

Pero además había otras razones que hacían necesaria esta ejecución. La razón fundamental era el rol de válvula de escape que este señor pretendía jugar como carta de recambio del sistema. (...) Como en el ajedrez, les comimos la pieza clave para arruinarles la maniobra y obligarles a jugar improvisadamente.

Les respondió Perón:

Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas. Me hago un deber en manifestarles que si ha sido dicho, no puede haber sido sino con mala intención.

El grupo no albergaba la esperanza de que el Ejército los acompañara, como sucedía entonces en Perú con «el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas» del general Juan Velasco Alvarado, que decía tener como meta la liberación nacional. Igual quería saber qué opinaba Perón al respecto.

Algunos compañeros del Movimiento confían esperanzados en que algún sector del Ejército tome el poder y, haciéndose acompañar por el pueblo, salve al país (...) Nosotros pensamos que dicho sector no existe. Hoy el Ejército argentino, sus oficiales, están vendidos y

subordinados a los dólares yanquis, y no son más que el sostén armado de la oligarquía aliada del imperialismo

Yo tampoco creo que la institución pueda hacer nada en nuestro provecho, desde que está en manos de una camarilla que la domina. Sin embargo no por eso debemos descartar en forma absoluta una intervención de sectores que puedan sernos afectos que inteligentemente utilizados, puedan llegar a ser decisivos. (...) Mi experiencia de viejo militar me permite decirles a ustedes sin temor a equivocarme que en el Ejército actual, la mayoría de los suboficiales son nuestros. En la oficialidad, hay un 20% favorable y un 20% desfavorables, el resto es indiferente (60%).

Más delicado fue el tema de las elecciones: ¿las consideraba Perón un fin en sí mismo o un medio para el camino hacia la revolución, como ellos deseaban y como parecía que podía ocurrir en Chile con Salvador Allende? Sentían que Paladino, su delegado en Buenos Aires, los usaba; no aceptarían ser una prenda de negociación.

Perón les tiró por la cabeza su concepción abarcadora de su movimiento; las dos estrategias podían coexistir.

Otra aparente opción para la hora del pueblo argentino es la salida electoral. Esta perspectiva se ve alimentada por el triunfo de Salvador Allende en Chile. (...) Lo incorrecto es creer que esta maniobra es un fin en sí misma, o sea que las elecciones sean el camino apto para el retorno del justicialismo al poder. (...)

El compañero Paladino plantea como opciones estratégicamente equivalentes el camino electoral y el camino revolucionario por la vía armada. Esto, como hemos visto, es en sí incorrecto. Lo que en realidad parece suceder, es que se utiliza la opción revolucionaria armada, es decir, nosotros como factor de presión para reforzar el golpe táctico, o sea las elecciones.

Yo tampoco creo. Hemos visto ya demasiado para creer en semejante patraña (...) Sin embargo, en la lucha integral en que debemos empeñarnos no se puede despreciar (el rol de) las organizaciones de superficie que concurren también a la lucha en actividades nada despreciables. Esta lucha también concurre a la «guerra revolucionaria» para que cada uno pelee en la forma que es

capaz de hacerlo. (...) Mientras las organizaciones de superficie obedecen a una conducción centralizada (partido peronista y la rama sindical) las organizaciones que se encargan de la «guerra revolucionaria» tienen absoluta independencia en su conducción (...) Es natural que todo puede salir mejor si existe por lo menos una coordinación en beneficio de una unidad de acción que toda lucha necesita.

Los Montoneros le notificaron a Perón que no se contentarían con lograr un llamado a elecciones: ellos querían más, querían el «socialismo nacional». No quedaba claro en qué consistía eso, aunque parecía algo diferente a una democracia liberal. Perón tomó una distancia prudente y no mostró sus cartas.

El único camino posible para que el pueblo tome el poder para instaurar el socialismo nacional, es la guerra revolucionaria total, nacional y prolongada, que tiene como eje fundamental y motor al peronismo. El método a seguir es la guerra de guerrillas urbana y rural.

Totalmente de acuerdo en cuanto afirman sobre la guerra revolucionaria. Pegar y desaparecer es la regla porque lo que se busca no es una decisión sino un desgaste progresivo de la fuerza enemiga. (...) Pero, en este caso es necesario comprender que se hace una lucha de desgaste como preparación para buscar la decisión tan pronto como el enemigo se haya debilitado lo suficiente. Por eso la Guerra de Guerrillas no es un fin en sí misma sino solamente un medio (...) Los Montoneros, en su importantísima función guerrera, han de tener comandos muy responsables y en lo posible operar lo más coordinadamente posible con las finalidades de conjunto y las otras fuerzas que en el mismo o distinto campo realizan otra forma de acción, también revolucionaria.

A pesar del estilo desafiante de sus nuevos aliados, Perón cerró el intercambio amablemente y envió un cariño a los presos de La Calera y de Operación Pindapoy, y dio a entender que él les devolvería la libertad.

No somos un tiro al aire (...) La concepción es clara y la decisión total, como lo prueban nuestros compañeros muertos en combate y los

muertos de la trinchera de enfrente. (...) Sabemos que sobre nosotros, su juventud peronista, recae el peso de la responsabilidad y que no tenemos derecho a recostarnos en nadie. No lo defraudaremos.

Finalmente, compañeros, les ruego que hagan llegar a los compañeros mis más afectuosos saludos y acepten mis mejores deseos. También les ruego me hagan presente y trasmitan mis saludos a todos los compañeros que están presos o perseguidos por la dictadura y les lleven la persuasión que tal situación no ha de durar mucho.

Ese primer intercambio hizo sentir a los Montoneros que establecían un tono en la comunicación: no consultaban con Perón sino que hacían preguntas desde una posición ya tomada. A Perón eso todavía no le preocupaba.

Tampoco esa historia del socialismo nacional le hacía sonar alarmas. Su práctica de amalgamar tendencias diversas le permitió limitar su interés en esos jóvenes, de los que nada sabía, a una sola cosa: tenían objetivos de corto plazo coincidentes. Ellos querían pelear por su regreso a la Argentina, que pondría fin a la proscripción del peronismo. Él también. Más adelante se vería: andando el carro, se acomodan los melones.

O no.

LAS OTRAS VÍCTIMAS



Pedro Eugenio Aramburu y su hijo Eugenio.

Buenos Aires, 19 de febrero de 2016

Durante años Eugenio Aramburu, el hijo varón del militar asesinado, vivió mortificado por las preguntas sin respuestas que le dejaron los hechos. La historia oficial nunca le había cerrado, pero nada le producía más angustia que imaginar cómo habrían sido las horas finales de su padre. Quería saber cómo había enfrentado la muerte.

Cuando lo conocí estaba por cumplir ochenta años y seguía activo en su vida profesional, como socio de un estudio de abogados reconocido. Me citó en su casa: prefería hablar de su padre en un ambiente más íntimo. Su departamento lleno de luz y silencio —ubicado sobre una calle empedrada en la Isla, un pequeño sector de Recoleta con un barranco diseñado por un paisajista francés y un palacio en la cima, la embajada del Reino Unido— le pareció más adecuado para remover un tema que, según me dijo, todavía lo afectaba:

—Cuando pasan estas cosas, la única víctima no es quien muere.

Su madre, Sara Herrera, nunca se había recuperado del todo del trauma del asesinato. Su hermana, Sarita, que había llegado desde Europa con su esposo y sus hijos para el funeral, regresó a su casa y nunca más pisó la Argentina.

Eugenio no se había dejado devorar por el rencor pero seguía muy atado a aquella muerte. Transmitía una gran devoción por la figura del padre que había perdido a los treinta y dos años. No le resultaba indiferente el lugar que ocuparía en la historia y sentía que le quedaban batallas simbólicas por librar en su nombre.

Cada vez que lo llamé para verlo me recibió amable y con ganas de conversar. Si le surgía una duda, se levantaba de los sillones blancos donde solíamos acomodarnos para buscar en el escritorio, a pocos pasos, distintos papeles: textos de historia, biografías y otros libros; fotos, cuadernos, fotocopias de diarios y revistas. Los guardaba sin ningún orden en particular, pero con mucho cuidado. Como un objeto de enorme valor sentimental, sobre un secreter antiguo reposaba el sable que el Ejército le entregó a Aramburu cuando llegó al rango de general.

De chico Eugenio había intentado cursar el Liceo Militar, convencido de que cumpliría el deseo del padre si al menos terminaba el secundario con un grado militar. Pero no pudo tolerar el rigor de la institución. Y fue

precisamente su padre quien lo liberó del mandato: «Es una estupidez pretender hacer de un niño un soldado», dijo, y lo cambió de escuela.

Su relación con las Fuerzas Armadas como institución nunca se compuso del todo. En casi cincuenta años, ninguna evidencia contundente había surgido como para que él desistiera de sus sospechas: por *default*, seguían siendo fundadas.

En el momento del secuestro —me recordó— Aramburu era el blanco dilecto de las críticas de los medios afines a Juan Carlos Onganía, señal evidente de que lo detestaban, me dijo. Para que yo tomara dimensión de todo lo que había padecido, se puso de pie, caminó hasta el escritorio y me trajo una tapa de un pasquín llamado *Extra* que había dirigido Guillermo Patricio Kelly, un difamador profesional ligado a los servicios de inteligencia. Debajo de un dibujo con el rostro de su padre decía «Caín»: el hijo maldito de Adán y Eva que mató a su hermano.

Seguía convencido de que algún tipo de conexión había existido entre los fundadores de Montoneros y el ministro Francisco Imaz y otros funcionarios a los que en nada les disgustaba que Aramburu desapareciera del mapa: al menos los habrían *cebado*.

En un contexto de violencia política creciente —subrayó— el gobierno de Onganía no había brindado protección a su padre, un expresidente. Lo había dejado desamparado. Luego, mientras su padre estuvo secuestrado —siguió enumerando—, la búsqueda que hicieron las fuerzas de seguridad le pareció tardía, desganada y defectuosa.

En muchos de nuestros encuentros sentí en su voz una leve ansiedad, como si se hubiera ilusionado con que yo acaso pudiera acercarle alguna nueva certeza al cabo de mi investigación: el eslabón perdido entre Mario Firmenich e Imaz.

Hasta que una tarde en el living de su casa me reveló cuál de todas sus dudas había sido la que más lo persiguió en la intimidad:

—Me atormentaba la incertidumbre de si se había dejado humillar.

Su comentario me permitió preguntarle por un asunto delicado, que yo no había sabido cómo abordar hasta ese momento. Quería conocer su reacción al famoso relato de Mario Firmenich sobre cómo fue la ejecución de Aramburu en el sótano de La Celma, publicado en una revista de Montoneros en el año 1974.

La nota, previsiblemente, le había causado un gran impacto. Nunca olvidó el modo en que había quedado paralizado delante de un quiosco en las avenidas Corrientes y Callao, absorbido por la portada de *La Causa Peronista*.

MARIO FIRMENICH Y NORMA ARROSTITO CUENTAN

Decía en letras negras, recortado sobre un fondo rojo, y enseguida, con letras blancas enormes, en mayúsculas y sin acentos:

COMO MURIO ARAMBURU

Había salido de la estación Callao del subte B y caminaba unos pocos metros hasta la Universidad del Museo Social Argentino, donde enseñaba Derecho, sobre Corrientes, frente al cine Los Ángeles. Vagamente quedaron de fondo los anuncios de las películas de Walt Disney, vagamente quedó el quiosco entero en una difuminación, todo detrás del título. No pudo seguir caminando.

Una publicación de la que él nunca había escuchado hablar le prometía respuestas que buscaba con desesperación desde hacía más de cuatro años.

El verbo morir le sonó inapropiado: a su padre no lo había alcanzado una muerte natural, lo habían asesinado.

—Se me cruzó por la cabeza pagar los tres pesos que costaba un ejemplar, pero seguí de largo a dar clase.

—¿No pudo más la curiosidad?

—Más fuerte sentí un vacío en el estómago. Pensé que me encontraría con mi padre clamando por su vida.

Solo cuando los amigos lo convencieron de que el artículo podría aliviar su pena se animó a leerlo. Muchos años después hicimos juntos un repaso de aquella nota; dejé para el final la parte más sensible.

Percibí que los detalles sobre los preparativos para el secuestro no le interesaron demasiado. No creía que la audacia de esos jóvenes explicara cómo había sido posible. El factor determinante, a su entender, fue que Aramburu no tenía custodia. Todo lo demás, insistía, le resultaba secundario, anecdótico. Incluso, la personalidad algo temeraria de su padre:

—Papá no le tenía miedo a nada. En la quinta a la que siguió yendo después de que nos pusieron una bomba no tenía ni un perro guardián.

En cambio, sí le importó analizar conmigo las tres imputaciones que los Montoneros le hicieron a su padre durante el «juicio revolucionario», como

describía *La Causa Peronista* el diálogo que tuvo en cautiverio con sus secuestradores: las quería rebatir.

1) La ilegalidad de los fusilamientos de junio 1956

Los Montoneros le leyeron a Aramburu en La Celma tres decretos que había firmado como presidente de facto. El primero estableció la ley marcial; el segundo autorizó que durante su vigencia se aplicara la pena de muerte a quien perturbara la tranquilidad pública. El tercero ordenó la ejecución de Juan José Valle y los demás sublevados contra la Revolución Libertadora, porque con un alzamiento con epicentros en La Plata y Campo de Mayo habían perturbado la tranquilidad pública.

Concluyeron que a Valle le había aplicado la pena capital de manera retroactiva: su levantamiento había sucedido antes de que Aramburu instaurara la ley marcial. Y que había actuado con ensañamiento: supo de los planes de insurrectos antes de que ocurriera la rebelión, pero los dejó avanzar igual. Quería enviar una señal que disciplinara de una vez a los jóvenes coroneles que simpatizaban con el peronismo dentro del Ejército.

—Toda revolución mata a los contrarrevolucionarios que se sublevan—se defendió Aramburu.

¿Y las ejecuciones de los civiles? Por si no había leído ya *Operación Masacre*, en La Celma debió escuchar la reconstrucción de Rodolfo Walsh sobre la matanza de peronistas en los basurales de José León Suárez. Esos fusilamientos, le reprochaban, no habían tenido ninguna cobertura o pátina legal: entre unos y otros, el régimen había matado a veintisiete civiles y militares.

Con los años, Walsh se iba a sumar a Montoneros e iba participar del robo de su cadáver en el cementerio de la Recoleta: en La Celma, Aramburu no pudo haber imaginado jamás cómo continuaría la historia.

Los Montoneros tenían más reproches: tanto se ensañó la Revolución Libertadora con Valle que, ya muerto, lo difamaron. En una conferencia de prensa el almirante Isaac Rojas había acusado a él y al resto de los sublevados de «marxistas» y «amorales».

Bueno, él tampoco estaba de acuerdo con esas palabras, reconoció Aramburu. Le pidieron que lo asentara por escrito.

Aramburu creyó que había encontrado su salvación:

—Si era esto, me lo hubieran pedido en mi casa.

Él no compartía todas las ideas de Rojas. En 1950 se habían desempeñado al mismo tiempo en la embajada argentina en Río de Janeiro —que todavía era la capital de Brasil— como agregados militares. Si habían asumido juntos como presidente y vice en 1956, había sido por una mera cuestión de equilibrio entre las Fuerzas Armadas: uno representaba el poder del Ejército, el otro el de la Marina.

Sugirió que Rojas, que encarnaba a los antiperonistas más furibundos, había sido el promotor de los fusilamientos; tampoco así conformó a los Montoneros: sobre él caía la responsabilidad de haber firmado los decretos.

Valle, su compañero de promoción del Colegio Militar, le escribió horas antes de que lo mataran: «Con fusilarme a mí bastaba. Pero no, han querido escarmentar al pueblo». Lo desafió: «Aunque vivan cien años, sus víctimas lo seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse». Y le legó una suerte de maldición que en La Celma cobró otro sentido: «Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos bajo el terror constante de ser asesinados. Porque ningún derecho, ni natural ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones».

Noté que el tema incomodaba un poco a Eugenio Aramburu, pero no le rehuyó.

La decisión de ejecutar a Valle, me explicó, se seguía de «una lógica militar» desde su punto de vista indiscutible:

—Había que mantener la disciplina del Ejército, que entre los cuadros más jóvenes era mayoritariamente peronista. Los oficiales habían obtenido muchos beneficios con el gobierno de [Juan Domingo] Perón. Conspiraban los suboficiales y eso subvertía la cadena de mandos del ejército.

Le pregunté por qué Aramburu no había atendido a la esposa de Valle cuando fue a pedir clemencia por su esposo a Olivos, como su madre acudió a ver a Onganía quince años más tarde al mismo lugar.

—Eso no es cierto —me aseguró.

2) La trampa contra Perón

Según *La Causa Peronista*, la segunda acusación de Montoneros «versó sobre el golpe militar que él preparaba [contra el régimen de Onganía] y del que nosotros teníamos pruebas».

La guerrilla también quería el fin del onganiato, pero sospechaba que Aramburu planificaba en las sombras una trampa para que el líder exiliado

no pudiera regresar al poder, para separar al peronismo de Juan Domingo Perón.

«Sobre esto», contó Firmenich, «fue imposible sacarle nada frente al grabador. Pero apenas se apagaba el grabador, compartiendo con nosotros una comida o un descanso, admitía que la situación del régimen no daba para más, y que solo un gobierno de transición —que él se consideraba capacitado para ejercer— podía salvar la situación».

Los Montoneros admitían que Aramburu había superado «su torpeza» de 1955 y se había vuelto un jugador más sofisticado, y por lo tanto más peligroso. Eugenio discutió esa idea: su padre no había cambiado tanto:

—El Aramburu de 1955 no era demasiado distinto al de 1970.

Me explicó que Eduardo Lonardi, el primer presidente de facto tras el golpe de 1955, a quien Aramburu desplazó en breve, adscribía al pensamiento nacionalista de derecha, «con un modelo corporativo más emparentado con el fascismo». Apenas asumieron el poder «saltaron las diferencias internas»: solo habían estado de acuerdo en derrocar a Perón.

—Mi padre no creía que hubiera que eliminar a todos los peronistas, como sí creía la Marina, que era profundamente antiperonista. Mi padre solo pretendía cortar el verticalismo y el liderazgo personalista de Perón para darle una salida institucional al país. Por eso él rehusó sumarse a las conspiraciones contra Arturo Frondizi, en 1962, y Arturo Illia, en 1966. Mi padre creía en los partidos políticos: desde el día en que asumió el gobierno su inquietud fue cómo dejar el poder, y después se presentó como candidato a las elecciones de 1963.

Cuando fue secuestrado, de su padre molestaba el pasado, pero mucho más el presente una vez hecha pública su vocación política en democracia: con esa lógica, su hijo creía que en 1970 fastidiaba más a Onganía que a los Montoneros.

3) El robo del cadáver de Eva Perón

Los Montoneros dejaron para el final el asunto más escabroso: el secuestro y el destino desconocido de la momia sagrada de los peronistas, la segunda esposa de Perón.

Apenas se mencionó el tema —contó Firmenich— Aramburu «se paralizó». Le preguntaban por un misterio que estaba por cumplir quince años. Querían que confesara de una vez dónde había escondido el cuerpo.

Eva Perón había muerto el 26 de julio de 1952 a los treinta y tres años en el Palacio Unzué, en aquel tiempo la residencia presidencial. Para alojar sus restos, Perón reformuló un proyecto que ella misma había puesto en marcha antes de morir.

Inspirada en el complejo de los Inválidos que conoció en París, al visitar la tumba de Napoleón, Eva Perón había impulsado la construcción de un Monumento al Descamisado para conmemorar el 17 de octubre del año 1945, que marcó el ascenso de Perón al poder. Ese día, miles de trabajadores marcharon para exigir la libertad del entonces coronel Perón, un exfuncionario que les había reconocido gran cantidad de derechos y se encontraba detenido; como hacía calor se quitaron la camisa: *descamisados* los llamaron, un enunciado de desprecio duradero a la irrupción de las clases populares como sujeto político. Como los Montoneros y los Tupamaros con sus nombres, el peronismo se apropió de ese término despectivo y al adoptarlo le cambió el sentido. Para sus descamisados, Eva Perón imaginó algo colosal: en un parque de Avenida Figueroa Alcorta al 2300, sobre una base del tamaño de la cancha de River, se elevaría una estructura de ciento cuarenta metros, más alta que la Torre Eiffel. La figura principal tendría cincuenta y tres metros y se encontraría rodeada por otras dieciséis, todas talladas en mármol, de cinco metros cada una.

Tras su muerte, Perón resolvió transformar el homenaje al Descamisado en el Monumento a Eva Perón: el cuerpo descansaría en una cripta, con una escultura de plata en tamaño natural sobre el féretro, también rodeado de otras representaciones gigantes en mármol, con una espectacularidad similar a la de Napoleón en París.

La llamada Revolución Libertadora no solo interrumpió la construcción de ese mausoleo. Dos de las esculturas enormes, que ya estaban listas, fueron decapitadas y arrojadas al Richauelo; alguien pintó «Viva el cáncer» para celebrar la enfermedad que había consumido a Eva y Aramburu ordenó la demolición de la residencia que había compartido con Perón para borrar todo rastro de quienes lo habían habitado.

El cadáver, embalsamado a pedido de Perón por el médico español Pedro Ara, había quedado expuesto en la sede de la Confederación General de Trabajadores (CGT), hasta que la Revolución Libertadora decidió terminar con esa exhibición que le incomodaba. Entonces comenzó la misión más delicada para Aramburu, que demandaría una de las decisiones más complejas de su vida.

«Por medio de morisquetas y gestos bruscos se negaba a hablar, exigiendo por señas que apagáramos el grabador», escribieron los Montoneros en su relato oficial. «Al fin Fernando [Abal Medina] lo apagó».

—Sobre este tema no puedo hablar —dijo Aramburu— por un problema de honor. Lo único que puedo asegurarles es que ella tiene cristiana sepultura.

Tal vez el secuestrado les contó que el jefe de la inteligencia militar, Carlos Moori Koenig, había llevado el cuerpo de la CGT hasta su oficina, donde lo guardó durante más de un año mientras los militares deliberaban sobre qué harían con él. Difícilmente les haya dicho, en cambio, que Moori Koenig perdió la razón, que se apoderó de él una obsesión macabra, que manoseaba ese cuerpo cuando nadie lo observaba.

La Revolución Libertadora había desplegado un revanchismo brutal sobre un cadáver indefenso: la profanación constituyó —escribió Beatriz Sarlo— una sustracción sacrílega, una enormidad moral, que cruzó un límite sin retorno y se convirtió en una «humillación irreparable».

Eugenio Aramburu, en cambio, lamentó que su padre nunca hubiera recibido el crédito que merecía por haber actuado con sensatez y haber impedido que los almirantes quemaran el cuerpo y arrojaran las cenizas al mar.

—Había sectores que lo querían destruir. Había informes de inteligencia que decían que lo querían robar para desestabilizar al gobierno. Mi padre se opuso. Habilitó la intervención de la Iglesia y salió del país con el consentimiento de la familia de Eva Perón. Su idea era que permaneciera en el exterior hasta que el país estuviera pacificado.

Según Firmenich, Aramburu en la estancia La Celma se negó a revelar la ubicación de la tumba pero se comprometió «a hacer aparecer el cadáver en el momento oportuno, bajo palabra de honor». Cuando le recordaron que no estaba en condiciones de negociar, pidió tiempo para «hacer memoria». Lo trasladaron a la otra habitación, donde lo dejaron con lápiz, papel y una invitación a recordar.

«Estuvo escribiendo —continuó Firmenich— antes de acostarse a dormir. A la mañana siguiente, cuando se despertó, pidió ir al baño. Después encontramos unos papelitos rotos, escritos con letra temblorosa».

Lo volvieron a interrogar, sin el grabador. Solo entonces les proveyó algo de información. «A los tirones contó la historia verdadera: el cadáver de Eva Perón estaba en un cementerio en Roma, con nombre falso, bajo

custodia del Vaticano. La documentación vinculada con el robo del cadáver estaba en una caja de seguridad del Banco Central a nombre del coronel Cabanillas. Más que eso no podía decir, porque su honor se lo impedía».

Años más tarde se supo que Héctor Cabanillas, sucesor de Moori Koenig al mando de los espías militares, se había encargado de llevar el cuerpo en un barco a Génova, y de allí al cementerio Maggiore de Milán, donde lo dejó enterrado bajo el nombre falso de María Maggi de Magistris.

¿Por qué dijo Roma, Aramburu, en lugar de Milán? ¿O se equivocaron los Montoneros? ¿Sabía la ubicación exacta? Según su hijo, no la tenía: había previsto que esa información tan sensible podía poner su vida en riesgo y ordenó labrar un acta ante escribano, lacrar el sobre y enviarlo a la caja fuerte, para ser abierto en el momento oportuno.

Habíamos hablado brevemente del secuestro y en extenso del juicio, nos quedaba repasar el tramo final del relato de Firmenich en *La Causa Peronista*.

El 31 de mayo de 1970 por la noche, en Timote, los Montoneros dieron por terminadas las audiencias de su juicio revolucionario y le anunciaron a Aramburu que el tribunal —ellos mismos— se retiraría a deliberar sobre la sentencia. Lo llevaron a una habitación, lo ataron a la cama, lo dejaron en soledad algunas horas.

En la madrugada del 1 de junio, Abal Medina le anunció:

—General, el tribunal lo ha sentenciado a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

«Ensayó conmovernos. Habló de la sangre que nosotros, muchachos jóvenes, íbamos a derramar», siguió Firmenich su relato.

Cuando pasó la media hora lo desamarramos, lo sentamos en la cama y le atamos las manos a la espalda. Pidió que le atáramos los cordones de los zapatos. Lo hicimos. Preguntó si se podía afeitar. Le dijimos que no había utensilios. Lo llevamos por el pasillo interno de la casa en dirección al sótano. Pidió un confesor. Le dijimos que no podíamos traer un confesor porque las rutas estaban controladas.

—Si no pueden traer un confesor —dijo—, ¿cómo van a sacar mi cadáver?

Avanzó dos o tres pasos más.

—¿Qué va a pasar con mi familia? —preguntó.

Se le dijo que no había nada contra ella, que se le entregarían sus pertenencias.

El sótano era tan viejo como la casa, tenía setenta años. Lo habíamos usado la primera vez en febrero del '69, para enterrar los fusiles expropiados en el Tiro Federal de Córdoba. La escalera se bamboleaba. Tuve que adelantarme para ayudar su descenso.

—Ah, me van a matar en el sótano —dijo.

Bajamos. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola.

Fernando tomó sobre sí la tarea de ejecutarlo. Para él, el jefe debía asumir siempre la mayor responsabilidad. A mí me mandó arriba a golpear sobre una morsa con una llave, para disimular el ruido de los disparos.

—General —dijo Fernando—, vamos a proceder.

—Proceda —dijo Aramburu.

Fernando disparó la pistola 9 milímetros al pecho. Después hubo dos tiros de gracia, con la misma arma y uno con una 45. Fernando lo tapó con una manta. Nadie se animó a destaparlo mientras cavábamos el pozo en que íbamos a enterrarlo.

En ese relato, Eugenio Aramburu reconoció la voz de su padre. Eso sí le importó de la nota en *La Causa Peronista*. Fue, en realidad, lo único que le importó.

Lo que en otro podía sonar extravagante —pedir, antes de ir hacia la muerte, que le ataran los cordones de los zapatos y afeitarse—, en su padre era completamente natural, dijo.

No solo le parecía verosímil: estaba seguro de que eso había ocurrido. Su convicción lo enfrentaba a una paradoja, porque implicaba darle crédito al relato de Montoneros, pero aún así, tenía la certeza de que todo lo relativo a ese tramo final era cierto. No solo conocía las costumbres de su padre: en la historia reverberaba una conversación que habían tenido durante la infancia de Eugenio.

—Una vez le pregunté por qué hacía ejercicios de calistenia todas las mañanas. Me dijo: «La decadencia del cuerpo es inevitable, pero un hombre debe hacer ejercicios. No por vanidad, sino para mantenerse en un estado decoroso; para que, cuando le toque enfrentar al Creador, devuelva las

pilchas que le dio al nacer, gastadas y rotas pero sin suciedad ni manchas que lo avergüencen».

—Su padre pidió un sacerdote para los últimos ritos: ¿era muy creyente?

—No de ir a misa todos los domingos, como mamá, pero tenía una idea existencial sobre la religión. Digamos que interpretaba la religión a su manera.

Ya adulto, Eugenio había interpretado otra capa de sentido en el mensaje sobre el mantenimiento del cuerpo que le había dado su padre: «Me quiso transmitir que debemos llevar una vida decorosa en todos los terrenos, para morir en paz y eventualmente, si Dios existe, poder mirar a Dios a los ojos».

Según *La Causa Peronista*, Aramburu se había quedado con la última palabra al ordenar «Proceda». Eso, llamativamente, lo tranquilizaba, le hacía pensar que había mantenido el control hasta el último momento.

Para Firmenich, fue el reflejo de una resignación: había comprendido la lógica de sus secuestradores. Me dijo en Barcelona:

—En el fondo, aceptó la suerte que le tocaba. Lo entendió.

Eugenio interpretó de otra manera toda esa secuencia.

—Papá no se arrastró ni se humilló —concluyó—. Supe que había enfrentado la muerte de la misma manera que había vivido: con sus asesinos a sus pies, abrochándole los cordones de sus zapatos.

Esa escena final le resultó reparadora.

UN LARGO E-MAIL DESDE VILANOVA

Fwd: Consulta

1 mensaje

Maria O'Donnell

Para:

----- Forwarded message -----

De: Mario E. Firmerich

Date: mié., 22 de nov. de 2017 a la(s) 17:13

Subject: Re: Consulta

To: Maria O'Donnell

Estimada María:

Me disculpo por la demora en responder a tus mensajes, pero la verdad es que mi tiempo tiene sus propias prioridades, porque yo no soy un político profesional, ni alguien que viva de rentas, ni mucho menos un jubilado. Soy alguien que, como la mayoría, debe buscarse la vida para financiar su existencia y no puedo dedicar mi tiempo a los múltiples requerimientos en los que no tengo ninguna responsabilidad y que además son absolutamente ajenos a mi actividad cotidiana.

En primer lugar quiero dejar perfectamente aclarado que no pongo en duda tu buena voluntad y honestidad intelectual para hacer tu trabajo.

De todos modos, ya conocés mi voluntad de no conceder ninguna clase de reportajes ni entrevistas periodísticas, incluidas las llamadas "off the record".

Hay múltiples motivos para que yo haya llegado a esta posición:

- a) Las prioridades en la asignación de mi tiempo
- b) Mi actitud ante la realidad de mi exclusión: yo no soy un hombre público.
- c) Mi actitud ante los reportajes/entrevistas sobre la historia
- d) Mi opinión sobre las investigaciones históricas con metodología periodística

OceanofPDF.com

Vilanova i la Geltrú-Buenos Aires, 18 al 22 de noviembre de 2017.

Al despedirnos, luego del almuerzo en Sitges, le pedí a Mario Firmenich que no clausurara la posibilidad de que volviéramos a encontrarnos. Regresé a Buenos Aires y, con la misma falta de certezas de la primera vez, fui planeando otro viaje a Barcelona.

Le escribí varias veces, acostumbrada ya a los silencios. Pedí la intermediación de distintas personas y seguí intentándolo.

Antes de desistir por completo, decidí arriesgarme: la primera vez también había volado a Barcelona sin certezas. Consulté la nueva fecha con María Martínez Agüero, la Negrita, y le dije que el riesgo del fracaso, como siempre, corría por mi cuenta. Llegué a los tres meses de mi primer viaje, el 17 de noviembre de 2017. Me alojé en Barcelona y al día siguiente tomé el mismo tren a Sitges; Martínez Agüero me esperó en la estación. Me saludó acongojada por la noticia que me traía: Firmenich no tenía interés en volver a verme. Aunque no tenía por qué hacerlo, ella se disculpó conmigo.

Fuimos a comer tapas a un bar catalán de la peatonal del pueblo y otra vez se sumó a nuestra mesa Facundo Firmenich, que tiene una presencia muy alegre. Sentí un *déjà vu*, pero presentí que esta vez el final sería distinto, que nadie, nadie realmente, lo haría de cambiar de opinión. Si Firmenich tenía alguna deuda con la persona que había vencido su resistencia en mi viaje anterior, ya la había saldado.

Ni la Negrita Martínez Agüero ni Facundo mencionaron el estado de ánimo de Firmenich, pero apenas pisé Buenos Aires alguien me refirió que atravesaba un momento de la vida especialmente difícil. Pronto a cumplir setenta años, se acercaba el día en que lo jubilarían como profesor y el futuro lo aterraba: venía de una familia longeva —sus padres habían muerto con más de noventa años— y se preguntaba a qué se dedicaría en ese porvenir acaso largo. Sin una propiedad ni una pensión, tampoco tenía asegurada su supervivencia económica para esos veinte hipotéticos años.

A los pocos días de mi viaje frustrado, el 22 noviembre de 2017, apareció en mi casilla un correo electrónico de Firmenich, casi tan largo como el mutismo que lo precedió:

Estimada María:

Me disculpo por la demora en responder a tus mensajes, pero la verdad es que mi tiempo tiene sus propias prioridades, porque yo no

soy un político profesional, ni alguien que viva de rentas, ni mucho menos un jubilado. Soy alguien que, como la mayoría, debe buscarse la vida para financiar su existencia y no puedo dedicar mi tiempo a los múltiples requerimientos en los que no tengo ninguna responsabilidad y que además son absolutamente ajenos a mi actividad cotidiana.

En primer lugar quiero dejar perfectamente aclarado que no pongo en duda tu buena voluntad y honestidad intelectual para hacer tu trabajo.

De todos modos, ya conocés mi voluntad de no conceder ninguna clase de reportajes ni entrevistas periodísticas, incluidas las llamadas «off the record».

Hay múltiples motivos para que yo haya llegado a esta posición:

- a) Las prioridades en la asignación de mi tiempo.*
- b) Mi actitud ante la realidad de mi exclusión: yo no soy un hombre público.*
- c) Mi actitud ante los reportajes/entrevistas sobre la historia.*
- d) Mi opinión sobre las investigaciones históricas con metodología periodística.*

a) Sobre las prioridades en el uso de mi tiempo:

Mi escasez de tiempo tiene motivos diversos, desde que tengo que seguir dedicando mucho tiempo a seguir buscando nuevos trabajos (lo que requiere formarme continuamente para adquirir nuevas capacidades) mientras cumplo con los trabajos que aún puedo retener, hasta que me queda poco tiempo existencial para mis propios trabajos de investigación y escritura.

Lo primero tiene la urgencia y la necesidad de que se me acaba la vida profesional como docente/investigador y no tengo garantizadas ni jubilación ni rentas para sobrevivir.

Lo segundo es la conocida «carrera contra reloj» universal contra el Alzheimer y otras amenazas por el estilo. Cuantos más años tenemos, más valioso es el tiempo útil que nos queda por la simple razón de que es cada vez más escaso. No puedo ni debo ni quiero perder mi tiempo en cosas que no son mis propias prioridades.

b) Sobre mi actitud ante la realidad de mi exclusión: yo no soy un hombre público.

Alguna vez le he explicado a algunos periodistas que mi situación es la de «un político desocupado que se gana la vida como economista». Esta ironía alude a la realidad de que la única política de estado que ha mantenido la Argentina, desde los años 70 hasta hoy, es la exclusión de Mario Eduardo Firmenich del sistema político legal. Conste que eso ha ocurrido solamente 10 años bajo dictadura y 37 años durante gobiernos civiles, sin que se vislumbre un final.

Es un hecho obvio aunque no reconocido «oficialmente» que soy un excluido de la vida política de mi país. Los primeros interesados en mi exclusión son obviamente los sectores del establishment que enfrentamos en la lucha contra las dictaduras y el terrorismo paraestatal de la Triple A. Pero además me parece fácil de demostrar que soy excluido también por los que deberían ser mis compañeros. Los motivos para ello son muy variados y hasta sostenidos desde posicionamientos políticos enfrentados entre sí, pero que coinciden todos en que lo mejor es que yo sea políticamente un hecho del pasado que no debe tener participación protagónica en el escenario político legal de la Argentina post dictadura.

No es un secreto que el «establishment mediático», lo que abarca al oficio periodístico, ha sido siempre la punta de lanza de mi demonización.

Huelga decir que tales posicionamientos no han contado ni contarán nunca con mi consentimiento. He realizado muchos intentos de quebrar ese bloqueo y para ello recurrí, entre otras cosas, a muchos reportajes de todo tipo que han tenido amplia difusión pública.

Con frecuencia las publicaciones de tales reportajes fueron usados para generar escándalos mediáticos, que inclusive han derivado en mi persecución penal, pero sin que se modificara en nada mi exclusión como un actor político activo, impidiendo cualquier posibilidad de que pudiera tener poder institucional.

Considero una perversidad sistémica esa dinámica de forzar mi participación en debates públicos mediáticos desde mi exclusión del sistema político.

Vista la realidad de que no se me permite participar en una estrategia política democrática, yo he tomado la decisión de negarme a participar mediáticamente hablando desde la exclusión.

En ocasiones se ha intentado inclusive presionarme diciendo que era mi obligación responder la inquisitoria periodística.

Pero yo no soy un hombre público sino una persona famosa que, además, no vive de su fama.

Los hombres públicos son financiados con dineros públicos, ya sea como funcionarios, mandatarios electos o candidatos a mandatarios electos; por eso tienen la obligación de responder públicamente a los requerimientos que se les haga desde la opinión pública.

Por otros motivos, los personajes de la farándula que viven lucrando con los medios dedicados a «ricos y famosos» no tienen el derecho de exigir privacidad, dado que ellos mismos lucran convirtiendo su vida privada en espectáculo farandulesco cuando les conviene.

Mi situación, en cambio, es la de una persona privada que es muy conocida, pero no soy ni un hombre público ni un miembro de la «troupe de ricos y famosos» de la farándula.

Mi exclusión política le quita el derecho a la Argentina (como Estado y como sociedad) de reclamar mi obligada participación pública.

Todo esto resulta paradójico porque es obvio que mi vocación ha sido la política y es también obvio que mi opinión es de interés público y no solo en Argentina.

Pero la paradoja no hace más que denunciar la perversión argentina de sostener como política de Estado mi persecución/exclusión durante décadas, en todos los regímenes y bajo acusaciones infamantes burdas y autocontradictorias.

Es lamentable, pero no es mi culpa.

Esto no obsta a que yo me reserve el derecho de opinar sobre lo que sea, por el medio que sea y en el momento que me parezca. Pero la regla general es que no pierdo mi tiempo haciendo algo funcional a mi propia proscripción política y a mi propia exclusión socioeconómica.

c) Sobre mi actitud ante los reportajes/entrevistas sobre la historia:

Una forma de mantener mi exclusión ha sido buscar por todos los medios que mi discurso quedara encerrado en el pasado.

La práctica le ha demostrado a los medios que hacerme participar mediáticamente hablando sobre el pasado (y más aún si se genera

escándalos) resulta útil a la finalidad de mi exclusión política y además es rentable desde el punto de vista del marketing.

A esto en dinámica de grupos se le llama «asignar un rol a un individuo dentro del grupo». El sistema ha creado mediáticamente un personaje llamado «Firmenich» que no tiene nada que ver con la persona homónima que soy yo.

Un personaje de ficción, como el pato Donald, Batman, el Profesor Neurus o Don Segundo Sombra, no cambia aunque pasen décadas; los personajes no crecen, ni maduran, ni envejecen porque no viven. Se puede montar con ellos una y mil veces variantes parecidas de la misma historieta o de la misma novela.

Exactamente eso hace el periodismo conmigo: montar una y mil veces la versión historieta (la caricatura de la historia) de «Firmenich, el montonero de los 70». Pero ocurre que yo no soy un personaje de ficción, sino que soy una persona viva.

Precisamente porque estoy vivo, suele decirse que soy un pedazo vivo de la historia. Pero la historia no es el pasado; la historia es la construcción continua de un devenir de acontecimientos que tiene pasado, presente y futuro. Los periodistas funcionales a mi exclusión quieren ubicar a mi persona en la realidad inexistente de un pasado terminado; tratan a «Firmenich» como un «personaje histórico», es decir, alguien que ya no vive. Alguien sepultado. Alguien que no debe existir en el futuro de la historia.

Pero mi vida no ha terminado en ningún sentido. Eso significa que, como mínimo, todos deben respetar mi derecho al trabajo honesto para sostener con dignidad mi existencia, para no hablar de mi derecho a la intimidad.

Como no soy un personaje de ficción y como he seguido viviendo en los treinta y ocho años posteriores a la última operación armada de Montoneros!, he tenido la necesidad y la capacidad de desenvolver mi vida en condiciones semejantes a las de cualquier hijo de vecino, aunque he debido hacerlo expatriado.

Los escandaletes periodísticos/penales que siempre se intenta montar en torno a mi persona, son atentatorios contra mi imprescindible actividad laboral habitual. Mi derecho a la vida privada (incluyendo mi exclusivo derecho al uso de mi imagen) no puede ser impunemente avasallado por un periodismo que juega a la

perversión de la pseudo-participación del excluido o de la pseudo-investigación histórica reportando a la momia de Tutankamón.

Cualquier periodista debería saber que nadie puede trabajar normalmente si un escándalo mediático morboso envuelve a las empresas, instituciones y personas con las que uno debe trabajar. Cualquiera debería comprender que si yo no puedo trabajar tampoco puedo vivir en el mundo actual. Pero a los periodistas que me buscan parece no importarles que ellos ganan dinero y construyen su fama y su prestigio profesional a costas del sufrimiento de mi familia y mío.

d) Sobre mi opinión acerca de las investigaciones históricas con metodología periodística.

No existen en vano los historiadores como especialistas en un tipo específico de investigación. La metodología científica de la historia se basa en encontrar pruebas documentales de diverso orden para fundamentar una hipótesis explicativa sobre hechos del pasado, los cuales, además, deben ser tratados con la mayor «objetividad» posible.

Evidentemente cualquier opinión humana es subjetiva y esto es mucho más fuerte cuando se habla de situaciones políticas. Por eso, los historiadores prefieren dejar pasar bastante tiempo en relación a los hechos a ser analizados, para que los mismos tengan la menor implicancia directa en los posicionamientos políticos del presente.

Analizar en 2017 la actuación de los Montoneros en 1970 - 1980 es algo que sigue estrechamente vinculado a los posicionamientos políticos coyunturales de 2017.

Analizar en 2017 el gobierno de Tutankamón es algo que puede tratarse sin ningún apasionamiento de posiciones políticas presentes. Pero, claro está que ningún historiador puede darse el lujo de hacerle un reportaje a la momia de Tutankamón, sino que debe investigar la historia con los métodos científicos de la historia.

Los reportajes no son una metodología inherente a la investigación histórica, sino que son una metodología inherente a la práctica profesional periodística.

En la Argentina de los últimos 35 años, ha habido un intrusismo profesional generalizado en la labor de los historiadores referida a la convulsa vida política del país en las décadas pasadas. Eso, además,

ha sido funcional también a la demonización de los Montoneros en general y de mi persona en particular.

Esta realidad sobre todo lo publicado no depende meramente de la posición individual del que escribe, sino que hay políticas editoriales de los medios, y tales políticas son herederas de las posiciones del establishment argentino durante las diversas formas de terrorismo de Estado que hemos padecido.

Lo que los periodistas pueden publicar sobre la historia de los Montoneros tiene la cortapisa de la política editorial de las empresas periodísticas y editoriales. Hasta no hace mucho, inclusive lo que se publicara tenía encima la lupa de una justicia perseguidora de cualquier «apología del delito».

Yo mismo he sido víctima de esa censura de los medios al querer publicar artículos y libros. En mi caso la política editorial significó directamente la no publicación. Pero en el caso de cualquier periodista que escribe sobre mí, la política editorial consiste en una censura parcial (o autocensura) de modo que siempre se mantengan vigentes los rasgos demoníacos del personaje maldito fabricado con mi nombre y apellido.

Yo me niego a seguir colaborando con el intrusismo profesional de esta distorsión académica que no contribuye a la verdad histórica.

Por otra parte, tengo muy claro que la historia nos otorga a los protagonistas el derecho personal a escribir nuestras memorias y entiendo que ese derecho no lo debo malgastar en reportajes.

María: quiero reiterarte una vez más que no pongo en duda tus buenas intenciones y honestidad profesional, aunque estoy seguro que nunca habías reflexionado sobre más de una de las cosas que he dicho más arriba.

Espero que comprendas que la historia que vos querés relatar debe ser y será escrita por los historiadores dentro de muchas décadas. Yo no tengo ningún temor ni ninguna duda de lo que dirá la retrospectiva histórica sobre los Montoneros y sobre mi persona.

Pero en el presente, en el que todavía soy una persona viva, una persona a la que no se le permite ni trabajar profesionalmente ni actuar libremente en la política de su país, tengo todo el derecho a negarme a colaborar con una publicidad perversa y morbosa sobre la

historia reciente, una historia de enorme dignidad sobre la que el establishment argentino no tiene ningún interés en que se imponga la verdad.

No solo no quiero colaborar en tu plan de publicaciones sino que además te agradecería que no lo hagas.

Saludos y hasta siempre,

Mario E. Firmenich

En el momento sentí un fuerte impacto. El texto tenía un aire de superioridad, entre didáctico y despectivo, que me irritó. Al llegar al final me quedé pasmada: no quería colaborar y ¿qué significaba que me agradecería que no publicara...? ¿Me estaba diciendo que no debía escribir este libro? ¿Con qué derecho?

Dejé el correo a un costado, no había urgencia para responderle. Necesitaba tiempo para permitir que las emociones pasaran y pensar. Con más calma concluí que se había sentido en la obligación, molesta para él, de explicarme por qué no me había recibido en mi segundo viaje. No había escrito ese correo para ser cortés conmigo, sino para saldar su compromiso con nuestro intermediario.

Cuando pude ver el e-mail de otra manera, le escribí:

Estimado Mario: antes que nada, muchas gracias por haberle dedicado tiempo a responder a mi requisitoria.

Entiendo que el tiempo es un bien muy preciado que debe ser administrado de manera muy selectiva y según una escala de prioridades.

Entiendo también que, en función de esa escala de prioridades, de tu realidad contemporánea y de experiencias en el pasado con la prensa argentina, hayas decidido no dar reportajes de ninguna especie.

Coincido plenamente en que no tenés ninguna obligación de responder.

Me permito, sin embargo, señalar que no todos los periodistas buscamos una entrevista con los mismos objetivos ni tampoco todos los reportajes producen el mismo resultado. No pretendo hacerte cambiar de opinión, pero sí siento la necesidad de responder a algunas cuestiones puntuales que fueron esbozadas en tu correo.

De mi parte, no pretendo ubicar ni anclar a Firmenich en ningún lugar en particular. Pretendí sumarte como fuente de información —la más relevante de todas, desde luego— a otra gran cantidad de testimonios que he ido recogiendo a lo largo del tiempo de un hecho muy relevante de nuestra historia reciente que, a mi modesto entender, aún merece ser explorado para favorecer su comprensión.

No busco contar la historia de un individuo particular, busco recrear la historia de una organización y de toda una generación con un relato de voces corales. Utilizo las herramientas del periodismo y de la investigación académica también (soy politóloga de formación). No busco escándalos mediáticos. Busco comprender y lo hago con una libertad absoluta, sin ningún tipo de condicionamientos. Sin perversidad ni ímpetu morboso. Por eso agradezco que me digas que no pones en duda la honestidad de mis intenciones.

Disiento en que solo los historiadores y pasado un determinado tiempo (¿cuánto?) estén en condiciones de hacer una investigación que contribuya al debate público. Creo que los hechos de interés público son eso: hechos de interés público, y que a todos nos asiste la libertad de trabajar sobre ellos. ¿Un sociólogo, un politólogo o un economista no podrían hacerlo? ¿Por qué no?

Los protagonistas de los hechos tienen, desde luego, el derecho a escribir sus memorias (creo además que es deseable que lo hagan: sería un gran aporte). Pero no pueden pretender que nadie más escriba sobre los hechos que los tienen como protagonistas. A mí me encantaría poder chequear datos contigo y ampliar mis conocimientos de los hechos, en la modalidad que fuera. Tengo, además, la profunda convicción de que sería beneficioso para evitar muchos de los escenarios descriptos en tu correo, pero frente a tu negativa, debo decirte que no voy a desistir y que seguiré avanzando. Lo siento. Ojalá en algún momento del proceso podamos tener ese intercambio.

Saludos y muchas gracias nuevamente por tu correo,

María

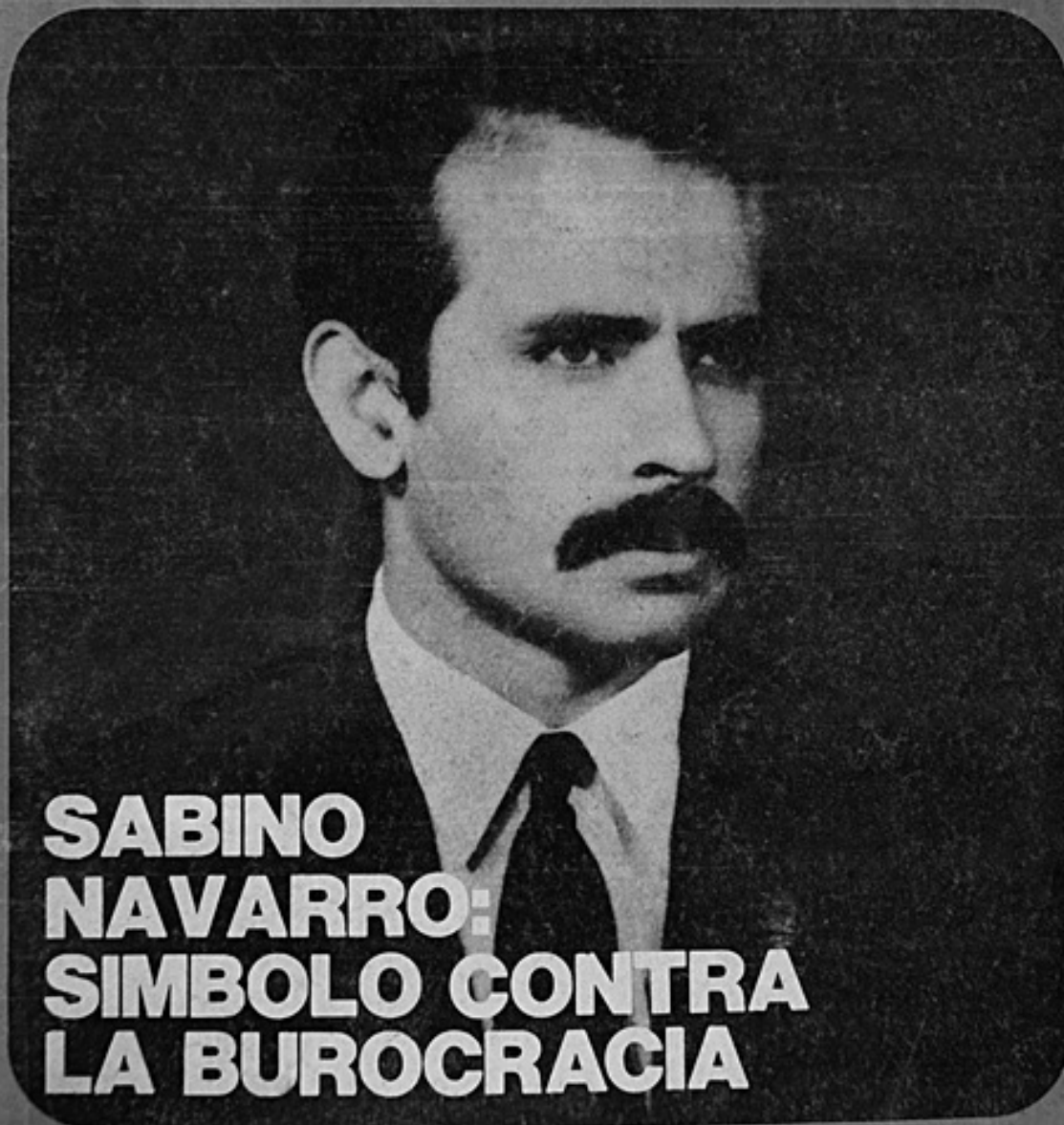
DE SABINO A FIRMENICH

militancia

PERONISTA PARA LA LIBERACION

Año I - Nº 25 - 29 de noviembre de 1973

\$ 3,00



**SABINO
NAVARRO:
SIMBOLO CONTRA
LA BUROCRACIA**

OceanofPDF.com

Buenos Aires y Córdoba, 1970 y 1971

Entre Fernando Abal Medina y Mario Firmenich, Montoneros tuvo otro jefe: Sabino Navarro, quizás el menos conocido de los tres y el único que no formó parte de las células originales que participaron del asesinato de Pedro Eugenio Aramburu.

Navarro llegó a ser número uno por la seguidilla de bajas que la guerrilla peronista soportó en muy poco tiempo después del *Aramburazo*. La sucesión en los puestos de mando funcionaba en forma casi automática: cada combatiente tenía un número asignado, en orden de importancia; de no existir sanciones o promociones, ante una vacante, ascendía el número siguiente. Con una única excepción: aunque las mujeres combatían a la par, rara vez había más que hombres a ese nivel.

Esa serie se había alterado poco antes del tiroteo en William Morris con la incorporación de la célula de Sabino Navarro, quien como líder de su grupo se intercaló en Montoneros en el segundo puesto (y su segundo, en el cuarto lugar; el tercero en el sexto, y así). Y al morir Abal, escaló al primer cargo, en un momento extremadamente delicado para la organización.

El juicio por el crimen de Aramburu obligaba a Firmenich, a Norma Arrostito, a Carlos Martínez Capuano y al resto de los cuadros vivos más importantes a vivir prófugos y escondidos. Los demás sobrevivientes estaban presos y el desastre en que resultó la toma La Calera había dejado a la célula cordobesa al borde de la extinción.

A esos desafíos se sumaban otros, vinculados al papel que Montoneros jugaba dentro del peronismo.

«No existía todavía un proyecto estratégico», señaló Roberto Perdía, miembro de la célula original de la provincia de Santa Fe (el Grupo Reconquista), abogado y defensor de los hacheros de la zona del Gran Chaco, que llegaría a ser número tres de la conducción nacional detrás de Firmenich y Fernando Vaca Narvaja. «Aún no estaba definido cómo íbamos a actuar: si éramos una organización político-militar o si éramos el brazo armado de alguien». En otras palabras, faltaba resolver si responderían a Juan Domingo Perón o si se moverían de manera autónoma. Nada menos.

Vivían con la ilusión, muy conveniente en la coyuntura, de que esa definición podía esperar. Como si el choque de la juventud revolucionaria con el Perón de carne y hueso, un hombre mayor que vivía en Madrid con

su nueva mujer, Isabel, y que compartía la intimidad con José López Rega, no fuese inevitable.

Perón tampoco mostraba apuro por resolver ese asunto tan espinoso. En la carta que dirigió a «los compañeros de la juventud» en febrero de 1971 había apelado a la figura de las «formaciones especiales», muy útiles para dejar la definición del rol de Montoneros dentro del Partido Justicialista en suspenso. Como tales, podían actuar «tanto dentro de nuestro dispositivo como fuera de él, dentro de las formas impuestas por la guerra revolucionaria».

Un Perón de manual: con esa ambigüedad podía capitalizar las acciones de Montoneros sin cargar con la responsabilidad de haberlas ordenado.

La biografía de Navarro, el nuevo jefe de Montoneros, no ofrecía grises: él era inequívocamente peronista.

El Negro, como lo apodaban, había vivido experiencias y había sido testigo de hechos que la gran mayoría de los Montoneros de clase media solo habían conocido por el relato de terceros. No había entrenado en Cuba ni tenía la formación intelectual de otros dirigentes, pero su historia personal, su origen obrero y su entrega revolucionaria le daba todas las credenciales que podía necesitar.

La Fundación Eva Perón había salvado la vida de su madre, Juana Fernández, quien perdió un bebé en un parto y hubiese muerto también si no recibía en Corrientes la penicilina que necesitaba. El padre, Cesáreo Navarro, había salido del campo a la ciudad en 1948, durante el primer gobierno de Perón, atraído por el creciente empleo industrial. Se instaló en un barrio de emergencia en Villa Martelli, al norte del conurbano, y comenzó a trabajar en una fábrica de ladrillos. Al cabo de un tiempo mudó a toda la familia. Las dos hermanas de Sabino, Lucía y Cintia, se quedaron a vivir en la capital, en casas donde hacían tareas de limpieza; Sabino, el menor, estudió hasta que, a los dieciséis años, debió salir a procurar otro ingreso con el cual cooperar con sus padres.

Cesáreo llevó a Sabino hasta los basurales de José León Suárez en cuanto supo de los fusilamientos ilegales que siguieron al levantamiento de Juan José Valle: vivían tan cerca que había alcanzado a escuchar los tiros. Como el padre, el hijo fue delegado sindical. Sabino entró en la planta de la Algodonera y se afilió a la Juventud Obrera Católica (JOC), hasta que concluyó que los problemas de los obreros no se arreglarían con catequesis.

Una corriente entera de la JOC quiso dar el salto a la actividad político-gremial y se enfrentó con la Iglesia, que solo buscaba propagar contenido religioso. El arzobispado saldó el conflicto con un decreto: disolvió la JOC. Navarro desembocó en el peronismo revolucionario. En la víspera del Cordobazo, viajó atraído por la agitación, participó de las protestas y terminó preso durante unos días.

Fernando Abal Medina lo reclutó para Montoneros. Le interesaba más su prestigio que la experiencia que traía en operativos de guerrilla urbana. Los hitos militares del grupo de Navarro eran más coloridos que relevantes: el robo de la recaudación de un albergue transitorio en el Once y un asalto, el 16 de julio de 1969, para comprobar la utilidad adicional del factor sorpresa: mientras el mundo estaba pendiente de la llegada del hombre a la Luna, ellos vaciaron una armería en Hurlingham, provincia de Buenos Aires.

Después de la intermediación de Graciela Daleo, Abal Medina acudió a una reunión del grupo en un departamento de Billingham y Las Heras, en Barrio Norte, alquilado por José Amorín. No a todos cayó bien ese joven tan de clase media que hablaba como si estuviera a cargo y parecía demasiado *fierrero*, como se llamaba a los seducidos por las armas. Ellos se identificaban más con las rutinas de las asambleas, estaban más acostumbrados a los debates horizontales.

Carlos Falaschi, primera generación de profesionales de una familia de inmigrantes del barrio de Mataderos, llegó a plantear dudas. Tiempo después, cuando los Montoneros usaron sin permiso su quinta de González Catán para *guardar* a Carlos Maguid y las hermanas Arrostito, comprendió que el tiempo le había dado la razón: una vindicación tardía e inútil, pensó.

«La reunión se hizo para que Fernando conociera a los principales combatientes de nuestro grupo y para que aceptáramos las normas de funcionamiento del suyo, diferentes a las nuestras», recordó Pepe Amorín en un libro que publicó años antes de su muerte en 2012. Unos y otros tenían culturas políticas bien diferentes, escribió: «En el grupo de Fernando las decisiones se tomaban entre pocos y las órdenes no se discutían. Nosotros, en cambio, teníamos una conducción colegiada entre el Negro [Navarro], [Carlos] Hobert, [Gustavo] Tato Lafleur y yo. En cada operativo, la jefatura rotaba y el resto de los combatientes tenía una amplia participación en todas las decisiones. Tampoco teníamos un régimen de sanciones: ni siquiera se nos había ocurrido».

Hasta que quedó al frente de Montoneros, Navarro trabajó largas jornadas como operario textil y metalúrgico. Dejó pasar un ascenso para no perder su condición de obrero raso, se casó con Josefa Mateika, una compañera de la fábrica, tuvieron dos hijos y se fueron a vivir a una casilla en San Miguel que construyeron sobre un terreno que pagaron en cuotas. Mateika también militaba y sabía que muchas veces entrenaban allí, y hasta enterraban en los fondos algunos panes de trotyl, pero se enojó cuando supo que Navarro, con Abal Medina y Walter, el hijo más pequeño, de meses, habían llegado en el colectivo 740 con dos granadas escondidas en la ropa. Con la cantidad de pozos del camino a la casa, le reprochó, cualquier sacudida podría haber producido una explosión.

A diferencia de Abal Medina, que había sido un jefe principalmente porteño, cuando se encontró en la cúpula de Montoneros Navarro dejó a su familia en el gran Buenos Aires, se subió a un Peugeot 404 y salió a recorrer el país. «Había grupos en Santa Fe, en Salta y en Corrientes: Fernando nunca llegó a ser jefe de todo eso», recordó Perdía. Si bien la decisión de que Navarro asumiera la conducción «fue de Buenos Aires», nadie la cuestionó porque «el Negro era el articulador nacional a quien todos reconocían como el integrador de distintas experiencias».

Se dejó el bigote, convencido de que el detalle le daba el aspecto de un policía. Si un militar hacía dedo en la ruta, se ofrecía a llevarlo sin dudar: descubrió que así pasaba mucho más tranquilo los controles. Cuando le preguntaban decía ser un viajante que vendía agroquímicos y semillas por los pueblos; tenía muy bien armado su personaje de cobertura.

No siempre andaba solo, sin embargo. Había conocido a Graciela Roldán en la provincia de Santa Fe. *La Petisa*, doctora en leyes, también se destacaba por su osadía probada en los operativos. En las rutas nació una relación amorosa que, vista desde la moral cristiana de los fundadores de Montoneros, resultaba reprochable: él seguía casado con Mateika.

Aunque suene extraño, su fama de mujeriego es una de las razones por las que —se especula— Navarro fue corrido en muy poco tiempo de ese rol de articulador nacional de la estructura de Montoneros.

Hay hechos controvertidos y otros indiscutidos.

Entre los segundos, que el 24 de julio de 1971 Navarro mató a dos policías.

Cerca de la medianoche, con su Peugeot 404 estacionado cerca de la intersección de Díaz Vélez y Ayacucho, en Villa Ballester, Navarro vio cómo se acercaba un patrullero de la policía bonaerense. Del vehículo bajaron el cabo Domingo Moreno y el agente Fernando Cidraque, que le pidieron documentos. El Negro sacó su pistola y disparó.

Pero hay detalles que modifican la historia de manera significativa.

Según la versión oficial de la guerrilla, Navarro tuvo mala suerte. Ese mismo día y en esa misma zona, sin que él lo supiera, la columna norte de Montoneros había robado un banco; en un operativo rastrillo, la policía se topó, por casualidad, con su auto detenido en una esquina. Al distinguir el patrullero, Navarro arrancó, avanzó unos metros y frenó delante de una vivienda; se bajó y simuló que tocaba un timbre. Cuando le preguntaron qué hacía, inventó una historia: como su novia no salía, se había acercado para buscarla. Mostró un documento —posiblemente a nombre de Sergio Santillán o Luis Viscay, sus dos identidades falsas—, dejó que le revisaran el auto y no tuvo otra opción que reaccionar cuando intentaron palparlo de armas: sacó su .38 y mató a los dos agentes. Luego les quitó sus Browning 9 milímetros reglamentarias y se las llevó, junto con una ametralladora que encontró en el vehículo de Moreno y Cidraque.

Sin embargo, según el informe policial, Navarro estaba dentro del auto estacionado en compañía de Mirta Sileki, una mujer de veinticinco años. Sileki quedó detenida por unos pocos días, hasta que demostró su completa ignorancia de las actividades del hombre al que consideraba su novio, quien —descubrió— ni siquiera se llamaba como le había dicho. Si lo que contaba la joven era cierto, el Negro tenía una esposa, Mateika, y al menos dos amantes, la Petisa que lo acompañaba en sus viajes y esta joven que, para colmo, ni siquiera formaba parte de la organización.

Una suma de desprolijidades inaceptables para alguien de su jerarquía.

Los defensores de Navarro desestimaron esta versión como quien se enfrenta a una calumnia y la consideraron: «Indemostrable y no corroborable».

Hasta cierto punto, su fama de mujeriego también aportaba a la leyenda de un carismático morocho de ojos verdes que se hacía tiempo para todo. Pero el jefe máximo de la organización no se podía permitir ese volumen de irresponsabilidad que le atribuían.

El comunicado de Montoneros salvó las apariencias: nadie conocía «a la señorita Sileki» (sugerían que en verdad no existía) y Sabino estaba en esa

esquina «por razones de funcionamiento». Pero el episodio había terminado con la vida de dos oficiales rasos que no hicieron otra cosa que un control de rutina: ¿eran los enemigos de Montoneros? También eso se justificó: «No luchamos contra la policía sino contra el imperialismo y la oligarquía que explota y entrega a nuestro pueblo. Pero toda vez que las fuerzas represivas, verdadera carne de cañón del sistema, se nos crucen en el camino, recibirán el mismo trato».

En una reunión con el resto de la conducción, tras analizar el panorama, se decidió que Navarro se mudaría temporariamente a Córdoba. Él llamó a su mujer y le pidió que lo encontrara en una plaza en Haedo. Le explicó que se ausentaría por un tiempo y ella no le preguntó nada más. Fue la última vez que vio a sus hijos.

El traslado se podía justificar por dos razones: la necesidad de alejarlo de Buenos Aires, donde las fuerzas de seguridad redoblarían los esfuerzos por encontrarlo —tenía pendiente, además, un pedido de captura en la causa por el secuestro y el asesinato de Pedro Eugenio Aramburu— o la importancia de la tarea de reconstruir las redes de Montoneros, dañadas después de La Calera, en una provincia relevante para su historia.

Existe una tercera posibilidad. Navarro ya era conocido en la zona (había liderado una asamblea multitudinaria durante el Cordobazo) y la estructura que iba a recibirlo era muy precaria: la mudanza pudo haber sido también una sanción, si era cierto lo de Sileki.

En cualquier caso, Navarro se instaló en Córdoba. Llevaba un mes cuando tomó otra decisión torpe. Como había sucedido en la ocupación de La Calera, el nuevo jefe de una guerrilla que había sido capaz de ejecutar el *Aramburazo* a la perfección iba a cometer errores de principiante.

Necesitaba tres vehículos para un operativo en la capital provincial y le encargó a la célula que operaba en Río Cuarto los relevamientos de inteligencia para ir en persona a asaltar un estacionamiento.

Por su condición de líder estaba obligado a dar el ejemplo de valentía, pero siempre que el objetivo valiera la pena. No era el caso. «Puso la cabeza en una acción que no tenía mucha importancia», lo justificó Vaca Narvaja, porque el operativo sirvió para mandar un mensaje «a la interna, a los compañeros de la provincia, como para decir: “Vuelvan a salir a operar”».

El 22 de julio de 1971, Navarro y otros tres Montoneros se presentaron en el garaje Echeverría, maniataron al encargado, se llevaron una pickup Peugeot y otros dos autos, y salieron en caravana. Jorge Cottone, un estudiante de medicina de veintidós años que participaba de su primer operativo, avisó a sus compañeros que el auto que manejaba tenía poco combustible. Frenaron cerca de una estación de servicio; y durante la carga de nafta, notaron que la policía los perseguía.

El sereno se había desatado muy rápido de la cuerda con que Cottone, que había recibido un entrenamiento muy liviano, lo había amarrado; llamó a la policía y se subió a un patrullero que comenzó a recorrer la ruta de Río Cuarto a la ciudad de Córdoba. La camioneta recién robada que manejaba Cecilio Salguero recibió el impacto de los primeros tiros, y aunque sus compañeros frenaron brevemente en la banquina para asistirlo, fue el primero de los cuatro en caer, preso en su caso. Los otros tres se juntaron en un único auto, que abandonaron a los pocos kilómetros para internarse en las sierras. Caminaron por un cañadón paralelo a las vías del tren hasta la estación más cercana, Berrotarán. Ahí mismo la policía mató a Juan Antonio Díaz, el Negro, un delegado ferroviario de Río Cuarto y el único que conocía bien la zona.

Navarro y Cottone treparon una tapia y escaparon por los fondos de la cafetería de la estación. Robaron otro auto y avanzaron hasta Santa Rosa de Calamuchita, donde lo abandonaron. Antes de continuar, Navarro exigió un recuento de armas. Cottone cantó una 9 milímetros y dos cargadores; él iba mejor munido: tenía granadas y dos pistolas.

Les faltaban, sin embargo, los elementos que realmente iban a necesitar en la sierra: alimentos y ropa que los protegiera del frío. Era invierno y la temperatura bajaba mucho por la noche.

Sabino nunca había tenido que sobrevivir en una geografía así. A Cottone, criado en la provincia de Santa Fe, le sirvió de poco su experiencia de campamentos en las sierras, que solía hacer desde que se había mudado a Córdoba: casi enseguida cayó en un río y quedó con la ropa empapada. Habría muerto de hipotermia si Navarro no hubiera dormido sobre él para darle calor.

Por el ruido de los helicópteros sabían que los seguían; desconocían, en cambio, que Montoneros también había puesto en marcha un operativo de rescate. Sus compañeros conocían su ubicación casi en tiempo real porque

habían infiltrado a la policía local y contaban con el apoyo del padre de Carlos Capuano Martínez, propietario de enormes campos en la zona. También llegaron guerrilleros desde otras provincias: «Era una locura, una especie de éxodo. Todos querían ir a buscarlo al Negro a Córdoba», recordó Vaca Narvaja. «Pero estaba toda la policía rural, avisada con tiempo de sobra».

Al cabo de seis días, agotados, mal comidos y mal vestidos, Navarro y Cottone resolvieron bajar a Villa General Belgrano, en el valle de Calamuchita, un pueblo sacado de una postal de Baviera. Eran conscientes de que iban a correr un gran riesgo para abordar un micro a Córdoba, pero ya no tenían fuerzas para resistir en las sierras.

Ninguno de los dos supo el nombre verdadero del otro, pero al encontrarse en esa situación extrema se confiaron algunos secretos. Navarro se presentó como hijo y nieto de obreros y le preguntó a Cottone, un joven de clase media, qué lo había acercado a la guerrilla:

—¿Y vos por qué tenés conciencia de clase?

—Lo mío fue más por los libros —le respondió.

Sin revelarles que era el número uno de Montoneros, el Negro le advirtió:

—Yo vivo no voy a caer. Tengo toda la organización en la cabeza: muchos compañeros dependen de mí. Demasiados.

Cottone guardó silencio: sabía que no podía preguntar más. Escuchó una última consideración de Navarro:

—Es que no sé cuánta resistencia tengo a la tortura.

Entraron al pueblo, compraron los boletos (llevar algo de dinero en efectivo formaba parte de la seguridad básica) y subieron a un micro de TOA que hacía el recorrido Río Cuarto-Córdoba. Al cruzar el dique El Molino se toparon con un control policial. Cuando dos oficiales subieron al ómnibus para controlar la documentación de los pocos pasajeros, Navarro sacó su arma. Se produjo un tiroteo y los dos policías salieron heridos. Bajaron todos los demás y en el micro solo quedaron Cottone y Navarro, herido también en un brazo. Llovía y era de noche.

Aunque sangraba mucho, el jefe de Montoneros se ubicó en el asiento del conductor y manejó por un camino de curvas muy cerradas, hasta que rozó con la pared de piedra, perdió el control y chocó con una montaña. Cottone lo ayudó a saltar por la ventanilla. Robaron el auto de una familia que se había acercado a ayudarlos creyendo que habían tenido un accidente,

avanzaron unos kilómetros y cuando Cottone creyó que se dirigían otra vez al monte a pie, Navarro se frenó.

—No puedo seguir más —le dijo—. Andate.

Cottone se negó: le pareció que se desangraba.

—No te voy a dejar. Me quedo con vos.

—Es una orden —la voz de Navarro sonó imperativa.

Solo le pidió, como quien confía su última voluntad, que contactara a sus hijos y les dijera que los quería mucho y que partía tranquilo porque no les faltarían salud ni educación de calidad: tal era su fe en que la revolución triunfaría.

Mientras se alejaba, Cottone creyó escuchar el sonido de dos disparos.

Al día siguiente unos policías lo detuvieron en el cañadón de un río. Dar con el cuerpo de Navarro, en cambio, les llevó un mes. Con la ayuda de un baqueano llegaron a una cueva, donde encontraron el cuerpo recostado sobre una piedra y con una pistola en la mano. El jefe del operativo ordenó que le cortaran las manos para cotejar las huellas dactilares con las que tenían en los archivos policiales: después de tamaña persecución, descartó demasiado rápido otros métodos que podrían haber evitado la mutilación del cuerpo.

La autopsia determinó que Navarro se había matado de un tiro en el corazón. Con toda probabilidad, el 28 de julio de 1971.

Según Vaca Narvaja, Navarro mostró en poco tiempo grandes virtudes para la conducción: «Un tipo muy calmo, muy sereno, transmisor de una gran seguridad, con un sentido común y un olfato político espectaculares». Tanto lo admiró que llamó Sabino a uno de sus hijos. «De los jefes históricos, es uno de los que más se recuerda», dijo. «Está ahí, en un bronce imaginario».

Sentí extrañeza al leer tantos elogios en *Sabino Navarro: pasión revolucionaria*, un libro en tono de homenaje, muy rico en datos novedosos, que Justo Pereira publicó en 2012. Elogios de Vaca Narvaja y también de Perdía, los dirigentes que secundaron a Firmenich en la conducción. Hablaban de su predecesor como fascinados.

Me sonó extraño porque Navarro asoma en la historia de Montoneros como una contrafigura de todos ellos y porque el camino inexorable de Navarro hacia la muerte temprana sigue rodeado de controversias.

En todo caso, así fue como el número dos de Montoneros, Mario Firmenich, llegó a la cúpula de la organización. Allí se quedó hasta su disolución.

También recordé una anécdota que él me había contado en el almuerzo en Sitges, en la que en el momento no había reparado.

Para exorcizar el miedo a la muerte en combate, los comandos operativos, que al principio llevaban los nombres de sus mártires históricos —Comando Juan José Valle, Comando Camilo Torres—, comenzarían a adoptar los de sus propias víctimas a medida que las tuvieran. Jugaban a probar cómo sonaban «Comando Fernando Abal Medina» o «Comando Emilio Maza», y se reían.

—Bromeábamos. Carlos me dijo que no se podía imaginar comandos con los nombres de todos. Por alguna razón que no sabía explicar, me dijo que le sonaba raro un Comando Mario Firmenich —recordó el líder montonero, frente a su plato de pescado.

Ramus parece haber tenido razón: su gran amigo de la escuela perdió muchas cosas por la apuesta guerrillera, pero no la vida.

LOS SABINOS

EL DOCUMENTO DE LOS SABINOS

CRITICA A MONTONEROS DESDE MONTONEROS

El "Documento Verde"

Julio de 1972

LUCHA ARMADA
EN LA ARGENTINA



OceanofPDF.com

Córdoba y Chaco, 1971 y 1972

En un penal de Resistencia, en la provincia del Chaco, donde terminó preso, Jorge Cottone conoció a otros Montoneros llegados de Córdoba. Se había dispuesto un traslado de los detenidos por razones políticas, que se encontraban dispersos por el país, a una misma cárcel. Los alojaron a todos juntos en un pabellón, separados de los presos comunes. Ahí Cottone conoció al grupo de La Calera y con ellos habló por primera vez del final de Sabino Navarro.

En esa situación se gestaría la primera disidencia a la conducción de Mario Firmenich. Se iba a llamar Montoneros/Columna Sabino Navarro.

Los detalles sobre la forma en que había muerto Navarro abonaron el malestar de los presos por la toma de La Calera. «Descubrimos que, aun siendo fundadores, no teníamos nada que ver con los Montoneros militaristas», reflexionó Ignacio Vélez Carreras.

Al recibir su condena en Buenos Aires por el secuestro y el asesinato de Pedro Eugenio Aramburu, Vélez había pedido que lo reubicaran con sus compañeros cordobeses: José Fierro, Luis Losada, Carlos Soratti y Luis Rodeiro, entre otros. Ese núcleo compartía una mirada crítica sobre el rumbo, totalmente volcado a la lucha armada, que había tomado la organización.

Al comienzo los había unido el sentimiento de que estar presos era una desgracia: no comprendían todavía que la detención les había salvado la vida, solo lamentaban no poder pelear más por la revolución. Antes del traslado a Chaco habían vivido, con un asombro que solo les había incrementado la culpa de ser sobrevivientes, una experiencia buena en la Cárcel de Encausados de Córdoba.

El vicedirector, apodado *Papelito*, era un simpatizante peronista y permitía que los condenados —por uso de armas de guerra, material explosivo y uniformes militares para intimidar a la población, daño en dependencias públicas y robo de armas y de dinero— recibieran visitas sin restricciones durante el fin de semana, entre otras ventajas. Parecía sordo cuando los familiares y los amigos se ponían a arrullarlos, bajo las ventanas enrejadas, con sus gritos de «¡Vivan los Montoneros!».

Algunos familiares de presos comunes también se dejaron llevar por el clima de celebración, recordó Vélez Carreras. Se quedó con la imagen de

una señora en silla de ruedas, que se impulsó hacia él, levantó los brazos y le dijo:

—¡No me quería morir sin abrazar a uno de los que hizo justicia con Aramburu!

Con el traslado a Resistencia encontraron mucho tiempo para hablar. Más tarde que temprano parecían caer siempre en un mismo tema: el éxito del *Aramburazo* les había dado una popularidad tan intensa y veloz que, en realidad, les había jugado en contra. En la conducción, encandilada por ese prestigio, persistía el ánimo triunfalista a pesar de las bajas significativas que habían sufrido en pocos meses: Emilio Maza, Fernando Abal Medina, Carlos Ramus, y ahora también Navarro.

Para ellos, en esa saga el ascenso de Firmenich a la jefatura representaba volver a la línea de Abal Medina, el exponente máximo de un modelo de combatiente con una gran audacia militar que había privilegiado la lucha armada sobre el trabajo político. Los cordobeses, en cambio, ponían en duda el evangelio según Régis Debray: descreían de la fórmula cubana, por la cual una vanguardia podía liderar, a través del foco, el camino de la clase obrera a la revolución.

A Vélez Carreras le gustaba pensar que las cosas habrían sido distintas si su amigo Maza no hubiera muerto. Intuía que el Gordo —más formado y reflexivo que Abal Medina— no se habría enamorado tanto del método cubano. Quizás todo tenía que ver con el origen: la célula cordobesa había surgido en medio de la agitación de estudiantes y obreros, con vínculos territoriales con organizaciones de base, mientras que los porteños se habían dado manija entre ellos. Navarro había sido para ellos una suerte de continuidad, efímera, de la línea cordobesa en la conducción.

Nadie cuestionaba la operación contra Aramburu: de ese hecho militar había salido un mensaje político que había conectado con las masas. Era el ejemplo perfecto de una relación virtuosa entre el foco y la propaganda. Pero debió ser un episodio aislado, excepcional: a los cordobeses les parecía que el camino se había desviado demasiado rápido hacia la lucha armada y nada más que la lucha armada. Que la toma de La Calera, al haberlos dejado tan expuestos, los había enterrado más profundamente en la clandestinidad y los había alejado aún más del trabajo político. Que habían quedado aislados, cada vez más desconectados de lo que ocurría en la superficie.

Con el tiempo, Montoneros se estructuró, en gran parte, como una copia del Ejército. Quizás porque los miembros de las células originales habían pasado casi todos por instituciones como Acción Católica, los Boys Scouts o los Liceos Militares: de ahí venía su ADN. O tal vez por la influencia cubana. O por la combinación de ambas cosas.

La organización se dividió en cinco Regionales (Buenos Aires, Conurbano y Capital: Regional 1; Nordeste, con Santa Fe: Regional 2; Córdoba Centro y Noroeste: Regional 3; Cuyo: Regional 4; Patagonia: Regional 5), cada una de las cuales contenía diversas *Columnas*, una unidad más pequeña nombrada según puntos cardinales (Norte, Sur), aunque también existía la del Centro. A su vez, bajo el paraguas de cada Columna, funcionaban Unidades Básicas Revolucionarias (UBR) y Unidades Básicas de Combate (UBC).

Los *aspirantes* se iniciaban en la UBR, recibían adiestramiento militar y, si pasaban un examen, eran promovidos a la UBC; solo entonces quedaban habilitados a participar de operaciones militares.

Los integrantes de las UBC y de las UBR se reunían dos o tres veces por semana en casas operativas. No existía tal cosa como la vida privada. Los jefes de las columnas verificaban dónde, cómo y con quién vivían sus integrantes, para asegurarse de que cumplieran con los «criterios operativos». Era obligatorio informar sobre los contactos con personas ajenas a la organización y respetar las «pautas de la moral revolucionaria». Se enaltecía la figura heroica del combatiente y se desalentaban los debates internos, por aquello de que «las órdenes primero se cumplen y después se discuten».

La compartimentación —el reparto de responsabilidades de manera que ninguna columna tuviera la información completa de los operativos— y el reparto de tareas en unidades especializadas —como Logística, Documentación, Información o Finanzas— resultaba vertical y segmentado; aislaba a la conducción de los militantes de base. Era combustible para el fuego de la militarización.

Desde la cárcel del Chaco, todo ese esquema se percibía como extremadamente rígido. Los presos Montoneros vivían una realidad diferente: pasaban todo el día juntos e intercambiaban ideas de manera horizontal. Así coincidieron en algunas convicciones que los separaron, casi

sin que se lo propusieran, de la organización que habían contribuido a formar.

En el pabellón se vincularon con algunos sobrevivientes del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) de Jorge Masetti, como Federico Méndez y Juan Héctor Jouve, que habían iniciado su propio proceso de revisión del credo revolucionario. Cuando Jouve, por ejemplo, contó que Masetti, al igual que el Che en la Sierra Maestra, había ordenado fusilar a dos miembros del EGP por insuficiente moral revolucionaria, y que él se había negado a acatar esa orden —matar al compañero no le parecía razonable—, los Montoneros cordobeses reconocieron un dilema similar que habían enfrentado poco antes del secuestro de Aramburu. Alguien que manejaba mucha información había desertado, y uno de los responsables había propuesto que fuese eliminado por la seguridad del conjunto. No lo habían hecho. Pero con la acelerada militarización, temían —con razón— que ese límite se hubiera traspasado.

Ellos sí comprendieron que Pepe Fierro hubiera entregado bajo tortura los datos que habían ayudado a que los detuvieran. Siempre supieron que, después de la toma de La Calera, la policía llegó a la casa de Los Naranjos gracias a la información que le había extraído a Fierro.

En Los Naranjos murió Emilio Maza y fue herido Vélez, cayeron las fichas con datos valiosos de casi todos los militantes y el permiso a nombre de Norma Arrostito: un desastre que casi terminó con Montoneros. Pero al grupo de La Calera igual le pareció injusto culpar a Fierro. Entendió que si algo había fallado era la organización que dejó ver la ubicación de la casa al salir manejando un vehículo, sin que nadie advirtiera el peligro, y que Maza había fallado al elaborar las fichas. En definitiva, que se había producido una falla colectiva.

Antes de morir, en el año 2011, Fierro tuvo un gesto que Losada, detenido con él en Villa Rivera Indarte, agradeció por siempre: contó públicamente, en una entrevista, que la técnica del submarino lo había doblegado. Sus compañeros ya lo sabían, pero Losada sintió que Fierro lo había liberado de cualquier sospecha, personalmente, para siempre.

Pero si los cordobeses iban elaborando así su perspectiva, entre los porteños, en cambio, los requerimientos de la lucha armada habían provocado un doble efecto nocivo: la desconexión del mundo exterior y la rigidez hacia adentro, evaluó Vélez Carreras. El simple hecho de plantear alguna crítica, ni tan siquiera una disidencia, pasó a ser signo de debilidad,

de falta de convicción. Los méritos se medían según esa vara. «Los más audaces, los más jugados, los más valientes en el combate eran los mejores cuadros» y así «ascendía el más audaz, el más fierrero»: serían ellos los encargados de llevar adelante la vanguardia. Para los cordobeses, en cambio, ese papel debía tocarle al «pueblo organizado».

A la discusión interna se sumaba la necesidad de evaluar el cambio radical de escenario que se veía venir: la vuelta de Perón a la Argentina ya no parecía imposible. En marzo de 1971 Alejandro Lanusse había concretado su ambición de pasar de ser el jefe del Ejército a gobernar el país. Promovía un plan de apertura política no tan distinto al que había imaginado Aramburu sobre el final de su vida.

Al cabo de más de quince años de proscripción del peronismo, el país era una olla a presión. Lanusse levantó la prohibición de los partidos políticos y llamó al Gran Acuerdo Nacional, el GAN, con una gran novedad: por primera vez desde 1955 incluyó al peronismo en la convocatoria al diálogo.

Como primer gesto, contundente, de buena voluntad, organizó la devolución del cadáver de Eva a Perón. A dieciséis años de haberle perdido por completo la pista, Perón recibió el cuerpo en su residencia de Puerta de Hierro, en Madrid, en septiembre de 1971.

Convocó a Pedro Ara, el médico que la había embalsamado, para que corroborara que se trataba de la momia original. Cuando las dudas quedaron despejadas, José López Rega le sugirió a Isabel Perón que pasara al lado de ella todo el tiempo que pudiera, como si por un embrujo pudiese ser la receptora del carisma de esa mujer que le hacía sombra. Con Perón enfermo y a punto de cumplir setenta y seis años, López Rega pensaba en la siguiente jugada.

La posibilidad cierta del regreso sacudió a todos.

Perón dudaba de las intenciones de Lanusse, pero también empezó a desconfiar de Jorge Paladino, su representante personal. Como temía que sellara un acuerdo a sus espaldas con los militares, lo relevó y en su lugar designó a Héctor Cámpora.

Los Montoneros, a su vez, recelaban de las intenciones de Perón: ¿los usaba para negociar una salida electoral que iba a dejar a la guerrilla fuera del esquema de poder?

En la mirada de los presos de La Calera, el rol de las «formaciones especiales» que Perón les había asignado era una trampa: los encasillaba como brazo armado, los privaba de cualquier juego político. Veían en el

peronismo una referencia obligada para cualquier proyecto que buscara modificar la estructura productiva del país, por la identidad de la clase obrera, pero notaban las contradicciones del movimiento y no creían que el vetusto general fuese a inclinar la balanza en la dirección que ellos pretendían. A fines de 1970 habían sabido del coqueteo de Firmenich con un dirigente sindical del peronismo nacionalista de derecha, *el Turco* Julio Antún, y se molestaron: no era un precio que estuviesen dispuestos a pagar para convivir en un mismo espacio.

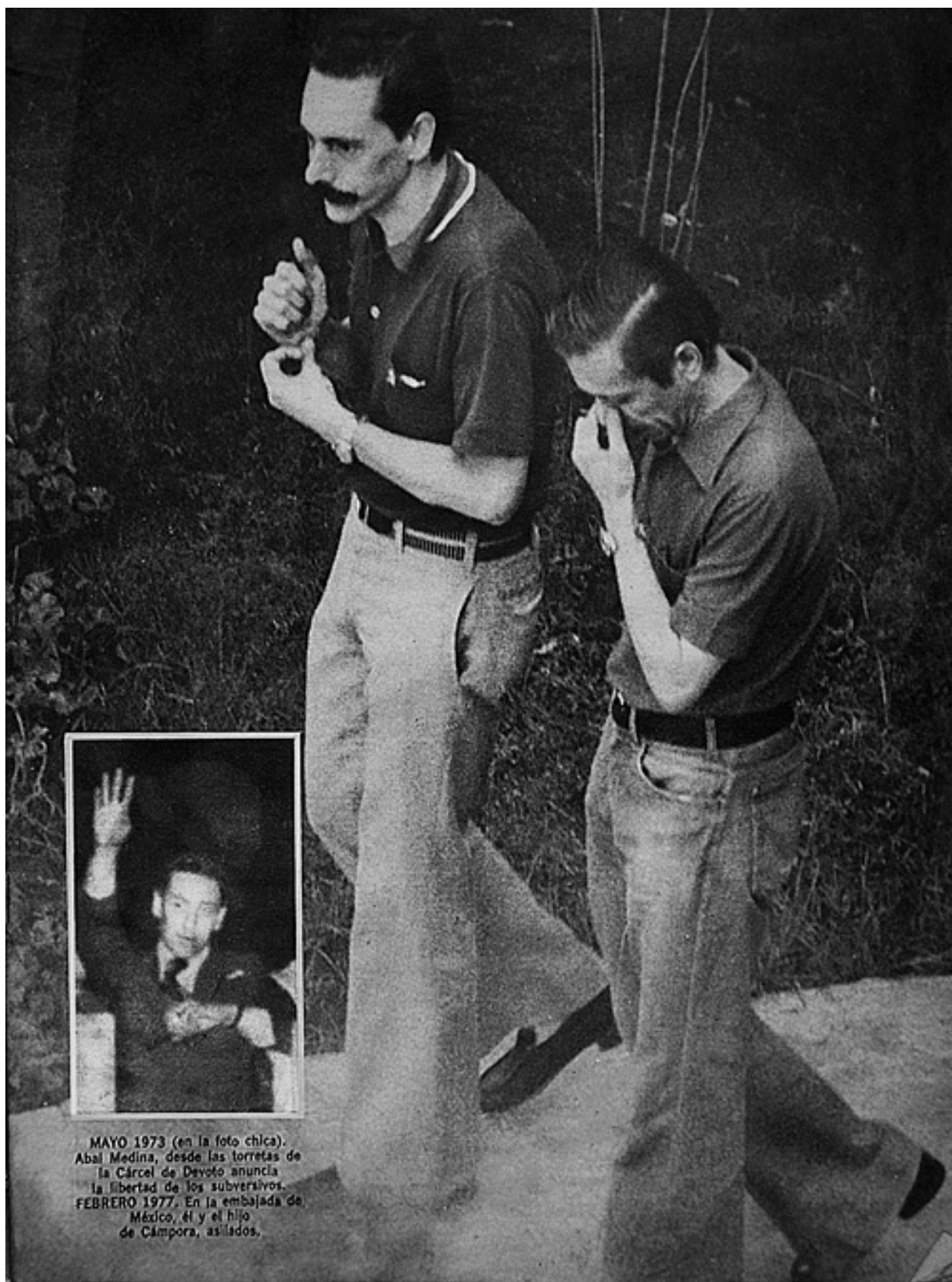
Rodeiro fue la persona eligida para darle a esas críticas la forma de un documento, que se llamó, en un primero momento, «Crítica a Montoneros desde Montoneros». Pero Firmenich no abrió espacio al debate: les mandó a decir que no lo haría circular internamente y que los que habían perdido sentido de la realidad, porque estaban aislados en la cárcel, eran ellos.

Así nacieron los Sabinos.

OceanofPDF.com

EL HÉROE ACCIDENTAL





MAYO 1973 (en la foto chica).
Abal Medina, desde las torretas de
la Cárcel de Devoto anuncia
la libertad de los subversivos.
FEBRERO 1977. En la embajada de
México, él y el hijo
de Cámpora, asilados.

Juan Manuel Abal Medina con Héctor Cámpora y José Rucci, 1972.
Abal Medina y Pedro Cámpora, asilados en la embajada de México en Buenos Aires.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, julio de 2016

Juan Manuel Abal Medina asumió de por vida el peso político de llamarse así. Luego de su despedida barroca a Fernando y Carlos Ramus en el cementerio de la Chacarita, adoptó al peronismo como su principal identidad, siguió en contacto con militares nacionalistas y, gracias a su personalidad versátil y conciliadora, trabó buena relación con los sindicalistas ortodoxos también. Juan Domingo Perón reparó en el potencial de ese joven que se movía con tanta fluidez entre las distintas corrientes en pugna y lo designó secretario general del Movimiento Justicialista en el año 1972. Tenía veintisiete años.

«Su apellido despierta los ecos más emocionantes», le dijo Héctor Cámpora, después de haber sucedido a Jorge Paladino como delegado personal de Perón.

Juan Manuel, en rigor, nunca fue parte de Montoneros ni de otra agrupación armada, pero igual se convirtió una suerte de heredero político de la carga simbólica que le quedó adherida y la moldeó a su estilo.

Perón seguramente valoró las puertas que el apellido de Fernando le abría entre los jóvenes a los que llamó sus «formaciones especiales», pero apreciaba aún más la relación fluida del hermano con los militares nacionalistas y con los sindicalistas de los cuales los Montoneros recelaban, como Lorenzo Miguel o José Ignacio Rucci. Juan Manuel me contó que solía juntarse con ellos a comer pasta casera en el departamento de los padres de Antonio Cafiero, en Carlos Pellegrini al 700.

Cuando lo conocí había regresado a Buenos Aires de apuro y para siempre, después de vivir muchos años en la ciudad de México. A comienzos de 2014 había sufrido una crisis respiratoria severa por un enfisema pulmonar y los médicos le advirtieron que no podía pasar ni un día más a dos mil doscientos metros de altura.

Mientras pudo, me recibió en un piso de un edificio antiguo, con techos altos y pisos de madera, en las avenidas Córdoba y 9 de Julio, cerca del Obelisco de Buenos Aires. La primera vez que entré a su despacho estaba sentado junto a un tubo de oxígeno, con una cánula conectada a su nariz. La enfermedad pulmonar obstructiva crónica, el EPOC, causada por el tabaquismo —había fumado muchísimo a lo largo de su vida— se había agravado por una condición genética. Me habló de su dolencia con detalles y sin dramatismo.

Enseguida pasamos al tema que me llevó a contactarlo: la *muerte* de Aramburu —como él y su familia preferían designarla— que tanto le había alterado la vida, incluso más que al resto de los Abal Medina.

Primero sufrió cambios en el plano cotidiano.

A las pocas semanas del entierro de Fernando, una bomba estalló en la casa familiar, en el ascensor que unía las dos plantas. Los padres, el hijo mayor, Antonio, y los tres chicos de Juan Manuel y su mujer Cristina salieron ilesos, pero la estructura se dañó y no pudieron seguir viviendo en Monserrat.

Luego se quedó sin empleo: trabajaba en una constructora que no quería correr el riesgo de que le revocaran sus contratos de obra pública con el gobierno militar. Antonio padre también perdió a casi todos sus clientes, de un círculo bastante antiperonista. La mancha de Montoneros no siempre resultaba fácil de sobrellevar.

El episodio, finalmente, transformó sus ideas políticas.

Al saber que su hermano era buscado por el crimen, Juan Manuel sintió la necesidad de hacer una investigación personal para comprender mejor su decisión.

Llegó a tener un contacto mínimo con Fernando durante los tres meses que pasó entre escondido y prófugo. Antonia Canizzo, una amiga de la familia que había participado en el acto del Comando Camilo Torres en la catedral metropolitana, actuó de intermediaria. Gracias a ella cruzaron varios números de teléfono; Fernando llamó a uno y avisó que una hora más tarde llamaría a otro. Se escucharon las voces; se dijeron casi todo con pocas palabras:

—¿Es cierto lo que dicen?

—En general, sí.

Esa confesión no lo sorprendió por completo, me comentó Juan Manuel.

—En casa sabíamos que Fernando andaba en los sectores duros del peronismo. A mí llegó a decirme que estaba en cosas difíciles, pero no mucho más. Yo algo sospechaba, porque desaparecía de repente, porque los comunicados de Montoneros me sonaban familiares...

Había sido compinche de su hermano, solo dos años menor que él. A los dos les gustaba mucho la política. Cuando la pelea entre Perón y la Iglesia marcó al hogar como antiperonista, los dos habían quedado circulando por los grupos nacionalistas de derecha.

Juan Manuel militó brevemente en Guardia Restauradora Nacionalista, la agrupación del cura antisemita Julio Meinvielle que se había desprendido del Movimiento Nacionalista Tacuara: era también de ultraderecha pero sumaba un perfil antiperonista del que Tacuara carecía. Eso fue antes de su conversión al peronismo, cuando escribía notas sobre rugby en el diario *La Nación* y editaba un periódico, *El Federal*. Hasta que a comienzos de 1966 se sumó a *Azul y Blanco*, aquella publicación de Marcelo Sánchez Sorondo.

La revista apoyó el golpe de Juan Carlos Onganía, pero se distanció cuando el ministro de Economía Adalberto Krieger Vasena —que también lo había sido del gobierno de Aramburu— hizo el primer acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI). Ellos eran antiimperialistas. Tampoco querían que Alejandro Lanusse, el jefe del Ejército, de la línea más liberal, fuese el sucesor de Onganía. Tenían un candidato, un general llamado Julio Labanca, y conspiraban en el Círculo del Plata, una tertulia para militares y nacionalistas que Sánchez Sorondo animaba a fines de 1968. El director de *Azul y Blanco* llegó a escribir una proclama que las radios iban a leer apenas Labanca controlara los cuarteles, pero ese acontecimiento nunca se produjo: el levantamiento fracasó.

Quedó, no obstante, un hecho curioso, que despertó muchas suspicacias: Fernando Abal Medina había prestado su voz para aquella grabación.

—Fue una casualidad —empezó a contarme Juan Manuel—. Fernando frecuentaba el Círculo del Plata. Le llegué a ofrecer que se hiciera cargo de la librería que pensábamos abrir ahí mismo, porque era muy líder y había cautivado a Sánchez Sorondo... Cuando grabamos la proclama en un aparato de esos antiguos, un Geloso, las primeras pruebas salieron muy mal. Entonces probó Fernando. Y quedó su voz.

Aunque Juan Manuel no lo supiera entonces, Fernando no solo formaba parte del Comando Camilo Torres nacido en *Cristianismo y Revolución* con García Elorrio, sino que ya estaba por ir a entrenar a Cuba con los veteranos del Ejército Rebelde.

Cuando se conoció quiénes estaban detrás de Montoneros, muchos medios confundieron las trayectorias de los hermanos. Así le atribuyeron a Fernando un paso por Tacuara que nunca tuvo, y también los buenos contactos de su hermano Juan Manuel con los generales nacionalistas católicos que conspiraban contra Onganía.

Lo cierto es que ninguno de los dos guardaba simpatía por Aramburu, me aclaró: «Siempre me pareció una figura nefasta».

Con el crimen, Juan Manuel se conmocionó como cristiano —igual que sus padres y sus hermanos de Acción Católica— pero le encontró una explicación:

—Si bien la violencia no es justificable desde ningún punto de vista, tuvo un enorme eco favorable en el peronismo, que se sentía jaqueado. La respuesta a la violencia del régimen era inevitable.

Los dirigentes Montoneros que sobrevivieron a Fernando sintieron que podían confiar en Juan Manuel, o cedieron ante la insistencia de Arrostito, quien pidió permiso para contactarlo: quería llorar con alguien cercano la pérdida de su amor.

—Fue una cita muy compartimentada —evocó Juan Manuel, con el lenguaje de aquella época.

Le indicaron que tomara un tren hasta una estación en la zona sur del conurbano, donde un auto lo llevaría hasta una casa operativa con los ojos tapados. Al abrirlos en el destino encontró a Arrostito. Lucía muy abatida y a la vez ansiosa por llenar los huecos de la vida de Fernando que su hermano desconocía, como el viaje a La Habana.

—¿La volvió a ver? —le pregunté.

Se puso de pie, tomó el tubo de oxígeno y caminó hacia una puerta; me pidió que lo siguiera. En la otra sala buscó un papel y lo tendió sobre la mesa. La fotocopia parecía una carta, pero no tenía destinatario ni firma.

—Norma me la mandó poco después.

Es decir, cuando todavía era la mujer más buscada del país.

«Siempre que te sea posible y lo creas conveniente», le pedía Arrostito, le gustaría recibir «algunas interpretaciones de tu propio cuño y la mayor cantidad de chismes posibles». Debía ser «en forma verbal»: cualquier «papelito» podía ser peligroso. «Supongo que no tendrás tiempo de meditar sobre las profundas motivaciones éticas, religiosas, morales y políticas que impulsan nuestro accionar, y también el tuyo, y que han hecho posible que muchos caminos se tocan en esta coyuntura tan especial».

Aunque provenía de la izquierda, ella parecía haber entablado una complicidad política con su cuñado. Comparó la fama repentina de Juan Manuel con la del personaje central de la novela más vista de la época: «¿Cómo te sentís ahora que sos tan popular como *Rolando Rivas, taxista?*», le preguntaba. «No hay un solo día en que prenda el televisor y no me encuentre con tu gesto tremendamente adusto».

Dialogaba con dirigentes de la izquierda nacional (con quienes compartía el antiimperialismo) y del sindicalismo combativo asociado a Raimundo Ongaro, pero mucho más con Norma Kennedy, en aquellos años una figura emblemática del otro extremo. Kennedy tuvo un recorrido peculiar: luchó contra las fuerzas anticastristas en Cuba, fue «la primera mujer —según escribió Horacio Verbitsky— que empuñó una ametralladora en un operativo político» en Argentina y terminó asociada a grupos violentos de la ultraderecha.

Su figura creció tanto en los meses siguientes que ocupó un rol central en las tratativas para el primer regreso de Perón a la Argentina, un viaje breve de noviembre de 1972, cuando se palpitaba el regreso definitivo del expresidente derrocado, el levantamiento de la proscripción impuesta por Aramburu en 1956 y el fin del régimen militar.

Horas antes de volver por algunos meses a Madrid, Perón le confió a su nuevo secretario general el mayor de los secretos que guardaba: había elegido a Cámpora como candidato para las elecciones a las que había convocado Alejandro Lanusse. Perón, seguro de su discreción, le pidió que no lo dijera hasta que su avión estuviera en vuelo. Juan Manuel no le falló: sabía a quién le debía lealtad y eso le traería muy pronto problemas con los herederos políticos de su hermano.

—Mi objetivo era lograr el regreso de Perón.

—¿Hasta ahí?

—Para mí, terminaba ahí.

La Juventud Peronista (JP) intentó conmemorar dos veces en el Día del Montonero, que se había instituido el 7 de septiembre, aniversario del tiroteo en William Morris: en 1971 y en 1972. Pero las dos convocatorias a un acto frente a La Rueda —la pizzería en la que habían caído Fernando y Ramus— habían fracasado debido a la clandestinidad en la que todavía se movían los militantes. El primer regreso de Perón envalentonó a la JP y el 3 de diciembre del mismo año de la última tentativa fallida, aun en dictadura pero con el proceso electoral en marcha, dos mil jóvenes peronistas llegaron hasta el lugar para dejar una ofrenda de flores.

Se dijo que Juan Manuel los acompañó, pero él me aclaró:

—Fue una locura de (Rodolfo) Galimberti. Cuando me enteré, ya era demasiado tarde y no la pude frenar. Pero no participé.

Asistieron, en cambio, más de doscientos policías y militares a los que Lanusse había ordenado que reprimieran. Entre carros de asalto y gases lacrimógenos comenzó la persecución a los manifestantes, que se defendieron arrojando piedras. Encendieron barricadas; se replegaron hasta la estación del tren, donde quemaron un vagón. En medio del caos, la policía asesinó a un estudiante secundario, Ramón De Césaris.

En ese acto que terminó en tragedia las columnas cantaron: «¡*Ramus, Medina!* / ¡*La lucha no termina!*». También le dedicaron unas líneas a Juan Manuel: «*Abal Medina, / Abal Medina, / la sangre de tu hermano / es fusil en la Argentina*».

¿Era una consigna amistosa o una suerte de advertencia? Los Montoneros se guardaron esa carta y al cabo del tiempo la dieron vuelta: le cantaron «*Abal Medina/ Abal Medina/ la sangre de tu hermano/ se negocia en Argentina*».

—¿En algún momento dolió el reproche de los compañeros de su hermano? —le pregunté.

—Siempre fui un hombre de la burocracia sindical para Montoneros, y un zurdo para la derecha.

Hablábamos por teléfono, un par de años después de nuestro primer encuentro. Prefería eso en lugar de una cita en su oficina: la enfermedad había avanzado, pasaba muchas horas al día con una máscara de oxígeno y apenas si salía de su casa una vez a la semana.

Su amabilidad seguía intacta, como su capacidad para evocar el detalle y esa suerte de pacto con la historia o con la memoria de su hermano —en cierta medida, también base de la suya también—: nunca iba a condenar la operación fundante de Montoneros. Nunca usaría las palabras *crimen* o *asesinato* para hablar de lo que hizo Fernando.

Ya me lo había aclarado la primera vez que nos encontramos en su oficina:

—*Crimen* es un término que nosotros no usamos.

Lo dijo así, en plural.

Quise estar segura y volví a sacar el tema. Me llamaba la atención que después de tantos años sostuviera una postura idéntica a la de Mario Firmenich. Entonces me contó que una única vez había hecho una excepción. La tenía muy presente:

—Fue en una entrevista que me hicieron en el año 1983.

—Plena transición a la democracia, mientras se buscaba dejar atrás la violencia política —acoté.

—Sí. En ese momento me pareció importante. Dije que, de no haber estado mi hermano involucrado, no hubiese tenido el mismo juicio.

Se hizo un silencio y agregó:

—Dije que, en definitiva, un crimen siempre es un crimen.

OceanofPDF.com

LA AMNISTÍA

EL DESCAMISADO EXTRA

14 DE MARZO DE 1973 - \$ 2.-

FICHADO

**11 de Marzo, Atlanta.
Cipolletti. Santa Fe. Tucumán.
Miles de peronistas
movilizados y organizados
al año del
triunfo popular, bajo
la conducción de los
hijos legítimos de
la Resistencia.**



Montoneros



Mario Firmenich, conducción de Montoneros.

Banderas de organizaciones políticas cuelgan de las paredes de la cárcel de Villa Devoto.

OceanofPDF.com

*¡Qué lindo, qué lindo
qué lindo que va a ser
el Hospital de Niños,
en el Sheraton Hotel!*

Buenos Aires, 25 de mayo de 1973

Mientras se vestía para asistir a la asunción de Héctor Cámpora, Juan Manuel Abal Medina recibió una llamada de Julio Mera Figueroa. El diputado estaba frente a la puerta de la cárcel de Villa Devoto, donde los detenidos por causas políticas de distinta índole se disponían a recuperar la libertad.

«Los presos habían salido de sus celdas y estaban medio sueltos dentro de la cárcel. Había mezclados presos comunes también», recordó en una de nuestras charlas. Intentó localizar a Cámpora pero solo dio con Esteban Righi, quien iba a asumir como ministro del Interior y prometió ubicar al presidente:

—Tratá de aguantar. Voy a buscar al Tío.

Pero ya no dependía de él: la situación en las calles era insostenible.

Cámpora había ganado las elecciones del 11 de marzo de 1973 con casi el 50% de los votos, pero su poder era delegado. Alejandro Lanusse —el último de los tres presidentes de facto de la llamada Revolución Argentina, detrás de Juan Carlos Onganía y Roberto Levingston— había levantado, por fin, la proscripción del peronismo. Sin embargo, Perón no pudo ser candidato, por no cumplir con los requisitos de tiempo de residencia en el país que fijó Lanusse.

«Cámpora al gobierno / Perón al poder» fue la fórmula ganadora.

Los Montoneros se sintieron acreedores de ese triunfo. Las grandes dificultades que debió enfrentar Mario Firmenich cuando se hizo cargo de la conducción ya eran parte del pasado: la juventud de espíritu revolucionario nunca había contado con tantos seguidores.

Después de superar sus dudas, la guerrilla peronista se había comprometido con el proceso electoral y había puesto su poder territorial al servicio de la campaña del *Luche y Vuelve* que llevó a Cámpora a la presidencia. Obtuvo a cambio importantes espacios de poder. La presencia de aliados Montoneros en ministerios, listas de legisladores nacionales y gobernaciones (Oscar Bidegain en provincia de Buenos Aires y Ricardo

Obregón Cano en Córdoba, entre otros) expresaban el vínculo entre el Tío y las formaciones especiales.

En las calles había fotos de los mártires de la causa: Carlos Ramus, Fernando Abal Medina, Emilio Maza; la presión de las columnas de Montoneros, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que exigían la inmediata liberación de sus militantes presos, se hacía sentir. Cámpora les había prometido una amnistía generosa y no iban a esperar.

«Ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos» era la consigna que había agitado desde la Tendencia Revolucionaria, el nombre general que contenía a las organizaciones sindicales, estudiantiles y sociales que se referenciaban en Montoneros. Bajo el mismo paraguas habían proliferado agrupaciones como la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), la Agrupación Evita (AE), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), el Movimiento Villero Peronista (MVP).

El tema de los presos era un asunto especialmente sensible.

Todavía se percibían como demasiado frescos los sucesos que siguieron a la fuga de la cárcel de Trelew, en la provincia de Chubut. En agosto de 1972 un puñado de detenidos de alto perfil de distintas organizaciones guerrilleras (Mario Santucho, Fernando Vaca Narvaja, Roberto Quieto y Enrique Gorriarán Merlo entre ellos) había escapado de ese presidio y desviado un avión a Chile, donde el gobierno socialista de Salvador Allende les dio un salvoconducto para seguir hasta Cuba. Los demás, que pensaban fugar con ellos, quedaron varados en el aeropuerto por una falla en la planificación del operativo. Si se entregaban, no habría represalias, prometieron las autoridades, y se entregaron. A las pocas horas, dieciséis presos eran ejecutados ilegalmente en un centro de la Armada. Entre ellos estaba Susana Lesgart de Yofre, la cordobesa que había participado de la toma de La Calera, luego a cargo de Montoneros en la provincia de Tucumán, de veintidós años.

Para evitar nuevas fugas, el régimen de Lanusse ordenó que los presos alojados en la cárcel de Resistencia se juntaran con los que habían sobrevivido en Trelew. Los subieron esposados a un avión militar Hércules en plena noche y volaron atados a unos caños, con la cabeza entre las piernas, hasta la base naval Almirante Zar. Ignacio Vélez Carreras y los

demás Montoneros que viajaron con él temieron que los fusilaran también. Los militares no llegaron a tanto: los desnudaron, les revisaron incluso los genitales y los alojaron en celdas individuales hasta que el contexto externo empezó a cambiar.

Los volvieron a trasladar pocas semanas antes de las elecciones que iba a ganar Cámpora, esa vez a la cárcel de Devoto, en la ciudad de Buenos Aires: señal de que estaban más cerca de recuperar la libertad. Vélez Carreras fue a parar en una celda con el poeta montonero Francisco Urondo, que recibía visitas ilustres, como la del escritor Julio Cortázar, que vivía en París. Ahí mismo, Urondo alcanzó a entrevistar a tres sobrevivientes de las ejecuciones de Trelew y en base a esos testimonios escribió un libro, *La patria fusilada*.

A pocas horas de que Lanusse le entregara la banda presidencial a Cámpora, otro contingente llegó a Buenos Aires. Los presos volaron en una aerolínea comercial, acompañados por diputados electos de la Juventud Peronista, y el comandante los saludó con una frase que parecía inaugurar un cambio de época: «Austral Líneas Aéreas les da la bienvenida a los patriotas». Al final, entre cuatrocientos y quinientos miembros de organizaciones guerrilleras y activistas iban a resultar beneficiados por una amnistía a los delitos cometidos por móviles políticos, sociales, gremiales o estudiantiles».

Mera Figueroa con Héctor Sandler (aquel amigo de Aramburu, electo legislador en una alianza política) y otros diputados se habían acercado a Devoto para evitar males mayores, pero los detenidos querían salir enseguida, y los familiares y los militantes, en la calle, querían verlos salir sin más dilaciones.

Righi se negó a reprimir, por lo que alrededor de las 9 de la noche se ordenó la liberación inmediata de los detenidos por razones políticas. Se improvisó una lista de los que iban a ser beneficiados y Cámpora debió firmar a las apuradas una simple acta: no alcanzó ni a darle forma de indulto, una facultad del Poder Ejecutivo a la que se podía acudir en el mero acto de la firma de un decreto.

Una multitud había rodeado la cárcel de Devoto al grito de consignas impacientes: «¡Abran, / carajo, / o la tiramo' abajo!» o «Reviente quien reviente, / libertad a los combatientes». Adentro, los pabellones estaban tomados; los guardias ya nada podían hacer, los habían despojado de sus armas horas atrás. En ese gran desorden los dirigentes apenas podían

verificar los nombres en la nómina de los indultados. Abal Medina, que se había acercado para colaborar, sumó otras preocupaciones.

—Cuando salieron los del [Ejército Revolucionario del Pueblo] ERP, formados militarmente y saludando con el puño en alto, pensé: «Esto no viene bien» —recordó.

Mientras los presos salían «de manera bastante anárquica», Abal Medina entró en la celda que Vélez Carreras compartía con Urondo.

—Yo lo había visto en las audiencias del juicio de Aramburu, pero él no me conocía a mí. Cuando me vio me dio un abrazo —recordó Abal Medina.

—Es que lo vi entrar y era igual a Fernando: me emocioné —me contó, por su parte, Vélez.

No faltaba tanto para que se hicieran buenos amigos.

A la medianoche la policía llegó a las inmediaciones de la cárcel de Devoto, se enfrentó con las columnas del ERP y dos jóvenes militantes murieron por la represión: Carlos Sfeir, de diecisiete años, miembro de Vanguardia Comunista, y Oscar Lisak, de dieciséis, de Juventud Peronista.

Los Montoneros habían celebrado la liberación de los suyos en la sede del Partido Justicialista, sobre avenida La Plata, donde los esperaba Mario Firmenich en persona. A Vélez Carreras le causó gran impresión salir de la cárcel y ver a sus compañeros «farolear con las armas»: lo quisieron arrastrar al local de Avenida La Plata, por su condición de veterano de la Operación Pindapoy, pero se negó. No se sentía parte de esa fiesta, que iba a durar poco y sabía a borrachera.

Salvador Allende y el presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, habían llegado a Buenos Aires como invitados especiales a la asunción de Cámpora.

Esa efervescencia de las fuerzas de izquierda no se daba en el contexto de una crisis económica: aunque a la distancia suene curioso, se produjo al cabo de una década de crecimiento sostenido.

Según el sociólogo Daniel Schteingart, aquella Argentina atravesada por la violencia política mostraba indicadores de relativo bienestar. Había movilidad ascendente, el poder adquisitivo de los trabajadores subía, la pobreza alcanzaba al 11% de la población, la más baja de la que se tenga registro. El país no exportaba solo materias primas: el 25% de lo que le vendía al mundo eran manufacturas. Hasta 1975, cuando la tendencia

comenzó a revertirse, existía un desarrollo no demasiado distante de algunos países europeos.

Pero el crecimiento capitalista en democracia no era suficiente para los jóvenes que querían la revolución socialista, y la veían a la vuelta de la esquina.

—Dorticós, Dorticós / el pueblo está con vos —le cantaron las columnas de guerrilleros en las calles de Buenos Aires al enviado de Fidel Castro.

Los cubanos seguían sin entender al peronismo pero creían que Cámpora podía ayudar a que Allende, asediado por los militares y el gobierno de los Estados Unidos, no quedara tan aislado en la región. Con un perfil más bajo, Régis Debray también viajó a observar el proceso que a sus ojos podía iniciar una etapa revolucionaria en la Argentina, con el protagonismo de grupos entrenados en Cuba por veteranos del Ejército Rebelde del Che Guevara que habían estudiado sus textos.

En ausencia de otras fuerzas de seguridad, los Montoneros habían tomado a su cargo la seguridad de la Casa Rosada durante la ceremonia del traspaso de mando.

—Se van / se van / y nunca volverán —le gritaron a Lanusse en el Salón Blanco de la Casa Rosada.

El Arzobispo de Buenos Aires, Antonio Caggiano, observó la escena en silencio y absorto: jamás imaginó que el grupo que interrumpió su sermón en la Catedral en el año 1967 podía llegar a acumular tanto poder.

El gobierno de Cámpora resultó muy breve. Renunció al cabo de cuarenta y nueve días para poner a funcionar la ley de acefalía, convocar otra vez a elecciones y que pudiera asumir directamente Perón. En ese breve lapso, el Congreso alcanzó a tratar una amnistía que formalizó la decisión que Cámpora había tomado a las apuradas, y benefició —entre otros— a todos los condenados y prófugos de la causa por el secuestro y el crimen de Aramburu.

Con esa ley —superior a un indulto, porque condona el delito y no solo la pena— Vélez Carreras, Carlos Maguid y el cura Alberto Carbone quedaron libres de culpa y cargo. También quedaron sin efecto los pedidos de captura de Norma Arrostito, Mario Firmenich, Carlos Falaschi y Rubén Portnoy: todos fueron sobreseídos. Por fin la Cámara Federal en lo Penal de la Nación, *el Camarón*, aquel tribunal con poderes extraordinarios que los había juzgado, terminó disuelto.

Con la situación penal resuelta, a los integrantes de las células originales de Montoneros que habían sobrevivido a esos meses tan agitados les quedaban asuntos pendientes entre ellos. Algunos estaban distanciados desde que Firmenich se había negado a permitir que circulara de manera orgánica la crítica de los presos de La Calera a la dirigencia, pero aún no habían roto formalmente.

Vélez Carreras había recibido de su abogado Eduardo Luis Duhalde una carpeta de cartulina verde que contenía el texto que le habían pasado desde la cárcel, en papelitos redactados por Luis Rodeiro, ahora prolijamente tipeado en una máquina de escribir. Los autores de ese «Documento verde» viajaron a Córdoba, donde se había instalado la conducción con Firmenich. Antes que con él se reunieron con Graciela Doldán, quien había acompañado a Sabino Navarro cuando recorrió el país —una relación de militancia que también había sido amorosa—, y en una asamblea decidieron sumarse a la Columna Sur que ella lideraba: la Norte estaba a cargo de Firmenich.

En un último intento por conciliar, Firmenich y Vélez Carreras se encerraron a conversar solos durante horas.

—Una frustración total. Estuvimos en la casa de mi vieja, que no sabía quién era el otro. Discutimos muchísimo. A mí me costaba mucho romper con la conducción, me daba pena y dolor. Por los muertos... —rememoró Vélez.

No hubo caso. Saltaron diferencias irreconciliables. No se ponían de acuerdo en las valoraciones del pasado, y mucho menos en el análisis del porvenir.

La renuncia de Cámpora modificó sustancialmente la relación de fuerzas dentro del movimiento justicialista. Con Isabel Perón como compañera de fórmula y con su aliado incondicional, José López Rega, que también era ministro de Bienestar Social, ganaron espacio los sectores más reaccionarios.

Algunos Montoneros eligieron permanecer dentro del peronismo y formaron la JP Lealtad. La conducción evaluó que no quedaba otro camino que la confrontación abierta con Perón, ahora sin intermediarios. Con las armas como recurso preferente de resistencia, la militarización asomaba como su apuesta para medir fuerzas: el camino que los Sabinos más objetaban.

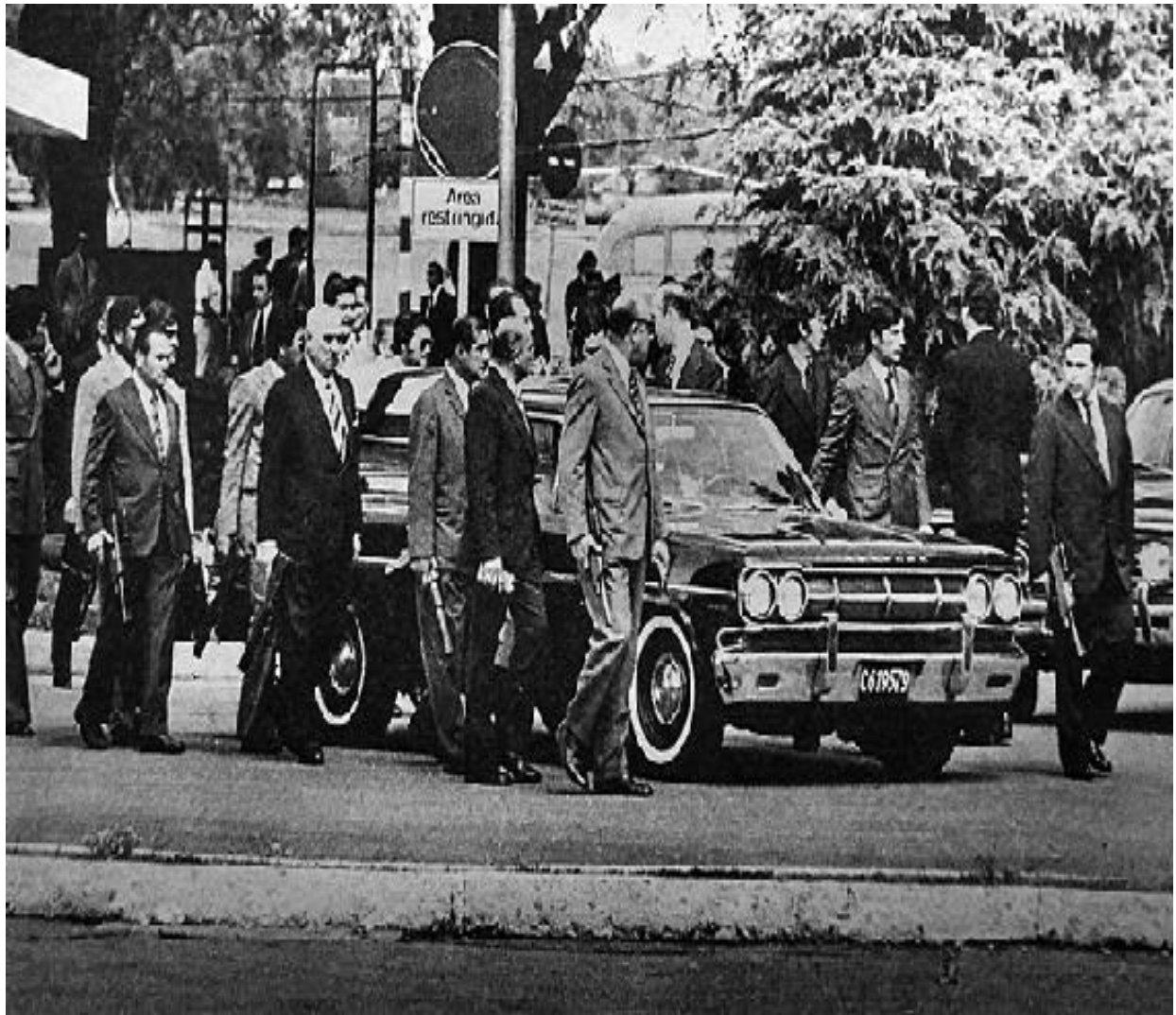
Así, la separación se dio en malos términos.

La conducción degradó a los expresos de La Calera y, en un intento por humillarlos, los mandó como aspirantes de una Unidad Básica Revolucionaria (UBR), el escalafón más bajo de iniciación para un aspirante. Los reprendidos no se dieron por enterados y se escindieron como Montoneros - Columna Sabino Navarro.

Firmenich objetó que siguieran llevando el nombre del grupo original, al que ya no obedecían; los Sabinos, a su vez, encontraron irónico que Montoneros organizara un acto público multitudinario para mover los restos de Navarro —hasta ese momento enterrado sin manos y sin identificación en el cementerio de San Vicente, en el conurbano bonaerense— a Olivos. Como si hubiese oportunismo en la reivindicación de esa figura, y una historia repetida: otra vez la disputa política proyectada sobre un cadáver.

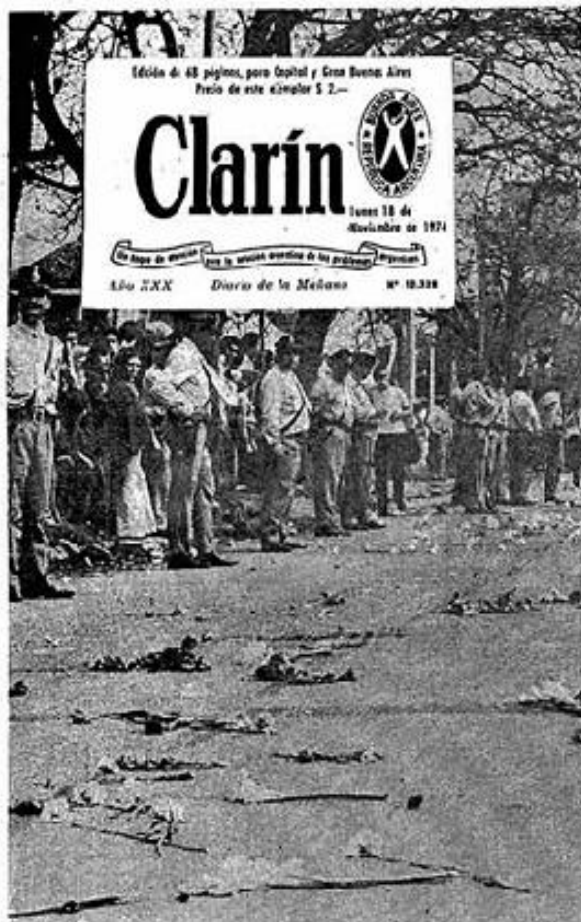
En su estilo de liderazgo, Navarro no había salido del molde militarista. Urgido tal vez por las circunstancias que le tocaron, se había concentrado en reorganizar el aparato clandestino de la organización; pero al elegir llevar su nombre, Los Sabinos quisieron rescatar otra cosa: su origen obrero, rasgo que no tuvo ningún otro jefe Montonero.

DEVOLUCIÓN DEL CADÁVER DE ARAMBURU



REPOSAN EN OLIVOS LOS RESTOS DE EVA PERON

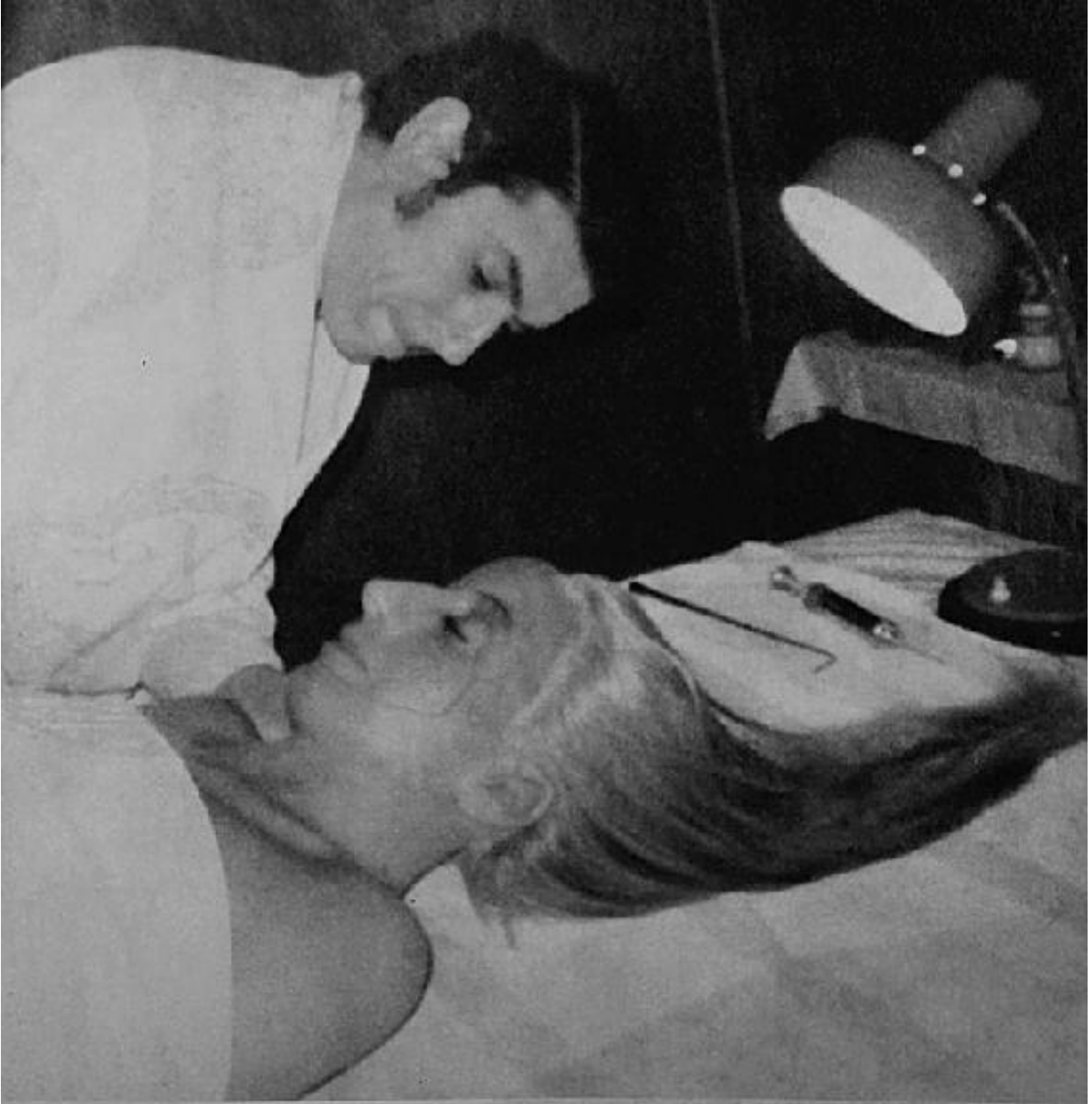
INFORMACION EN LAS PAGINAS VENTICUATRO, VENTICINCO Y CUARENTA Y OCHO



El cortejo rumbo a Olivos. Tras su paso, las calles quedaron cubiertas de flores, testimonio del sentido homenaje popular.

Fue Devuelto el Cadáver del Teniente General Aramburu

INFORMACION EN LA PAGINA VINTIDOS



Traslado de los restos de Eva Perón de Aeroparque a Olivos, 1974.

Portada de *Clarín* sobre los movimientos de los cuerpos de Eva y de Aramburu.

El doctor Pedro Tellechea investiga el estado del cuerpo de Eva Perón.

OceanofPDF.com

*Con los huesos de Aramburu
vamo' a hacer una escalera
¡para que baje del cielo
nuestra Evita montonera!*

Buenos Aires, 17 de noviembre de 1974

En el vértigo de su último año de vida —regresó a la Argentina después de casi dos décadas de exilio, arrasó en las elecciones, asumió un tercer mandato y falleció sin haber completado un año en el poder—, Juan Domingo Perón no llegó a darle al cuerpo de Eva un lugar de descanso definitivo.

Cuando él murió, el cadáver de ella seguía en la casa de Puerta de Hierro, en Madrid, donde se lo habían devuelto.

Pensó en alojarlo en la capilla de la residencia de Olivos; incluso llegó a poner en marcha las obras de refacción, que encargó a su secretario de vivienda, Juan Carlos Basile. El secretario contactó a José Santiago Lombardi, dueño de la constructora IANUA. Lombardi se resistió mientras pudo: nunca había tenido, y prefería seguir así, contratos con el Estado. Pero nadie se negaba a un pedido de Perón. Aceptó solo la dirección de obra y puso a cargo a la arquitecta Elsa Garibaldi.

Apenas empezaron a proyectar las reformas, en la constructora se toparon con un motivo de preocupación tras otro. Perón exigía medidas de seguridad excepcionales: los vejámenes que había sufrido el cuerpo de su segunda mujer lo habían llenado de aprensiones.

La cripta debía tener dos niveles: en el inferior, un ambiente revestido en madera, estaría el cuerpo, inaccesible; su techo sería un cristal templado y blindado, montado sobre cuatro columnas: una barrera de protección para que nadie pudiera escupir ni tirar nada sobre el cuerpo embalsamado de Eva.

Garibaldi objetó la baranda en forma de óvalo con borde de mármol que le había encargado el secretario de Vivienda para el segundo piso. Con esa forma y ese material era prácticamente imposible de realizar. Pero Basile no quería ceder. «El pobre marmolero casi enloqueció», recordó la arquitecta. En el momento fue el mayor dolor de cabeza de todos los que trabajaban con Lombardi. Porque no hubo manera de negociar el diseño de la baranda: quien quisiera observar a Eva, debería inclinarse sobre ella.

Por fin el marmolero le encontró la vuelta. Pero el alivio de haber resuelto ese desafío no duró mucho: un nuevo pedido obligó a modificar los planos.

Las crecientes limitaciones físicas de Perón volvieron tan difícil su movilidad que ya no iba a poder afrontar los veinte escalones hacia la planta inferior de la cripta, a la que él quería tener un acceso privado: había que agregar un ascensor. Garibaldi, que ya se había acostumbrado a no preguntar, hizo los ajustes necesarios.

Tampoco ese cambio duraría mucho: la salud de Perón se complicó velozmente y murió el 1º de julio de 1974. La obra se frenó por un tiempo.

Cuando Lombardi recibió la orden de continuar, la capilla se reconvirtió en la tumba del presidente fallecido. Garibaldi realizó nuevos arreglos para prever que serían dos los cuerpos a exhibir: algún día yacería junto a Eva. Pero la cripta se inauguró, en agosto de 1974, solo con los restos de Perón.

Hasta que el 15 de octubre de 1975 Paco Urondo y su comando montonero entraron al cementerio de la Recoleta, robaron el cuerpo de Pedro Eugenio Aramburu y para devolverlo exigieron la repatriación del cuerpo desde Madrid.

La estrategia escandalizó a muchos: era una extorsión macabra. Pero funcionó.

Pasó un mes exacto y un avión procedente de España aterrizó en una base de la Fuerza Aérea en Morón con el cuerpo embalsamado de Eva Perón en la cabina. José López Rega, el hombre más influyente del gobierno de Isabel Perón, se había encargado de completar el regreso de la pequeña momia.

La gestión de López Rega, rodeada de misterios e intrigas, continuó en otro vuelo desde Morón hasta el Aeroparque de la ciudad de Buenos Aires.

El periodista Santo Biasatti, entonces un cronista de Canal 11, hizo allí una larga guardia hasta que por fin lo vio aterrizar. El tedio no lo distrajo: los coches oficiales salieron rodeados de hombres armados y en medio del tumulto alcanzó a escuchar, en la radio de un policía, que su jefe pedía refuerzos en el parque de Las Heras. «Vamos», le pidió, sin dudarle, a un camarógrafo.

No era muy lejos. Llegó a tiempo para registrar el momento en que la policía sacaba de la caja cerrada de una camioneta Ford Falcon blanca unas placas de telgopor que cubrían un bulto grande, recubierto a su vez con

lonas marrones. Biasatti se acercó, vio que asomaba un ataúd, buscó la placa metálica con el nombre y leyó:

Pedro Eugenio Aramburu

El vehículo, luego se supo, había quedado ahí, estacionado en la calle Salguero al 2400, desde la madrugada. Los agentes de la seccional 21 de la Policía Federal cortaron el tránsito y llamaron a la brigada de explosivos. Asomó también un helicóptero, pero la polvareda que levantó al tratar de aterrizar en la plaza hizo que el piloto desistiera y diera la vuelta.

Una gran cantidad de vecinos se acercó a curiosear. Anónimos gracias al tumulto, se mezclaban entre ellos dos integrantes de Montoneros: el que había comprado las planchas de telgopor, sin saber qué destino tendrían, y el responsable de su columna, que lo había llevado para que lo descubriera con sus propios ojos.

A ellos no se les escapaba el significado del lugar que Urondo había elegido para dejar el cadáver: en esa plaza enorme que se extendía entre las avenidas Las Heras y Coronel Díaz y las calles Salguero y Juncal había funcionado la Penitenciaría en la que Juan José Valle murió ejecutado por orden de Aramburu en 1956, hasta que en 1962 la demolieron para crear un parque público.

Cuando la brigada de explosivos terminó su trabajo, una ambulancia trasladó el féretro hasta el cuartel de la Policía Montada —muy cerca, en Cavia y Figueroa Alcorta—, donde ya aguardaban Eugenio Aramburu hijo y dos fieles amigos de su padre, el teniente coronel Bernardino Labayru y el capitán de navío Aldo Luis Molinari. Con ellos de testigos y en presencia del juez Ojeda Febre, se procedió a levantar la tapa.

El ambiente era tenso.

El hijo del militar miraba sin querer ver los raspones en la madera que daban testimonio de los movimientos que había sufrido el cadáver de su padre. La columna de Urondo nunca reveló el lugar donde escondió el ataúd a lo largo de un mes, hasta aquel 17 de noviembre. Según la versión más difundida, lo guardaron en un depósito que alguna vez había sido un local partidario de la familia Lizazo, a la que pertenecía uno de los fusilados de 1956, en la zona norte del conurbano.

Sobre la superficie se destacaban huellas redondas, como si alguien hubiese apoyado vasos húmedos. La caja mortuoria —de cobre, con una

mirilla transparente sobre la cabeza del muerto—estaba intacta. Nadie había tocado el cuerpo. Los restos estaban bien preservados. El juez dispuso que se firmara un acta y autorizó un nuevo traslado del cadáver, de regreso a la Recoleta.

Sara Herrera de Aramburu esperó junto a la bóveda de mármol gris que había gestionado la Comisión de Homenaje a su marido. Estaba nerviosa: había decidido que este nuevo entierro estaría a su cargo, que no habría más controversias y que toda la despedida sería un breve responso.

No quería seguir removiendo el dolor. Hacía muy pocas semanas que *La Causa Peronista* —una publicación de los subversivos, según le habían explicado— había publicado un relato escalofriante sobre las últimas horas de vida de su marido. Sara no daba más.

Isabel Perón tomó cartas en el asunto: interpretó la aparición del reportaje con Mario Firmenich y Norma Arrostito como una provocación de Montoneros a su gobierno y ordenó la inmediata clausura de su revista. A los guerrilleros, que en ese mismo momento pasaron a la clandestinidad, poco les importaban ya esos gestos de autoridad de la viuda.

Con Isabel de vicepresidenta, Perón no había llegado a gobernar ni un año. Pero en ese breve lapso, se recostó en la burocracia sindical y la derecha de su movimiento, y amparó los primeros pasos de las bandas de la Triple A, la Alianza Anticomunista Argentina, una estructura que perseguía y mataba opositores con cobertura del Estado.

Antes de morir, había roto con Montoneros, el 1° de mayo de 1974. Los llamó «estúpidos» cuando lo interrumpieron para quejarse: «¿Qué pasa, general, que está lleno de gorilas el gobierno popular?». Les gritó «imberbes» e «infiltrados» desde el balcón de la Casa Rosada, donde los jóvenes —sentían— lo habían ayudado a regresar.

El conflicto entre ellos, en rigor, se había presentado desde el momento mismo del regreso definitivo del exiliado. Las distintas facciones del justicialismo, reunidas para darle la bienvenida y competir por su atención, se enfrentaron a tiros en las inmediaciones del Aeropuerto de Ezeiza. A los pocos días fue asesinado José Ignacio Rucci, el secretario general de la CGT, por quien Perón sentía gran afecto: «Rucci, traidor, saludos a Vador», celebraron los Montoneros.

Perón entendió el crimen como una afrenta a su autoridad.

Con su muerte todo empeoró. Los parapoliciales de López Rega amplificaron sus acciones; y entonces la juventud maravillosa rompió el único hilo que sostenía con la legalidad y volvió a la lucha armada, y ya no contra una dictadura: esta vez, contra el gobierno de Isabel, la sucesora constitucional de Perón en el poder.

Junto con la camioneta, la columna de Montoneros que conducía Urondo devolvió el manojito de llaves que le habían quitado al sereno del cementerio de la Recoleta seducido y engañado por la Gorda Susana. Lo dejaron en el depósito de agua sobre un inodoro en el baño de un bar y llamaron a la prensa para avisar dónde se encontraba la prueba de que la devolución y el robo formaban parte de una misma operación: querían evitar que la policía volviera a tergiversar los hechos.

En la versión que había difundido el comisario Alberto Villar, nombrado por Perón a cargo de la Policía Federal, dos empleados del cementerio, Vicente Orduna y Santos Verón, habían sido sorprendidos en las oficinas del cementerio por un grupo armado que les ató las manos, les colocó capuchas y los dejó inmovilizados en la parte superior de una bóveda. Solo lograron desatarse a las 3 de la mañana, salieron preocupados a inspeccionar las tumbas de las personalidades más destacadas del cementerio y descubrieron la de Aramburu abierta; bajaron la escalinata y vieron con horror que faltaba el féretro. La bandera argentina que lo recubría, subrayó el comunicado de Villar, había quedado tirada en el piso.

Los Montoneros no dejaron pasar ese detalle, que pretendió dejarlos a ellos en falta con la insignia patria. En su versión oficial incluyeron un comentario al respecto: «Mientras esperábamos, recordamos la famosa bandera argentina que, según los gorilas, cubría el cajón de Aramburu. No existía».

Arrastraban otras disputas con Villar, el comisario que se había especializado en Francia en la lucha contra las guerrillas. Había participado de la investigación del caso Aramburu en su etapa inicial pero, sobre todo, era un cruzado contra cualquier forma de insurgencia. Durante el gobierno de Alejandro Lanusse había entrado con tanquetas a la sede del Partido Justicialista donde se realizaba el velorio de tres fusilados en Trelew y se llevaron los ataúdes. Con Héctor Cámpora debió pasar a retiro, pero cuando Perón volvió a la Casa Rosada recibió un ascenso por decreto, a comisario general: así quedó al frente de la Policía Federal y extendió su poder

mediante la Triple A. En agosto de 1974 se presentó a patear escritorios y colocar la faja de clausura en la redacción del diario *Noticias*, que controlaba Montoneros.

No llegó a ver la devolución del cadáver: dos semanas antes de que apareciera la camioneta en el parque Las Heras, Villar fue asesinado.

A media mañana del 1° de noviembre de 1974 llegó con tres Ford Falcon y diez custodios al muelle donde amarraba su yate *Marina*, en el Tigre. Subió a la embarcación solo con su esposa, Elsa Marina Pérez. Los guardias solían esperarlo en tierra: el río era uno de los pocos lugares donde Villar se sentía seguro. El yate se movió y, apenas comenzó a internarse en el delta, voló por el aire.

Un comando de buzos había instalado, exactamente debajo del timón, una carga de trotyl que se activó con las vibraciones del desplazamiento. El atentado se atribuyó a Montoneros, que guardó un silencio llamativo.

Por entonces la vida cotidiana transcurría entre atentados frecuentes a objetivos militares y policiales, un número en aumento de víctimas civiles, gran cantidad de secuestros extorsivos de altos ejecutivos de empresas para financiar la lucha armada y el accionar impune de los paramilitares de López Rega, con el aparato del Estado, que se deslizaba hacia la represión ilegal como respuesta a la actividad creciente de los guerrilleros.

En ese caos se había perdido la vida del cura Carlos Mugica: una ráfaga de ametralladora le acertó catorce balazos cuando salía de dar misa en la Parroquia San Francisco, aquella donde había despedido los restos de Fernando Abal Medina y de Carlos Ramus. El gobierno de Isabel apuntó contra los Montoneros; los Montoneros acusaron a López Rega. En base al testimonio de un colaborador del cura, que dijo haber identificado entre los atacantes al comisario Eduardo Almirón, muchos años más tarde la justicia responsabilizó a la Triple A, pero entonces casi cualquier versión resultaba verosímil.

El cuerpo de Eva —la piel amarilla, como quemada, los pies manchados de alquitrán, una falange menos, una abrasión en la sien, la nariz aplastada— requirió la restauración de Domingo Tellechea. Después de su periplo internacional (de la sede de la CGT a Génova, de Italia a España y de Madrid a Buenos Aires) fue a parar a la capilla de la residencia de Olivos, junto con Perón. La modista personal de Isabel, Ana de Castro, le cosió una mortaja nueva y detrás del féretro se colocó una cruz, una joya de nácar de

1,80 metros comprada en un anticuario. La iluminación se reforzó con dos faroles antiguos de hierro rescatados de la ciudad de La Plata, que había renovado su alumbrado público.

Hubo una nueva ceremonia fúnebre, privada, para Perón y Eva, ahora juntos, se suponía, para toda la eternidad.

Pero López Rega tenía otros planes, más ampulosos, para esos cuerpos, y otros.

El Congreso había aprobado una ley que puso en marcha el gran proyecto del ministro afecto a las brujerías, que tenía a su cargo Bienestar Social: crear un Altar de la Patria, una versión remozada del Monumento al Descamisado y del mausoleo gigante para Eva, que habían quedado truncos. El altar la contendría a ella, pero también a Perón y a otros grandes de la historia nacional: todos los cuerpos juntos conformarían un monumento enorme a la argentinidad. Algún día, tal vez, hasta sus propios restos podrían ser honrados allí.

La ubicación sería prácticamente la misma del plan original: el parque de la avenida Figueroa Alcorta, entre la calle Tagle y Austria, pegado a la Facultad de Derecho. Y también la inspiración vendría de París, del panteón que alojaba a las figuras históricas de la política, la ciencia y las artes de Francia: Voltaire y Rousseau, Victor Hugo y Émile Zola, Alexandre Dumas y Marie Curie, y así.

El contrato para la construcción fue adjudicado a Socma, la empresa de Franco Macri, y el predio llegó a exhibir el cartel de obra con el emblema de la Secretaría de Vivienda y Urbanismo. Sin embargo, a poco de comenzar las excavaciones los ingenieros encontraron imprevistos. Descubrieron, por ejemplo, que parte del hormigón del mausoleo de Eva había quedado enterrado. También encontraron cables de electricidad y colectoras cloacales que no aparecían en los planos.

Esas minucias de la realidad no detenían la imaginación de López Rega, que proyectó un monumento de más de cincuenta metros de altura. El panteón de los grandes próceres nacionales, que al reunirlos terminaría de manera simbólica y definitiva con las diferencias que los habían enfrentado en vida, tenía que ser más alto que el obelisco, una pirámide anodina que en ausencia de otros íconos había ganado demasiado protagonismo en el diseño urbano de Buenos Aires.

Lopécito —como lo había llamado Perón, con cariño— sería el arquitecto de la historia: su legado sería el del constructor de la unidad nacional, no el

del artífice de la Triple A. No tenía que cerrar los ojos para soñar con una delirante procesión de cortejos fúnebres llegados de distintos cementerios, del país y el extranjero, que ingresaban al mismo tiempo. Los veía atravesar el atrio que decía: «Hermanados en la gloria, vigilamos los destinos de la Patria. Que nadie utilice nuestro recuerdo para desunir a los argentinos».

En el mausoleo, los grandes protagonistas desde 1810, y sus antagonistas, acompañarían a Perón y a Eva. Se habló de Bernardino Rivadavia y José de San Martín, de Bartolomé Mitre y Juan Manuel de Rosas, de Hipólito Yrigoyen. La lista oficial nunca llegó a ser pública.

¿Pensó López Rega en incluir también a Aramburu?

A su vez, ¿qué sentido tuvo para Montoneros el robo de ese cadáver?

Según Ernesto Jauretche, quien participó del operativo, Urondo planeó la operación para recobrar algo de la mística que, se daba cuenta, se les escapaba de las manos.

—Fue un intento de Paco —me dijo— para recuperar el pasado que estábamos perdiendo. Había que recuperar el heroísmo, y el máximo acto de heroísmo que habíamos hecho había sido Aramburu.

Un texto que se publicó sin firma, aunque se le atribuyó al poeta, en *Evita Montonera*, remitía al hecho fundacional:

El rescate del cadáver de Aramburu tuvo una finalidad, cumplir con la decisión del tribunal revolucionario que lo condenó a muerte en 1970: Aramburu por Evita. El responsable de la desaparición de los restos de Evita y fusilador del pueblo peronista debía estar oculto hasta que la Abanderada de los Trabajadores fuese devuelta a Perón, a su Pueblo y a su Patria. En julio de 1970 no devolvimos el cadáver de Aramburu; lo encontraron las fuerzas de la represión.

Querían completar el trazo de un círculo, terminar una tarea que había quedado inconclusa, y —de paso— reafirmar que eran ellos —y no Isabel y López Rega, dos personajes menores de la historia— los legítimos herederos políticos de la rebeldía de Evita y del peronismo combativo. Ellos, los que habían *ajusticiado* al verdugo de Juan José Valle.

EL QUINTO HOMBRE

LA CAUSA PERONISTA

AÑO 1 - N° 9

MARTES 3 DE SETIEMBRE DE 1974

\$ 3.-

7 de setiembre Día del MONTONERO

**Mario Firmenich
y Norma Arrostito
cuentan**

**COMO
MURIO
ARAMBURU**

Vive

AÑO 12 - Nº 34 - 8 DE DICIEMBRE DE 1976 - \$ 145.-
EN URUGUAY \$ 3.545 - EN PARAGUAY 130 GUARANÍES
EN COLOMBIA \$ 30.-

GENTE

Y LA ACTUALIDAD

DOCUMENTO EXCLUSIVO

PERU: CIUDAD DE 5.000 AÑOS
PAUL NEWMAN EN COLORES

MISIONES

AQUI VIVIO MARTIN BORMANN



2-12-76 - 21 HORAS
MUERTA

ESTHER NORMA ARROSTITO

alias "Irma", argentina, 30 años de edad,
casada. Cutis blanco, 1,62 mts. de estatura.

C. I. No. 4.714.123 P. F. - L. C. No. 3.876.285.

«Cómo murió Aramburu». Relato en *La Causa Peronista*, septiembre de 1974.
Gente anuncia prematuramente la muerte de Norma Arrostito, diciembre de 1976.

OceanofPDF.com

Buenos Aires, marzo de 2020

Nadie ni nada pudo nunca disputar la versión que Mario Firmenich instauró como precepto sobre las horas finales de Pedro Eugenio Aramburu en La Celma. No quedaron fotos, ni la cinta con la grabación del juicio, ni los escritos del general en cautiverio ni otra clase de documento o registro. Y no hay, que se conozca, otro testigo del crimen.

Solo Firmenich posee la memoria de la experiencia directa y la administra de manera muy restrictiva. Congeló su relato hace décadas, en lo dicho en el reportaje con *La Causa Peronista* de 1974; nunca más agregó nada relevante.

El problema es que su voluntad de imponer un relato canónico ha tolerado muy mal la prueba del paso del tiempo: en cincuenta años solo se han acumulado dudas y evidencias de que todavía oculta y manipula datos, con los que esconde otros secretos.

El periodista Ricardo Grassi, uno de los autores de la nota que ayudó a construir la narrativa oficial, emprendió hace pocos años la tarea de revisarla.

Había encontrado desafíos inesperados en su profesión. Llevaba décadas viviendo entre Roma y Kabul. Había sido jefe de redacción de la agencia de noticias Inter Press Service y a partir de 2003 empezó a vivir largas temporadas en la capital de Afganistán, donde fundó nuevos medios con proyectos de cooperación internacional. Pero igual sentía que su pasado en la Argentina le debía algunas respuestas.

Antes de partir al exilio, había sido director de *El Descamisado*, una revista financiada por Montoneros que tomó el nombre de una organización guerrillera, que no siguió el modelo de la prensa militante tradicional y resultó un éxito de ventas. No sobrevivió a la censura del gobierno de Isabel Perón, pero con el mismo equipo periodístico y el mismo apoyo económico, y con la novedad de Rodolfo Galimberti como director editorial, llegó a publicar otros nueve números bajo el nombre *La Causa Peronista*, que también editó Grassi; el último sería el que tenía en la tapa el reportaje «Cómo murió Aramburu».

Él nunca dudó de la autoría material e intelectual de Montoneros a la manera del entorno de Aramburu, no estaban ahí depositados sus interrogantes. Sus dudas giraban alrededor de la consistencia del relato de

Firmenich: en el testimonio que él mismo recogió detectó «evidentes omisiones y posibles tergiversaciones que reclaman respuestas».

Para empezar, la escena del final: cuanto más la repasaba, menos verosímil le parecía la descripción que había hecho Firmenich de Fernando Abal Medina en el sótano de La Celma con Aramburu, ese relato que los ubicaba solos en el instante final de la vida del general.

Una única pregunta, que le parecía demasiado obvia, abría el interrogante principal: lo Montoneros estaban a punto de ejecutar el crimen que les daría notoriedad, con el que se presentarían ante los argentinos, a la vez que entrarían en su historia, ¿e iban a dejar al jefe máximo solo con el secuestrado, aislados en una habitación bajo tierra?

—Siempre tiene que haber algún testigo —me dijo Grassi mientras tomábamos un café, en uno de sus frecuentes viajes a Buenos Aires.

Las dudas le habían dado el impulso para escribir un libro, *El Descamisado. Periodismo sin aliento*, que publicó en 2015. Lo primero que intentó fue recurrir a la fuente original, pero rápidamente se encontró en un callejón sin salida: Firmenich ignoró sus correos electrónicos. La determinación del jefe montonero de no cooperar tampoco flaqueó entonces.

En agosto de 1974 se había encontrado con Firmenich en una casona de Belgrano R. Como era costumbre, para maximizar su seguridad personal, el dirigente montonero llegó último. Grassi lo esperó con otros jefes de *La Causa Peronista* —Enrique Jarito Walker, el Yaya Juan José Ascone y Jorge Lewinger— en la casa del padre de Cristina Verrier, la mujer de Dardo Cabo, y otro exdirector de *El Descamisado*, quien también se sumó a la charla que transcurrió en dos tardes.

Habían acordado que la nota se publicaría en la semana del 7 de septiembre. Para el Día del Montonero, Firmenich y Norma Arrostito, a quien iban a entrevistar por separado, revelarían por primera vez detalles desconocidos del *Aramburazo*.

Firmenich posiblemente pidió leer el texto antes de que entrara a la imprenta.

—Lewinger se lo debe haber llevado, porque él era el nexa. Igual no tocó nada —especuló Grassi.

Cuatro años después de que ocurriera el crimen, el relato sería en sí mismo un acto de reivindicación, un hecho político de magnitud, un acto

desafiante: con la herencia política de Juan Domingo y Eva Perón en disputa y la competencia desatada entre organizaciones guerrilleras, Montoneros les iba a recordar a todos de dónde venían ellos, la épica de su origen. Sería, también, un riesgo para quienes lo iban a publicar, pero eso a Grassi en el momento no le preocupó.

—Era un notón y vivíamos muy acelerados. No me quedaba mucho resto para pensar en el futuro... ¡Yo ni sabía cuántos días más iba a vivir!

Aun en ese contexto, que el jefe montonero encarara su reseña como un ingeniero frente a un problema de cálculo le causó impresión. «Sin humanidad», describió Grassi. Más allá de las valoraciones de cada quien sobre Aramburu, contaba la historia de un hombre indefenso y cautivo a punto de ser ejecutado. A medida que recorrían los detalles, la narración se fue volviendo, para su gusto, «excesivamente cruel».

El encuentro con Arrostito, al que acudió con Ascone, le dejó a Grassi una sensación distinta. Aunque parte de la logística fue similar —ella llegó última a la cita, en un bar de la calle Lima—, Arrostito empleó un tono que «emanaba tristeza». Con ella saltaron el tramo más escabroso: según la historia que les contaron, Arrostito no fue parte del grupo que llevó a Aramburu a La Celma; solo podía darles de primera mano detalles vinculados al operativo del secuestro.

Elegir el estilo de la crónica que iban a escribir resultó un desafío para el equipo de *La Causa Peronista*. Ese magnicidio despertaba la simpatía de sus lectores, pero transformar el artículo en una oda a la venganza entrañaba un peligro: si Aramburu no iba a ser un héroe, no podían ellos arriesgarse a convertirlo en un mártir. Grassi optó por un lenguaje austero y aquel título «Cómo murió Aramburu», que eludía caracterizar al crimen como tal.

—Quise que fuera seco de manera deliberada —me dijo.

La última vez tomamos un café, en un Starbucks que antes había sido una linda confitería cerca de Plaza Güemes, nos quedamos dando vueltas alrededor de ese relato, aparentemente tan preciso, que Firmenich había ofrecido en agosto de 1974. A los dos nos interesaban los huecos que, en boca de alguien que toda la vida se jactó de tener una memoria prodigiosa, parecían gritar que había algo escondido.

Repasamos la secuencia final:

- Abal Medina le anuncia a Aramburu que el tribunal lo condenó a muerte y lo deja solo durante media hora;
- regresa, le sujeta las manos por la espalda con una cuerda;
- antes de ponerse de pie, Aramburu pide que le aten los cordones de los zapatos; se los atan;
- como tenía la barba crecida, Aramburu pide instrumentos para afeitarse, pero se los niegan por no disponer de ellos;
- Aramburu pide un confesor; si bien esa solicitud toca la fibra de los Montoneros, tan católicos, tampoco pueden acceder porque no sería razonable llevar a un cura a La Celma en esa situación; le presentan la excusa de que las rutas estaban muy controladas;
- Aramburu se inquieta y les pregunta qué van a hacer con su cadáver y con su familia, si ni siquiera pueden llevarle un confesor;
- le informan que Montoneros no tiene otras cuentas pendientes con su familia, que le harán llegar sus objetos personales (se deduce que le ocultaron los planes de guardar su cadáver para exigir cambiarlo por el de Eva Perón);
- le piden que se ponga de pie y que camine: le indican la escalera para que baje;
- «Ah... Me van a matar en el sótano», dice Aramburu;
- le colocan un pañuelo con una media en la boca y le vendan los ojos; finalmente lo apoyan contra la pared;
- Carlos Ramus se va de la escena: por ser el dueño de casa, le toca distraer al casero;
- también sale Firmenich, otro conocido en la zona por su amistad con Ramus: lo mandan a hacer ruido con una morsa para disimular las balas;
- aunque tenía la boca tapada, Aramburu pronuncia la palabra «proceda» con claridad suficiente como para ser entendido (si Firmenich no estaba ahí, se presume que es algo que le habrá contado después a él Abal Medina).
- Y el final: «Fernando disparó la pistola 9 milímetros, al pecho. Después hubo dos tiros de gracia con esa misma pistola, y luego uno más con un arma calibre 45. Fernando lo tapó con una manta. Nadie se animó a destaparlo mientras cavábamos el pozo en el que íbamos a enterrarlo».

El relato, como apuntó Grassi, se ponía «cada vez más descarnado» a medida que avanzaba, pero también más dudoso.

Firmenich no mencionó a nadie más que a Abal Medina como autor material del crimen. Pero agregó que «hubo dos tiros de gracia» y lo dijo de una manera tan vaga que no le asignó a nadie en particular la acción de haberlos disparado. Además añadió algo que la autopsia no pudo precisar: que hubo dos armas asesinas, de distinto calibre. Entonces: ¿la misma persona usó dos pistolas diferentes? La frase completa es tan confusa que podría llevar a pensar que fueron cuatro los tiros, cuando los forenses comprobaron que solo tres impactaron en el cuerpo de Aramburu.

Además: en toda la quinta donde un grupo clandestino, al que buscaban todas las fuerzas de seguridad del país, donde se retenía secuestrado a un ex presidente militar, ¿no había más que tres montoneros? Firmenich, creando un batifondo; Ramus, entreteniéndolo al Vasco Acebal; Abal, ejecutando a Aramburu.

Alguien más debía estar ahí. Es más difícil afirmar cuántos y quiénes, sin embargo.

El propio Firmenich introdujo en el relato de *La Causa Peronista* a un cuarto hombre que dejó sin identificar, en al menos dos momentos: cuando mencionó a un «compañero» al que se veía «la metra», en el momento de bajar del auto y a otro que participó de las jornadas del juicio revolucionario. Pero ese joven desapareció en el momento clave. Y el jefe montonero nunca lo mencionó con nombre y apellido.

—¿Quién era ese cuarto personaje?

—Tuvo que ser Emilio Maza —concluyó Grassi.

Por la propia lógica de Montoneros —razonó— no pudo estar ausente: tenía la misma jerarquía que Abal Medina, los dos eran jefes y los jefes encaraban las tareas más relevantes. Según la narrativa, los dos habían subido juntos al departamento de Aramburu y se lo habían llevado; no obstante, y sin una explicación razonable, Firmenich aseguró que, cuando cambiaron los autos en las cercanías de la Facultad de Derecho, Maza tomó el suyo y se quedó en Buenos Aires. En La Celma nunca lo mencionó.

Ante las imprecisiones que lo preocupaban, Grassi salió a perseguir un dato suelto que durante años había circulado entre ex montoneros: otra persona, además de Maza, había sido partícipe del crimen. «La teoría del quinto», de la que algunos hablaban como en clave. «Yo seguí la pista

porque estaba convencido de que nada se hace sin testigos. De eso no tengo ninguna duda», me contó.

Según escribió Grassi en su libro, él buscó y encontró al quinto. Para su sorpresa, resultó que se conocían de las viejas épocas. Hablaron a condición de que no revelara el nombre ni la residencia de ese testigo oculto. Grassi lo apodó El Otro y dijo que era una persona «del mismo nivel» que Firmenich dentro de la organización, entonces sin cargo jerárquico. El Otro le confirmó que Maza era el cuarto hombre oculto en el relato de Firmenich y estuvo en condiciones de darle más detalles: dijo que él también estuvo en el sótano, con Aramburu y Abal Medina.

Con ese testimonio, Grassi modificó la escena final.

En esta nueva versión, Abal disparó y quedó abrumado: «Nunca antes había matado, y su bautismo de sangre fue el peor imaginable». Apoyó contra la pared el brazo doblado y dejó caer su cabeza; se quedó como petrificado. «Era muy religioso y sintió mucho haberlo matado», escribió Grassi. Por fin Abal reaccionó y le pidió al Otro que se quedara ahí mientras él subía a buscar a Maza (ahora sí, presente en La Celma). Cuando bajó, el Gordo buscó el pulso en la muñeca de Aramburu, como le habían enseñado en la facultad de Medicina. Descubrió que el militar seguía vivo. Entonces sacó con su pistola 45, y ante la mirada de Abal y el Otro le disparó dos tiros más. Volvió a buscar una señal de vida y comprobó que, esa vez sí, Aramburu había muerto. Sin más, se fue.

«En sentido estricto, no fue Abal quien lo mató. O no fue el único, según quise y pude saber treinta y seis años después», concluyó Grassi en su texto.

Su investigación no lo satisfizo del todo. Pudo dar por resuelto el misterio de la teoría del quinto, pero le quedó otro sin dilucidar:

—Nunca entendí por qué Firmenich ocultó a Maza. Es la gran duda que me queda —me dijo.

Por mi parte hice un recorrido propio. Le trasladé las dudas a Vélez Carreras, a quien la teoría del quinto nunca terminó de cerrarle: él, que estuvo desde el comienzo y creía conocer a todos, no imaginaba quién podía llegar a ser. En cambio, tenía una convicción sobre el cuarto: si alguien más estuvo en La Celma en el tramo final, solo pudo haber sido su amigo Maza:

—El único sería el Gordo —razonó.

—Si fuera así, ¿por qué razón lo ocultaría Firmenich?

—Porque ha hecho de él una construcción como heredero directo de Abal Medina, como si fuesen el hermano mayor y el menor. Es lo único que se me ocurre.

En esa construcción, Abal Medina como único protagonista jugaría el papel del héroe propio: venía de la célula porteña, a la que también pertenecían Firmenich y Arrostito, tenían una historia en común; ignorar a Maza, cuando ya había muerto y no podía confrontarlo, le quitaría importancia a la célula cordobesa, de la cual había surgido la disidencia de Los Sabinos. Esa hipótesis cuaja con la línea de tiempo: los cordobeses rompieron con Montoneros antes de que se conociera el relato de *La Causa Peronista*.

También Juan Amorín, parte del grupo original de Navarro, acusó a Firmenich de haber acomodado el relato para que nadie la hiciera sombra. Para Amorín, detrás de la cuarta persona había ocultado a Sabino Navarro; pero la cronología de los hechos debilitó su hipótesis: toda la evidencia indica que Navarro se integró plenamente a Montoneros después del asesinato de Aramburu.

Las conjeturas parecían multiplicarse cuanto más buscaba. Y todas revelaban la misma desconfianza que el relato de Firmenich ha despertado también entre algunos ex guerrilleros.

Durante el almuerzo en Sitges llegué a mencionarle la teoría del quinto hombre. No hizo esfuerzos por desestimarla: al contrario, como si le diera placer la intriga que provocaba, Firmenich me dejó entender que en efecto hay más testigos que él. Nombres —uno al menos, aunque tal vez dos: fue ambiguo adrede— que aún no se conocen.

Ninguno sería el Otro de Grassi, porfió: «A ese se lo inventó», lo desestimó en un segundo, con su tono más severo. «Es un personaje de ficción». Su ráfaga de desdén no me dejó un resquicio siquiera para insistir.

No recordaba que Grassi hubiese participado de las entrevistas que le hicieron los periodistas de *La Causa Peronista*, agregó, para demoler su credibilidad. En su recuerdo, los autores del reportaje fueron Jarito Walker y Rodolfo Walsh. Ambos muertos.

—Aunque está muy mal escrito, el texto es de Walsh —reforzó.

Como nunca antes había escuchado algo semejante, volví a consultar a Grassi, quien también se fastidió.

—O le falla la memoria o tiene alguna razón de otro tipo para afirmar algo que es falso. Walsh no tenía nada que ver con la revista. Ni siquiera le gustaba, por su tono militante.

En eso lo rebatió de manera convincente. Pero el Otro carece de la fuerza necesaria para ser un contrapeso al relato de Firmenich porque oculta su identidad; y por lo que me dijo Grassi, él cree que eso nunca va a ocurrir.

Tampoco existen pruebas documentales de los tres días finales de Aramburu en La Celma. Para cada objetivo que se perdió en el camino, Firmenich tuvo una explicación: Abal Medina no pudo sacar fotos porque la cámara no le funcionó; Montoneros quemó las cintas del juicio revolucionario grabado en una máquina Geloso; los papeles que el militar escribió en sus días en Timote se extraviaron.

En diálogo con el historiador Felipe Pigna, quizás la única persona que lo pudo entrevistar en profundidad, Firmenich lamentó especialmente la pérdida del manuscrito de Aramburu: «Escribió una especie de testamento político, donde hablaba bien de nosotros. Decía que éramos jóvenes peronistas idealistas, equivocados pero idealistas, y que todo esto le ratificaba su idea de que era necesario salir del régimen dictatorial y convocar a elecciones, porque, si no, todo el peronismo se volcaría a la lucha armada».

Firmenich sospechó siempre que ese documento, y también el papel que Aramburu les firmó asegurando que nunca había difamado a Juan José Valle, cayeron en manos del entonces jefe del Ejército Alejandro Lanusse. Según su rebuscada teoría, cuando llegó a ser el último presidente de facto de la Revolución Argentina (1971-1973), Lanusse se inspiró en ese testamento robado para lanzar el Gran Acuerdo Nacional, el GAN, que abrió las puertas al regreso de Perón y logró aislar a la guerrilla peronista. No era un plan tan original ni tan secreto, pero Firmenich cree que la policía levantó los escritos de Aramburu cuando allanó la quinta de González Catán propiedad de Carlos Falaschi, aquel amigo y abogado de Navarro. Si fuera cierto, parece inexplicable que no los hayan usado como prueba en el expediente.

Por la destrucción de las cintas del juicio montonero Firmenich asumió plena responsabilidad. Según me contó en Barcelona, tomó un fósforo y las quemó personalmente en el momento de máxima fragilidad de la organización. Abal Medina y Ramus habían muerto en William Morris; él

estaba en peligro, escondido con Carlos Capuano, Sabino Navarro y Norma Arrostito en una casa en Saavedra.

—Las quemé para que no cayeran en manos del enemigo.

—¿Por qué?

—Porque si las capturaban, las podían editar, podían hacer recortes, montajes, manipulaciones.

Firmenich ya tenía la obsesión de monopolizar el relato.

Creo que nada le enojaba más que la acusación de que Montoneros había actuado por encargo de, o en complicidad con, los funcionarios y los agentes de inteligencia del régimen de Juan Carlos Onganía. Esa sospecha se había arraigado en el momento mismo en que se conoció el secuestro de Aramburu, cuando las especulaciones recurrieron a la pregunta elemental de cualquier novela policial: ¿a quién favorecería que no apareciera?

Según el historiador Ernesto Salas, en aquel momento «la comunidad de intereses» entre el ministro del Interior, Francisco Imaz, y la guerrilla era «evidente». Aramburu molestaba a los planes de ambos: amenazaba la continuidad de Onganía en el poder y ofrecía una salida edulcorada del régimen militar. Sin embargo, Salas señaló que la mera coincidencia de beneficios potenciales, en ausencia de otras pruebas, resultaba insuficiente para determinar una conspiración.

Por otra parte —razonó en un ensayo titulado *El falso enigma Aramburu*—, si lo que Onganía pretendía era sacar de en medio a un adversario para mantenerse en el poder, calculó muy mal la jugada, porque el secuestro de Aramburu terminó con su presidencia.

«Es lógico que los amigos de Aramburu hayan pensado que pudieran haber tenido que ver los amigos de Onganía. Digo que es lógico porque nuestra osadía fue tan grande que nadie se podía imaginar que un grupo de diez muchachos desconocidos se animara a hacer semejante cosa», dijo Firmenich a Pigna.

En la época, la versión se potenció cuando el diario *La Razón* publicó que en el libro de audiencias del Ministerio del Interior faltaban veintidós páginas: en teoría, ahí figuraban los registros de los ingresos de Firmenich a la Casa Rosada, encuentros que habrían sucedido justo en las semanas anteriores al secuestro.

Al director general de Asuntos Policiales, Mariano Moreno, le llegó un oficio judicial para que «informara si en el período comprendido entre el 1º

de enero y el 16 de junio de 1970 se habían registrado ingresos de Mario Firmenich» al Ministerio del Interior. La respuesta, con fecha 20 de agosto del mismo año, figura en el expediente: «Firmenich no tiene registrado el ingreso a ninguna dependencia de este Ministerio».

Con todo, ese argumento siguió circulando en varios libros —algunos escritos por allegados a Aramburu— y se mezcló con datos confusos sobre la muerte de Arrostito.

El 3 de diciembre de 1976 los principales diarios informaron que Arrostito había muerto en un enfrentamiento en Lomas de Zamora. La revista *Gente* publicó una tapa de tono celebratorio: sobre una de las fotos que se habían usado en los afiches de búsqueda tras el crimen de Aramburu, se sobreimprimía, como un sello, la palabra «Muerta».

En verdad, Arrostito había caído en Buenos Aires en una *cita envenenada*, por alguien que la delató. Intentó tomar la pastilla de cianuro que Montoneros había dado a algunos de sus militantes para que no los atraparan con vida, pero le lavaron el estómago. Fue a parar al centro clandestino de detención de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA).

«La tuvieron ahí casi un año», me contó Susana Ramus, la hermana de Carlos, la exnovia de Firmenich, que fue secuestrada en 1977. Con Susana nos juntamos en un café desangelado en Belgrano y me relató su vida. Se salvó de que la mataran y la dieran por desaparecida, el destino de la gran mayoría de los hombres y mujeres que, como ella, fueron a parar a la ESMA. En una historia trágica, había tenido algún golpe de suerte, pero se notaba que sobrevivir le pesaba.

De hecho escribió un libro que tituló *Sueños sobrevivientes de una montonera*, en el que evocó el tiempo que coincidió con Arrostito en el centro clandestino de la Marina. Aunque estaba un poco aislada del resto, hablaron bastante —nunca sobre Timote— y Ramus se quedó con la sensación de que estaba «un poco desilusionada» con la dirección que había tomado Montoneros. Tampoco idealizaba los primeros tiempos: creía que la habían relegado de la conducción y no le habían dado nunca un lugar de poder por su condición de mujer.

Según escribió Gabriela Saidon en su libro *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito*, los represores veían a Arrostito como una suerte de trofeo, lo cual le daba cierto estatus perverso dentro del campo de tortura y muerte.

El vicealmirante Rubén Jacinto Chamorro, a cargo de la ESMA, solía pasar a verla.

Aldo Luis Molinari, uno de los amigos más fieles de Aramburu, escribió que él llegó a entrevistarse con Arrostito en la ESMA, como si el centro clandestino hubiese sido una cárcel legal que contaba con un régimen de visitas. En ese encuentro improbable, Arrostito le habría confiado un gran secreto. Que los Montoneros secuestraron a Aramburu por encargo y lo entregaron en la Facultad de Derecho a otra célula, supuestamente integrada por agentes de inteligencia del Ejército. Que esos hombres habían llevado al general al Hospital Militar, donde se descompensó, por causas desconocidas, y murió. Que finalmente, para disimular, le dispararon y le devolvieron el cadáver a los montoneros para que lo llevaran a La Celma.

Aramburu, la verdad sobre su muerte, el libro de Molinari publicado en 1993, no presentó una brizna de pruebas de ese drama tan estrafalario. Lo único probable es que, por sus contactos en la Armada, Molinari quizás podría haber tenido acceso a la ESMA.

Más verosímil, en cambio, es que Arrostito haya visto a su cuñado, Maguid, en el centro clandestino. Él también había sido llevado ahí, en uno de los episodios más extraños de la cooperación entre las Fuerzas Armadas del Cono Sur: un comando del Ejército argentino lo secuestró en Lima, el 12 de abril de 1977, y lo llevó a Buenos Aires. En Perú, Maguid vivía exiliado, como profesor de Sociología en la Universidad Católica. Se cree que lo exhibieron ante Arrostito en la ESMA y luego lo asesinaron.

A ella también. De los cuatro concuñados de la célula de Montoneros que vivía en la calle Bucarelli solo sobrevivió Nélide, quien se trasladó a un exilio más seguro, en Estocolmo, con los dos hijos que había tenido con Maguid y con su padre, Osvaldo Arrostito, quien moriría en Suecia. En el caso de Norma, «la verdadera muerte, la definitiva, es un domingo, 15 de enero de 1978, dos días antes de cumplir treinta y ocho años, inyección de pentotal mediante», escribió Saidon.

Ramus estuvo ahí: «Yo la vi morir». El excapitán Jorge Acosta, *el Tigre*, el que decidía sobre las torturas y la muerte en la ESMA, le dijo que la acompañara al Hospital Naval; tal vez porque necesitaba fabricar un testigo de que había intentado salvarle la vida. «Cuando entré a la camioneta ella ya estaba agonizando. Me pidió que le tomara la mano. Fue terrible».

Acaso la penúltima hipótesis alternativa que vale la pena mencionar data de 1987, cuando se publicó *Aramburu, el crimen imperfecto*. Allí Eugenio Méndez vinculó a los Montoneros con el homicidio del empresario Antonio Romano, un amigo de Imaz, de ideas fascistas, asesinado en su estancia de Mar Chiquita, en el verano de 1971, por un tal Norberto Crocco.

Según Méndez, Crocco era parte del grupo original de Montoneros y fue quien negoció con Romano el secuestro de Aramburu a cambio de dinero: Montoneros —en esta crónica— cobró la mitad de la cifra que le habían prometido por la operación y entregó a Aramburu en la Facultad de Derecho, una vez más. Pero aquí la historia se altera: Romano no les habría querido pagar la mitad que les adeudaba. Y esa sería la razón por la cual Crocco lo mató poco después.

La hermana de Norberto, Noemí Crocco, quien durante muchos años estuvo casada con el militar carapintado Aldo Rico, dijo que Romano era un contrabandista que le debía dinero a su hermano y a numerosos acreedores más. La presión por la falta de dinero había abrumado tanto a Norberto que se presentó ante Romano y, frente a su indiferencia por el problema, lo mató; a continuación se arrodilló, rezó, y se quitó la vida él también, ahí mismo. Nadie pudo nunca comprobar que Crocco alguna vez hubiese estado vinculado a la guerrilla peronista.

En ausencia de datos que las sustentaran, las teorías del crimen por encargo nunca ganaron peso, pero al cabo de indagar detenidamente en la secuencia que Firmenich describió en *La Causa Peronista* puedo entender por qué las dos se desvían del relato oficial en la Facultad de Derecho: ese momento, cuando se produjo el intercambio de los autos robados por los legales, cuando algunos montoneros que habían participado del secuestro se quedaron en la ciudad y otros partieron hacia La Celma, está lleno de lagunas.

Si es cierto que se fueron por un camino alternativo para evitar controles, lo cual suena razonable, no tendría sentido que hicieran ese trayecto con el secuestrado en la camioneta de la madre de Ramus acompañados por un taxi de la Capital como auto de apoyo. Supuestamente Carlos Capuano manejó el vehículo propiedad de Firmenich hasta La Celma, pero los taxis de la ciudad de Buenos Aires estaban pintados de negro y amarillo, a diferencia de los de la provincia, y sin dudas hubiera llamado la atención en los caminos internos de la provincia de Buenos Aires. También es difícil

creer que Capuano fuera solo, porque siempre se movían de a dos, y que llegó hasta la estancia en Timote y pegó la vuelta.

Al cabo de varios años de investigación, me resigné: no iba a poder encontrar respuestas valederas a todas las preguntas que me había planteado sobre el secuestro y el asesinato de Aramburu. Muchos huecos seguían y seguirían como tales; cuando recibí el e-mail cortante de Firmenich, supe que tampoco iba a tener una segunda oportunidad con él.

Pero al revisar mis notas descubrí que algo había avanzado en aquel almuerzo en Sitges, más allá de su admisión de que alguien más estaba en La Celma.

Cuando le había preguntado por qué le habían atado los cordones de los zapatos, me había dicho:

—No queríamos que se tropezara y se lastimara la nariz.

Cuando le había preguntado por la cantidad de tiros que había recibido el cuerpo de Aramburu, me había dicho:

—Es muy difícil matar a una persona de un único tiro. El de gracia es en la cabeza. Siempre son dos.

Recordé entonces que habían sido tres.

El cadáver tenía una lesión en la frente de dos por cuatro centímetros: el orificio de entrada de los dos proyectiles que le provocaron lesiones óseas y en la masa encefálica, según la autopsia. Uno había tenido una trayectoria de abajo hacia arriba y al salir había perforado el cuero cabelludo en el parietal izquierdo.

La camisa contenía gran parte de la información del otro disparo. Entre el tercer y el cuarto ojal, de lado izquierdo, se encontraron restos de pólvora, y en la parte posterior, otros dos agujeros: uno causado por el proyectil y el otro por un fragmento que se desprendió. Ese tercer disparo en el pecho había perforado el tórax en un plano horizontal, de adelante hacia atrás; rozó la cuarta costilla, atravesó la membrana que recubre al corazón, desgarró el pulmón izquierdo y salió por la espalda a la altura de la novena costilla.

Repasé: uno, dos, tres. Pero no dije nada: estaba llegando al punto que quería y que, al mismo tiempo, me incomodaba.

Habíamos terminado de comer, habíamos caminado unos metros por la peatonal del pueblo y su mujer, la Negrita, nos había dejado solos en un café: no iba a tardar demasiado en regresar.

Nos sentamos a una mesa redonda y metálica en la vereda. Recuerdo que pedí un café y supongo que él también, pero estaba tan tensa que no presté atención a eso. Tomé aire y le pregunté por el detalle escabroso que me había dado vueltas en la cabeza desde que leí su versión oficial de los hechos:

—¿Cómo fue posible que Aramburu dijera «Proceda» en el sótano, si tenía la boca tapada con una media? Mucha gente —reconocí— ha creído advertir una inconsistencia ahí.

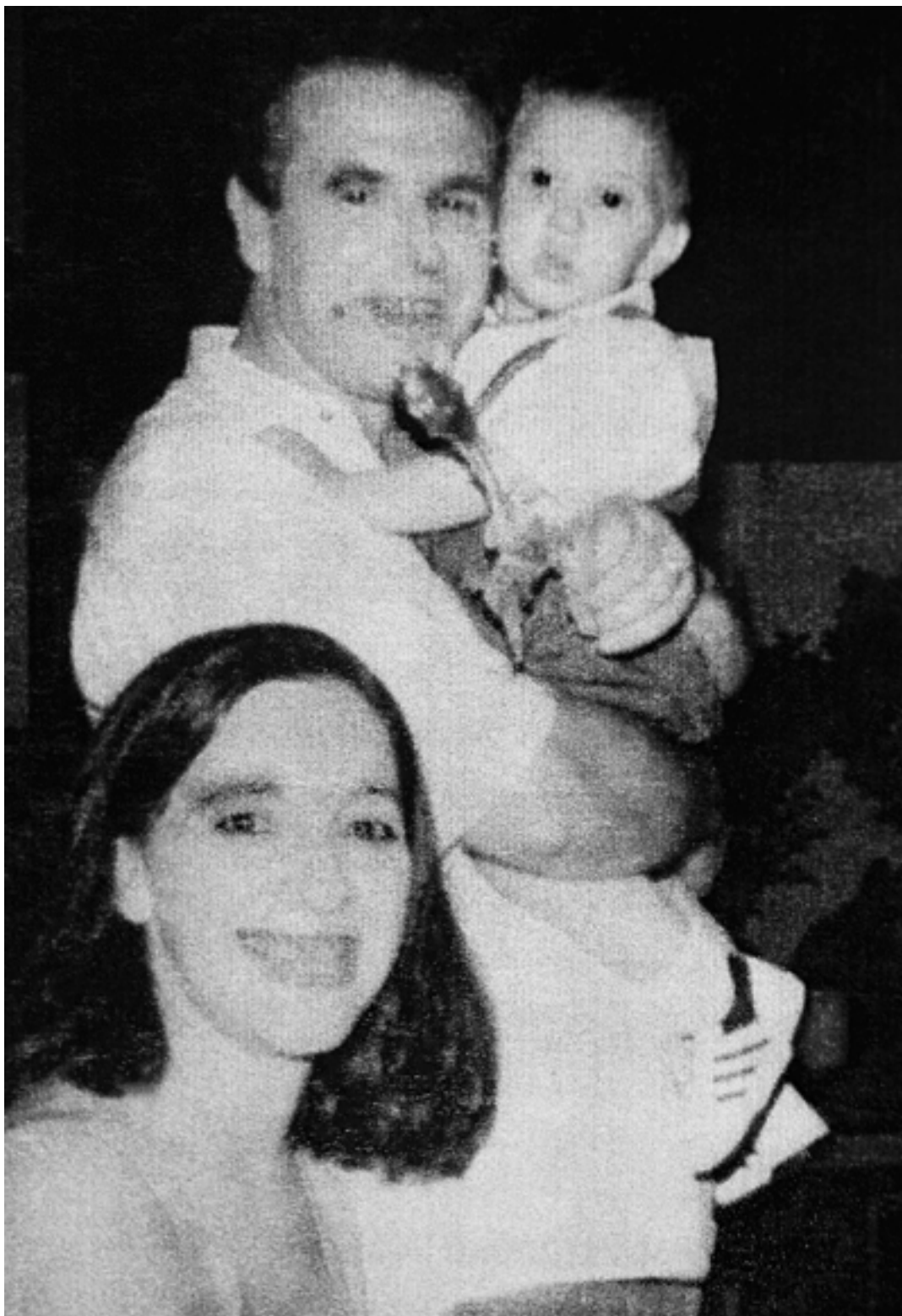
Firmenich tomó la servilleta de tela color bordó que estaba sobre la mesa, la dobló en cuatro, se la metió en la boca. Me miró a los ojos, empezó a mover la mandíbula y pronunció tres sílabas:

—Pro-ce-da.

Sonó gangoso, pero le entendí perfecto.

OceanofPDF.com

LA COMPAÑERA



María Martínez Agüero, la Negrita, con Mario Firmenich y el hijo menor de ambos.

Barcelona y Buenos Aires, 2017 a 2020

Luego de ese «Pro-ce-da» asombroso no volví a ver a Mario Firmenich. Apenas recibiría el e-mail con su negativa final a hablar de los orígenes de Montoneros y su acto fundacional, y la recomendación de dejar el tema. En cambio, continué en contacto con su mujer, María Elpidia Martínez Agüero, en parte porque era la única vía hacia él y en parte porque me interesó personalmente: la Negrita, como la llaman todos sus afectos, es una protagonista de esta historia por derecho propio.

Si al comienzo la había visto como la intermediaria de Firmenich con el mundo, a lo sumo también como la madre de sus cinco hijos, pronto entendí que era además su brújula y su pilar en la vida. Me dejó en claro que no iba a llevar y traer información, ni a ir en contra de la decisión de su marido de no cooperar, pero me gustó que me dijera que ella sí estaba dispuesta a compartir su memoria y su perspectiva.

Así fue como terminamos por hablar mucho, muchas horas y muchas veces, en la ciudad de Buenos Aires, en Ramos Mejía y en Barcelona, en persona y por WhatsApp, con cierta regularidad, a lo largo de más de tres años.

Cuando conoció a Firmenich —me contó— ella tenía veintidós años y estudiaba Historia en la Universidad Católica de Córdoba. Se había criado en el mismo círculo de la alta sociedad que Ignacio Vélez Carreras y sus familias se frecuentaban. Vivía con su madre en Villa Allende, frente al Golf Club y, como correspondía a las chicas de su clase, había completado el secundario en el Jesús María, un colegio religioso para mujeres.

A los catorce años había comenzado a dar clases en el hogar de huérfanos que gestionaba el cura Francisco Lucchese, pero no fue esa forma de militancia lo que la acercó a la guerrilla. Fue, más bien, una suerte de contagio de su hermano Guillermo, cinco años mayor: Polo, aquel médico que había quedado de guardia en la ruta por si había que asistir heridos en la toma de La Calera. En eso se parecía a Susana Ramus, la primera novia de Firmenich, que siguió a su hermano Carlos.

Supo de la existencia de Montoneros cuando la policía fue a buscar a Polo a la casa de la madre, María Elpidia Martínez de Agüero, que había recibido un aviso previo de un pariente lejano, secretario del juzgado: a la viuda de un juez de la Cámara Federal del Crimen no se la podía allanar sin más. Correspondía anticiparle.

Tanto la madre como la hermana quedaron pasmadas al saber que Polo era parte de una organización guerrillera, para peor vinculada al crimen de Pedro Eugenio Aramburu. Pero ataron cabos velozmente: todas las situaciones extrañas en las que habían sorprendido a Guillermo, como aquella vez que revisaba una pila de papeles con guantes negros de goma, o su interés súbito por aprender a cazar con armas, cobraron sentido.

Del juzgado también avisaron que las autoridades tenían la pista del escondite de Polo; entonces Martínez Agüero y su futura cuñada, María Adela Reyna Lloveras, otra egresada del Jesús María, fueron a alertarlo. De esa forma tan casual, al ir a sacar a su hermano del campo para llevarlo a un refugio más seguro, empezó a cooperar con Montoneros. Sus responsabilidades crecieron gradualmente, hasta que a fines de 1972 le asignaron una misión en extremo delicada.

Su responsable dentro de la organización le dijo que necesitaba que alquilara, a nombre de ella, una casa en la que se alojaría a «un compañero que andaba muy jodido en seguridad». Martínez Agüero podía hacerlo porque todavía mantenía una identidad legal: trabajaba en la municipalidad de Villa Allende, estudiaba en la universidad y se movía en la superficie — como se decía, por oposición a la clandestinidad— con su nombre verdadero. La necesitaban para que simulara ser la inquilina.

Encontró una vivienda en Villa Cabrera, un barrio de clase media, lejos de su casa de Villa Allende. La inmobiliaria le pidió una garantía y otros requisitos que no pudo cumplir: su madre, ya acostumbrada a no preguntar, le firmó los papeles.

Ella no se iba a mudar del todo pero pasaría bastante tiempo en esa otra casa, para mostrarse como la persona que pagaba el alquiler al propietario, hacía las compras, saludaba a los vecinos y saldaba las cuentas en el banco. El personaje al que tenía que proteger no podía siquiera pisar la vereda. Ya no se llamaba Mario ni *Manuel*: era *Javier*.

Pero apenas lo vio, supo quién era.

Firmenich llevaba barba y se había cambiado el tono del pelo; tenía además unos anteojos de cristales gruesos como la base de una botella, como si fuera muy miope. El camuflaje resultó insuficiente: Martínez Agüero reconoció de inmediato el rostro que había visto en los afiches. La poca información que manejaba, sumada a la mandíbula prominente y el lunar en la comisura del labio, le despejaron cualquier duda. Era el nuevo

jefe de Montoneros, el que había sucedido a Sabino Navarro. Un prófugo de la causa Aramburu.

Durante algunas semanas, «hasta que bajó un poco el asunto», como recordó ella, se tuvo que quedar encerrado en la casa. Apenas se conocían pero Martínez Agüero ya había empezado a intermediar entre Firmenich y el mundo.

Cuando comenzó a salir a la calle —muy ocasionalmente, siempre armado— practicaba maniobras de contraseguimiento. Aun en ese clima de peligro y paranoia, lograron identificar las señales del amor que surgió entre ellos.

En circunstancias similares, encerrado por seguridad muchos días en un departamento, Firmenich había tenido poco antes un breve romance con Norma Arrostito. Martínez Agüero me lo contó como una anécdota, con tono concesivo: «La Gaby —el nombre de guerra de Arrostito— había tenido algún asunto con el Pepe después que murió Fernando [Abal Medina]. La historia fue producto de las circunstancias, en un momento fugaz de soledades. Duró un suspiro».

Hacia diciembre de 1972 tan solo Firmenich y Arrostito quedaban vivos de aquel grupo original que había planificado el crimen de Aramburu; y también Ignacio Vélez Carreras, preso en Córdoba, pero con él no tenían contacto.

Carlos Capuano Martínez había muerto el 16 de agosto en Barracas, en Buenos Aires. Estaba en un bar cuando unos policías se acercaron a pedirle documentos; abrió fuego y mató al subcomisario José María Fungueiro (ascendido a comisario *post mortem*), pero cayó baleado por la espalda cuando estaba por subir a su auto. Lo velaron en la unidad básica Juan José Valle de la ciudad de Córdoba, con una bandera argentina sobre el féretro, el símbolo patrio que Montoneros disputaba con los militares.

Arrostito era tan conocida que sus movimientos se habían restringido a lo mínimo. Vivía casi aislada. Cuando llegó la Navidad fue a pasar unos días a Córdoba, y armó un operativo para ir de visita al departamento que Firmenich compartía con su nueva novia, a quien no conocía. Aunque significaba un riesgo, los tres y otros compañeros salieron de paseo por las sierras.

Martínez Agüero había ascendido a jefa del Servicio de Documentación de la provincia de Córdoba. En la casa que compartía con Firmenich

guardaba máquinas, papeles y tintas para crear los documentos falsos que le encargaban para los operativos; en la que compartía con su madre, almacenaba explosivos. Creía tener su doble vida, la clandestina y de la superficie, bajo control. Hasta que en enero de 1973 la policía regresó a la residencia de su madre en Villa Allende, esa vez sin preaviso. Encontraron amonal bajo la cama en el cuarto de María, como la llamaban entonces —alguien la había delatado— y la detuvieron.

La madre volvió a mover influencias y logró que la liberaran en menos de tres meses. Pero cuando ella dejó la cárcel, Firmenich no estaba en la Argentina.

Había salido del país con Roberto Quieto, de la conducción de Montoneros, para conocer a Juan Domingo Perón. También había viajado el presidente electo, Héctor Cámpora, para «ofrecer su victoria» al general. Entre todos debían discutir el reparto del poder que venía.

Perón los recibió en Roma, en una suite del Hotel Excelsior, junto con su esposa Isabel y su secretario José López Rega: se podría decir que los conflictos internos del justicialismo, que estallarían inexorablemente y conducirían al país al precipicio del golpe de 1976, se presentaron a la vista en esa primera reunión.

Según le contó Firmenich a Felipe Pigna, López Rega los quiso manipular para que hablaran mal de Cámpora ante Perón: ¡justo a ellos, que se sentían los hacedores del triunfo de Cámpora y hacían la visita para poner sus condiciones! «A Perón —recordó el jefe montonero— le costó entender que la relación con nosotros era distinta que con el resto del movimiento. Y a nosotros nos costó entender que el Perón de carne y hueso era distinto del de la síntesis histórica».

En esa incomprensión mutua se volvieron a encontrar a los pocos días en Madrid. Los Montoneros le entregaron a Perón en su casa de Puerta de Hierro el listado de los cargos gubernamentales que consideraban que les correspondían; él lo tomó con disgusto como un pliego de condiciones.

Al igual que Firmenich, el país estaba en eso: la conmoción por el inminente regreso definitivo de Perón a la Argentina. Aun con tanto vértigo en sus vidas, con tanta incertidumbre por el futuro, Martínez Agüero —*Inés*, en esa época— quiso darle algo de formalidad a la relación de pareja.

Un verdadero desafío logístico: la amnistía había exculpado a Firmenich por el crimen de Aramburu, pero el novio seguía con dificultades para

moverse. «Después de cada aparición tenía que esconderme», le dijo al historiador Pigna. «El país estaba en una situación muy complicada. Me tenía que cuidar de los servicios de inteligencia, que seguían siendo los mismos, más los enfrentamientos internos del peronismo. Me vi obligado a una vida semiclandestina».

Ni el Registro Civil ni una boda en una iglesia eran una posibilidad. El problema se resolvió cuando Lucchese, el cura del hogar para huérfanos, aceptó celebrar la ceremonia en la casa de los Martínez Agüero en Villa Allende. Por razones de seguridad, solo fueron invitados algunos familiares y unos pocos compañeros de militancia, como el exsacerdote Elvio Alberione, el Gringo, veterano de La Calera. Nadie sacó fotos: dejar registro iba en contra de las normas de la clandestinidad.

Mientras la Negrita y Firmenich daban el sí, el 25 de septiembre de 1973, el sindicalista José Ignacio Rucci caía asesinado en la puerta de su casa, en la calle Avellaneda del barrio de Flores. «Ese asesinato se lo achacan al Pepe, pero ese día nos casamos en la casa de mi madre en Villa Allende», me dijo como si lo librara de toda sospecha.

Firmenich quiso compartir la novedad de su matrimonio con sus padres. A los pocos días del enlace y de sorpresa, cerca de la medianoche, abrió la puerta de la vivienda familiar de Ramos Mejía con su llave: Víctor y Zarina nunca habían cambiado la cerradura, con la esperanza de que alguna vez volviera a visitarlos. Les presentó a la Negrita y les aclaró que sería una visita fugaz:

—Quería que conocieran a mi mujer, pero no tenemos mucho tiempo.

—¿Ya comieron? —les preguntó Zarina en el idioma universal de las madres.

—No.

Cocinó, lo más rápido que pudo, churrascos con ensalada.

A las pocas semanas llegaron, otra vez de sopetón, al balneario de Mar de Ajó, donde los padres de Firmenich alquilaban una carpa todos los veranos para compartir con sus otros cuatro hijos y sus nietos. La normalidad que buscaban los recién casados les rehuía, y aun en la arena y con ojotas quedaban inevitablemente atravesados por sus vidas de guerrilleros: Zarina tomó la cartera de su flamante nuera para moverla de lugar y sintió, sin saber qué era, el peso de una Browning 9 milímetros y una granada.

—¿Qué tenés adentro, que pesa tanto? —preguntó con una sonrisa.

—Esteee... ¿La cartera...? —balbuceó la nuera.

—Un arma —interrumpió Firmenich.

Martínez Agüero miró para otro lado para no cruzarse con la mirada de su suegra y Zarina no preguntó más.

Con la asunción de Cámpora, el matrimonio se trasladó a la ciudad de Buenos Aires, ya no tenía sentido seguir en Córdoba. Aunque había clima de fiesta entre los Montoneros y la Juventud Peronista, todos eran conscientes de la fragilidad de sus ilusiones; la guerrilla no se había desarmado, solo había entrado en una tregua.

Firmenich tenía notoriedad pública pero él y su mujer nunca se quedaban demasiados días en un mismo lugar. Martínez Agüero se movía *tabicada*, para que no conociera la ubicación exacta de los departamentos donde pasaban las noches. Supo, apenas, que recalaron en los barrios de Caballito y de Constitución con otros militantes de importancia, como Carlos Hobert, del grupo original de Sabino Navarro, que llegó a ser el segundo de Firmenich.

Con la rápida renuncia de Cámpora y el triunfo electoral de Perón con Isabel de vice, que acrecentó el poder de López Rega y dio lugar al surgimiento de la Triple A, la vida cotidiana se les complicó aún más. Sobre todo porque querían hacer la revolución tanto como formar una familia tradicional:

—Yo tenía en la cabeza que quería tener hijos, y el Pepe también —me dijo ella.

No eran vidas fáciles de compatibilizar. Aunque lo intentaran, las urgencias de una y los deseos de la otra chocaban de formas impredecibles.

Se sucedieron la muerte de Perón, la vuelta a la clandestinidad en el gobierno de Isabel Perón, el secuestro de los hermanos Born, el robo del cadáver de Aramburu y por fin, el cobro de un rescate descomunal. El padre de los secuestrados, Jorge Born, se había resistido tozudamente a pagar el monto exorbitante que le exigían, pero al cabo de seis meses de tensas negociaciones, accedió a pagar la cifra —todavía un récord mundial— de 60 millones de dólares. El cobro de tanta cantidad de dinero en efectivo obligó a Montoneros a buscar un lugar seguro donde depositarlo. La Cuba de Fidel Castro les pareció el más confiable: una suerte de regreso a los orígenes, a la inspiración revolucionaria.

Firmenich viajó a La Habana para acordar cómo se llevaría a la isla el dinero que un emisario de Bunge y Born les iba a entregar, como última

cuota del rescate, en valijas con billetes en Suiza; también debían fijar las pautas para que la conducción de Montoneros accediera a esa suerte de cuenta bancaria tan particular. Martínez Agüero partió con él, pero solo supo de las gestiones por la plata muchos años más tarde.

—Yo no sabía a qué iba —me dijo.

Si es cierto lo que me dijo Firmenich, solo entonces —año 1975— conoció Cuba; su mujer respaldó el relato según el cual el jefe montonero no había entrenado allí, mucho menos causado una trifulca con los otros becarios, como se llamaba a los guerrilleros latinoamericanos que iban a formarse en la escuela del Che Guevara.

La pareja cumplió —al igual que Abal Medina, Arrostito y Emilio Maza en 1968—, a través de Europa del Este, el desvío habitual para que se perdiera el rastro de su ingreso a Cuba, donde no les sellaban el pasaporte. Salió vía Brasil, hizo escala en Praga, siguió hasta Moscú y desde allí voló a La Habana.

Y en la capital del socialismo en América Latina, a los veintitrés años, la Negrita recibió instrucción militar —«era parte del tour»— y quedó embarazada por primera vez.

No lo supo enseguida. Cuando aparecieron las primeras señales, las interpretó como la manifestación de un problema en la columna que le habían descubierto poco antes de que cumpliera quince años: una modista le tomó las medidas para un vestido y notó cierta asimetría; la madre la llevó al médico; le diagnosticaron una escoliosis lumbar que no requeriría una cirugía, solo fisioterapia. No volvió a pensar en el asunto hasta que se sintió mal en Cuba.

Mientras Firmenich negociaba, sin que ella lo supiera, el andamiaje financiero del mayor secuestro de la historia, a Martínez Agüero le ofrecieron atención médica, uno de los máximos orgullos de la Revolución Cubana. Le hicieron radiografías a la altura de las lumbares para ver cómo estaba la columna y le confirmaron el diagnóstico: no era nada de qué preocuparse.

Poco después, en la escala en Praga, ya de camino a la Argentina, empezó a sentirse rara. Sospechó que podía ser un embarazo. Al llegar a Buenos Aires hizo una prueba de orina que confirmó su intuición.

Las condiciones de su vida no le permitían controlar la gestación con un obstetra, pero su madre volvió a recurrir a sus contactos y consiguió que el

director de la maternidad de Córdoba la asistiera durante esos meses y le practicara el parto.

La beba nació el 7 de noviembre de 1975. Ya habían decidido que se iba a llamar María Inés, una combinación del nombre legal y el nombre de guerra de la madre. Presentó malformaciones leves en el brazo derecho y en un ojo, pero ningún problema neurológico; la madre siempre creyó que podían ser consecuencia de los rayos a los que había expuesto en Cuba antes de saber que estaba embarazada.

Y con la chiquita a cuestas los Firmenich siguieron viviendo como nómades hasta el golpe militar del 24 de marzo de 1976, y mucho más después. Con las Fuerzas Armadas otra vez en el poder, la represión ilegal que ya existía pegó un salto cualitativo hacia el horror. Se perdió la poca legalidad que subsistía y se implementó un plan sistemático de desaparición de personas en centros clandestinos de detención que funcionaron en dependencias del Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea y las policías Federal y Bonaerense.

La cúpula de Montoneros creyó que el dinero que había cobrado por el secuestro de los hermanos Born era suficiente como para redoblar la apuesta: en una conferencia de prensa que organizó *Paco Urondo*, Firmenich resaltó que el rescate equivalía a un tercio del presupuesto de Defensa de 1975. Creían que se podían medir con los militares y las fuerzas de seguridad.

Con ese espíritu perpetraron el atentado que —hasta la voladura de la Asociación Mutual Israelita Argentina, la AMIA, en 1994— se ubicó como el más sangriento de la historia argentina.

El 2 de julio de 1976 José María Salgado, un montonero que había sido agente de policía, entró con su vieja identificación a la Superintendencia de Seguridad Federal, en el barrio de Balvanera, a una cuadra del Departamento Central. Llevaba un bolso con lo que se denominaba «una bomba vietnamita»: explosivos —nueve kilos—, perdigones y un detonador. Lo dejó, tapado con una chaqueta azul, en el comedor donde almorzaban más de cien policías; salió y lo activó a la distancia. La explosión mató a veintitrés oficiales. A Salgado lo abatirían al año siguiente.

Tres meses después del atentado, cuando la memoria de los policías ardía aún y el edificio mostraba los daños causados por la bomba, la mujer de

Firmenich fue detenida y llevada a ese preciso lugar, donde operaba un grupo de tareas. La Superintendencia había sucedido a Coordinación Federal, *la Coordina*, donde se había inaugurado la represión ilegal en tiempos de Juan Carlos Onganía. Ahí mismo habían torturado a Carlos Maguid, Nélica Arrostito y el resto de los Montoneros que cayeron en Buenos Aires tras la toma de La Calera.

Martínez Agüero —por entonces *Raquel*, oficial de la Columna Norte— había ido a una cita con tiempo suficiente como para pasar por una farmacia a dejar una muestra de orina: sospechaba que estaba otra vez embarazada. Esperó los cinco minutos que establecía el protocolo de seguridad y, como nadie se presentó, se fue; volvió una hora más tarde, como también estaba indicado, y sin que ella lo advirtiera, alguien la señaló desde un Falcon verde, el auto que usaban los grupos de tareas durante la dictadura. No tardó en descubrir que había ido a parar a *la ex-Coordina*.

Durante las primeras horas la maltrataron sin saber que esa rubia avalada por documentos falsos era nada menos que la esposa de Firmenich. Quien la había delatado pertenecía a una célula porteña y no tenía ese dato: conocía a *Raquel*, pero no sabía nada de *Inés*, el nombre que Martínez Agüero había usado en Córdoba. Si en un primer momento se ensañaron con su cuerpo, me dijo, fue porque el atentado a la superintendencia estaba fresco: pudo ocurrir que la torturaran compañeros de los oficiales muertos.

—No di ningún dato, porque mi moral revolucionaria así me lo dictaba: era mi conciencia, mi ética.

No conocía la ubicación exacta del departamento donde había pasado la noche anterior con Firmenich, pero a ella no le iban a sacar nada que comprometiera la vida de otros.

Las normas de Montoneros sobre la prohibición absoluta de hablar bajo tortura se habían vuelto estrictas y crueles. El Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino, del que habían tomado tantas lecciones con la película *La batalla de Argel*, pedía a sus militantes que aguantaran por un tiempo acotado, cuarenta y ocho horas: a partir de ese momento, la responsabilidad de reducir las pérdidas pasaba al FLN. A los miembros de Montoneros, en cambio, se les exigía que soportaran la tortura indefinidamente. Desde fines de 1975, la delación pasó a tener la pena máxima, la sentencia de muerte que imponían los tribunales revolucionarios.

Hasta Roberto Quieto, integrante de la conducción que cayó en manos de las fuerzas de seguridad tres meses antes del golpe militar, la había recibido. Los Montoneros exigieron su libertad durante algunos días, pero en una semana silenciaron el reclamo e hicieron pintadas que decían «Quieto traidor». Una serie de allanamientos posteriores al secuestro de Quieto habían llevado a Firmenich y el resto de la conducción a concluir que había delatado. Aunque las pérdidas no se correspondían con la enormidad de información que él conocía, dada su jerarquía y el papel central que había tenido en el cobro del rescate por Born, un tribunal revolucionario estableció que entregar información al enemigo, aunque fuera bajo tortura, era una falta imperdonable. Una expresión de egoísmo grave, causal de un daño equiparable al que podían propinar las fuerzas enemigas.

Como Quieto nunca apareció, no terminaron siendo los Montoneros sus ejecutores. Pero en al menos otros dos casos —Fernando Haymal y Carlos Roth— estas sentencias se cumplieron sin piedad.

La Negrita quería evitar a toda costa que en la Policía Federal, la primera fuerza que había practicado la represión ilegal con la Triple A en la ciudad de Buenos Aires, supieran que ella era la mujer de Firmenich. Sus esperanzas se desvanecieron cuando la llevaron a una sala, le quitaron la venda que le tapaba los ojos y alguien —nunca supo quién, aunque por su acento provenía de Córdoba— dijo:

—Es ella.

Raquel era *Inés*, reveló aquella voz; entonces *Inés* tenía que ser María Elpidia Martínez Agüero. Al rato entraron a su celda a tironearle del cuero cabelludo: querían saber de qué color eran las raíces de su pelo. Comprobaron que asomaban con un tono oscuro. Esa noche hubo festejos en la central de policía.

En los días posteriores al atentado en la Superintendencia, los represores habían asesinado, como represalia, a número impreciso —se dijo que cincuenta— de guerrilleros de distintas organizaciones que tenían secuestrados en dependencias de las Fuerzas Armadas y de la Policía. ¿Qué iban a hacer con ella?

Dijo, con toda la convicción de que fue capaz, que se había separado de Firmenich. No le creyeron.

La Marina presionó a la Federal para que se la entregaran: la querían en la ESMA, como a Norma Arrostito. Llevaba tres meses detenida cuando la

sacaron de su celda, y pensó que ese sería su destino. Entonces vio una almohadilla entintada y casi no dio crédito:

—Cuando me pintaron los dedos, supe que ahí había una decisión —me dijo sobre el momento en que comprendió que no la pasarían a un centro clandestino de detención, que la estaban legalizando.

—¿Se preguntó por qué hicieron oficial su detención?

Ese procedimiento, estándar cuando rige el estado de derecho, en la dictadura era un privilegio que conocieron pocos combatientes guerrilleros.

—Supongo que evaluaron que era mejor tenerme legal. En la mentalidad de los milicos, yo era un botín de guerra: me podían resguardar para un día canjearme. Les servía más viva que muerta.

La trasladaron al pabellón 49 de la cárcel de Devoto, donde reunían a las presas *blanqueadas* de Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), un espacio internamente organizado con ecos del estilo de las organizaciones guerrilleras.

—Armamos una estructura. Yo era oficial, hicimos una especie de conducción.

Firmenich, mientras tanto, se fue del país. El 28 de diciembre de 1976 viajó a México, y finalmente se exilió en Cuba. Él también se salvó de la muerte en la dictadura: que se preservara en el exterior mientras miles de guerrilleros morían bajo sus órdenes, bien porque habían permanecido en la Argentina o bien porque se les había indicado que abandonaran la seguridad del refugio para volver a combatir en las llamadas contraofensivas, que resultaron un camino directo a la muerte, es el principal cuestionamiento ético que se ha hecho a su jefatura. Él se ha defendido:

—Mi salida del país se da casi empujado por los compañeros. Me pidieron orgánicamente que me fuera. En realidad, yo acepto salir del país por una gira de seis meses. Pero entre que acepto eso y salgo ocurre un hecho determinante: habían secuestrado a mi compañera.

Y también estaba la cuestión de Aramburu.

Que no se haya planteado regresar hasta la recuperación de la democracia en 1983 se debió —según él mismo— a la relevancia pública que le daba ser el único sobreviviente entre los perpetradores del crimen.

—Por estar mi figura asociada al hecho fundacional de 1970 y por mi actividad política pública en 1973 y 1974, mi rol iba más allá de la jefatura interna: era un liderazgo político público y, como tal, un símbolo. Si a mí

me mataban, el problema no era que faltaba un secretario general, sino que significaba la derrota [de Montoneros]. Se puede ver en el ERP con [Mario Roberto] Santucho: si no mataban a Santucho, el ERP seguía existiendo.

Santucho murió en un enfrentamiento con un grupo de tareas del Ejército en julio de 1976. Se suponía que en el departamento de Villa Martelli donde lo encontraron —junto con Benito Urteaga, que también murió, y las mujeres de ambos, Liliana Delfino y Ana María Lanzilotto, que fueron secuestradas, embarazadas, y están desaparecidas— se iba a realizar una reunión de las dos guerrillas, a la que Firmenich asistiría por Montoneros.

Martínez Agüero parió a su segundo hijo en la enfermería de la cárcel de Devoto en la víspera de la Navidad de 1976. Como no pudo consultar el nombre del bebé con el padre, repitió la fórmula de María Inés: primero Mario, el nombre de nacimiento de Firmenich, y a continuación el de guerra que usaba cuando se conocieron, Javier.

Mario Javier nació prematuro: con menos de siete meses, pesó apenas un kilo y medio. Quedó tres meses en una incubadora y vivió los tres siguientes en la celda de su madre. Martínez Agüero le pidió a la suya que lo llevara a vivir en el hogar del padre Lucchese, en quien confiaba ciegamente. Crecería con otros niños huérfanos e hijos de presos comunes, porque el cura que la había casado era capellán penitenciario en Villa Allende. Otra posibilidad que le ofreció la legalidad; los bebés de otras madres guerrilleras nacieron en centros clandestinos y fueron despojados de su identidad, crecieron sin conocer su origen y muchos fueron apropiados por las familias de los represores.

El sacerdote honró la confianza de la Negrita e hizo todo por proteger al niño, al que apodó *el Bichi*, por abreviar *bichito*. Lucchese lo inscribió con el apellido Martínez solamente y apenas vio asomar un lunar en la comisura de su labio, muy parecido al del padre, se lo quitó con un corte limpio de hojita de afeitar. Firmenich lo tenía en el lado derecho y el niño en el izquierdo, pero le pareció un detalle menor.

Martínez Agüero obtuvo la libertad vigilada a fines de 1980 y fijó su residencia en Villa Allende, para cumplir el año y medio de pena que le quedaba junto a su hijo en el hogar del cura. *El Bichi*, que ya había cumplido cuatro años, no sabía nada sobre sus padres ni tenía recuerdos de ella.

La hija mayor, María Inés, estaba en La Habana. Había quedado a cargo de María Soledad, hermana de la Negrita, quien la había llevado con el padre. Allí tuvo una experiencia educativa particular, que Analía Argento narró en el libro *La guardería montonera*: fue a clase con unos treinta niños argentinos de muy variadas edades, de los seis meses a los diez años, cuyos padres combatían en la Argentina contra la dictadura, varios en las contraofensivas.

«Había juegos como la mancha, la escondida, la rayuela, pero había otra parte que tenía que ver con nuestras propias historias: hacíamos batallas, había malos y buenos, jugábamos a volver al país y recuperarlo», contó Virginia Croatto, directora de un documental también llamado *La guardería*, en su caso, un relato muy personal: ella pasó ahí parte de su infancia. «Era lindo vivir con niños, pero no teníamos a nuestros padres ahí», matizó.

Los miembros de la conducción —a la que se habían sumado Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja— no se movieron de Cuba. Firmenich viajaba como figura pública, para denunciar en Europa las violaciones a los derechos humanos en la Argentina, o en misiones discretas para comprar armas o recibir el apoyo del régimen represivo de Muamar Gadafi en Libia.

Él también ansiaba reunir a su familia, y el lugar para hacerlo le parecía La Habana. Entonces envió a alguien de confianza para que sacara a su mujer y a Mario Javier de Villa Allende.

Sin preaviso, esa persona apareció en el hogar de huérfanos y le informó a Martínez Agüero que iban a escapar. Ella se opuso, primero suavemente, alegando que prefería esperar a cumplir la totalidad de su condena y recién entonces salir del país, con todos sus papeles en regla y sin correr riesgos innecesarios.

La persona que Firmenich había enviado no se quería ir con las manos vacías: entonces se iba con el niño, propuso.

—El chico se queda conmigo y vamos a salir el día que me den la libertad.

Ella admiraba a Firmenich —todavía lo admira— y hasta a ese momento nunca había tenido una diferencia de ese calibre. Así que, como nunca antes, o quizá como un puñado de veces, se le plantó.

La Negrita no se rebelaba ante su jefe militar —eso no se lo podía permitir— sino ante el padre de sus hijos. A eso, sentía, tenía derecho.

—Se le había puesto en la cabeza rescatar al hijo —me dijo, o quizá solo lo rumió—. ¡A quién se le ocurre...!

Yo podía ponerme en el lugar de esa madre. No era a mí a quien tenía que convencer de que había sido un gesto prepotente, una idea irresponsable. ¿Por qué alguien sometería a su hijo a ese peligro? Martínez Agüero pareció haberme leído la mente cuando agregó:

—De eso no había conciencia en el exilio.

Lucchese sintió tanto alivio como ella cuando el emisario se marchó como había llegado: el sacerdote era garante de la prisión domiciliaria de Martínez Agüero.

La mujer de Firmenich quedó en libertad a fines de marzo de 1982, pocos días antes de que se desplegara el intento, desesperado y último, por impedir la apertura hacia la democracia: el sorpresivo desembarco en las islas Malvinas que ordenó el dictador Leopoldo Galtieri el 2 de abril. La sociedad civil, tocada en una fibra sensible, se movilizó en apoyo de una solución bélica para el diferendo de soberanía con el Reino Unido.

La familia Martínez Agüero estaba desperdigada. Los únicos dos hermanos que no se habían unido a Montoneros vivían en Brasil: Gabriel, ingeniero aeronáutico, y Diego, el menor. A esa altura, la madre los prefería fuera del país: ya había perdido a un hijo, José Agustín, secuestrado y desaparecido en 1976, y a una nuera, la mujer de Polo; y Polo todavía estaba preso en el penal de Rawson.

La sexta hermana, María Soledad, que se había radicado en Cuba, estaba también en Brasil en el momento en que la Negrita recuperó su libertad. Desde ahí movió sus contactos para avisarle a Firmenich que su mujer ya podía ir a su encuentro y también ayudó a que ella organizara, con el apoyo de dirigentes de derechos humanos, un operativo para su salida por Paso de los Libres, que se concretó el 1° de mayo de 1982.

—Mi hermana avisó que yo iba a cruzar la frontera por tierra porque no tenía pasaporte, y no pensaba tramitarlo en la Policía Federal. El Pepe estaba en México y gestionó un salvoconducto para que me fuera para allá.

Que ella hubiera encontrado la forma de salir del país con su hijo despertó nuevas suspicacias. «Martínez Agüero fue legalizada, tuvo a su hijo en la cárcel, el bebé fue entregado a su madre y luego le dieron pasaporte para dejar el país. Es para sospechar», escribió Alejandra Vignolés, autora del libro *Doble condena. La verdadera historia de Roberto*

Quieto. El libro buscó reivindicar la memoria de Quieto, manchada por el mote de traidor que le habían endilgado, y al mismo tiempo, revertir la pregunta acerca de quiénes eran realmente merecedores de sospecha en Montoneros.

Cuando le trasladé esos interrogantes, respondió con fastidio: «Me han dicho unas cuantas cosas, pero lo cierto es que tuve una tortura espantosa, que mi hijo nació bajo el efecto de la tortura... En un momento éramos mil presas en Devoto y las que estaban ahí son testigos de que me negaron la opción de salir del país, que mi madre presentó todas las veces que pudo, y la razón por la que la negaban era porque era la mujer de Firmenich: hay montones de compañeras que salieron del país antes de cumplir la condena».

Firmenich, de treinta y cuatro años, esperó a su mujer en el aeropuerto de la ciudad de México con María Inés, una nena que en pocos meses cumpliría siete. La madre, que iba a cumplir treinta y tres, se sobrecogió al verla: había caído presa cuando su hija no tenía un año siquiera, y no la había visto crecer. Aferrado a su mano, Mario Javier, de cinco años, saludó a Firmenich en ese espacio sin tiempo que son los aeropuertos, y de repente supo que no solo no era huérfano sino que, además de mamá, tenía un papá y una hermana.

Eran familia biológica y apenas se conocían. Los hermanos se encontraban por primera vez y los padres no se habían visto ni comunicado en forma directa durante seis años, el tiempo que Martínez Agüero estuvo presa; sin embargo, la conexión entre ellos estaba intacta. Sostenían, a pesar de todo, la convicción de que se habían casado para toda la vida, o al menos, hasta que la muerte los separara. Pronto iban a descubrir que esa combinación tan particular de creencias religiosas con ideas revolucionarias se veía reflejada en la crianza diversa de sus dos hijos. Mario bendecía las comidas y rezaba; María Inés veneraba a otras figuras, pronunciaba oraciones del tipo: «Unidos por el comunismo, seremos como el Che».

En México, los Firmenich se reencontraron con Juan Manuel Abal Medina, recién aterrizado en un país que fue muy generoso con los exiliados argentinos. Enseguida, Abal empezó a trabajar para Fernando Gutiérrez Barrios, un exmilitar devenido influyente entre los servicios de inteligencia.

Había pasado seis años y un mes dentro de la residencia del embajador de México en Buenos Aires: alcanzó el récord mundial de asilo dentro de una sede con protección diplomática por la Convención de Viena. Había entrado a una casona de Belgrano horas antes del golpe de 1976, en cuanto supo que un grupo de tareas había pasado por su casa para secuestrarlo: debió forcejear con un guardia, que quiso detenerlo, y logró ingresar y pedir asilo. Tenía treinta y un años. Cumplió ahí dentro treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis y treinta y siete; en 2.200 días convivió con los cinco embajadores que se sucedieron. Los militares no le dieron el salvoconducto hasta después de la derrota en la guerra de Malvinas, que marcó el principio del fin de la dictadura.

Fue su venganza: el encierro por tiempo indeterminado en una jaula de lujo, pero jaula al fin. La portación de un apellido que remitía inmediatamente al crimen de Aramburu fue la única explicación que Juan Manuel le encontró al castigo que tuvo que padecer. Compartió el encierro en la embajada con otros célebres asilados del peronismo de izquierda, entre ellos el expresidente Héctor Cámpora y su hijo, otras víctimas del ensañamiento de los militares. Al expresidente solo le permitieron salir hacia México cuando le diagnosticaron un cáncer sin esperanza; a su hijo, Héctor Pedro, solo en ocasión del funeral de Cámpora, en 1980.

Haciendo gala de su gran versatilidad, Abal también se reencontró con muchos Sabinos, los primeros disidentes de la conducción de Firmenich, que también se habían asentado en México: Ignacio Vélez Carreras, Luis Rodeiro y *Cacho* Soratti, todos veteranos de La Calera, se habían ayudado entre ellos a escapar de la Argentina. Se juntaban en la Comisión Argentina de Solidaridad, un espacio separado del que habían montado los Montoneros.

Firmenich, Martínez Agüero y sus dos hijos llegaron a vivir casi nueve meses en La Habana, donde funcionaba la comandancia de la organización, pero al ver que se avecinaba el final de la dictadura quisieron estar más cerca de la Argentina. En mayo de 1983 recalaron en La Paz, Bolivia, con Vaca Narvaja y Perdía. Comenzaron a planificar el regreso definitivo y ordenaron la construcción de tres viviendas que serían para los dirigentes y una para las reuniones de la comandancia.

Firmenich se inclinó por volver a La Matanza, el municipio donde había pasado su infancia, el más poblado del conurbano de la provincia de Buenos

Aires. Pero en lugar de Ramos Mejía, una localidad de clase media, eligió Isidro Casanova, mucho más popular. En esos detalles estaban cuando Raúl Alfonsín, el primer presidente del período democrático que se inició en 1983, interrumpió sus planes.

A cinco días de asumir, Alfonsín firmó dos decretos consecutivos que miraban al pasado inmediato: uno ordenó enjuiciar a las cúpulas de Montoneros y el ERP; el siguiente, a los integrantes de las juntas militares de la dictadura.

En el primero, el presidente radical recordó que en 1973 el Congreso había dispuesto una amnistía generosa para los crímenes de los guerrilleros. Señaló que la medida no había logrado su propósito, que había sido terminar de una vez por todas los enfrentamientos entre argentinos: pronto las organizaciones volvieron a la violencia y —según Alfonsín— les regalaron a los militares el pretexto para dar el golpe. Luego, el Estado respondió con la represión ilegal y no juzgó como correspondía a los jefes de las organizaciones guerrilleras.

Pero una vez recuperado el estado de derecho, Alfonsín creyó necesario impulsar los procesos contra Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía y Rodolfo Galimberti, de Montoneros, y Enrique Gorriarán Merlo, del ERP, entre otros. Ordenó que fuesen juzgados por los delitos de homicidio, asociación ilícita y apología del crimen.

El segundo decreto ignoró la autoamnistía que se habían atribuido los militares y, dado que todavía eran un gran factor de poder, dispuso que solamente las cúpulas de las Fuerzas Armadas —como Jorge Rafael Videla, Emilio Massera, Roberto Viola, Leopoldo Galtieri— fueran juzgadas en el ámbito civil por homicidio, privación ilegal de la libertad y aplicación de tormentos, entre otros.

Firmenich dejó de soñar con la vuelta. Con su mujer mudaron otra vez a sus hijos, María Inés y Mario Javier, y se fueron a vivir a Río de Janeiro. Martínez Agüero estaba nuevamente embarazada. Facundo José —nombre que eligieron en honor al caudillo federal Facundo Quiroga y a José Agustín Martínez Agüero, el tío desaparecido de la criatura— nació el 25 de enero de 1984. Tanto confiaba Firmenich en la tradición de Brasil de no conceder extradiciones a ciudadanos extranjeros con hijos brasileños que a los pocos días se presentó personalmente en el consulado argentino para tramitar los documentos del bebé. Fue detenido en el acto.

Lo mandaron a Brasilia y quedó aislado en una cárcel común.

Como el proceso de extradición iba a demorar, Martínez Agüero se mudó a la capital brasileña con los chicos y con su madre, que la ayudó a preparar a María Inés y Mario Javier para que tomaran el examen anual sin cursar y no perdieran la escolaridad. Los abogados de Firmenich perdieron la batalla legal y el tribunal supremo aceptó enviarlo a la Argentina, con ciertas condiciones: la pena que le dieran, en caso de una condena, no podía superar los treinta años y solo podría ser juzgado por delitos comunes, lo que eliminaba el cargo de haber liderado una organización guerrillera.

Como los efectos por la amnistía del caso Aramburu eran irreversibles, el fiscal Juan Martín Romero Victoria echó mano al caso Born. Durante el secuestro, en 1974, habían muerto dos personas que viajaban con Juan y Jorge Born cuando fueron emboscados: el chofer Juan Carlos Pérez y Alberto Bosch, amigo íntimo del mayor y ejecutivo de la empresa. Firmenich no estuvo ahí —Quieto dirigió el operativo— pero Romero Victoria lo acusó de haber planificado un delito que causó esas dos muertes y por su participación en la negociación del rescate. No ayudó a la defensa del jefe montonero que él hubiera protagonizado la conferencia de prensa el día de la liberación de Jorge Born, en una casona del norte del conurbano.

Firmenich hizo una defensa política: se declaró víctima de la «teoría de los dos demonios», que equiparaba el terrorismo de Estado con la resistencia a un régimen opresivo por parte de los Montoneros, lo cual equivalía a ignorar el derecho a rebelarse contra una tiranía. Acusó al gobierno de Alfonsín de promover juicios contra los jefes guerrilleros por pura conveniencia política. Como los militares seguían siendo un factor de poder que condicionaba a la democracia, no podía avanzar contra ellos sin sentar también en el banquillo a las cúpulas de Montoneros y del ERP. Una compensación que a Firmenich le parecía injusta.

Su argumento pasaba por alto que Montoneros había retomado la lucha armada antes del golpe de 1976, durante el gobierno constitucional de la vicepresidenta que heredó el poder, Isabel Perón. Igual, nada hubiera cambiado si lo mencionaba: la suerte de Firmenich ya estaba echada. Lo condenaron a treinta años de prisión, el máximo permitido por la justicia brasileña. Fue a parar a la cárcel de Devoto, la misma en la que había pasado seis años presa Martínez Agüero, convertida en un penal de varones.

Ella lo siguió, una vez más. Se mudó con sus tres hijos a Isidro Casanova, con Mario Montoto, un exmontonero que era apoderado de

Firmenich, de vecino. A María Inés y Mario Javier les tocó, en años sucesivos, preparar el exigente ingreso al Colegio Nacional de Buenos Aires: los dos irían al mismo secundario que el padre. Su apellido no pasaría inadvertido en ese ámbito, pero la excelencia académica en una escuela pública y la tradición pesaron más.

En su vida adulta María Inés se recibió de socióloga en La Habana y se insertó en una universidad del conurbano; Mario Javier se inclinó por economía —la misma carrera que iba a elegir Facundo—, tuvo tres hijos y volvió a Córdoba, a un pueblito cercano al hogar para huérfanos donde se había criado.

Firmenich y Martínez Agüero se casaron, por fin legalmente, en la cárcel de Devoto, cuando los dos hijos mayores de la pareja eran adolescentes. Un funcionario del Registro Civil celebró la boda el 22 de enero de 1985: él estaba preso pero, por primera vez en muchísimo tiempo, no se encontraba clandestino ni prófugo. Tenía un régimen de visitas flexible y con bastante privacidad. En esos años Martínez Agüero dio a luz a los dos menores de la familia. Jorge Agustín —de adulto, ingeniero topógrafo— nació en 1987. Se llamó Jorge por Jorge Firmenich, un primo hermano desaparecido de Mario, y Agustín por el segundo nombre del hermano desaparecido de la Negrita. Lo siguió Santiago —el único cuyo nombre no remitía a ninguna historia familiar, que iba a estudiar biología— en 1989. En el medio, ella perdió un embarazo.

En la cárcel, Firmenich comenzó a estudiar Ciencias Económicas, y se destacó por sus altas calificaciones. Sentía que empleaba su tiempo libre en algo útil. De haber cumplido con la totalidad de su condena, no habría salido en libertad hasta el día de San Valentín de 2014, pero mientras avanzaba en la carrera universitaria obtuvo el segundo perdón de su vida.

Un indulto que firmó el presidente peronista Carlos Menem el 29 de diciembre de 1990 le borró el resto de la pena que faltaba cumplir. Menem estaba bien predispuesto a conceder el perdón: los Montoneros, que por entonces se llamaban Peronismo Revolucionario, lo habían apoyado y habían hecho aportes a su campaña electoral con dinero proveniente del secuestro de los Born.

Como habían previsto, Menem condonó a los guerrilleros. Pero también a los militares. Al mismo tiempo y en nombre de «la pacificación nacional». Eso, en lugar de acallar la polémica, la intensificó.

El indulto salió en dos tandas. La gran mayoría de los Montoneros recuperó la libertad con el primer decreto; Firmenich, por el peso de su figura, quedó para el final junto con cinco de los máximos responsables de la dictadura, entre ellos Videla, Massera y Orlando Agosti. Muchos de sus excompañeros de lucha armada se escandalizaron. Que justo él, que había discrepado cuando Alfonsín equiparó las culpas de los guerrilleros con las de los represores, aceptara obtener la libertad junto a los genocidas les resultó una traición a la memoria de los desaparecidos. Se prestaba, lo acusaron, al juego de Menem de lavar con él la ignominia del perdón a Videla y compañía.

A esa altura, Firmenich ya cargaba con nuevas sospechas sobre cómo había logrado preservar a su familia y esquivado la muerte durante la dictadura. En 1993 el periodista estadounidense Martin Andersen publicó *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia*, un libro con una hipótesis explosiva. Las organizaciones guerrilleras —escribió— habían sido funcionales a la dictadura por una sencilla razón: desde un comienzo habían estado infiltradas por los servicios de inteligencia; los militares habían alentado la violencia armada desde el interior de Montoneros y del ERP para generar una opinión pública favorable al golpe de 1976 y lograr tolerancia a la represión ilegal. Andersen depositó en Firmenich la acusación más grave: dijo que era un agente del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército.

La única fuente de información de Andersen —reveló en una edición revisada del año 2000— había sido Robert Scherrer, un agente de la Agencia Federal de Investigaciones de los Estados Unidos, el FBI, que había trabajado en la embajada de Buenos Aires. Pero nunca apareció ningún documento del gobierno norteamericano que sustentara la acusación de *Dossier secreto* y el nombre de Firmenich tampoco figuró en el listado de 4.300 agentes del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército que Cristina Fernández de Kirchner desclasificó cuando era presidenta, en 2010.

Firmenich parecía cargar con el mismo lastre desde la fundación de Montoneros: la sospecha de que las células originales trabajaban para los servicios de inteligencia y que nunca dejaron de hacerlo. En eso, los disidentes Montoneros cerraron filas con él: «Nunca creímos en eso», me dijo Ignacio Vélez Carreras en representación de los Sabinos.

Ya en libertad, Firmenich se graduó de economista en la Universidad de Buenos Aires (UBA) con el promedio más alto de su promoción. Por ese mérito le correspondía la medalla de honor, pero las autoridades se la negaron y la entregaron al segundo alumno mejor calificado, que resultó ser Axel Kicillof, luego ministro de Economía de Cristina Kirchner y gobernador de la provincia de Buenos Aires. El episodio, que le produjo indignación, puso en evidencia el rechazo que su figura seguía despertando en la sociedad. Sentía que los medios lo habían transformado —a él y a nadie más— en un demonio responsable de los años de mayor violencia en el país; con esa frustración partió otra vez con su familia y después de un breve paso por Oslo, Noruega, se quedó a vivir para siempre en Barcelona, España, acompañado por la Negrita y lejos de casi todos sus hijos, que optaron por volver a la Argentina.

Cuando todavía no se había resignado a tener que irse otra vez, Enrique Llamas de Madariaga, quien había sido gerente de un canal del Estado durante la dictadura, lo invitó a debatir con Aldo Luis Molinari, el amigo de Aramburu. Firmenich cobraba por las entrevistas —no tenía ingresos y hacía tiempo que Fidel Castro había cortado el acceso de los Montoneros a los fondos en Cuba— pero en ese caso se negó. No iba a sentarse frente a una cámara para que lo acusaran sin fundamentos de haber trabajado para Onganía. En cambio, accedió a una nota a Bernardo Neustadt, un periodista de enorme influencia nacional que entonces operaba sin ningún disimulo en beneficio de Menem.

El gobierno que le había concedido el indulto quería que Firmenich fuera a la televisión a dar por cerrada la etapa de los enfrentamientos entre argentinos, que se mostrara arrepentido de los crímenes de la guerrilla. El jefe del Ejército, Martín Balza, ya había dado un gran paso en *Tiempo Nuevo*, el mismo programa semanal de Neustadt en Canal 11. Balza condenó de manera contundente la represión ilegal y dijo que ningún soldado debió haber obedecido, bajo ninguna circunstancia, órdenes ilegales de sus superiores. Era el turno de Firmenich.

Intermedió Alicia Pierini, subsecretaria de Derechos Humanos de Menem, quien había integrado la columna de Paco Urendo que robó el cadáver de Aramburu. Les propuso una reunión a solas entre Firmenich y Neustadt. Se negociaron ciertas condiciones: que el exjefe guerrillero pudiera hablar sin interrupciones, que solo al final le hiciera unas pocas preguntas y que la nota fuera grabada con antelación. El periodista le

sugirió que asistiera con su mujer y sus cinco hijos; lo ayudarían a revertir la imagen de hombre monstruoso que le habían construido los medios.

El 2 de mayo de 1995, con un gesto adusto y mirando a cámara, Neustadt presentó la nota en el horario central de la televisión abierta, que llegaba a la mayoría de los hogares. Durante años Firmenich había sido su enemigo, dijo; esa entrevista era su aporte a la construcción de «un país distinto». Agregó:

—Mario Firmenich tenía diecinueve años, hoy tiene cuarenta y siete. Él entendía que el país estaba cerrado políticamente a su vida y a la vida de muchos jóvenes, y entendió que debía formar una organización para encontrar por otros vericuetos, por otros caminos, a lo mejor, la salida política electoral o política que él quería. No sé si en su alma estaba la consigna «vamos a matar o morir». La urna estaba cerrada para él. Yo no soy quién para entrar a discutir si eligió bien o mal el camino. A mí no me gustó.

Las cámaras mostraron a Martínez Agüero rodeada por sus hijos María Inés, Mario Javier, Facundo, Agustín y Santiago, todos chicos en edad escolar; luego hicieron foco en Firmenich. Se lo vio tomar un papel:

—Asumo la responsabilidad política por todo lo actuado por los Montoneros. Ya no es tiempo de clandestinidad —empezó a leer—. El general Balza hizo la autocrítica; los Montoneros ya la habíamos hecho y ahora vengo a reiterarla, aceptando la mano tendida de Balza. Cometimos el error (en el gobierno de Isabel Perón) de retomar la lucha armada pese a que no existía para eso la legitimidad que otorga el consenso de las mayorías. Fue una decisión desesperada.

Aclaró que no consideraba que los crímenes de Montoneros fuesen equiparables a los de la dictadura:

—No tenemos que arrepentirnos de haber violado a nadie, de haber robado hijos, de haber arrojado vivo a nadie al mar.

A continuación se sacó de encima rápidamente la primera de las tres preguntas que se había reservado Neustadt:

—No arrastré a nadie de las narices. Nuestras decisiones eran colegiadas. Lo mismo hizo con la segunda: si lo haría otra vez.

—No, he comprendido que es un error.

Pero la tercera le resultó tan inesperada que le costó hilar la respuesta:

—Al secuestro del general Aramburu, ¿cómo lo vive?

—No lo hemos vejado, lo hemos respetado hasta al extremo. Sin tener necesidad, a un hombre que se está por morir, (para) evitar que se tropiece (le atamos) el cordón de los zapatos, porque él estaba maniatado. Lo hemos respetado, e inclusive hemos orado por él. También ahí aprendí que no había que odiar al enemigo.

—Pero lo asesinaron.

—Fue un acto que no decidimos nosotros —recuperó por fin el tono de seguridad—, estaba decidido por el pueblo.

—¿Por el pueblo?! —Neustadt fingió pasmo.

—El pueblo. Estaba decidido por el pueblo. Porque no podemos hablar de esto sin hablar de los bombardeos a Plaza de Mayo y del asesinato del general Valle.

En el silencio incómodo y largo que se produjo, como si para todos la entrevista se hubiese malogrado, Neustadt insistió:

—¿Le puedo pedir que no represente más al pueblo así?

Firmenich nunca se iba a arrepentir del crimen de Aramburu:

—Desearía que nunca más el pueblo tuviera necesidad de venganza —dijo, calmo—. Ojalá no necesitemos nunca más venganza.

LAS HUELLAS DE LA HISTORIA



La estancia La Celma en Timote, abandonada.

Timote, diciembre de 2019

Esta historia que en breve cumple cincuenta años corre en paralelo a mi propia vida. Nací en 1970, un mes antes del secuestro de Pedro Eugenio Aramburu, el año en que Montoneros surgió de modo inesperado, aunque todos los factores que le podían dar origen estaban a la vista. No era un hecho del que yo pudiera tener recuerdos propios, pero dada la juventud de sus protagonistas aún podía apelar a sus recuerdos.

Quise explorar la incomodidad evidente que el caso aún provoca y entender por qué el término para designarlo en la bibliografía todavía alterna entre crimen, asesinato, ejecución o ajusticiamiento. No hay una gran disputa alrededor de cómo sucedieron los hechos, esa otra diferencia es la que importa: la *muerte* no carga las tintas sobre quienes lo mataron, como si corriera el foco de atención a lo que ocurrió previamente; el *asesinato*, en cambio, pone el acento en el crimen y sus responsables, en La Celma.

En la búsqueda, sentí empatía con ese guía del cementerio de la Recoleta que frena el *tour* en la bóveda de Aramburu, tiene pocos minutos para hablar de su vida, y sufre con la certeza de que, si en su grupo hay argentinos de cierta edad, le objetarán su relato por imparcial o incompleto. Algunas veces directamente la saltea. A mí me pasó lo contrario: fue el impulso que me llevó a escribir este libro.

Mario Firmenich justifica al día de hoy la decisión que tomó con sus compañeros, un grupo de jóvenes de veintipocos años, cinco décadas atrás. Quizás no tenga salida: sobre el crimen de Aramburu se montó la piedra basal de Montoneros. Quizás su negativa a revisar ese pasado con mirada autocrítica, con eje en el presente, sea la razón más potente que lo condena al ostracismo, el motivo por la cual nunca pudo reinsertarse en democracia.

La historia es siempre un terreno de disputa, pero el caso de Aramburu —con todo lo que lo rodea: negociaciones políticas con cadáveres, venganzas, odio y perspectivas irreconciliables— habla de una imposibilidad argentina. De ahí que resulte tan incómodo de abordar.

Hay rastros de esa imposibilidad en obras inconclusas, en lugares abandonados y en algunas marcas que igual van quedando dispersas en la geografía.

Por ejemplo, en el predio donde iba a estar el Monumento al Descamisado, luego el Mausoleo de Eva Perón, y por fin el Altar de la

Patria, quedó un espacio verde donde desde 2002 hay una escultura metálica de veinte metros de altura con forma de flor. Se llama *Floralis Genérica*, es obra del arquitecto Eduardo Catalano y recuperó toneladas de desechos de la fábrica de aviones Lockheed Martin. Los visitantes se quejan de que el sistema por el cual debería abrir sus pétalos plateados cuando sale el sol y cerrarlos cuando oscurece responde a leyes menos claras que las de la naturaleza, y nunca se sabe cuándo diablos ir para conseguir una foto instagrameable. Con todo, los usuarios de TripAdvisor recomiendan el paseo por la Plaza Naciones Unidas y le dan tres puntos generosos sobre un total de cinco.

Poco más allá, donde también se habrían extendido las obras que resultaron más erráticas que la flor, hoy está el edificio de la televisión pública, herencia arquitectónica de la dictadura militar que en 1978 inauguró allí los estudios de Argentina Televisora Color (ATC), para transmitir al mundo el Mundial de Fútbol en colores.

Al frustrarse la construcción del Altar de la Patria, los cuerpos de Juan Domingo Perón y de Eva Perón quedaron a la deriva: a los pocos días del golpe de 1976, el dictador Jorge Rafael Videla ordenó que sacaran los cadáveres de la cripta de la residencia de Olivos.

Isabel pidió que a Perón lo enviaran al Panteón Militar. Se lo negaron. Entonces sugirió que lo llevaran a la bóveda del cementerio de la Chacarita donde estaban la madre y un hermano de Perón. Videla aceptó a condición de que se tomaran medidas extraordinarias de seguridad: había aprendido la lección de los problemas que podía traer con el cuerpo de Eva.

El féretro fue a parar al subsuelo de la tumba, se lo cubrió con una chapa de metal y se lo selló con un vidrio blindado de setenta kilos y siete centímetros de espesor. Esas distintas instancias quedaron, además, aseguradas con cerraduras: hacía falta poseer doce llaves de distintas combinaciones para poder abrirlo. Aunque solo el escribano general del gobierno accedía a las llaves, y solo se le permitía entregarlas al presidente de la nación, en 1987 un grupo de profanadores logró burlar todos esos impedimentos, cortó las dos manos de Perón con una sierra y se las llevó. Hasta el momento se ignora quiénes fueron, por qué lo hicieron o qué significó la mutilación.

El cuerpo embalsamado de Eva estuvo a punto de terminar, como cientos de desaparecidos que pasaron por el infierno de la Escuela Superior de

Mecánica de la Armada, en el fondo del Río de la Plata. Según el historiador Felipe Pigna, en 1976 Emilio Massera, el jefe de la Marina, propuso que simplemente se lo arrojara a las aguas.

Videla prefirió acceder a un pedido de las hermanas de Eva, y así es como hasta el presente se halla en la cripta de la familia Duarte en la Recoleta. Comparte el cementerio con el hombre que condenó su cadáver al exilio, Aramburu, y también con el que lo mató, Fernando Abal Medina.

Sin que se identifique su nombre, el fundador de Montoneros yace en un féretro cubierto con una tela blanca bordada a mano, detrás de una puerta con la inscripción «*Ad te clamamus*», de la oración católica Salve Regina dedicada a la Virgen María: «A ti clamamos». En plena dictadura, de la manera más discreta posible para evitar problemas, la familia sacó su cuerpo de una tumba en la Chacarita y lo llevó a que descansara junto a sus padres y abuelos. El apellido Abal Medina no figura en los mapas con nombres ilustres que reparten a los turistas, pero los cuidadores de cierta edad saben perfectamente dónde queda.

En 2006 el presidente Néstor Kirchner demandó las doce llaves al escribano general del gobierno: el peronismo había resuelto, con el permiso de Isabel, cumplir por fin con la voluntad del expresidente y llevar su cuerpo a una quinta en San Vicente, en la provincia de Buenos Aires, que había usado con Eva para descansar los fines de semana. El traslado fue noticia nacional, y también lo fue la trifulca, a los palos y a tiros, que se armó entre los afiliados al sindicato de camioneros y los del gremio de la construcción, que dejaron cincuenta heridos en su intento por ingresar a San Vicente lo más cerca posible del ataúd.

El Museo Histórico 17 de Octubre de la quinta de San Vicente —cuatro estrellas en TripAdvisor— es un paseo más atractivo que la *Floralis Genérica*, aunque no siempre en buen estado de mantenimiento. Los guías ofrecen un recorrido por el chalet de 400 metros cuadrados, una construcción muy típica de 1940 con paredes de piedra y techos de teja, que permite imaginar cómo era entonces la intimidad de Perón y Eva. Por el parque se llega al panteón que aloja el cadáver, una construcción nueva. En el piso, el cuerpo de Perón ocupa una plataforma de cemento y sobre su tapa de bronce se alza una ventana vertical que deja ver un gran eucalipto.

Lo más desconcertante del museo son tres esculturas gigantes exhibidas en el acceso a la quinta: solo una tiene cabeza. El italiano Leone Tomassi,

uno de los artistas preferidos de Eva, alcanzó a esculpir en mármol a una mujer con un libro —en representación de la justicia social— y a una pareja de obreros para el Monumento al Descamisado. Cuando la Revolución Libertadora desató la violencia contra cualquier vestigio de peronismo, dos fueron decapitadas y las tres arrojadas al Riachuelo. Se encontraron de casualidad, durante unas obras de saneamiento, en 1996. En San Vicente, un cartel interpreta a las figuras guillotinas como la expresión de «la intolerancia de una época».

También una placa de granito en el Parque Las Heras quiere marcar eso mismo: «En este lugar se fusiló a la patria», dicen las letras blancas que recuerdan que ahí hubo una Penitenciaría y que allí Juan José Valle fue ejecutado en 1956 por orden de Aramburu.

Antes de que existiera esa marca en el cemento, Susana Valle, su hija, se presentaba cada aniversario, el 12 de junio, en esa esquina de Salguero y Las Heras: llevaba un ramo de flores que dejaba en el piso. Ella murió en 2006 y, como había pedido, la enterraron en el cementerio de Olivos, con los restos de su padre y de sus hijos mellizos, que no sobrevivieron el haber nacido en un centro clandestino de detención de la dictadura en Córdoba: la obligaron a parir encadenada, sobre una placa helada en la morgue de un hospital.

Poco antes de su muerte, el presidente Néstor Kirchner había hecho un trueque simbólico de los lugares de héroes y villanos en la historia de 1955 y 1956. Entregó a Valle el grado de teniente general *post mortem* y con el nombre del fusilado, con su máximo rango militar, identificó a la Escuela de Ingenieros del Ejército, que era su especialidad. Nilda Garré, su ministra de Defensa —quien había sido pareja de Juan Manuel Abal Medina y lo había acompañado a la embajada de México para que pidiera asilo—, se ocupó luego de quitar los nombres de Aramburu y Eduardo Lonardi, líderes de la llamada Revolución Libertadora, de otras instituciones.

Susana Valle también recibió a modo de reparación el sable que le habían quitado a su padre. Eugenio, el hijo de Aramburu, siempre conservó el de su padre. Lo guarda en su casa: para él es un recuerdo que corresponde al ámbito privado.

Quizás tenga como consuelo que Firmenich, el único sobreviviente del crimen de su padre, parece haber quedado como un apestado en una cuarentena eterna. La casa de Isidro Casanova, en La Matanza, donde iba a

instalar las oficinas de Montoneros —«la Comandancia»—, una extrañísima construcción preparada para la guerra, que pudo ser su vivienda también, quedó como otra huella de lo que no pudo ser.

Con el dinero del rescate de los Born, la conducción de Montoneros encargó a un estudio de arquitectos en La Plata, vinculado a la organización, el diseño de cuatro casas en unos terrenos de Isidro Casanova: una para Firmenich y su familia, otra para los Vaca Narvaja, otra para los Perdía y una última de oficinas para los jefes. No logré verificar si las otras tres avanzaron, pero la última, la de «la Comandancia», se completó.

Ocupa una esquina de punta empinada, el ángulo más agudo de un triángulo, y tiene tres plantas. Desde afuera no se ve casi nada: la rodea un muro de ladrillo del que solo asoma por arriba una construcción sin ventanas. Podría pasar por una propiedad del conurbano de seguridad reforzada para evitar robos.

Solo que tuvo huecos ubicados estratégicamente para que se pudieran apoyar armas con las que disparar desde adentro de la propiedad. Ya fueron tapados, pero se mantienen la doble muralla separada de la casa por una distancia calculada para reducir los daños en caso de que impactara una bomba. Por la misma razón, también son dobles las paredes del perímetro de la casa.

Tras cruzar un portón metálico se observa una habitación pequeña que iba a ser la garita de custodia. Sus paredes son curvas, como las del interior de la casa: otra protección antibalas, que no rebotan si no topan con una superficie recta. Se puede ir directo a una oficina en el primer piso en un montacargas o permanecer en la planta baja, pasar al jardín, que tiene una parrilla y una pared de cinco metros de alto como escudo, y entrar por la puerta al living de la planta baja, pegado a la cocina, con un rincón semicircular para otra posta de seguridad.

En esa gran sala, como en cada uno de los ambientes en la planta superior, hay pequeñas chimeneas cuyo fin no era calentar los inviernos, sino quemar papeles, el rastro que se podía dejar en la era predigital. «Las casas operativas tenían mecheros y a las citas había que caer con alcohol [de quemar]; en la comandancia no sería necesario», me comentó un exmontonero que conoce la extraña planta de Isidro Casanova.

Desde el living, la sensación de encierro que produce la ausencia de ventanas se compensa con la altura, una fuga hacia arriba, y el espacio grande de la escalera sin barandas que termina en los pasillos de la segunda

planta. Allí, a la altura de la cabeza de un adulto, como tragaluces, hay pequeñas aberturas tapadas con una puerita de metal que solo se abre desde dentro: más recursos para disparar hacia fuera. Se repite la curvatura de todas las paredes, como en la tercera planta, y los nidos de los custodios. Por último queda la terraza, que tiene un piso doble para amortiguar las bombas que podían caer desde el aire.

Según me contaron, la casa quedó semiabandonada durante décadas — para que pudiera ser habitable le sacaron más de veinte camiones de basura —, en medio de un litigio entre el arquitecto y quienes le habían dado el dinero para que la construyera, que no tenían documentos a su nombre para ejercer como propietarios. Por fin la compró un exmontonero, que debió sortear testaferros e intermediarios para poder hacerle llegar el dinero a Firmenich, quien pasaba por ahogos financieros. Si la historia es cierta, y nada indica lo contrario, esa construcción tan extravagante fue el único bien que le quedó a Firmenich cuando Montoneros dejó de existir.

En cambio, en William Morris, donde cayeron abatidos Fernando Abal Medina y Carlos Ramus en 1970, ni la calle Moctezuma, en cuya esquina con Potosí quedaba la pizzería La Rueda, ha conservado el nombre: ahora se llama general Conrado Villegas. Por allí han pasado numerosos comercios del barrio, como una casa de ropa o una heladería.

En 1988 hubo un monolito, que duró exhibido apenas cuarenta y ocho horas: una explosión le voló la base como una clara señal de que el homenaje a los mártires de Montoneros no sería tolerado. Pero la placa se preservó. Alguien la guardó y cada 7 de septiembre, el Día del Montonero, la colocan por unas pocas horas sobre una base de madera. Con un texto calado en negro, dice:

*Fernando Abal Medina
Gustavo Ramus
Presentes
Hasta la victoria final
Peronismo Revolucionario
Movimiento Nacional Justicialista*

Y en 2015, para que nadie volviera a borrar el recordatorio de lo que sucedió en La Rueda, se fijaron dos placas entre las baldosas de la esquina

de Villegas y Potosí. Para eliminar la memoria habría que dañar la vía pública.

Las conmemoraciones del Día del Montonero en esa esquina habían sido pequeñas, inconspicuas, hasta el ascenso del kirchnerismo, cuando recobraron popularidad entre exmontoneros, y sus muertes fueron resignificadas desde el Poder Ejecutivo.

Los nombres de Abal Medina y de Ramus figuran en el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado, que Néstor Kirchner inauguró en 2007 frente al Río de la Plata, sobre la avenida Costanera. En el Monumento hay 30.000 placas para representar el número simbólico de víctimas de la dictadura —quedan muchas sin nombre, a la espera de nuevas identificaciones— y no figuran solo las víctimas de la represión ilegal de la última dictadura.

«El Monumento comienza con las represiones que sufrieron los levantamientos populares de distintas ciudades del país en 1969 (como el Cordobazo o el Rosariazo), e incluye diversos acontecimientos represivos que ocurrieron en los años previos al inicio de la última dictadura militar», dice la sección de preguntas frecuentes del sitio oficial. Así, están también las víctimas de la masacre de Trelew como Susana Lesgart, las de la Triple A como Carlos Mugica, y los guerrilleros que cayeron en enfrentamientos con fuerzas militares y policiales antes del golpe de 1976, una decisión que con los años iba a generar nuevas polémicas.

Se lista, por ejemplo, que «Abal Medina, Fernando Luis», «soltero, estudiante universitario», fue «asesinado» a los «veintitrés» años. También aparecen «Ramus, Carlos Gustavo», asesinado a los veintidós; «Navarro, José Sabino», asesinado a los veintiocho, y «Capuano, Carlos Raúl», asesinado a los veintitrés. Desde luego, figuran los desaparecidos que pasaron por centros clandestinos, como Norma Arrostito y Carlos Maguid, durante el Terrorismo de Estado, que las causas judiciales acotaron al período 1976-1983.

Para septiembre del 2020, cuando se cumplirán cincuenta años de la muerte en William Morris de los que mataron a Aramburu en La Celma, ya hay preparativos en marcha. «Lo vamos a hacer nosotros, un espacio con base territorial, simbólicamente en Morris», me dijo uno de los organizadores, Facundo Firmenich, hijo de Mario.

Como William Morris, el barrio cordobés de Los Naranjos tampoco figura entre las atracciones de TripAdvisor. Cuando busqué la casa donde ciertas ilusiones se habían desviado para siempre, pensé que ya no existía. En un auto con Ignacio Vélez Carreras, Cacho Soratti y Luis Losada dimos muchas vueltas infructuosas y casi nos rendimos. No servía el GPS, no servía la memoria de ellos, no servían mis apuntes del expediente de la causa Aramburu.

De pronto, por una ráfaga de pura intuición, Soratti se orientó y reconoció la esquina. Frenó el auto y bajamos.

Se produjo un silencio intenso.

En casi cincuenta años, nunca habían regresado.

Sentí que sobraba, y me cuidé de no decir nada, ni preguntar. Soratti señaló la esquina donde fue detenido, Vélez Carreras me mostró la persiana donde se ubicó para resistir. Vimos la ventana externa del cuarto donde Cristina Liprandi alcanzó a quemar algunos papeles, el garaje del cual salió manejando José Fierro, el punto exacto donde Emilio Maza recibió las heridas de las que nunca se iba a recuperar.

Todo sonaba a íntimo, de pronto, y debido al paso del tiempo lo era. Vélez Carreras recuperó el sentido político que todo eso había tenido cincuenta años atrás:

—Con lo de Aramburu quisimos producir un hecho que potenciara la contradicción principal de la sociedad argentina, que se jugaba entre el peronismo y el antiperonismo. Un hecho de justicia que era ansiado por el peronismo desde 1955.

Y sin embargo ese episodio representó un desafío al liderazgo de Perón.

—Apostamos a ocupar el espacio vacante que había quedado entre Perón y la gente —retomó—. Y, sí, le disputamos la conducción desde el primer día.

El último mojón geográfico de esta historia que quise visitar fue, previsiblemente, Timote. Me encontré con el escenario opuesto: un lugar transformado al que, sin embargo, todo el mundo reconocía.

En La Celma quedaron apenas dos fragmentos de paredes —en una, un agujero donde alguna vez hubo una puerta— y algunos escombros que asoman entre el pasto que crece libre al costado de una ruta de tierra. Las setenta hectáreas que ocupaba el campo de la familia Ramus en Timote se vendieron casi todas, excepto la pequeña parcela que contiene esa suerte de

un *souvenir* radiactivo que nadie quiere tocar: los últimos restos de la casa en la que los Montoneros mantuvieron cautivo y mataron a Aramburu.

Delante de esas ruinas se ubican un mástil pelado y una piedra baja y pesada —mil kilos de granito— con una placa que dice:

*Al recio militar que cayera víctima de la subversión
en esta tierra de Timote.
Su nombre ya es gloria en nuestra patria.*

A fines de 2019 me encontré allí con León Porrás, el funebrero que examinó el cuerpo de Aramburu, y con José Antonio Molina, el fotógrafo de ocasiones sociales a quien la policía sacó de su casa para que documentara la exhumación. Me esperaban junto con otros vecinos integrantes del colectivo Arte Comunitario Timotense, todos ansiosos por compartir su lucha quijotesca contra el tiempo y el olvido.

Al escucharlos comprendí que el pueblo sufre, ante todo, las consecuencias del abandono de su propia gente, provocado por el cierre de la estación de tren, en 2001: de los dos mil habitantes que había, tras el pequeño éxodo quedaron menos de cuatrocientos. Dejó de pasar el ferrocarril Sarmiento y luego cerró el cine, y luego cerraron los galpones donde se almacenaban granos y animales, y luego cerró también el taller de reparación de locomotoras. El almacén de ramos generales y la veterinaria sobreviven gracias a la demanda de los campos de la zona, dedicada a la producción agrícola ganadera.

La gente de Arte Comunitario tiene un plan para frenar ese proceso de extinción que parece inexorable: hacer de Timote una atracción turística. Hasta ahora, TripAdvisor los ignora —solo registra un San Pedro de Timote en Uruguay—, pero ellos confían en que los interesados en la historia visitarían el pueblo, así como van a la Vuelta de Obligado en San Pedro o al convento donde se libró la batalla de San Lorenzo, si hubiera infraestructura y servicios turísticos.

Claro que los hechos que ocurrieron en La Celma son bastante más controvertidos que las batallas que pasaron a la historia como hazañas de José de San Martín o de Lucio Norberto Mansilla. Montar un museo implica asumir un punto de vista sobre lo que va a contar y esa tarea no ha sido sencilla en el caso del crimen de Aramburu.

En 1978 a La Celma la pintaron de blanco, le colocaron luminarias y la rodearon con un cerco perimetral. Quedó extrañamente impecable por iniciativa de Ibérico Saint Jean, el interventor militar de la provincia de Buenos Aires. Su sueño era convertir a La Celma en un Museo de la Subversión: al general, que montó un circuito de centros clandestinos de represión bajo su tutela, le parecía la locación perfecta para simbolizar la violencia de la que habían sido capaces los Montoneros. El punto más atractivo del recorrido sería el sótano diminuto en el que Abal Medina, según la historia oficial, había ejecutado a corta distancia a un hombre maniatado e indefenso.

Por entonces, la gente que pasaba por ahí entraba a la casa sin pedir permiso. Muchos miraban simplemente el escenario del hecho de sangre; otros bajaban por la escalera escondida en el cuarto de huéspedes y dejaban flores en el sótano donde había estado enterrado el cadáver de Aramburu.

El 25 de mayo de 1978, aniversario de la Revolución de Mayo, que es como decir el día de la patria, la única plaza de Timote tomó el nombre de Pedro Eugenio Aramburu. Los alumnos de las escuelas de la zona acudieron con sus guardapolvos blancos a pesar del feriado y formaron una fila detrás de un mástil nuevo en el que flameaba una bandera argentina de un tamaño nunca antes visto en el pueblo. Destacados invitados especiales llegaron desde Buenos Aires en helicóptero. La figura más importante, quien encabezó el acto: el almirante Isaac Rojas, el vicepresidente de Aramburu, el antiperonista más furibundo de la Revolución Libertadora. También participaron del homenaje la viuda, Sara Herrera, y Aramburu hijo.

Rojas habló unos minutos con tono solemne y descubrió la misma placa que, más de treinta años después, encontré delante de las ruinas de La Celma. Aunque era pesadísima, los movimientos de la historia se probaron capaces de moverla.

La Celma había recobrado interés con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003, cuando la narrativa de los 70 volvió a ser un espacio de disputa.

Kirchner reactivó los juicios contra los militares que habían violado los derechos humanos y bajó un discurso que reivindicó el accionar de la guerrilla, particularmente de Montoneros, con una mirada de la *juventud maravillosa* estancada en el tiempo de la primavera camporista. Y con la

intención de restaurar el casco de la estancia, Emilio Monzó, intendente de Carlos Tejedor y por entonces justicialista —llegado desde la Unión del Centro Democrático, es decir, el liberalismo—, declaró a La Celma sitio histórico.

Como cualquier persona de cierta edad criada en la zona, Monzó recordaba con precisión qué había pasado en su vida el día que se había encontrado el cadáver de Aramburu. Tenía cinco años. Su padre lo llevó a curiosear a la estancia, que estaba pegada a la fábrica de quesos Echegaray, a unos quinientos metros de la estación de tren, rodeada de talleres ferroviarios. Monzó me contó de su excitación de niño ante algo que parecía extraordinario, espectacular, importantísimo para los adultos. Y también su frustración: como se había llenado de policías, de militares y de rumores, estaba todo cortado y al acercarse no dejaron pasar a su padre, con las disculpas correspondientes a un médico reconocido en la zona.

Monzó creía interpretar el apego de los vecinos de Timote a La Celma: representaba la añoranza de un momento de trascendencia nacional, más allá de las circunstancias. Por eso firmó la declaración de sitio histórico. Sin embargo, la Legislatura de la provincia de Buenos Aires se interpuso: una mayoría, que no confiaba en la visión de la historia de un intendente que venía de un partido de derecha, sacó una resolución que le prohibió tocar el predio.

La intendenta que sucedió a Monzó, María Celia Gianini, pertenecía al Frente para la Victoria, la fuerza de Kirchner. Gianini dejó La Celma como estaba, pero una encuesta informal y una mayoría, convalidada por el Concejo Deliberante, resolvió quitarle el nombre de Aramburu a la plaza central de Timote. Lo reemplazaron por el de un héroe sin mácula: Roberto A. Bordoy, un capitán de fragata muerto en el hundimiento del crucero General Belgrano durante la guerra de Malvinas.

En la víspera del acto, las nuevas autoridades se llevaron de la plaza el mástil y la piedra con el mensaje de Videla que había dejado ahí Isaac Rojas. Ambos objetos quedaron guardados en un depósito municipal.

El grupo de Arte Comunitario Timotense, empeñado en no dejar escapar los recuerdos, se propuso un objetivo más ambicioso: filmar con recursos propios una película de aficionados sobre el caso Aramburu.

El veterinario del pueblo, Bruno Rodríguez, fungió de cineasta; entre todos eligieron a los actores para los papeles de Ramus, Firmenich, Abal

Medina y Arrostito, con quien se permitieron una licencia histórica para que ella también participara del juicio revolucionario en La Celma. Aramburu fue Mario Bregman, el padre de Myriam, abogada y una de las figuras más importantes del Frente de Izquierda de los Trabajadores, un maestro rural jubilado que trabajaba de viajante para llegar a fin de mes.

El director evitó entrar en polémicas que consideraba estériles: «Nosotros estamos lejos de tomar partido ideológico», aclaró. Se centró, en cambio, en lo que les importaba a los timotenses. Por ejemplo, el guion tomó un desvío para ampliar el protagonismo de un personaje secundario que despertaba fascinación en el pueblo: el casero Blas Acebal. Lo interpretó Enrique Collins, un productor agropecuario cliente de la veterinaria de Rodríguez. Es el eje narrativo que va hilando la historia.

La película *La Celma* contó el final de Acebal: el 28 de diciembre de 1971, al año siguiente del crimen, el carnicero lo encontró muerto en su cama. Habían pasado varios días desde que su corazón se detuviera; el cuerpo estaba tan hinchado que Porrás —intérprete de sí mismo en la película— pidió a un policía que lo pinchara para que se desinflara y cupiera en el ataúd.

Aunque era un hombre de más de setenta años, no padecía ninguna enfermedad y su muerte, sin causa aparente, disparó todo tipo de especulaciones. Como solía instalar los alambrados y hacer los pozos en las casas sin cloacas, no faltó quien le atribuyera el pozo en el que había sido enterrado Aramburu: ¿y si lo habían matado para silenciarlo?

«El hueco estaba perfecto. Es extraño que alguien que no sabe manejar muy bien una pala haga algo tan perfecto», teorizó Bregman, junto a las ruinas de la estancia. No lo quise contradecir, porque nadie sabe realmente qué pasó en ese sótano, pero según Ricardo Grassi, *el Otro* —aquel quinto guerrillero que participó en la operación y se mantuvo anónimo— le dijo que él y Firmenich habían cavado ese pozo después de que Maza rematara a Aramburu, que la tarea les habría demandado tres horas de trabajo intenso. También Firmenich en *La Causa Peronista* se atribuyó haber estado entre quienes cavaron.

El capitán Aldo Luis Molinari —el amigo de Aramburu que tenía sus propias teorías— echó a rodar en los medios la versión de que Acebal había muerto de un tiro en la sien. Entonces se abrió un expediente judicial para investigar su muerte, caratulada inicialmente como dudosa. Cuando exhumaron su cadáver del cementerio de Timote, otra vez llamaron a

Porrás, que llegó preocupadísimo, pensando que el pinchazo que le habían hecho en el cuerpo le podía traer problemas. La autopsia, para su tranquilidad, determinó que había muerto en forma natural, por un edema agudo de pulmón. Antes de perder interés por el caso, los oficiales de la justicia ordenaron que le cortaran las manos para corroborar su identidad con las huellas dactilares, y cuando el trámite terminó, las mandaron de vuelta a Timote.

«No quedó ninguna duda, pero en la película jugamos un poco con eso, porque en Timote igual quedó instalado que lo mataron los Montoneros», me dijo el veterinario que hizo de director.

La Celma se estrenó en 2015, en una proyección en la vieja estación de tren, a la que habían llevado las butacas y el proyector del cine que cerró. Ahí funcionaba un centro cultural que manejaba el grupo de Arte Timotense. La vieja sala de espera de los pasajeros ahora está decorada con afiches de la película y artículos de diario enmarcados: todo refiere al hallazgo del cuerpo de Aramburu en Timote.

El estreno coincidió en el tiempo histórico con el inicio del gobierno de Mauricio Macri, que encaró un nuevo intento —tímido, porque al presidente no le importaba demasiado la historia— por revisar la mirada cándida sobre la guerrilla de los 70. El sucesor de Monzó y de Gianini en la intendencia de Carlos Tejedor, que pertenecía a Cambiemos, la fuerza macrista, esperó unos años y volvió a mover los símbolos. Raúl Sala ordenó rescatar del depósito municipal el mástil y la piedra con el texto de Videla y devolverlo a *La Celma*. Que para entonces era una ruina. Y así quedó, como una ruina con mástil y con placa.

«Nadie nos consultó, ni siquiera estábamos enterados», se amargó Rodríguez, el veterinario. «Nos sorprendió, sobre todo, porque esta decisión inconsulta se tomó a poco de que se definiera si el gobierno se iba o se quedaba». En su opinión, sería mejor recuperar el lugar «como un espacio de memoria que ayude a entender la historia y valorar la democracia, y no hacer algo descontextualizado». Como quien busca un lenguaje neutro y alejado de controversias, para que no se convierta en un impedimento, él y todo el colectivo de Arte Timotense hablan de transformar *La Celma* en un «centro de interpretación histórica».

Frente a esa visión surrealista de un mástil y una piedra, dos paredes desbaratadas y un montón de campo, Monzó —quien acababa de terminar

su período como presidente de la Cámara de Diputados a lo largo del gobierno de Macri y se había ofrecido a mostrarme Timote— refunfuñó como hablándose a sí mismo:

—Tendría que haber preservado la casa. No me dejaron, pero tendría que haber sido más firme. Fui un pelotudo. El lugar es una referencia histórica. Lo tendría que haber hecho igual. Ahí pasó algo. Ahí pasó lo único de relevancia histórica que sucedió en Carlos Tejedor.

—Pero muchos otros en estos cincuenta años también podrían haber intervenido y no lo hicieron —quise moderar su pelea interna, ya que la incomodidad del caso pertenece a la historia.

—Es que nadie se le anima —definió—. Le tienen miedo.

Desde un costado, el veterinario-cineasta le ofreció el consuelo de su visión esperanzada:

—Mientras haya una pared en pie, siempre se puede hacer algo.

AGRADECIMIENTOS

Gabriela Esquivada fue mucho más que la editora de este libro. Me acompañó y orientó en un proceso que fue largo y, por momentos, frustrante. Apostó una y otra vez a encontrar la mejor versión posible del texto, aunque implicase volver a empezar. Compartió mi entusiasmo por la historia de Aramburu, por cada nuevo descubrimiento y por cada pliegue que fuimos encontrando en el relato. Hasta acá llegamos juntas.

La lectura y los comentarios del historiador Federico Lorenz fueron fundamentales: me obligaron muchas veces a repensar lo que ya había escrito y algunas capas del texto deben mucho a sus aportes.

Paula Pérez Alonso aportó su mirada profunda, una edición inteligente y la fuerza necesaria para el tramo final del proceso dentro de la editorial. También en Planeta, Nacho Iraola, el director editorial, apostó y confió; Paul Vinueza aguantó el apuro final y María Flores sacó adelante el trabajo de archivo fotográfico; Pablo Slonimski además del ojo del abogado, sumó su aliento; y Rodolfo González Arzac fue bombero cuando hizo falta.

Un taller de libros que en 2018 dictó Martín Caparrós para la Fundación Gabo en Buenos Aires me ayudó a encontrar una estructura. Aunque la década de 1970 ya no le despertaba curiosidad, Martín se interesó por mi proyecto y me regaló una solución para los saltos temporales del relato.

Le agradezco a Martín, a Jaime Abello Banfi, el director de la Fundación Gabo, a mis compañeras y compañeros del taller y a mi querido amigo Cristian Alarcón. Entusiasmé a Cristian para que postuláramos juntos; en esos días me ayudó a pensar en el texto y una noche se le ocurrió que el afiche podía servir para la tapa.

Willy Schavelzon, mi agente literario, me acompañó y aconsejó a lo largo de todo el trayecto.

Agradezco a mis compañeros de trabajo del programa *De acá en más*, de Radio Metro, a mis amigas, a mis amigos y a mi familia, que perdonaron mis ausencias y me tuvieron mucha, por momentos muchísima, paciencia: sabían la pasión que esta historia me había despertado. A mis hermanos Matías, Santiago, Ignacio y Julia, que siempre están, que se alegran con mis alegrías, igual que Francisca, Carmen Celia y mi mamá, Teresa Emery.

A mis hijas, Milena y Carmela, que me empujan a ser optimista sobre el futuro, y a mi increíble compañero de tantos años, Federico; entre los tres supieron, con amor, convivir con el libro durante por años y en momentos inoportunos, como los fines de semana y en vacaciones. Gracias.

OceanofPDF.com

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Aramburu está basado en testimonios, en libros, películas, programas de televisión, documentos alojados en internet y archivos privados.

Arranco por las entrevistas: muchos de los protagonistas de los hechos que relata el texto me brindaron generosamente su tiempo y estuvieron dispuestos a despejar mis dudas persistentes.

A todos les quiero agradecer la paciencia y la buena predisposición que tuvieron con mi curiosidad y con mis preguntas. Enumero aquí gran parte de las entrevistas y sus circunstancias, pero reservo aquellas que fueron realizadas a condición de que no daría a conocer la fuente.

Con Juan Manuel Abal Medina hablé en sus oficinas, me atendió por teléfono y respondió a mis mails; su hijo, del mismo nombre, jefe de Gabinete del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, también me ayudó con datos sobre la familia y a encontrar la tumba de su tío Fernando en el cementerio de la Recoleta.

Con la escritora Laura Alcoba hablé vía Skype —ella desde París, yo en Buenos Aires— y me habilitó el contacto con su padre Daniel Alcoba, a quien conocí en Barcelona. Daniel fue una fuente fundamental para recrear los entrenamientos en Cuba y compartió conmigo los capítulos de su libro sobre el guevarismo.

El editor argentino radicado en España Ricardo Rodrigo, otro veterano de aquellos entrenamientos, me abrió las puertas de su increíble casa en las colinas de Barcelona y conversamos largamente.

Eugenio Aramburu hijo me recibió varias veces en su departamento de la Recoleta, me dio acceso a su archivo personal, a las fotos familiares, a los recuerdos más personales de su padre y cooperó conmigo cada vez que lo llamé.

El colectivo de vecinos de Timote me ayudó a entender la importancia del crimen de Aramburu para el pueblo. En especial Bruno Rodríguez, el veterinario que dirigió la película *La Celma*. También los protagonistas directos de los hechos, como el funebrero León Porrás y el fotógrafo José Molina, y los protagonistas de la ficción, como Mario Bregman.

El exdiputado Emilio Monzó organizó mi viaje a Timote para que pudiera conocerlos y me ayudó en el recorrido.

Usé información de las entrevistas que me brindó Jorge Born para mi libro anterior, sobre su secuestro y el de su hermano Juan.

Jorge Cottone, el hombre que compartió con Sabino Navarro sus últimos días en las sierras de Córdoba, me concedió una larga entrevista telefónica desde Santa Fe, donde vive.

Con Mario Firmenich compartí un almuerzo que, para mí, resultó crucial, aunque me hubiera encantado disponer de más tiempo para entrevistarlo.

Ernesto Jaureche almorzó conmigo en Palermo, Alicia Pierini me recibió en su casa, con Susana Ramus tomamos un café en el barrio de Belgrano y con Javier Urondo, cocinero e hijo de Paco, comimos en una rica parrilla.

El exfuncionario del área de medios y cultura de Fernando de la Rúa y también de Mauricio Macri, Hernán Lombardi, me contactó con su hermana Florencia, que sigue a cargo de la constructora de la familia, la empresa que llevó adelante la remodelación de la cripta de la residencia de Olivos. Ella y la arquitecta Elsa Garibaldi, quien dirigió el proyecto cuando aún vivía Juan Domingo Perón, compartieron conmigo sus recuerdos.

Con el periodista Ricardo Grassi, exdirector de *El Descamisado*, hablamos un par de veces por Skype, él desde Roma, y nos encontramos en sus viajes a Buenos Aires.

Viajé a Córdoba y en el hotel del Automóvil Club Argentino (ACA) me encontré con tres veteranos del grupo de La Calera: Ignacio Vélez Carreras, Luis Losada y Carlos *Cacho* Soratti. Juntos recorrimos los lugares de la toma y a la noche salimos a comer con el Gringo Alberione y su pareja Dinora Gebennini. A pesar del dolor que les causaban algunos recuerdos, que nunca antes habían puesto en palabras, me llevaron a todos los lugares emblemáticos de la toma y de la caída, como la casa en el barrio de Los Naranjos.

María Martínez Agüero, la compañera de Mario Firmenich, accedió a que la entrevistara muchas veces y en profundidad, en persona y por teléfono. Creamos un vínculo franco. También Facundo Firmenich respondió a mis inquietudes.

Ignacio Vélez Carreras no solo me habilitó sus recuerdos, también fue un puente para poder llegar a otras fuentes y organizó el viaje a Córdoba con los veteranos de La Calera; intercambiamos puntos de vista y lecturas; me facilitó fotos y diarios de la época. Le estoy especialmente agradecida.

Con Adrián Korol intercambiamos documentos, me facilitó datos sobre los padres de Firmenich y fotos de su valioso archivo.

El periodista Santo Biasatti me ayudó a reconstruir la llegada del cadáver de Eva Perón a la Argentina, el historiador Felipe Pigna me sugirió bibliografía que me resultó muy útil, el científico Diego Golombek me ayudó con un dato sobre el sueño, la periodista Maru Ludueña me facilitó un documental sobre Timote y el sociólogo Daniel Schteingart me ayudó a entender la economía argentina de los años 70.

La Corte Suprema de Justicia de la Nación me permitió trabajar durante meses en su archivo, un subsuelo de Tribunales, mientras consultaba el voluminoso expediente del caso Aramburu, y me autorizó a tomar fotos de los legajos en lugar de sacar fotocopias.

Mucha otra gente me ayudó, pero me pidió no ser nombrada: gracias a ellos también.

Antes de pasar a enumerar las fuentes escritas, valga una aclaración importante: ninguna de las personas que entrevisté supo de antemano en qué se iba a convertir el libro. Asumo la culpa, si hubiera alguna, por errores que se pudieran haber colado involuntariamente en el texto, así como la responsabilidad por mis opiniones y el punto de vista del relato.

Las investigaciones y publicaciones sobre el peronismo y Montoneros, la guerrilla peronista, son tantas como las posiciones encontradas y las pasiones que generan. A continuación, detallo las fuentes que utilicé para este trabajo y los textos que me sirvieron para atravesar esa selva de sentidos e interpretaciones que es la historia del peronismo. Va de suyo que la bibliografía sobre el peronismo es mucho más extensa.

DOCUMENTOS

Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Ed. De la Campana, Buenos Aires, 1995.

Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos 1973-1976*, vol. I: *De la ruptura al golpe*, Ed. De la Campana, Buenos Aires, 1996.

Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos 1973-1976*, vol. II: *De Cámpora a la ruptura*, Ed. De la Campana, Buenos Aires, 1996.

«El Documento Verde», julio de 1972. Suplemento especial de la revista *Lucha Armada*.

República Argentina, Presidencia de la Nación, *El altar de la Patria*, Buenos Aires, Secretaría de Prensa y Difusión, 1974.

«Pedro Eugenio Aramburu. Averiguación sobre privación ilegal de la libertad y homicidio», expediente judicial 247/1970, siete cuerpos y

veinticuatro piezas.

PERIÓDICOS Y PUBLICACIONES COMERCIALES Y POLÍTICAS

Así

La Causa Peronista

Crónica

Clarín

El Descamisado

Evita Montonera

La Nación

Noticias

Página/12

La Prensa (Entre Ríos)

La Voz (Córdoba)

FUENTES AUDIOVISUALES Y SITIOS WEB

Arte Comunitario Timotense, *La Celma*, Cine Comunitario, Timote, Buenos Aires, 2015.

Baschetti, Roberto, *Militantes del peronismo revolucionario uno por uno*, extraído de: www.robertobaschetti.com/biografia/f/91.html.

Croatto, Virginia, *La Guardería*, documental, 2015.

El Cuarto Patio, *Montoneros: Copamiento de La Calera en 1970*, extraído de: www.youtube.com/watch?v=LJyGbugLBTI.

Neustadt, Bernardo, «Entrevista a Mario Eduardo Firmenich», *Tiempo Nuevo*, Canal 11 Telefé, 1995, extraído de: www.bernardoneustadt.org/contenido_25.htm.

Pigna, Felipe, «Entrevista a Mario Firmenich», extraído de: www.elhistoriador.com.ar/mario-firmenich.

Pontecorvo, Gillo, *La batalla de Argel*, 1966.

Ruinas digitales, *José Sabino Navarro: un trabajador, un montonero, un peronista*, extraído de: www.ruinasdigitales.com/descamisado/descamisadojosesavinonavarrountrabajador12.

TEXTOS ANALÍTICOS, TESTIMONIALES Y DE FICCIÓN

Alcoba, Laura, *La casa de los conejos*, Buenos Aires, Edhasa, 2008.

- *Los pasajeros del Anna C.*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.
- *Final de la etapa guevarista o la de la imitación del Quijote*, Difundia, España, 2019.
- Amaral, Samuel y Ben Plotkin, Mariano, *Perón: del exilio al poder*, Buenos Aires. Untref, 2004.
- Amorín, José, *Montoneros: La buena historia*, Buenos Aires, Catálogos, 2005.
- Andersen, Martín, *Dossier secreto, el mito de la guerra sucia*, Buenos Aires, Planeta, 1993.
- Anderson, Jon Lee, *Che*, Buenos Aires, Emecé, 1997.
- Anguita Eduardo y Caparrós, Martín, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997-1998, 3 tomos.
- Anzorena, Oscar, *Tiempo de violencia y utopía, del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires, Pensamiento Nacional, 1988.
- *JP. Historia de la Juventud Peronista 1955-1988*, Buenos Aires, Ediciones del Cordón, 1989.
- Argento, Analía, *La guardería montonera. La vida en Cuba de los hijos de la Contraofensiva*, Buenos Aires, Marea, 2013.
- Baschetti, Roberto, *Francisco «Paco» Uondo. De la poesía al combate*, Buenos Aires, Educo, 2014.
- Beltramini, Rodolfo; Duzdevich, Aldo y Raffoul, Norberto, *La Lealtad: los Montoneros que se quedaron con Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.
- Bonasso, Miguel, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- Bufano, Sergio y Lotersztain, Israel, *Evita Montonera*, Buenos Aires, Ejercitar la memoria, 2010.
- Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005.
- Campos, Esteban, *Cristianismo y revolución. El origen de Montoneros, violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.
- Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-1996), la transición del Estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo, *Firmenich. La historia jamás contada del jefe montonero*, Buenos Aires, Aguilar, 2010.

- Chaves, Claudio, «La carta de Ricardo Rojo a Perón que reaviva sospechas sobre el móvil del asesinato de Aramburu», *Infobae*, 24 de septiembre de 2017.
- Conadep, *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Debray, Laurence, *Hija de revolucionarios*, Barcelona, Anagrama, 2018.
- Debray, Régis, *Revolución en la Revolución*, Cuadernos de Casa de las Américas, La Habana, 1965.
- Eidelman, Ariel, «La Cámara Federal en lo Penal. La actividad del fuero antsubversivo, entre los años 1971 y 1973». V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.
- Esquivada, Gabriela, *El diario Noticias. Los Montoneros en la prensa argentina*, Buenos Aires, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad de La Plata, 2004.
- Feinmann, José Pablo, *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
- *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu*, Buenos Aires, Planeta, 2009.
- Ferla, Salvador, *Mártires y verdugos. La insurrección de Valle y los 27 fusilamientos*, Buenos Aires, Revelación, 1972.
- Ferrer, Christian, *El corazón empurpurado*, Buenos Aires, Urania, 2017.
- Fraga, Rosendo, *Ejército: del escarnio al poder (1973-1976)*, Buenos Aires, Planeta, 1988.
- Fraga, Rosendo y Pandolfi, Rodolfo, *Aramburu, la biografía*, Buenos Aires, Vergara, 2005.
- Galván, María Valeria «Publicaciones periódicas nacionalistas de derecha: las tres etapas de Azul y Blanco (Azul y Blanco 1956-1960, Segunda República 1961-1963, Azul y Blanco segunda época 1966-1969)», Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Doctorado en Historia, La Plata, febrero de 2012.
- Garulli, Liliana et alii, *Nomeolvides: memoria de la Resistencia peronista (1955-1972)*, Buenos Aires, Biblos, 2000.
- Gillespie, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1997.

- *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.
- Giussani, Pablo, *Montoneros. La soberbia armada*, Buenos Aires, Planeta, 1984.
- González, Juan Ignacio. «La Agrupación de Estudios Sociales y su resistencia a la dictadura militar en Córdoba, 1967-1969», trabajo presentado en el XXVIII Simposio Nacional de Historia, Florianópolis, Brasil, julio de 2015.
- Grasselli, Fabiana, *Tesis doctoral: Rodolfo Walsh y Francisco Urondo, el oficio de escribir. Tensiones y respuestas de una literatura peligrosa: prácticas estético-políticas y escritura testimonial*, Buenos Aires, 2011.
- Grassi, Ricardo, *El Descamisado. Periodismo sin aliento*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.
- Guevara, Ernesto Che, *Pasaje de la guerra revolucionaria: Congo. El diario inédito del Che*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- Lanusse, Alejandro, *Mi testimonio*, Buenos Aires, Lasserre, 1977.
- Lanusse, Lucas, *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2005.
- Larraquy, Marcelo, *Los 70. Una historia violenta. Marcados a fuego (1973-1983)*, Buenos Aires, Aguilar, 2013.
- *Primavera sangrienta. Argentina 1970-1973. Un país a punto de explotar. Guerrilla, presos políticos y represión ilegal*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.
- Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto, *Galimberti. De Perón a Susana, De Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Norma, 2000.
- Levenson, Gregorio y Jauretche, Ernesto, *Héroes. Historia de la Argentina revolucionaria*, Buenos Aires, Pensamiento Nacional, 1998.
- Lorenz, Federico, «Recuerden argentinos. Por una revisión de la vulgata procesista», en *Entrepasados*, año XIV, N° 28, fines de 2005.
- *Cenizas que te rodearon al caer. Vidas y muertes de Ana María González, la montonera que mató al jefe de la Policía Federal*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.
- Luna, Félix, *Perón y su tiempo*, tomo III: *El régimen exhausto (1953-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Martín, José Pablo, *El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un debate argentino*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2010.

- Masetti, Jorge Ricardo, *Los que luchan y los que lloran: el Fidel Castro que yo vi (y otros escritos inéditos)*, edición homenaje 50 años, Buenos Aires, Nuestra América, 2014.
- Mazzei, Daniel, *Bajo el poder de la caballería. El Ejército Argentino (1962-1973)*, Buenos Aires, Eudeba, 2012.
- Méndez, Eugenio, Aramburu. *El crimen imperfecto*, Buenos Aires, Planeta, 1987.
- Molinari, Aldo Luis, Aramburu. *La verdad sobre su muerte*, Buenos Aires, edición del autor, 1993.
- Morello, Gustavo, «Juan García Elorrio y los Comandos Camilo Torres», XI Jornadas Interescuelas, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán, San Miguel, 2007.
- Nahmías, Gustavo, *La batalla peronista. De la unidad imposible a la violencia política (Argentina 1969-1973)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013.
- O'Donnell, María, *Born*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.
- Otero, Rocío, *Montoneros y la memoria del peronismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2019.
- Pacheco, Mariano, *Montoneros silvestres (1976-1983). Historias de resistencia a la dictadura en el sur del conurbano*, Buenos Aires, Planeta, 2014.
- Pereira, Justo, *Sabino Navarro, pasión revolucionaria*, Buenos Aires, Mates del Barrio, 2012.
- Potash, Robert, *El Ejército y la política en la Argentina, 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.
- *El Ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.
- Ramus, Susana Jorgelina, *Sueños sobrevivientes de una montonera a pesar de la ESMA*, Buenos Aires, Colihue, 2000.
- Rodeiro, Luis, «El documento verde. La primera crítica a Montoneros desde Montoneros», en *Lucha Armada*, N° 6, mayo-julio de 2006.
- Rodríguez, Carlos, «La historia de la Coordinación Federal», *Página/12*, 16 de marzo de 2008.
- Rojas, Guillermo, *Años de terror y pólvora. El proyecto cubano en la Argentina (1959-1970)*, Buenos Aires, Santiago Apóstol, 2001.
- Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1986, 2 tomos.

- Sáenz Quesada, María, *Isabel Perón. La Argentina en los años de María Estela Martínez*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Saidon, Gabriela, *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito, la primera jefa de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.
- Salas, Ernesto, *Uturuncos, el origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos, 2003.
- «El falso enigma del caso Aramburu», en *Lucha Armada*, año I, N° 2, 2005.
- *De resistencia y lucha armada*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014.
- Sarlo, Beatriz, *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003.
- Seminara, Luciana, *Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015.
- Verbitsky, Horacio, *La violencia evangélica*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
- Vignolés, Alejandra, *Doble condena: la verdadera historia de Roberto Quieto*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.
- Yofre, Juan B., *La trama de Madrid. Los documentos secretos sobre el retorno de Perón a la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

EXPEDIENTE JUDICIAL

«Pedro Eugenio Aramburu/ averig. priv. ilegal de la libertad y homicidio».
Cámara Nacional de Apelaciones en lo Federal y Contencioso Administrativo de la Capital Federal Dividido en 18 cuerpos y más de 330 fojas.

MATERIAL FOTOGRÁFICO DE:

Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, CeDInCI, Ruinas Digitales, Antonio Pérez, Familia Aramburu, Familia Abal Medina, Adrián Korol, Ignacio Vélez Carreras, Archivo María O'Donnell y Archivo María Flores.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



OceanofPDF.com

Table of Contents

[Portadilla](#)
[Cuerpos](#)
[Robo de un segundo cadáver](#)
[Un almuerzo con Mario Firmenich](#)
[El secuestro](#)
[Fumando un puro](#)
[Camino a La Celma](#)
[El germen](#)
[Los Tupas](#)
[Los caminos del Che](#)
[La simulación y el fogeo](#)
[El hecho de sangre](#)
[La Calera](#)
[La máquina de escribir](#)
[El primer mártir](#)
[El cadáver](#)
[Día del Montonero](#)
[El juicio](#)
[«Encomio todo lo actuado»](#)
[Las otras víctimas](#)
[Un largo e-mail desde Vilanova](#)
[De Sabino a Firmenich](#)
[Los Sabinos](#)
[El héroe accidental](#)
[La amnistía](#)
[Devolución del cadáver de Aramburu](#)
[El quinto hombre](#)
[La compañera](#)
[Las huellas de la historia](#)
[Agradecimientos](#)
[Fuentes y bibliografía](#)